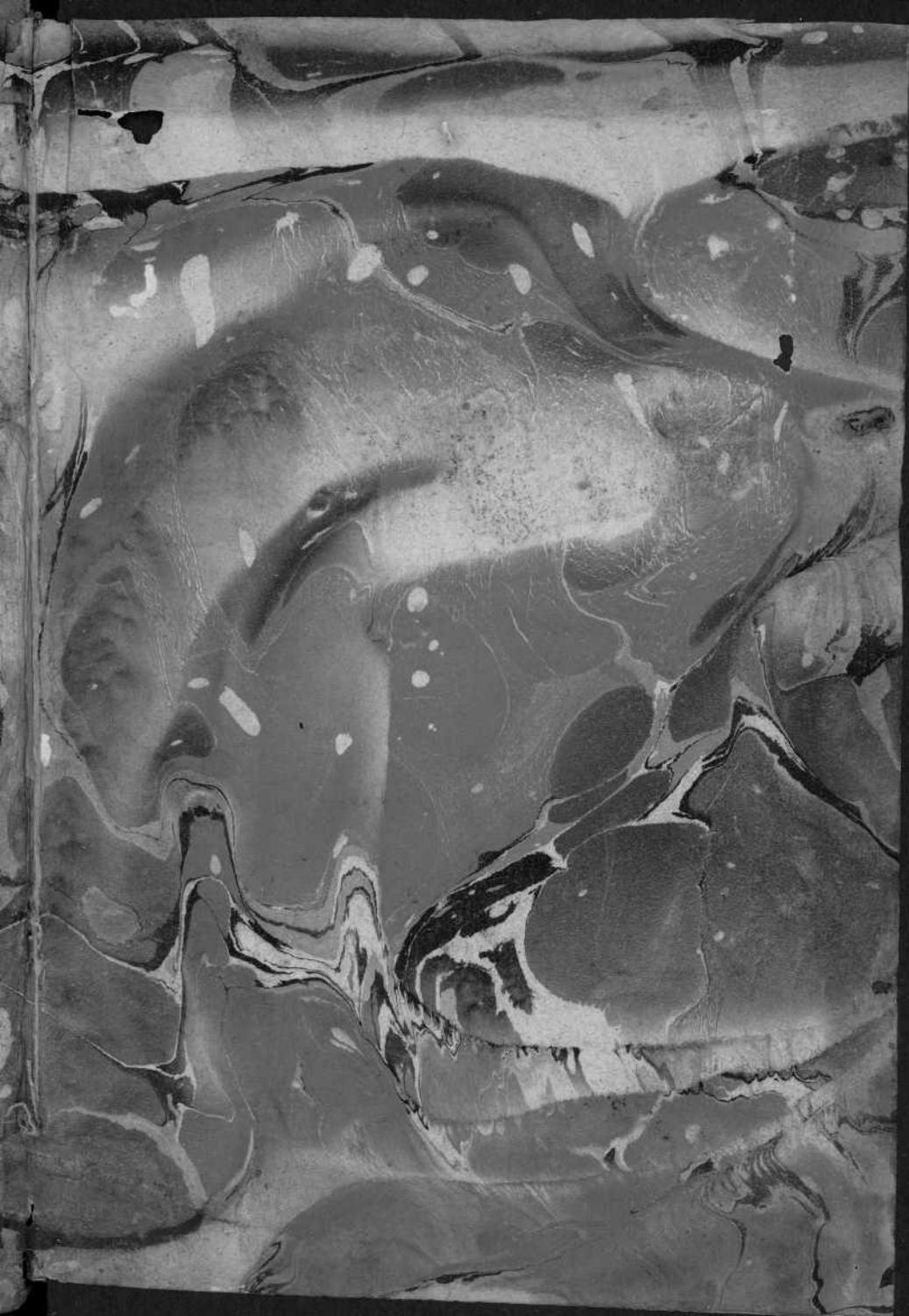
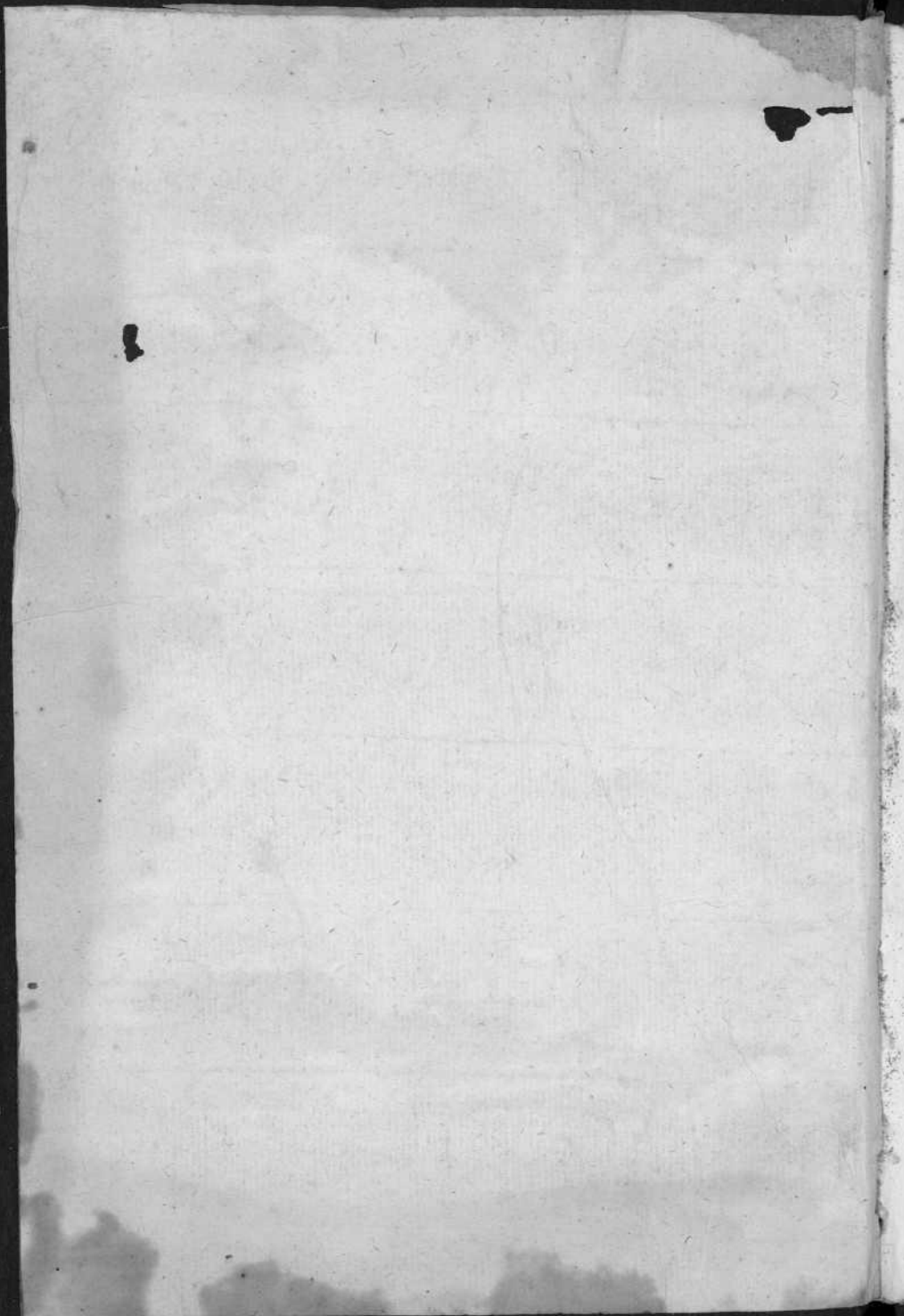
The background of the entire image is a complex marbled paper pattern. It features a mix of dark, medium, and light grey tones, with swirling, organic shapes and some darker, more defined blotches. The pattern is dense and covers the entire surface.

S-G-15

8-10





D-5172

D-2
27-59

HISTORIA

INSTITUTO NEOLÓGICO

1301551

DE LA LENGUA GRIEGA

132

HISTORIA DE POLYBIO.

LIBRO III

EN OCHO VOLUMENES

EN LA BIBLIOTECA REAL

DE MADRID

8-3
72-45

~~Sept 20~~
~~Aug 20~~
~~Nov 20~~

$\frac{10}{1}$
 $\frac{1}{3}$

HISTORIA DE TOLEDO

HISTORIA

DE POLYBIO MEGALOPOLITANO

132-1861

TRADUCIDA DEL GRIEGO

POR

DON AMBROSIO RUI BAMBA,

Oficial de la Biblioteca de S. M.

CAPÍTULO PRIMERO.

TOMO III.



DE ORDEN SUPERIOR.

MADRID: EN LA IMPRENTA REAL:

M.DCC.LXXXVIII.



HISTORIA

DE POLYMO MEGALOPOLITANO

1811

TRADUCIDA DEL GRIEGO

POR

DON AMBROSIO RUI BARRA

Oficial de la Biblioteca de S. M.

TOMO III



DE ORDEN SUPERIOR

MADRID: EN LA IMPRENTA REAL

MDCCLXXXVIII

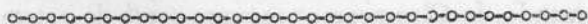


EXTRACTOS

DEL LIBRO OCTAVO

DE LA HISTORIA DE POLYBIO

MEGALOPOLITANO.



CAPÍTULO PRIMERO.

Observacion de Polybio sobre la confianza; y reprehension de los que temeraria é indiscretamente se fian de otros.

Sería muy arriesgado decidir en general, qué personas merecen vituperio, y cuáles perdon en tales casos. Vemos á muchos, que despues de tomadas todas las precauciones que dicta la razon, vienen con todo á ser despojo de los que sin reparo violan los derechos establecidos entre las gentes. Esto no obstante, sin huir de la dificultad, darémos prontamente nuestro juicio,



y con respecto á las ocasiones y circunstancias, vituperaremos á unos xefes, y perdonaremos á otros. Los exemplos siguientes evidenciarán lo que digo.

Archidamo, rey de Lacedemonia, receloso de la ambicion de Cleomenes, huyó de Sparta; pero poco despues dexándose otra vez persuadir, se entregó en manos de su enemigo; con lo qual privado del reyno y de la vida, ni aun disculpa dexó de su credulidad á los siglos venideros. Porque subsistiendo las mismas disposiciones, y yendo en aumento la ambicion al mando de Cleomenes; pregunto ¿será de extrañar le sucediese lo que hemos dicho, poniéndose en manos del que poco ántes habia escapado, y por un milagro habia salvado la vida?

Pelopidas el Tebano, conociendo la malignidad del tirano Alexandro, y firmemente persuadido, de que todo tirano reputa por sus mayores enemigos á los promovedores de la libertad; empeñó á Epaminondas á que tomase á su cargo la defensa, no solo de la república de Tebas, sino la de toda la Grecia; y estando ya dentro de la Tesalia para arruinar la monarquía de Alexandro, tuvo la debilidad de ir dos veces en calidad de embaxador á verse con el tirano. Así fué que venido á poder de su enemigo, perjudicó infinito á los intereses de los Tebanos; y fiándose necia é indiscretamente de

quien ménos convenia, obscureció la gloria de sus anteriores acciones. Igual desgracia sufrió Cneio Cornelio, cónsul Romano en la guerra de Sicilia, por haberse fiado imprudentemente de sus contrarios. Esta flaqueza la han tenido otros infinitos.

Convengamos pues, en que se debe vituperar, á los que sin consideracion se fian de sus contrarios; pero no se ha de culpar á los que toman todas las medidas posibles. Porque no fiarse absolutamente de ninguno, es no concluir jamas los negocios; y así no se debe culpar al que, tomadas las precauciones convenientes, obra lo que la razon dicta. Los resguardos necesarios contra la mala fe, son los juramentos, los hijos, las mugeres, y sobre todo, la conducta pasada. Si no obstante estas prevenciones, se falta á la fe y se cae en el lazo, esto ya no es culpa del engañado, sino del que engaña. Por eso es preciso tomar tales resguardos, por los quales aquel en quien se fia, no pueda faltar á la palabra. Pero como es difícil hallarlos de esta naturaleza; por eso se podrá tomar otro arbitrio, y es, tomar todas las precauciones razonables, para que, caso que seamos engañados, á lo ménos merezcamos perdon con los extraños. De esta sabia conducta ha habido infinitos exemplos en la antigüedad; pero el mas ilustre, y mas cercano á los tiempos de que vamos ha-

blando, es el que sucedió á Acheo; el qual, despues de no haber omitido precaucion ni seguridad de quantas puede preveer la prudencia humana, no obstante vino á ser cebo de sus contrarios. Pero este accidente, al paso que le atraxo la compasion y perdon de los extraños, excitó el ódio y aborrecimiento contra los autores.

CAPÍTULO II.

Grandes acciones de Romanos y Cartagineses. Perseverancia de una y otra república en sus empresas.

Conocidas ventajas de una historia universal.

No me parece ageno del intento y objeto general que me propuse al principio, excitar la atencion de los lectores sobre las grandes acciones de Roma y Cartago, y sobre la obstinada constancia de uno y otro gobierno en sus empresas. Porque á la verdad; no se admirará que teniendo una y otra república encendida una guerra principal dentro de Italia, otra de no menor importancia dentro de España, ambas con inciertas esperanzas aun de sus resultas, y ambas amenazadas de iguales peligros; con todo no contentas con estos bastos proyectos, se hayan metido á disputar la Cerdeña y la Sicilia, y ha-

yan acudido á todo , no solo con los deseos, sino con las provisiones y pertrechos necesarios? Pero aun causará mas admiracion , si se considera el por menor de las cosas. Los Romanos tenian á la sazón dos exércitos completos con sus cónsules en la Italia , otros dos en la España , uno de tierra á cuya cabeza estaba Cn. Cornelio Scipion , y otro de mar que mandaba P. Scipion. Los Cartagineses mantenian igual número de exércitos. Habia tambien al ancla en las costas de la Grecia para observar los desig- nios de Philipo , una esquadra que primero mandó M. Valerio , y despues Publio Sulpicio. Á mas de estos aparatos , Appio y M. Claudio cubrian la Sicilia , aquel con cien quinquerremes, y este con un exército de tierra. Amilcar hacia lo mismo por parte de los Cartagineses.

Á vista de esto me parece se ve ahora comprobado por los mismos hechos , lo que tantas veces hemos repetido en el proemio de nuestra obra ; á saber , que no es posible por las historias particulares comprehender la disposicion y economía de todo lo que ha pasado. Y á la verdad , ¿cómo es posible que con la simple lectura de las cosas de Sicilia y de España cada una de por sí , se conozca y entienda la grandeza de los hechos pasados , y lo principal , de qué modo y de qué género de gobierno se ha servido la fortuna , para obrar en nuestros dias el

mayor prodigio ; esto es , haber reducido á un solo imperio y poder todas las partes conocidas del universo , cosa que carece de exemplo en la historia ? Cómo tomaron los Romanos á Syracusa , y cómo se apoderaron de la España , se puede saber tal qual por las historias particulares ; pero cómo llegaron á dominar el orbe , qué circunstancias particulares ocurrieron en pró y en contra para su universal designio , y en qué tiempo ; esto sin una historia universal es muy dificultoso comprehenderlo ; así como lo es tambien concebir la grandeza de las acciones , y la actividad de un gobierno. Porque , que los Romanos fuesen á conquistar la España ó la Sicilia , y que hiciesen la guerra con exércitos de mar y tierra ; estas noticias , consideradas cada una de por sí , no tienen nada de extraordinario : pero si se considera , que junto con estas expediciones , se executaban otras muchas por el mismo poder y por el mismo gobierno ; y se hace alto , en que al mismo tiempo los que manejaban todas estas empresas , se veían agoviados de sediciones , y guerras dentro de su propio país ; ya entónçes penetrarémós el espíritu de las acciones , y nos parecerán admirables. Este es el único modo de dar á las cosas el aprecio que se merecen. Se ha dicho esto contra los que se presumen , que por la historia particular se puede alcanzar conocimiento de la comun y universal.

7
CAPÍTULO III.

Ataque de Marco Marcello por mar contra la Achradina de Syracusa. Estructura de la máquina llamada Sambuca. Inventos de Archimedes contra las máquinas de Marcello y Appio.

Appio, que mandaba la expedición de tierra, tenía campadas sus tropas al rededor del pórtico Scythico, sitio por donde la muralla tocaba con la lengua misma del agua. Como era grande el número de operarios, en cinco días quedaron dispuestos los cestones, armas arrojadizas y demas prevenciones para un asedio, esperando por esta prontitud coger desprevenido al enemigo. No echaban cuenta con la habilidad de Archimedes; ni preveían, que en ocasiones un buen ingenio puede mas que muchas manos; pero entonces los desengañó la misma experiencia. Pues á mas de que la ciudad era fuerte, por estar fabricados sus muros en redondo sobre un terreno elevado y tener su barbacana, á la qual, aun sin oposicion de los de adentro, era dificultoso acercarse, como no fuese por ciertos y determinados lugares; Archimedes habia hecho tales prevenciones dentro de la plaza contra los ataques de mar y tierra, que nada se echaba ménos de lo que pedia la urgencia, y se podia acudir prontamente á quanto tentasen

An. R.
539.
Ant. J.C.
215.

los contrarios. Á pesar de estos obstáculos, Appio previno sus cestones y escalas, y emprendió aplicarlas al muro inmediato á las Hexapilas por la parte de levante.

Marcello atacó por mar la Achradina con sesenta quinquerremes, todas bien tripuladas de soldados armados de arcos, hondas y flechas, para reprimir á los que peleasen desde las almenas. Á mas de estas habia ocho quinquerremes, á las quales se les habia quitado del un lado los bancos de remos, á las unas del derecho, y á las otras del izquierdo; y apareadas de dos en dos por el costado que estaba sin ellos, acercaban á la muralla las Sambucas, á impulsos de los remeros del costado exterior. La construccion de esta máquina es como se sigue: se hace una escalera quatro pies de ancha, la qual derecha iguale con la altura del muro. Se la pone unas barandas por ambos costados, y se la cubre por cima con cotas bien altas. Despues se la tiende á lo largo sobre los costados de las dos embarcaciones emparejadas, de suerte que sobresalga mucho fuera de los espolones, y en lo alto de los mástiles se clavan unas poleas con sus cuerdas. Quando es menester ponerla en uso, se atan las cuerdas á la punta de la escalera; y miéntras que unos desde la popa tiran de ella por medio de las poleas, otros en la proa empujando igualmente con palancas, ayudan á le-

vantar la máquina. Una vez levantada, los remeros de uno y otro costado exterior arriman á tierra las quinquereemes, y procuran fixarla al muro. En lo alto de la escalera hay un tablado guarnecido de zarzos de mimbres por tres lados, en el qual van quatro hombres para pelear, y desalojar de las almenas la gente que sirva de impedimento á que se arrime la Sambuca. Ya que, fixada esta, se ven los quatro sobre la muralla, quitan los balaustres de uno y otro lado, para atacar las almenas ó merlones. Los demas van siguiendo por la máquina arriba, sin peligro de que falte, por estar bien afirmada con maromas la escalera sobre las dos embarcaciones. Con razon se denomina así esta máquina; porque despues de levantada, el conjunto de la embarcacion y de la escalera representa una figura parecida á la Sambuca.

Prevenido todo del modo dicho, los Romanos pensaban atacar las torres. Pero Archimedes, que tenia prevenidas máquinas para arrojar dardos á todas distancias, miéntras los enemigos estaban léjos, hiriéndolos con ballestas mas elásticas y catapultas de mayor alcance, los reducía al último apuro. Si veía que los tiros pasaban de la otra parte, usando de otros de menor calibre á proporcion de la distancia, los ponía en tal confusion, que desbarataba del todo sus empresas y ataques; de suerte que Mar-

co Marcello rodeado de dificultades , se vió en la precision de hacer arrimar silenciosamente sus galeras durante la noche. Atracadas estas junto á tierra debaxo de tiro , Archimedes tenia hecha otra prevencion contra los que atacasen desde las embarcaciones. Habia llenado el muro de troneras del tamaño de la estatura de un hombre , pero por la parte exterior solo un palmo de anchas. Habia colocado aquí por parte adentro gentes con flechas y escorpiones , que arrojándolas por las troneras , frustrasen los esfuerzos de los Romanos. De suerte que bien los enemigos estuviesen léjos , bien cerca , no solo inutilizaba sus intentos , sino que les mataba mucha gente. Para el caso en que intentasen los Romanos levantar las Sambucas , tenia prevenidas por todo el muro máquinas , que ocultas todo el tiempo restante , solo en la ocasion se dexaban ver sobre la muralla con los extremos bien sacados de parte afuera de las almenas. Unas de estas mantenian peñascos que pesaban diez talentos , otras pedazos de plomo de igual tamaño. Quando se acercaban las Sambucas , se conducian estas máquinas á donde era necesario , por medio de maromas que tenian atadas á sus extremos , y dexando caer la piedra sobre la Sambuca , no solo desbarataba esta máquina , sino que ponía en un extremo peligro á la galera , y á la gente que estaba dentro.

Habia tambien otras máquinas contra los que atacaban, las cuales, bien que los enemigos estuviesen cubiertos con sus escudos, y seguros de ser ofendidos de los tiros que se disparaban desde la muralla, no obstante arrojaban peñascos tan desmesurados, que hacian huir de la proa á los combatientes. Al mismo tiempo dexaban caer una mano de hierro atada á una cadena, con la qual, aquel que gobernaba la máquina, luego que con la parte anterior de esta habia agarrado la proa del navío, baxaba la posterior por dentro de la muralla. Una vez levantada la proa, y puesto el buque perpendicular sobre la popa, quedaba inmóvil la parte anterior de la máquina; pero por medio de cierta polea se afloxaba la mano de hierro y la cadena, con lo qual unos navíos caían de costado, otros de espaldas; y la mayor parte, dexada caer la proa desde lo alto, eran sumergidos y echados á pique. Marcello no sabia que hacerse con los inventos de Archimedes, veía que los sitiados eludian todos sus intentos con menoscabo y oprobrio propio; y aunque sufría con impaciencia lo que pasaba, no obstante mofándose de las invenciones de Archimedes, decia, este hombre se sirve de nuestros navíos como de pucheros para sacar agua; y castigando á nuestras Sambucas, las desecha con ignominia como indignas de su com-

pañía. Tal fué el éxito del asedio por mar.

Appio, embarazado con iguales dificultades, habia tenido que desistir del empeño. Porque sus tropas, mientras estuviéron á larga distancia, habian sido incomodadas por los tiros de los pedreros y catapultas; tan admirable era la estructura, el número, y la eficacia de los dardos, como que Ieron habia hecho los gastos, y Archimedes habia sido el archîtecto y artifice de semejantes inventos. Y quando ya estuviéron cerca de la ciudad, unos rechazados con los dardos que de continuo se arrojaban por las troneras del muro, como hemos dicho, no habian podido acercarse; otros que habian pasado adelante cubiertos con sus escudos, habian sido acogotados con peñascos y vigas que dexaban caer sobre sus cabezas. No habian causado menores daños las manos de hierro que pendian de las máquinas, y de que ya hemos hablado arriba; porque con ellas levantaban en alto los soldados con sus armas, y los estrellaban contra la tierra. Al fin Appio tuvo que retirarse á su campamento, y despues de haber deliberado con los tribunos, unánimes conviniéron en que, no siendo sitio formal, todo lo demas se debía aventurar por tomar á Syracuse, como al cabo pusieron por la obra. En ocho meses que tuvieron bloqueada la ciudad, no hubo estratagema ó accion de valor que se perdonase; pero jamas

osáron tentar un asedio á viva fuerza. Tanto y tan admirable es el poder, que tiene en ciertos lances un solo hombre y un solo arte, empleado á propósito. Sáquese un solo viejo de Syracusa; con tantas fuerzas de mar y tierra, al momento se hubieran apoderado de la ciudad los Romanos; pero estando dentro, ni aun tentar osaban el ataque, á lo ménos del modo que Arquimedes pudiese prohibirlo. Así fué que persuadidos, á que sola la hambre podia reducirles la ciudad por la mucha gente que en sí encerraba, á esta sola esperanza se atuviéron, cortándoles los víveres que les podian venir por mar con la esquadra, y los de tierra con el ejército. Para no pasar infructuosamente el tiempo que habian de estar delante de Syracusa, sino al mismo tiempo adelantar por defuera algun tanto sus conquistas, los dos cónsules dividiéron el ejército. Appio con dos partes quedó delante de Syracusa, y Marcello con la tercera taló las tierras de los Syracusanos, que tenian el partido de los Cartagineses.

CAPÍTULO IV.

Philipo mata á Arato con un veneno. Moderacion de este , y honores heroicos que se le hacen.

An. R.
539.
Ant. J. C.
215.

Jamas pudo Philipo tomar un castigo conveniente de los Messenios, sus enemigos declarados, por mas esfuerzos que hizo para asolar su pais; pero fué pública á todos la demasiada insolencia con que trató á sus mas estrechos amigos. Hizo emponzoñar al viejo Arato, por no haber aprobado lo que él habia hecho en Messena, valiéndose para esta baxeza del ministerio de Taurion, que en su nombre gobernaba el Peloponeso. Por el pronto estuvo oculta la accion entre los extraños; pues la actividad del veneno no era de las que matan al momento, sino de las que hacen su efecto pasado algun tiempo. Pero no se le ocultó á Arato esta perfidia. La causa de haberse publicado fué, que aunque quiso ocultarla á todos, no pudo ménos de descubrirla á Cephalon, uno de sus domésticos con quien tenia confianza. Este tal le habia asistido cuidadosamente durante toda su enfermedad, y habiendo reparado en un esputo que habia en la pared mezclado en sangre, Arato le dixo: *Cephalon, estas son las recompensas de la amistad, que he tenido con Philipo*: tan grande

y admirable es el efecto de la moderacion, causar mayor vergüenza al injuriado, que al autor de la ofensa. Tal fué el pago que recibió Arato de la amistad de Philipo, despues de haberle acompañado en tantas y tan gloriosas empresas con gran ventaja de sus intereses. Pero bien que muriese este Arato, que tantas veces habia obtenido la pretura entre los Acheos, y que habia hecho tantos y tan señalados servicios á su nacion; no obstante la patria y la república Achea le tributáron los aplausos debidos, le decretáron sacrificios, le señalaron honores heroycos, y en una palabra, quanto podia contribuir á hacer inmortal su memoria. De suerte que si queda alguna sensacion á los muertos, no puede ménos que Arato, al ver el reconocimiento de los Acheos, haya dexado de complacerse con las penalidades y peligros que sufrió por ellos durante la vida.

CAPÍTULO V.

*Toma inesperada de Lisso y de su ciudadela
por Philipo.*

Ya hacia mucho tiempo que Philipo maquinaba, y revolvía en su idea cómo apoderarse de Lisso y de su ciudadela, quando al fin marchó

An. R.
540.
Ant. J.C.
214.

allá con ejército. Despues de dos dias de camino, y haber atravesado los desfiladeros, sentó su campo á las riberas del Ardaxano, no lejos de la ciudad. Al ver el ámbito de esta, y lo bien fortificada que la naturaleza y el arte la habian hecho, tanto por el lado del mar como por el lado de tierra; y al considerar que la ciudadela que tenia inmediata, por su encumbrada altura y demas fortaleza daba de sí una idea, que quitaba aun la esperanza de poder ser tomada por fuerza; renunció del todo el empeño quanto á esta parte, pero no desesperó enteramente de tomar la ciudad. Habia observado, que entre esta y el pie de la montaña donde estaba la ciudadela, mediaba un espacio muy á propósito para un ataque. Aquí se propuso travar una escaramuza, para lo qual se valió de un ardid oportuno. Despues de haber dado un dia de descanso á los Macedonios, y haberles exhortado segun pedia la ocasion, emboscó ántes de amanecer la mayor y mas fuerte parte de su infantería ligera en ciertos barrancos montuosos, hácia lo interior del pais y por cima del espacio de que ya hemos hablado. Al dia siguiente conduxo por la orilla del mar su infantería pesadamente armada, y el resto de la ligera del otro lado de la ciudad. Ya que hubo dado la vuelta, y apostándose en el sitio que hemos dicho, nadie dudó que por allí tentaria el ataque.

Como habia sido pública la venida de Philipo , se habia juntado en Lisso un gran número de Illyrios de todos los contornos. Satisfechos de la fortaleza de la ciudadela , no habian puesto en ella sino una guarnicion muy corta. Y así lo mismo fué acercarse los Macedonios, que fiados en el número y ventajas del terreno, echarse fuera de la ciudad. El rey situó su infantería pesada en el llano , y mandó abanzar la ligera hácia las eminencias , y batirse con vigor con el enemigo. Obedecido el orden , la accion estuvo dudosa por algun tiempo ; pero al fin los de Philipo , cediendo á la desigualdad del terreno y al número de enemigos , tuvieron que volver la espalda. Refugiados estos á los rodejeros , los sitiados llenos de desprecio pasan adelante , descenden al llano , y cierran con la infanteria pesada. La guarnicion de la ciudadela, al ver que Philipo iba retirando lentamente una por una sus cohortes , creyendo que esto era ceder el campo , abandonó imprudentemente su puesto , persuadida á que la naturaleza del sitio bastaria á su defensa. En efecto estas tropas desamparan unas trás otras la ciudadela , y baxan por caminos extraviados á un sitio llano y descampado , con la esperanza de algun botin despues de ahuyentados los enemigos. Pero á este tiempo los que estaban emboscados en lo interior del país , saliendo de repente , hacen un vi-

goroso ataque, y juntamente la infantería pesada vuelve á la carga. Este accidente desconcertó al enemigo; la guarnicion de Lisso se retiró con desórden, y se salvó en la ciudad; pero la que habia abandonado la ciudadela, fué cortada por los que saliéron de la emboscada. De aquí provino lo que ménos se esperaba, que la ciudadela se tomó al momento sin riesgo alguno; y la ciudad al dia siguiente, despues de vivos y terribles ataques. Dueño Philipo de Lisso y de su ciudadela de un modo tan extraordinario, por el mismo hecho lo vino á ser de todos los contornos, como que los mas de los Illyrios le viniéron á ofrecer de grado sus ciudades. Una vez tomadas por fuerza estas fortalezas, se vió claramente, que ya no habia asilo contra el poder de este principe, ni defensa que le pudiese resistir.

CAPÍTULO VI.

Acheo sitiado en la ciudadela de Sardes, es entregado á sus enemigos por traicion de Bolis el Cretense, y condenado a muerte vergonzosa por Antioco.

Bolis era un personage de nacion Cretense, pero que habia vivido mucho tiempo en la corte con los primeros cargos del gobierno. Pasaba por hombre inteligente, de espíritu fogoso, y experimentado en la ciencia militar como ninguno. Sosibio supo ganarle á fuerza de un largo trato, y despues de haberle tenido afecto y propenso á sus ideas, le declaró, que en nada podia dar mas gusto al rey en las actuales circunstancias, como en excogitar un medio de salvar á Acheo. Á esta propuesta Bolis respondió, que se miraria en ello, y se retiró. Despues de haberlo bien reflexionado, fué á los dos ó tres dias á casa de Sosibio, y le dixo que tomaba por su cuenta el asunto, que habia vivido mucho tiempo en Sardes, que tenia noticia del terreno, y que Cambylo, gobernador de las tropas Cretenses á sueldo de Antioco, era no solo su paisano, sino tambien su pariente y amigo. Daba la casualidad, que á Cambylo y á los Cretenses de su mando estaba encomendada la guarda de uno de los fuer-

An. R.

540.

Ant. J. C.

214.

tes , situados á espaldas de la ciudadela ; los quales , por no admitir fortificacion alguna , tenían que estar custodiados de continuo por la tropa de Cambylo. Sosibio se alegró infinito con esta circunstancia , y se llegó á persuadir , ó que era imposible sacar á Acheo del peligro en que estaba , ó una vez dable , ninguno lo podía executar mejor que Bolis. Como en éste se advertia tal anhelo , al instante se promovió con empeño la empresa. Sosibio , al paso que le ofrecia dinero para que no faltase requisito al designio , y le prometia mucho mas , si llegaba á tener buen éxito ; le exâgeraba por añadidura las recompensas que recibiria del mismo rey y de Acheo , con lo qual hinchó el corazon de Bolis de magníficas esperanzas. En efecto , pronto á la execucion , despues de haber tomado el salvo-conducto y las credenciales necesarias , se hizo á la vela sin detencion ; primero para Rodas , á verse con Nicomaco , que en afecto y confianza hacia con Acheo veces de padre ; y despues para Epheso , á tratar con Melancoma. Estos eran los dos confidentes , de quienes Acheo se habia servido en los tiempos anteriores , tanto para los asuntos pertenecientes á Ptolemeo , como para los demas negocios externos.

Llegado Bolis á Rodas y despues á Epheso , comunicó el asunto con estos dos personajes , y habiéndolos hallado prontos para su empresa ,

déspachó uno de los suyos llamado Ariano á Cambylo, con órden de decirle, que habia venido de Alexandria á reclutar tropas extranjeras, pero que deseaba comunicarle ciertos asuntos importantes; y así le suplicaba, se sirviese señalarle tiempo y lugar, en que pudiesen verse sin testigos. No bien hubo llegado Ariano, y mostrado las cartas á Cambylo, quando éste accedió á lo que le pedia, y señalado dia y lugar en que los dos pudiesen verse durante la noche, volvió á enviar al mensajero. Bolis, Cretense en efecto, y por consiguiente doble por naturaleza, habia rumiado bien el asunto, y tenia tomados todos los cabos. Por fin llegó á verse con Cambylo segun le habia prevenido Ariano, y le entregó una carta, sobre la que tuviéron un consejo, propio de dos Cretenses. Lo que ménos cuidáron ellos, fué de sacar á Acheo del inminente riesgo, y guardar la fé á los que les habian fiado tal empresa; solo consultáron su seguridad, y su propia conveniencia. Y así á pocas razones, como buenos Cretenses, se conviniéron en un mismo parecer; á saber, que repartirian por igual los diez talentos, que ya tenian recibidos de Sosibio; que descubririan á Antioco todo el asunto, y siempre que éste les diese por él pronto dinero, y para adelante esperanzas proporcionadas á tan gran servicio, le prometerian poner en sus manos

á Acheo , prestándoles su ayuda. Dispuesto así el negocio , Cambylo tomó por su cuenta manejar el asunto con Antioco ; y Bolis ofreció por la suya , que á pocos dias enviaria á Ariano con una cifra y unas cartas para Acheo de parte de Nicomaco y Melancoma ; pero que él tuviese cuidado de introducir y sacar á Ariano de la ciudadela con seguridad. Y caso que Acheo , aprobado el pensamiento , respondiese á Nicomaco y Melancoma , Bolis por sí solo se encargaria de la execucion , y vendria á juntarse con Cambylo. Hecha esta reparticion , se separaron , y cada uno pensó en executar lo que le tocaba.

Á la primera ocasion que se presentó , sacó Cambylo la conversacion al rey. Este con una oferta tan lisongera é inesperada , por una parte alegre en extremo , todo lo prometia ; por otra receloso , examinaba con individualidad el proyecto y medios de conseguirlo. Pero al fin asintió , y persuadiéndose que los Dioses favorecian la empresa , rogaba é instaba encarecidamente á Cambylo , llevase la accion á efecto. Bolis practicaba iguales oficios con Nicomaco y Melancoma ; los cuales , creyendo que esto iba de buena fé , despacharon sin recelo á Ariano con unas cartas para Acheo , escritas con ciertas cifras , en que estaban convenidos segun su costumbre. Las tales cartas le exhortaban á que se fiase en un to-

do de Bolis y Cambylo , y estaban escritas con tal arte , que aunque fuesen interceptadas , era imposible descifrar su contenido. Ariano introducido en la ciudadela por medio de Cambylo, entregó las cartas á Acheo ; y como desde el principio habia presenciado toda la conjuracion, daba razon exâctamente de todo. Preguntado sobre várias y diferentes cosas de Sosibio y de Bolis, de Nicomaco y Melancoma , y sobre todo de Cambylo , respondia con sinceridad y sobre sí á todo lo que se le preguntaba , porque se hallaba ignorante de lo principal que Cambylo y Bolis tenian entre sí concertado. Acheo , á vista de las respuestas de Ariano, y sobre todo convencido con las cifras de Nicomaco y Melancoma , respondió á las cartas , y despachó al instante á Ariano. Esta correspondencia se repitió muchas veces de una y otra parte , y al fin Acheo , como que no le restaba otra esperanza de salud , se entregó a Nicomaco, y le mandó que le enviase á Bolis con Ariano una noche sin luna, para ponerse en sus manos. El designio de Acheo era , primero evitar el peligro que le amenazaba, y despues meterse sin detencion en la Syria. Tenia bien fundadas esperanzas , que si mientras Antioco estaba delante de Sardes , se dexaba ver á los Syrios de repente y quando ménos lo pensaban , su presencia causaria una gran conmocion , y daria

mucho gusto á las gentes de Antioquia , de la Cœle-Syria y de la Phenicia.

Lleno de estas expectativas y pensamientos, aguardaba con impaciencia la venida de Bolis. Melancoma recibió á Ariano , y leídas las cartas , le despacha á Bolis , á quien exhorta encarecidamente , y ofrece magníficas esperanzas , si consigue su designio. Este , con el aviso anticipado que por medio de Ariano habia dado á Cambylo de su llegada , vino por la noche al lugar señalado. Pasáron allí todo el dia en deliberar el expediente de cada una de las circunstancias , al cabo del qual se retiráron por la noche al campamento. La cosa estaba dispuesta de este modo : que si Acheo salia de la ciudadela solo ó acompañado de otro con Bolis y Ariano , era facil á los emboscados burlarse y apoderarse de su persona ; pero si salia con mucha gente , ya era negocio arduo , quando solo aspiraban á cogerle vivo , por consistir en esto principalmente la gracia que se prometian de Antioco ; que por esta razon era preciso que Ariano , una vez fuera de la ciudadela Acheo , fuese guiando , como que sabia aquella senda por donde tantas veces habia ido y venido ; y que Bolis siguiese detrás , para que quando se llegase al sitio donde habian de estar los emboscados dispuestos por Cambylo , este agarrase y echase mano á Acheo , no fuese que en la con-

fusion y con la obscuridad se les escapase por lugares montuosos, ó desesperado se arrojase por algun despeñadero, y se frustrase el desig-
nio de cogerle vivo. Dispuesto así el lance, vi-
no Bolis á verse con Cambylo, quien aquella
misma noche le conduxo á Antioco, y le dexó
con él á solas. El rey le recibió con mucho aga-
sajo, le confirmó sus promesas, y despues de
haber exhortado encarecidamente á uno y otro
á que no retardasen el proyecto, se retiráron á
su campo. Bolis al amanecer marchó con Aria-
no, y entró en la ciudadela ántes del dia.

Acheo recibió con mucho obsequio y ur-
banidad á Bolis, le exâminó muy por menor
sobre cada una de las circunstancias; y advir-
tiendo en su rostro y conversacion, que era
hombre de la firmeza requisita para el caso, á
veces se alegraba con la esperanza de la salud,
y á veces quedaba atónito y lleno de inquietu-
des á vista de las grandes conseqüencias. No
obstante como á una penetracion singular junta-
ba una experiencia en los negocios nada com-
mun, resolvió no abandonarse enteramente á la
fé de Bolis. Por esta razon le dixo, que por el
presente no le era posible acompañarle, pero
que enviaria con él tres ó quatro amigos suyos;
y despues de haber conferenciado estos con
Melancoma, estaria él pronto á la salida. En
efecto, Acheo tomaba todas las precauciones

posibles, pero no sabia que trataba con un Cretense; porque Bolis se habia prevenido para todo lo que se le pudiera ofrecer sobre el caso. Venida la noche, en que habia dicho que le acompañarian quatro de sus amigos, envió por delante á Ariano y á Bolis á la salida de la ciudadela, y les mandó esperar allí, hasta tanto que llegasen los que habian de partir con ellos. Mientras que estos obedecian el orden, él descubrió su pecho á Laodice su muger, la qual quedó fuera de sí con una nueva tan extraordinaria. Despues de haberla consolado y mitigado su dolor con las ventajas que se prometia, en lo que se detuvo algun tiempo; acompañado de sus quatro amigos, á quienes dió vestidos medianos, tomó para sí uno vil y despreciable, y reducido á condición humilde, echó á andar, previniendo á uno de ellos, que él solo respondiese á todas las preguntas de Ariano, que siempre se informase de él para lo que ocurriese, y dixese que los otros eran bárbaros.

Despues que llegaron á donde estaba Ariano, éste echó adelante por la noticia que tenia del camino; pero Bolis se quedó atrás, segun estaba dispuesto, dudoso é inquieto sobre el éxito de la accion. Porque aunque era Cretense, y por consiguiente propenso á sospechar todo mal de su próximo, con todo la obscuridad no le dexaba distinguir, no digo quien era

Acheo , pero ni aun si venia en la compañía. Bien que como la mayor parte del camino era una baxada pendiente y escabrosa , y á trechos tenia precipicios muy resbaladizos y peligrosos , le fué fácil distinguir qual de ellos era Acheo ; porque siempre que se llegaba á uno de estos parages , unos le agarraban , otros le sostenian , no pudiendo aun aquí dexar de prestarle aquel respeto que tenian de costumbre. Ya que hubieron llegado al lugar señalado por Cambylo , Bolis hizo señal con un silvato , y al instante salieron los emboscados y se apoderaron de los otros quatro. Bolis mismo agarró á Acheo , que tenia las manos envueltas con el ropage , receloso de que conocido el fraude , no intentase matarse con una espada que traía encubierta. En un punto se vió Acheo rodeado por todos lados en poder de sus contrarios , y llevado sin dilacion con sus amigos á presencia de Antiocho. Ya hacia tiempo que este príncipe estaba suspenso , y pendiente del éxito de la accion. Despedidos los comensales , se habia quedado solo y despierto en su tienda con dos ó tres guardias de su persona. Quando hubo entrado á su presencia Cambylo , y dexado á Acheo atado sobre la tierra , la admiracion le embargó el habla de tal modo , que por mucho tiempo estuvo callando , y al fin enternecido se le cayéron las lágrimas. Á mi modo de entender,



procedió esta compasion de contemplar , quán inevitables é inopinados son los acasos de la fortuna. Acheo que era hijo de Andromaco , y hermano de Laodice muger de Seleuco ; que habia casado con Laodice hija del rey Mitridates ; que habia sido señor de todo el país de parte acá del monte Tauro ; y que á la sazón , en el concepto de sus tropas y las de sus contrarios , se hallaba en la plaza mas fuerte del universo ; este mismo Acheo yacia ahora atado en tierra , hecho despojo de sus contrarios , sin tener alguno otro noticia de la traicion , mas que los que la habian cometido.

Lo mismo fué amanecer , acudiéron los cortesanos á la tienda del rey , como tenian de costumbre , y al contemplar un espectáculo semejante , les sucedió lo mismo que habia pasado por Antioco. La admiracion fué tal , que dudaban de lo que veian. Junto el consejo , hubo muchas altercaciones , sobre el castigo que se le habia de imponer. Al fin se resolvió , que se mutilase á este desgraciado príncipe ; y despues de cortada la cabeza y cosida en una piel de asno , se pusiese en una cruz el resto de su cuerpo. No bien supiéron las tropas la execucion de la sentencia , quando se esparció tal furor y enagenacion por todo el ejército , que Laodice que sabia sola la salida de su marido , conjeturó desde la ciudadela lo que pasaba por el al-

boroto y conmocion de la armada. Á poco rato vino un trompeta , á darla cuenta de la suerte de su marido , y mandarla que sobreyese en los negocios , y evaquase la ciudadela. Por el pronto la guarnicion no dió otra respuesta mas que gemidos y sollozos inexplicables , no tanto por el amor que profesaba á Acheo , quanto porque nada ménos esperaba que un fracaso tan extraordinario é inesperado ; pero despues se viéron en una extrema dificultad y embarazo los cercados. Antioco , despues de haberse deshecho de Acheo , estrechaba de continuo la ciudadela , persuadido á que los mismos de adentro , y principalmente los soldados le darian ocasion de tomarla , como sucedió al cabo. Por que sublevada la guarnicion , se dividió en bandos , unos en favor de Ariobazo , y otros de Laodice. Este accidente causó una mútua desconfianza , y al instante unos y otros rindiéron al rey sus personas y la ciudadela. Asi acabó la vida Acheo , príncipe , que no obstante haber tomado quantas precauciones dicta la prudencia , vencido al fin por la perfidia de aquellos de quienes se habia fiado , vino á servir de exemplo provechoso á la posteridad de dos modos: uno , que nos enseña á no fiarnos facilmente de qualquiera ; y otro , á no ensoberbecernos en la prosperidad , sino á temerlo todo como mortales.

CAPÍTULO VII.

Annibal toma por traicion la ciudad de Tarento.

An. R. **A**l principio los Tarentinos no salian de la
541. ciudad, sino para hacer alguna correria. Una
Ant. J. C. noche que se acercaron al campamento de los
213. Cartagineses, se quedaron todos escondidos en
cierto bosque que estaba á orillas del camino,
ménos Philemenes y Nicon que pasaron al cam-
po. Las guardias, como no decian de donde
venian, ni quienes eran, solo sí significaban que
querian hablar al general; les echaron mano, y
los conduxeron á Annibal. Apénas le fueron pre-
sentados, dixéron que deseaban hablarle á so-
las, y admitidos sin dilacion á una conferencia,
hiciéron una apologia de su conducta y de la
de su patria, acriminando al mismo tiempo á
los Romanos en muchos y diferentes puntos,
para darle á entender que no sin motivo habian
tomado la resolucion de abandonarlos. Annibal,
despues de haberlos aplaudido la resolucion, y
haberlos recibido en su amistad, los despidió,
previniéndoles que volviesen quanto ántes á tra-
tar con él sobre el asunto. Por el pronto les
mandó, que despues que estuviesen á una bue-
na distancia del campo, se llevasen por delante

los primeros ganados que encontrasen con los hombres que los guardaban; y se tornasen sin temor á los suyos, que él cuidaria de su seguridad. Su designio en esto era tomarse tiempo para rumiar lo que los jóvenes le habian propuesto, y hacer creer á los Tarentinos, que estos únicamente habian salido por el pillage. En efecto, Nicon cumplió exáctamente lo que se le habia encargado, y Annibal estaba sumamente gozoso, de que al cabo se le hubiese presentado proporcion para lo que proyectaba. Philemenes por su parte promovia aun con mas calor el negocio; ya por la seguridad que tenia de tratar con Annibal, y la buena acogida que en él habia hallado; ya tambien porque el mucho ganado que robaba, le habia afianzado suficientemente el crédito para con sus conciudadanos. En efecto, con los sacrificios y convites que hacia del ganado robado, no solo tenia sentada su fé con los Tarentinos, sino que habia excitado la emulacion de otros muchos.

Hecha despues una segunda salida, y practicadas puntualmente las mismas diligencias, diéron sus seguridades á Annibal, y este las recibió de ellos con estos pactos: que Annibal pondria en libertad á los Tarentinos, que por ningun acontecimiento exígiria Cartago tributos de Tarento, ni impondria otros nuevos; pero que seria lícito á los Cartagineses, despues de apo-

derados de la ciudad , saquear las casas y habitaciones de los Romanos. Conviniéron tambien en la señal que habian de dar , para que las guardias los recibiesen sin detencion en el campo , quando volviesen. Por este medio consiguiéron la libertad de venir á verse freqüentemente con Annibal , ya con el pretexto de hacer correrías , ya con el de salir á caza. Tomadas estas medidas para adelante , miéntras los demas conjurados espiaban la ocasion , se mandó á Philemenes que saliese á caza. Porque como esta era su pasion dominante , todos creían que lo hacia por un efecto de predileccion á este exercicio. Con este motivo se le encargó , que con las fieras que cogiese , ganase primero la amistad de Caio Livio gobernador de la ciudad , y despues la de las centinelas de la puerta llamada Temenida. Philemenes , despues de haberse adquirido esta confianza , introducía de continuo caza en la ciudad , ya la que él cogía , ya la que Annibal le tenia dispuesta. Daba una parte al gobernador , y otra á las guardias de la puerta , para que estuviesen prontas á abrirle el postigo : porque por lo regular entraba y salía de noche , pretextando en la apariencia el temor á los enemigos , y en la realidad disponiéndose para lo que tenia proyectado. Quando ya tuvo acostumbradas las centinelas , á no poner reparo en abrirle el postigo , al instante que se

acercase al muro , y diese un silvido ; entónces los conjurados que ya tenian observado , que en cierto dia habia de ir el gobernador con grande acompañamiento á lo que se llama el Museo cerca de la plaza , señalaron con Annibal aquel dia para la execucion de su designio.

Annibal tenia ya buscado de antemano un pretexto de indisposicion , á fin de que los Romanos no extrañasen la noticia , de que se detenia mas tiempo en un mismo sitio ; pero entónces fingió mas grave enfermedad , y separó su campo de Tarento tres dias de camino. Venido el dia señalado , entresacó de su caballería é infantería los diez mil hombres mas ágiles y bravos , y los mandó tomar racion para quatro dias. Con esto levantó el campo al amanecer , y echó á andar en diligencia ; previniendo á ochenta caballeros Numidas escogidos , que marchasen delante del ejército á distancia de treinta estadios , y talasen los lugares de uno y otro lado del camino , para que nadie percibiese el grueso del ejército ; y de los que encontrasen , unos fuesen cogidos , otros , caso que escapasen , solo contasen en la ciudad que era una cabalgada de los Numidas. Ya que estuvo esta caballería á ciento y veinte estadios de distancia , Annibal hizo cenar á sus gentes á la orilla de un rio , de donde con dificultad podia ser visto , por correr por un barranco. Aquí

juntó sus capitanes , y sin descubrirles del todo el pensamiento , únicamente les exhortó ; primero , á que obrasen como buenos , pues jamas se habian presentado á su valor mayores recompensas ; segundo , á que cada uno contuviese en buen orden á sus soldados durante la marcha , y castigase severamente á los que se desmandasen de sus líneas ; y últimamente , á que estuviesen atentos á las órdenes , y no obrasen cosa por sí sin mandato de sus xefes. Dicho esto , despidió los capitanes ; y apénas anocheció , hizo avanzar la vanguardia , á fin de estar junto al muro á media noche. Llevaba por guia á Philemenes , á quien tenia prevenido un javalí , para que le abriesen la puerta.

Livio habia pasado todo aquel dia con sus amigos en el Museo , segun los conjurados se lo habian imaginado ; y ya al ponerse el sol , quando el vino hacia su mayor efecto , le traxéron ja nueva de que los Numidas corrian la campaña. Únicamente atento á lo que le contaban , y por consiguiente mas satisfecho con esta noticia de todo lo que podria ser , llamó á algunos capitanes , y dispuso que con la mitad de la caballería saliesen al amanecer , á contener la tala del enemigo. Apénas anocheció , Nicon , Tragisco , y demas conjurados , juntos en la ciudad , se pusieron á observar la vuelta de Livio á su casa. No tardó este en levantarse de la me-

sa, porque el convite había sido por el día. Entónces miéntras unos se quedan á cierta distancia, salen otros á divertir á Livio con obscenidades y chocarrerías que se dicen unos á otros, como para imitar á los que salían del convite. Apenas estuviéron cerca de Livio, á quien el vino tenia mas enagenado, todo fué risa y algazara de una y otra parte; y vueltos hácia atras, le restituyéron á su casa, donde sin pensamiento que le inquietase ó entristeciese, rebo-sando alegría y deleite, quedó durmiendo la borrachera, como suelen los que se exceden en el vino por el día. Despues Nicon y Tragisco vuelven á incorporarse con los compañeros, de quienes se habian separado; y divididos en tres trozos, procuran ocupar las avenidas mas cómodas de la plaza, para que no se les ocultase cosa de quanto pasase fuera ó dentro de la ciudad. Apostáron unos quantos junto á la casa del gobernador, firmemente persuadidos, que si se suscitaba alguna sospecha de lo que iba á suceder, primero habian de ir á parar las nuevas á Livio, y de él habian de salir las providencias. Ya que todos se habian retirado del convite, la algazara toda habia cesado, y el pueblo estaba durmiendo, como á eso de media noche, viendo que todo estaba como se habian prometido, se juntáron y marcháron á executar su designio.

Estaban convenidos con los Cartagineses, en que Annibal se acercaria á la ciudad por aquel lado del oriente, que desde lo interior del pais viene á parar á la puerta Temenida; que encenderia una antorcha sobre el túmulo, llamado por unos de Hyacinto, y por otros de Apollo Hyacinto; que Tragisco, al instante que la viese, le corresponderia con otra dentro de la ciudad; y que á consecuencia de esto Annibal apagaria su fuego, y se encaminaria á lento paso hácia la puerta. Tomadas estas medidas, los conjurados atraviesan la parte habitada de la ciudad, y vienen á parar á los cementerios. Es de suponer, que los Tarentinos tienen aquella parte de la ciudad que mira al oriente, llena de sepulcros, por enterrar aun hasta el dia de hoy á todos sus muertos dentro de los muros, en cumplimiento de un antiguo oráculo que les habia predicho, *que quantos mas habitantes fuesen, serian mas dichosos y felices*; y ellos entendiendo que el modo de llegar á ser su ciudad la mas dichosa, era si retenian consigo á los que morian, sepultan aun hasta el dia de hoy sus cadáveres dentro de las puertas. Apénas llegaron al túmulo de Pythionico, esperáron la señal. En efecto se acerca Annibal, y enciende su antorcha, la qual no fué ántes vista de Nicon y Tragisco, quando llenos de confianza le corresponden con la suya; y despues de apagada la de

Annibal, echan á correr en diligencia á la puerta, para degollar la guardia ántes que llegasen los Cartagineses, que segun el convenio habian de venir á lento paso y sin meter ruido. La cosa sale con felicidad, sorprenden las centinelas, las degüellan, quiebran los cerrojos, abren las puertas sin tardanza, y llega Annibal al momento crítico, habiendo dispuesto su marcha con tanto pulso, que no se tenia en la ciudad la mas mínima sospecha de su venida.

Hecha la entrada con seguridad y sin alboroto como se habia propuesto, Annibal creyó que lo principal del designio estaba conseguido, y echó á andar lleno de confianza por una ancha calle, llamada la Batea, que conduce á la plaza. Habia dexado fuera de la muralla su caballería, que ascendia á dos mil hombres, para que sirviese de reten contra las incursiones exteriores, ó qualquier otro lance imprevisto de los que acontecen en semejantes empresas. Ya que estuvo en la plaza, mandó hacer alto á las tropas, para esperar á tener noticia de Philemenes. Estaba inquieto por saber, cómo habria salido esta otra parte de su proyecto. Porque miéntras que él encendia el fuego y echaba á andar á la puerta Temenida, habia destacado á Philemenes con su javalí en unas angarillas, y mil Africanos á la puerta inmediata; á fin de que segun su primer proposito, no pendiese el pro-

yecto meramente de un solo arbitrio, sino de muchos.

Philemenes, quando ya estuvo cerca de la muralla, dió un silvido segun costumbre, y al momento baxó el guarda á abrirle el postigo. Para obligarle á que le abriese pronto, le dixó desde afuera, que venia cargado, y traía un javalí. El guarda, prometiéndose que le tocaria alguna parte de la presa, porque siempre participaba de lo que Philemenes metia, alegró con estas palabras se dió prisa á abrirle. En efecto, entran agarrados de los brazos delanteros de las angarillas Philemenes, y otro en hábito de pastor que figuraba un hombre del campo, y despues de ellos otros dos que llevaban la fiera asidos de los brazos posteriores. Apénas estos quatro estuviéron dentro del postigo, matan á puñaladas al que les habia abierto, que inocentemente se entretenia en mirar y palpar el javalí; é inmediatamente hacen entrar con silencio á otros treinta Africanos, que venian en pos de estos, y delante del resto del esquadron. Hecho esto, sin dilacion unos quiebran los cerrojos, otros matan las centinelas, otros hacen señal á los Africanos que estaban fuera, para que vengan; y ya que tambien estuviéron estos dentro, echan á andar sin peligro hácia la plaza, como estaba dispuesto.

Lo mismo fué incorporarse estas tropas con

las demas , Annibal alegre en extremo , de que la accion le salia á medida del deseo , procedió á lo que faltaba. Dividió en tres trozos los dos mil Celtas que tenia , y puso á la cabeza de cada uno dos de los conjurados. Destacó en compañía de estos algunos de sus capitanes , con órden de ocupar las avenidas mas ventajosas de la plaza. Ya que estuvo esto prevenido , mandó á los conjurados que libertasen y salvarsen las vidas de los ciudadanos que encontrasen , avisándoles desde léjos que se estuviesen quietos , que no habia que temer ; pero dió órden á los oficiales Cartagineses y Celtas , para que matasen á quantos Romanos se pusiesen delante. En efecto , esparcidos por diversas partes , se puso en execucion el órden.

Quando ya fué cierto que los enemigos habian entrado en la ciudad , todo fué clamores y alboroto. Livio advertido del suceso , conociendo que el vino no le tenia en estado de obrar , salió al momento de casa con sus criados , y se encaminó á la puerta que conduce al puerto. El guarda se la franqueó , salió por ella , y metiéndose en un esquife de los que estaban anclados , pasó con sus gentes á la ciudadela. Poco despues Philemenes que tenia prevenidas unas trompetas Romanas , y algunas gentes enseñadas á tocarlas , hizo una llamada desde el teatro ; con lo qual acudiendo á la ciudadela los

Romanos á tomar las armas como lo tenían de costumbre, todo sali6 como los Cartagineses tenían pensado. Porque conforme iban llegando de tropel y sin 6rden á las plazuelas, unos encontraban con los Cartagineses, otros con los Celtas, que de este modo hicieron una gran carnicería. Venido el día, los Tarentinos subsistían quietos en sus casas, sin poder adivinar á punto fijo lo que pasaba. Porque al considerar la trompeta, y el ningun desorden ni pillage que habia en la ciudad, se presumían que el alboroto provenia de los mismos Romanos; pero quando vieron muertos en las plazas á muchos de estos, y á algunos Galos que los despojaban, ent6nces ya se maliciaron que habian entrado los Cartagineses.

Quando ya fué de día claro, Annibal, formadas en batalla sus tropas en la plaza, y retirados los Romanos á la ciudadela donde tenían guarnicion, mandó por un pregon que todos los Tarentinos se juntasen en la plaza sin armas. Al punto los conjurados discurrier6n por toda la ciudad, apellidando libertad, é infundiendo buen ánimo, pues que los Cartagineses habian venido para su remedio. Aquellos de los Tarentinos que tenían alguna conexi6n con los Romanos, lo mismo fué oír el pregon, se retiraron á la ciudadela; pero los demas se congregaron sin armas, como prevenia el edicto. El Carta-

gines los habló con dulzura , y ellos unánimes aplaudieron sus razones por una salud tan inesperada. Entónces despidió la junta , previniendo á cada uno , que al instante que llegase á su casa , pusiese sobre la puerta esta palabra , *Tarentino* ; é imponiendo pena de muerte , al que escribiese lo mismo sobre la habitacion de algun Romano. Despues distribuyó las tropas que le parecieron mas á propósito para el caso , las envió á saquear las casas de los Romanos , que reconocieran no viendo rótulo alguno escrito sobre las puertas , y retuvo consigo los demas en batalla para auxiliar á estas gentes.

Hecho de este saco un rico botin de alhajas de todas clases , y tal que llenaba las esperanzas que los Cartagineses habian concebido , pasaron aquella noche sobre las armas ; pero al dia siguiente Annibal , habido consejo con los Tarentinos , resolvió levantar un muro entremedias de la ciudad y de la ciudadela , á fin de que los ciudadanos no tuviesen que temer en adelante de los Romanos que ocupaban esta. Al principio se propuso levantar un vallado paralelo al muro de la ciudadela , y al foso que este tenia por delante ; pero no dudando que los enemigos , lejos de permitirlo , harian todos los esfuerzos por estorbarlo , entresacó sus mejores tropas , en el concepto de que no habia cosa mas conducente para adelante , que aterrar á los Roma-

nos, é inspirar confianza á los Tarentinos. En efecto, lo mismo fué comenzarse á hacer la trinchera, que atacar los Romanos con intrepidez y valentía. Annibal al principio travó solo una leve escaramuza, para provocar el ardor de los Romanos; pero quando ya estuviéron los mas fuera del foso, dá la señal á los suyos, y rompe con el enemigo. El combate fué rudo, como que se peleaba en un corto recinto, y ese murado; pero al fin forzados los Romanos, volviéron la espalda. Muchos quedáron sobre el campo de batalla, pero la mayor parte pereció rechazada y precipitada en el foso.

De allí adelante Annibal, viendo cumplidos sus deseos, prosiguió su vallado libre de que le inquietasen. Con esto encerrados los Romanos, los forzó á vivir dentro de los muros, por temor no solo de aventurar sus personas, sino de perder la ciudadela; y á los Tarentinos infundió tal espíritu, que con ellos solos sin el auxilio de los Cartagineses se creía capaz de hacer frente á los Romanos. Despues cavó un foso un poco mas acá del vallado hácia la ciudad, paralelo á la trinchera y muro de la ciudadela, y al borde de este que estaba de parte de la ciudad, levantó con tierra::: *un parapeto*, sobre el qual formó una trinchera poco ménos fuerte que una muralla. Inmediato á esta y dentro del corto espacio que mediaba hasta la ciudad, empren-

dió construir un muro , que principiaba desde el sitio llamado Soteira , hasta la calle Batea ; de suerte que solas estas fortificaciones , sin necesidad de gentes que las defendiesen , bastaban por sí á cubierto los Tarentinos de todo insulto. Hecho esto , dexó una buena guarnicion de á pie y de á caballo para custodia de la ciudad y defensa de sus muros , y fué á camparse á quarenta estadios de distancia , sobre las márgenes de un rio que algunos llaman Galeso , y los mas Eurotas , denominado así de otro que pasa por Lacedemonia del mismo nombre. Hay en Tarento y sus alrededores otras muchas cosas semejantes á las de aquella ciudad , tanto porque es colonia de Lacedemonios , como porque tiene un parentesco indubitable con aquella república. Concluida la muralla , que no fué tarde , á causa de la actividad y diligencia de los Tarentinos , y la ayuda que los Cartagineses prestaron , Annibal pensó despues en tomar la ciudadela.

Ya que tenia dispuestos todos los pertrechos para el asedio , llegó de Metaponte un socorro por mar á la ciudadela ; con el qual alentados algun tanto los espíritus de los Romanos , hacen una salida de noche á las obras , arruinan todos los trabajos , y destruyen las máquinas. Este accidente hizo desistir á Annibal del asedio ; pero como ya tenia enteramente con-

cluida la muralla , congregó á los Tarentinos, y les manifestó , que lo que mas les importaba en tales circunstancias , era hacerse señores del mar. Porque dominando como dominaba la ciudadela la entrada del puerto , segun diximos, ellos no podian absolutamente hacer uso de sus embarcaciones , ni salir al mar ; en vez de que á los Romanos les venia por mar quanto necesitaban sin peligro ; y miéntras esto subsistiese, era imposible asegurar la libertad de Tarento. En vista de esto Annibal les mostró, que si quitaban este recurso á los sitiados , al instante tendrían que rendirse , abandonar la ciudadela , y entregarla. Los Tarentinos bien hubieran asentido á su discurso ; pero no podian comprehender cómo pudiera esto hacerse , á no presentarse una esquadra Cartaginesa ; lo qual por entónces era imposible. Y así no acababan de concebir , á dónde iba á parar Annibal con estas palabras. Pero quando les hubo dicho que ellos solos , sin necesidad de los Cartagineses , eran capaces de señorearse del mar ; entónces creció mas la sorpresa , sin poder adivinar su pensamiento. Annibal habia observado que de esta parte del muro que habia fabricado , habia un llano , que extendiéndose lo largo de la muralla desde el puerto hasta el mar exterior , era muy á propósito para transportar los navíos desde el puerto al lado meridional de la ciudad. Así fué

que al instante que descubrió el pensamiento á los Tarentinos, no solo aprobáron lo que decía, sino que llenos de admiracion por este grande hombre, reconocieron que no habia cosa tan árdua que no cediese á su penetracion y audacia. En efecto, construidas prontamente máquinas con ruedas, concebirse la idea y llevarla al cabo, todo fué uno; tanta era la actividad, y tanto el número de manos que cooperáron al proyecto. Los Tarentinos, habiendo transportado de este modo sus navíos al mar exterior, y privado á los Romanos de todo socorro extranjero, estrecháron el sitio de la ciudadela sin peligro. Annibal, dexada guarnicion en la ciudad, se puso en marcha con sus tropas, y llegó al tercer dia á su primer campo, donde pasó tranquilamente el resto del invierno.

EXTRACTOS

DEL LIBRO NONO

DE LA HISTORIA DE POLYBIO

MEGALOPOLITANO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Digresion, en que Polybio defiende el método que ha tenido en escribir su historia. De las muchas partes de que se compone la historia, la principal segun Polybio, es la que relaciona los hechos, porque entre otras razones acarrea una notable utilidad á los lectores.

Ve aquí los hechos mas ilustres que se comprehenden en la mencionada olimpiada, ó en el espacio de quatro años, á que hemos dicho que equivale cada una; hechos, que servirán de materia á los dos libros siguientes. Bien sé que mi

modo de escribir tiene algun tanto de desagradable, y que por la uniformidad de su estilo solo acomodará y gustará á una clase de personas. Todos los demas historiadores, ó á lo ménos la mayor parte, como hacen uso de todas las partes de la historia, atraen á la lectura de sus obras un gran número de personas. En efecto, el que solo lee por aficion, gusta de genealogías de familias y de naciones; el investigador y curioso apetece establecimientos de colonias, fundaciones de ciudades, y conexiones de unas con otras, como se vé en Ephoro; y el político ama las acciones de pueblos, de ciudades y de reyes: y como nosotros meramente nos hemos atendido á estas últimas, y de ellas hemos hecho el objeto principal de nuestra obra; de aquí es, que nuestra historia solo quadrará á una clase de sugetos, y para el mayor número será una lectura desapacible. Ahora, que motivos nos hayan impelido á desechar las otras partes de la historia, y ceñirnos únicamente á contar los hechos, esto ya lo hemos dicho á lo largo en otra parte; no obstante no hallo inconveniente en apuntarlo aquí por mayor á los lectores, para refrescar la memoria.

En el supuesto de que son muchos los que nos han contado de diversas maneras lo perteneciente á genealogías, fábulas, colonias, parentescos de unos pueblos con otros, y fundacio-

nes de ciudades ; un historiador que emprenda ahora tratar de esto , una de dos , ó ha de vender lo ageno como propio , la mayor vergüenza para un escritor ; ó quando nó , tomarse un trabajo ciertamente vano , en escribir y quebrarse la cabeza sobre cosas sabidas , que sus predecesores expusieron con bastante claridad , y trasmitiéron á los venideros. Ve aquí el motivo entre otros muchos , porque hemos omitido estas materias. Al contrario hemos preferido la relacion de los hechos ; primero , porque como estos son siempre nuevos , requieren tambien narracion nueva , pues no es menester tocar lo de ántes , para contar lo que ha pasado despues ; segundo , porque este modo de escribir ha sido siempre , y es el mas provechoso ; mayormente quando en nuestra era han hecho tales progresos las ciencias y las artes , que para qualquier caso que sobrevenga , puede hallar reglas de conducta el que las busque. Por lo qual no tanto atentos al placer , como á la utilidad de los lectores , sin contar con las demas partes , nos hemos ceñido á esta ; y sobre esto qualquiera que lea atentamente nuestra historia , apoyará lo que decimos con su voto.

CAPÍTULO II.

Sitio de Capua por los Romanos despues de la derrota de Cannas. Inutiles esfuerzos de Annibal por librarla del asedio. Retirada de este general, y marcha contra Roma. Paralelo de Epaminondas con Annibal, y de los Lacedemonios con los Romanos.

Annibal, tirada una línea todo al rededor del campo de Appio, trababa escaramuzas y tentaba á los Romanos, á fin de provocarlos á un combate; pero viendo que Appio no hacia caso, entabló al cabo un asedio como si fuera á una ciudad. La caballería atacaba por escuadrones, y disparaba tiros con algazara contra el campo. La infantería en batallones se arrojaba, y hacia esfuerzos por arrancar el atrincheramiento. Pero nada de esto era capaz de mover á Appio de su propósito. Al contrario, rechazaba con la infantería ligera á los que se acercaban al real, y defendiéndose con los pesadamente armados del ímpetu de los tiros, los hacia permanecer formados baxo sus banderas. El Cartagines, desesperanzado de salir con su designio, porque ni podia entrar en la plaza, ::::: ni desalojar á los Romanos, consultó con los suyos, que habia de hacer en tales circunstancias. En mi concepto, lo que entónces

An. R.

541.

Ant. J.C.

213.

pasó, es capaz de embarazar no solo á Annibal, sino á qualquier otro hombre que lo entienda. Porque ¿quién no extrañará, que los Romanos tantas veces vencidos por los Cartagineses, y sin osar ponerseles delante, no quieran ceder ni abandonar la campaña? ¿y que aquellos que poco ántes andaban solo costeando las laderas, baxen ahora al llano, y pongan sitio á la ciudad mas célebre y poderosa de Italia, viéndose rodeados por todas partes de unos enemigos, á quienes ni aun por el pensamiento se atrevian á mirarles á la cara? Pero los Cartagineses, aunque constantemente victoriosos en los combates, á veces no se veían ménos afligidos que los vencidos. Á mi modo de entender, esto provino de la conducta de unos y otros. Unos y otros estaban enterados, que la caballería de Annibal era causa de las victorias de los Cartagineses, y de las pérdidas de los Romanos. Por eso así que viéron estos vencidas sus legiones, se propusieron marchar por las laderas al lado de Annibal; porque en tales sitios, no habia nada que temer de la caballería enemiga.

En efecto, no pudo ménos de suceder á unos y otros, lo que entónces pasó en Capua. Los Romanos no se atrevian á salir á una batalla por temor á la caballería Cartaginesa; pero dentro de su campo vivían muy confiados, porque sabian fixamente, que la que los habia ven-

cido en batallas campales , aquí no era capaz de acarrearles el menor daño. Por otra parte , los Cartagineses tenían fuertes motivos , para no poder subsistir acampados mucho tiempo en un mismo sitio con su caballería ; ya porque con esta prevencion tenían los Romanos talados todos los forrages de la comarca , y no era facil traer á lomo de tan larga distancia , el heno ó cebada que bastase á tanto número de caballos y acémilas ; ya porque sin el auxilio de esta no tenían atrevimiento á sitiar dentro de sus fosos y trincheras á los Romanos ; contra quienes , siempre que habian entrado en accion con sola la infantería , habia quedado dudoso el éxito de la jornada. Á mas de esto aquexaba al Cartagines el recelo de que no viniesen sobre él nuevas tropas , se acampasen al frente , y cortado el transporte de los víveres , le pusiesen en grande aprieto. Pesadas estas razones , Annibal , teniendo por imposible hacer levantar el cerco á viva fuerza , mudó de pensamiento. Discursió , que si hacia una marcha oculta y se dexaba ver de repente delante de Roma , acaso aterrados sus moradores con la novedad , conseguiria alguna ventaja sobre esta capital ; y quando no , forzaria á Appio , ó á levantar el cerco para venir prontamente al socorro de su patria , ó á dividir su armada ; y en este caso , le seria facil vencer á los que viniesen al socorro , y á

los que quedasen en Capua. Con este designio despachó un correo á Capua; y para su mayor seguridad, le persuadió que se pasase á los Romanos, y desde allí á la plaza. Se recelaba en gran manera, que los Capuanos, desesperanzados al ver su retiro, no le abandonasen y se entregasen á los Romanos. Por eso les descubrió su pensamiento en una carta, que envió por un Africano el dia despues de su marcha, para que sabido el designio y el motivo de su retiro, sufriesen el asedio con constancia.

Así que se supo en Roma lo que pasaba en Capua, y que Annibal campado al frente tenia sitiadas sus legiones, todo fué temor y sobresalto, como si ya hubiese llegado el dia que iba á decidir de su suerte. La remision de víveres, y el acopio de municiones ocupó las atenciones de todos y de cada uno. Los Capuanos, recibida la carta por el Africano, supieron el modo de pensar de Annibal, y resueltos á probar aun este arbitrio, persistieron en su resolucion. Annibal al quinto dia de haber llegado, dá de cenar á sus gentes, y dexando los fuegos encendidos, levanta el campo con tal silencio, que nadie supo su ausencia. Despues que en continuas y forzadas marchas hubo atravesado la Samnia, y hubo reconocido y tomado con la vanguardia todos los lugares que se hallaban sobre el camino; y mientras que duraba aun

An. R.
542.
Ant. J. C.
212.

en Roma la inquietud de Capua y de lo que allí pasaba, vadea el Anio, se acerca á Roma, y sienta su campo á quarenta estadios quando mas de esta capital.

Sabida en Roma esta noticia, fué tanto mayor la turbacion y sobresalto, quanto tenia el caso de imprevisto é inesperado, porque jamas se habia acercado tanto Annibal á sus muros. Al mismo tiempo se les representaba la idea, que no era posible se hubiesen atrevido los enemigos á pasar tan adelante, á no haber vencido ántes las legiones que sitiaban á Capua. Al instante los hombres montan sobre los muros, y ocupan los puestos ventajosos de la ciudad. Las mugeres corren á los templos, hacen votos á los Dioses, y barren con sus cabellos los pavimentos de los templos, como tienen de costumbre, quando la patria se ve amenazada de un gran peligro.

Ya tenia Annibal fortificado su campo, y estaba pensando como dar un asalto á la ciudad al día siguiente, quando inopinadamente y sin saber como sobrevino un acaso, que fué la salud de Roma. Ya hacia tiempo que los cónsules Cneio Fulvio y Pub. Sulpicio tenian alistada una legion, que en aquel mismo día estaba obligada con juramento á venir á Roma con sus armas; y á la sazón estaban haciendo el encabezamiento de otra, y probando á los soldados. De

suerte que casualmente se halló en Roma al tiempo preciso un gran número de tropas, que sacadas por los cónsules con buen ánimo, y campadas delante de la ciudad, contuviéron el ardor de Annibal. El Cartagines al principio habia emprendido esta expedicion, no del todo desesperanzado de tomar á Roma por asalto; pero visto que los enemigos formaban sus haces, é informado poco despues por un desertor de lo que pasaba, depuso su intento contra la ciudad, y se echó á talar la campiña, é incendiar los edificios. En los principios recogió y juntó en su campo un prodigioso botin, como que habia venido á robar un país, á donde jamas se creyó pudiese llegar enemigo alguno.

— Pero despues como los cónsules hubiesen tenido el osado arrojto de apostarse á diez estadios del real enemigo, Annibal que por una parte habia acopiado un inmenso botin, y por otra se veía sin esperanzas de tomar á Roma, levantó el campo al amanecer. El principal motivo para esto fué, la cuenta que tenia echada de los dias, en que segun su concepto esperaba, que Appio informado del peligro de su patria, ó levantaria del todo el cerco para acudir á Roma, ó dexadas en Capua algunas tropas, vendria al socorro en diligencia con la mayor parte; y en qualquiera de los dos casos, se prometia tener de su parte la fortuna. Pero Pu-

blio, rotos los puentes del Anio, le forzó á vadear el rio, dió sobre sus tropas quando pasaban, y le puso en un grande embarazo. Es cierto que no hizo daño considerable á causa del gran número de caballos que Annibal tenia, y la facilidad de maniobrar de los Numidas en qualquier terreno; pero por lo ménos le quitó una buena parte del botin, y le tomó prisioneros trescientos hombres, con lo qual se retiró á su campamento. Poco despues en el concepto de que un regreso tan precipitado en los Cartagineses procedia de miedo, echó á andar en su alcance de cerro en cerro. El Cartagines al principio caminaba á largas marchas, con el anhelo de executar lo que se habia propuesto; pero al quinto dia con el aviso que tuvo de que Appio persistia sobre el cerco, manda hacer alto para esperar á los que venian detrás, ataca durante la noche el campo Romano, mata á muchos, y desaloja á los restantes del campamento. Venido el dia, advirtió que los Romanos se habian acogido á una eminencia fortificada, y no teniendo por conveniente detenerse en su asedio, rompió por la Daunia y el país de los Brucios, y sin ser sentido se dexó ver delante de Regio tan de repente, que por poco no se apodera de la ciudad. No obstante mató á todos los que habian salido á la campaña, é hizo prisioneros á muchos ciu-

dadanos de Regio en esta jornada.

Me parece que con justa razon se aplaudirá el valor y emulacion, con que los Cartagineses y Romanos se hacian la guerra por este tiempo: del mismo modo que se celebra á Epaminondas el Tebano. Este general, habiendo llegado á Tegea con sus aliados, y visto á los Lacedemonios y sus aliados congregados en Mantinea, en accion de hacerle frente; mandó cenar temprano á los suyos, y los sacó á prima noche, aparentando que iba á apoderarse de ciertos puestos ventajosos para formarlos en batalla. Todo el ejército estaba eficazmente persuadido á esto; quando tomando el camino en derechura á Lacedemonia, llega allá á la tercera hora de la noche, coge á Sparta desprevenida de defensores con tan inopinada venida, entra á fuerza hasta la plaza, y se apodera de todo aquel lado de la ciudad que mira al rio. Por desgracia llegó á Mantinea aquella misma noche cierto desertor, y dando cuenta al rey Agesilao de lo que pasaba, se acudió prontamente al socorro, al tiempo mismo que se estaba tomando la ciudad. Epaminondas, malograda esta esperanza, hace tomar un bocado á los suyos á las márgenes del Eurotas, y recobrado algun tanto el ejército de la fatiga pasada, vuelve á tomar el camino mismo que habia traído; conjeturando lo que sucederia, que los Lacede-

monios, por haber marchado al socorro de Sparta, habrían dexado desierta á Mantinea, como sucedió en efecto. Con esta mira exhorta á los Tebanos, y al cabo de una marcha forzada de toda una noche, llega á Mantinea á la mitad del dia, y la halla enteramente yerma de defensores. Pero dió la casualidad, que los Atenenses, con el deseo de tener parte en la guerra contra los Tebanos, llegaron á esta sazón para auxiliar á los Lacedemonios. Ya la vanguardia Tebana tocaba con el templo de Neptuno, distante siete estadios de la ciudad, quando se dexáron ver los Atenenses sobre un collado que domina á Mantinea, como si expresamente los hubieran llamado. Lo mismo fué divisarlos los que habian quedado en la ciudad, que al instante se animáron aunque con trabajo á subir á los muros, para contener el ímpetu de los Tebanos. Por eso los historiadores se quejan con justa razon de la desgracia de estas expediciones, y sientan, que Epaminondas executó por su parte quanto pudiera un perfecto capitan::::: pero aunque vencedor de sus contrarios, fué vencido de la fortuna.

Lo mismo se puede decir de Annibal. Porque al ver á este general, que ataca á los Romanos, por ver si con pequeños combates puede hacerles levantar el cerco; que frustrado este intento, marcha contra la misma Roma; que

no dexándole salir tampoco la desgracia con su designio, vuelve sobre sus pasos, y destaca la mayor parte de su ejército á Capua, mientras que él queda como en centinela de los movimientos de los sitiadores; que por último no desiste del empeño, ántes de destruir á los Romanos, y por poco no desalojar de su ciudad á los de Regio; pregunto ¿quién no admirará y aplaudirá al Cartagines en estas acciones? Pero qualquiera conocerá, que los Romanos en este lance se conduxéron mejor que los Lacedemonios. Porque aunque estos al primer aviso echáron á correr de tropel, por salvar á Sparta; pero en quanto estuvo de su parte, dexáron abandonada á Mantinea: en vez de que aquellos guardáron su patria sin levantar por eso el asedio, subsistieron inmobiles y firmes en su resolucion, y de allí adelante estrecháron á los Capuanos con mas confianza.

Se ha dicho esto, no tanto por hacer el encomio de los Romanos y Cartagineses, cosa que ya hemos hecho repetidas veces, quanto por elogiar á las cabezas de uno y otro pueblo, y á los que en adelante hayan de manejar los negocios públicos en qualquiera otro; á fin de que acordándose de estos grandes generales, y tomándolos por modelos, emulen:..... sus esclarecidas acciones; las quales, aunque en sí parezcan tener alguna cosa de arrojadas y peli-

grosas, no obstante no tienen riesgo en emprenderse, se miran con admiracion, y bien se consigan, bien no, adquieren gloria inmortal y buena fama, si las acompaña la prudencia.

CAPÍTULO III.

Si los Romanos hicieron bien y en pro de sus intereses, en transportar á su patria los adornos de las ciudades conquistadas.

Tal es el motivo que induxo á los Romanos á llevar á su patria los mencionados adornos, y á no dexar alhaja en las ciudades vencidas. Lo qual si fué bien hecho y conducente, ó al contrario, es materia que admite muchas disputas; bien que hay mas razones para probar, que ni entónces entendiéron, ni ahora entienden su propia conveniencia. Porque si llevados de este atractivo hubieran engrandecido su patria, no tiene duda, que hubieran tenido justa razon para transportar á Roma lo que pudiera enriquecerla; pero si con el mas simple modo de vida, si infinitamente distantes de la profusion y luxo, domáron no obstante aquellos pueblos, entre quienes se encontraba el mayor y mas precioso número de estas alhajas, ¿cómo no se ha de calificar este por un yerro de

su política? Desnudarse de las costumbres del pueblo vencedor por vestirse de las del vencido, y atraerse sobre sí la envidia que por lo comun acompaña á este exterior extranjero, la cosa de que mas se deben precaver los que gobiernan, esta sin disputa es una conducta errada de quien tal hace. El que contempla en estos adornos forasteros, jamas bendice la fortuna de los que poseen lo ageno, sin que la envidia al mismo tiempo dexede de suscitarle alguna conmisericordia de los infelices á quienes ántes se quitaron. Quando la dicha va en aumento, y una nacion ha llegado á atesorar las riquezas de las otras, si por algun accidente concurren estas á ver este espectáculo, nacen de aquí dos males. Porque los expectadores ya no se conducen de los males agenos sino de los propios, renovando la memoria de sus propias infelicidades. De aquí nace no solo la envidia, sino que se fomenta una cierta rabia contra los dichosos; pues la memoria de las propias calamidades induce, digamoslo así, al aborrecimiento de los autores. Para que los Romanos hubiesen atesorado en Roma el oro y la plata, ya habia algun motivo; pues no era posible llegar al imperio universal, sin disminuir primero el poder de los otros pueblos, privándolos de estos recursos, y apropiándolos para sí. Pero para todo lo que no es el poder real que hemos dicho,

mas glorioso les hubiera sido el dexarlo donde se estaba, con la envidia que á esto se sigue, y adornar su patria, no con pinturas y efigies, sino con la gravedad de costumbres y nobleza de sentimientos. Esto se ha dicho para los conquistadores que vengan en adelante, á fin de que no despojen las ciudades que sometan, ni se persuadan á que sirven de adorno á sus patrias las calamidades ajenas.

CAPÍTULO IV.

Digresion sobre los principales elementos del arte militar. En materias de guerra, una cosa son acciones, y otra hazares ó casualidades. Requisitos que ha de tener un general, práctica, historia y ciencia adquirida por principios. Necesidad para este último de las Matemáticas, y especialmente de la Astrologia y Geometria. Necesidad de la Astrologia, para ajustar la estacion á las empresas militares. Exemplos de generales que han malogrado sus designios por este defecto. Uso de la Geometria. Modo de medir las escalas. Diversas formas de situar un campamento, y modo de conjeturar su magnitud por el ámbito. Refutacion de los que piensan, que los pueblos de suelo desigual y quebrado contienen mas casas que los de terreno llano: y demostracion lineal de lo contrario.

Mucha reflexion requieren los accidentes de las empresas militares; pero se puede salir bien de todos, si se executa con prudencia lo proyectado. Es fácil conocer por lo pasado, que en la guerra son ménos las acciones que se executan á las claras y por fuerza, que las que se hacen con astucia y ocasion; y que de las que ofrece la ocasion, mas son las que se han ma-

logrado , que las que se han conseguido. Para convencerse de esta verdad , no es menester mas que mirar al éxito. Se convendrá tambien , en que las mas de las faltas se cometen por ignorancia é indolencia de los xefes. Ahora vamos á ver , qual sea el modo de remediarlas.

Todo lo que se hace en la guerra sin designio , no merece el nombre de accion , sino mas bien el de hazar ó de accidente. Estos como no tienen regla fixa ni estable , se nos permitirá pasarlos en silencio , y únicamente atenernos á los que se executan con objeto determinado , que serán la materia del presente discurso. Toda accion pide tiempo determinado , espacio cierto en que se ha de hacer , lugar , secreto , señales fixas , y á mas por quienes , con quienes , y de que modo se ha de executar. Seguramente , el que convine bien cada una de estas circunstancias , no le desmentirá su designio ; pero con una que omita , le fallará todo el proyecto. Tal es la disposicion de la naturaleza ; para malograrse una empresa , basta una friolera ó la mas mínima circunstancia ; quando para su logro , apenas bastan todas. Por eso los generales no deben omitir ninguna en semejantes ocasiones.

La principal circunstancia de las que hemos apuntado , es el secreto ; de suerte que ni la alegría de un suceso inesperado , ni el temor , ni la familiaridad , ni el afecto á los suyos , sea



capaz de descubrirlo al extraño, sino únicamente comunicarlo á aquellos, sin los cuales no es posible llevar á efecto lo proyectado; y aun á estos de ningun modo ántes, que lo exija la necesidad de cada cosa. El secreto consiste no solo en la lengua, sino mucho mas en el ánimo. Porque hay muchas gentes, que aun con la boca cerrada, ya con el semblante, ya con las acciones descubren el interior. La segunda es, saber los caminos diurnos y nocturnos, y el modo de andarlos, tanto por tierra, como por mar. La tercera y principal es, tener noticia de las estaciones por las observaciones del cielo, para poderlas acomodar á sus designios. Tambien es de considerar el mecanismo de la accion; pues muchas veces consiste en esto parecernos los imposibles facilidades, y las facilidades imposibles. Ultimamente, se debe cuidar de las señas y contraseñas, así como de la eleccion de quienes y con quienes se ha de executar lo proyectado. Todos estos requisitos se adquieren, unos por la práctica, otros por la historia, y otros por el arte y los preceptos.

Lo mejor seria, que el mismo general supiese los caminos, el sitio á donde se habia de ir, la naturaleza del terreno, y á mas por quienes y con quienes se habia de hacer la cosa; pero quando no, á lo ménos es preciso se informe de todas las menudencias, no dé crédito

así como quiera, y tome seguridades de las guías que preceden al ejército en semejantes lances. Todos estos conocimientos y otros semejantes los pueden aprender los xefes, ó por propia experiencia adquirida en el mismo exercicio militar, ó por la historia; pero otros, necesitan estudio y observacion, principalmente en la astrología y geometría. Estas ciencias, aunque en sí no muy importantes para esta profesion, con todo son de un grande uso, y conducen infinito para conocer las revoluciones que ántes hemos dicho. Su principal necesidad consiste, en enseñarnos la duracion de los días y de las noches. Porque si esta duracion fuera siempre igual, no se necesitaria trabajo en adquirir un conocimiento que sabrian todos. Pero como no solo se encuentra diferencia entre el día y la noche, sino tambien entre un día y otro día, una noche y otra noche; es indispensable conocer las crecientes y menguantes de unos y de otras. Sin echar cuenta con estas alteraciones, ¿cómo se ajustará el camino y la marcha de un día ó una noche? No es posible sin este conocimiento, llegar jamas al tiempo preciso, sino que necesariamente se ha de llegar, ó ántes ó despues; y en estas solas ocasiones es mas falta llegar temprano que tarde. Porque el que llega tarde, es cierto se le malogra la esperanza; pero conocido á tiempo su yerro, se reti-

ra sin peligro : en vez de que el que llega temprano , como es descubierto , á mas de frustrarsele la empresa , se pone á peligro de una entera derrota.

Todas las acciones humanas penden de la ocasion , pero mayormente las de la guerra. Por eso el general debe tener suma facilidad en conocer los solsticios del verano y del invierno, los equinocios , y las crecientes y menguantes de los dias y de las noches que entre estos median. Este es el único modo de medir justamente el tránsito de una parte á otra , bien sea por mar , bien por tierra. Es tambien preciso conocer las diversas partes del dia y de la noche , para saber , á qué hora se debe levantar , y á cuál ha de echar á andar. Porque sin buen principio , no es posible conseguir el fin. Las horas del dia se pueden conocer por la sombra , por el curso del sol , y por los espacios del camino que se encuentran marcados sobre la tierra ; pero las de la noche no es tan fácil , á no ser que mirando al cielo , se comprenda toda la disposicion y economía de los doce signos del Zodiaco ; bien que esto no tiene nada de dificultoso , para los que han hecho algun estudio en la esfera. Porque aunque las noches sean desiguales , como en toda noche aparecen sobre el horizonte seis de los doce signos , se sigue por precision , que á las mismas partes de qualquie-

ra noche se han de descubrir partes iguales de los doce signos. Una vez conocido, qué espacio del Zodiaco ocupa el sol durante el día, no hay mas que, despues de puesto, tirar una línea diametral por el círculo, y todo quanto se descubra haber ascendido el Zodiaco por encima de esta línea, otro tanto se habrá pasado siempre de la noche. Despues de sabido el número y magnitud de los signos, se conoce con facilidad las diferentes partes de la noche. Si la noche está nublada, se ha de atender á la luna; porque como es tan grande, por lo regular siempre se percibe su luz, en qualquier parte del cielo que se halle. Unas veces se han de computar las horas por el tiempo y lugar inmediato á su oriente, otras por el inmediato á su ocaso; pero ántes es menester haber adquirido un tan gran conocimiento sobre esto, que se comprendan bien todas las diferencias que acaecen al salir la luna. En fin las observaciones sobre este astro son fáciles. Todo su estudio está reducido, como si dixéramos, á un solo mes; y para la inteligencia, todos los demas son semejantes.

Por eso se aplaudirá siempre en Homero, el habernos representado á Ulyses, aquel sobresaliente capitan, conjeturando por los astros, no solo lo perteneciente á la navegacion, sino lo tocante á las acciones de tierra. Se pueden pre-

veer exáctamente los acontecimientos mas extraordinarios y capaces muchas veces de arrojarlos en el mayor embarazo, como son las lluvias, las inundaciones, las excesivas escarchas, las nevadas, los ayres condensados y nebulosos, y otros semejantes meteoros. Y si de lo que se puede preveer, no hacemos caso ¿no seremos con razón culpables del mal éxito de la mayor parte de nuestros designios? Convengamos, en que nada se debe despreciar de quanto se ha dicho, para libertarnos de las faltas, en que tantos otros han caido, como los que ahora vamos á poner por exemplo.

Arato, pretor de los Acheos, habiendo intentado tomar por trato la ciudad de Cyneta, dispuso con aquellos de la ciudad que apoyaban su intento, el día en que estaria por la noche junto al rio que baña la ciudad, y esperaria allí algun tanto con sus tropas; que los conjurados, luego que hallasen ocasion, destacarian sin estrépito por la puerta á la mitad del día uno de los suyos con capa, para advertir á Arato que se acercase á la ciudad, y se apostase sobre un sepulcro en que estaban convenidos; que los otros echarian mano durante la siesta á los Polemarchos, que acostumbaban á estar de guardia; y que hecho esto, Arato habia de salir prontamente de la emboscada para apoderarse de la puerta. Tomadas estas medidas, ya que

fué el tiempo preciso , viene Arato , se oculta á las márgenes del rio , y espera la señal. Á este tiempo cierto ciudadano , que tenia un rebaño de ovejas pastando al rededor de la ciudad , queriendo saber de su pastor cierta cosa , salió por la puerta con su capa , y se puso sobre el mismo sepulcro , por si echando la vista por todas partes , podia encontrarle. Arato , que se persuadió á que esta era la señal , acudió prontamente á la puerta ; pero cerrada esta por las centinelas , porque todavía no tenian nada dispuesto los de adentro , no solo malogró la acción , sino que fué causa de que los cómplices de la ciudad sufriesen los mayores castigos ; porque convencidos de traicion , fuéron sobre la marcha sacados al suplicio. ¿Y cuál dirémos fué la causa de esta desgracia ? El haberse fiado de una simple señal el general , jóven aun , y poco experto en la exâctitud de las señas y contraseñas dobles : tan poco necesitan á veces las acciones militares para su malogrø ó su consecucion.

Cleomenes , rey de Sparta , formó tambien el desigñio de tomar por inteligencia á Megalopolis. Para esto concertó con los guardas del muro , que vendria una noche con gente á un sitio llamado la *Cueva* á eso de la tercera vigilia , tiempo en que habian de montar la guardia los conjurados. Pero no previó , que al naci-

miento de las Pleyades son sumamente cortas las noches, y levantó el campo de Lacedemonia al ponerse el sol. ¿Y qué sucedió? que no pudiendo llegar con tanta presteza que no fuese ya de día claro, en medio de los temerarios y vanos esfuerzos que hizo, fué repelido vergonzosamente con pérdida de muchos, y á riesgo de haberlo perdido todo; aquel, que si hubiera ajustado bien con el tiempo su designio, una vez apoderados los cómplices de la entrada, hubiera introducido su ejército, y no le hubiera fallado su proyecto.

Ya hemos dicho arriba, como tambien el rey Philipo, tramada inteligencia con algunos de la ciudad de Melita, cometió dos yerros; el uno en haber traído escalas mas cortas que las que pedía la urgencia; el otro en haber venido ántes de tiempo. Porque habiendo quedado en que vendria á media noche, quando todos estuviesen durmiendo, salió de Larissa ántes de la hora precisa, llegó al pais de los Melitenses; y como no podía ni detenerse, por temor de que la noticia llegase á la ciudad, ni volver atrás para ocultarse; forzado á proseguir siempre adelante, llegó á Melita, quando todos estaban despiertos. De aquí provino, que ni pudo forzar el muro con las escalas por la desproporcion, ni entrar por la puerta, á causa de no haber tenido tiempo los de adentro para ayudar-

le. Por último irritados los de la ciudad mataron muchos de los suyos, y él tuvo que retirarse con la vergüenza de haber errado el golpe, y haber advertido á los Melitenses y á los demas pueblos, la desconfianza y precaucion que habian de tener con su persona.

Nicias, general de los Atenienses, pudo muy bien salvar el ejército que tenia delante de Syracusa, y tomar durante la noche el tiempo oportuno para engañar al enemigo, y ponerse en salvo. Pero habiéndose eclipsado entónces la luna, la supersticion le hizo recelar no fuese presagio de alguna desgracia, y suspendió la marcha. De que se siguió, que levantando el campo la noche siguiente, los soldados y los xefes tuvieron que rendirse á los Syracusanos, que ya estaban advertidos. Bien que si sobre esto hubiera consultado solo á los peritos, hubiera podido, no digo no dexar pasar la ocasion oportuna por tales accidentes, pero aun servirse de la ignorancia de los contrarios en su provecho. Porque la impericia del enemigo es para el hábil general tener andado lo mas para la consecucion de sus designios. Ve aquí hasta donde se ha de extender el conocimiento de la Astrología.

La medida de las escalas se ha de tomar de esta manera. Si por alguno de los que están de inteligencia, se sabe la altura del muro, es fá-

cil ajustar la medida de la escala. Porque si el muro tiene, por exemplo, diez pies de altura, es preciso dar á la escala doce bien cumplidos. La distancia á que ha de estar el pie de la escala respecto de la altura del muro, ha de ser la mitad de su longitud; para que ni mas separada se quiebre con el número de los que suben, ni mas recta esté demasiado perpendicular y resbaladiza á los que montan. Si no se puede medir el muro, ni acercarse á él, tómesese desde lejos la medida de qualquier altura que se eleve perpendicularmente sobre un terreno llano. El modo de tomarla es fácil, en queriéndose aplicar un poco á las Matemáticas.

Por aquí se ve claramente, que para el buen éxito de las empresas y acciones militares se necesita el estudio de la Geometría, no quiero decir perfecto, pero á lo ménos el que baste á tener conocimiento de las proporciones y relaciones. Y no solo se limita á esto este estudio, sino que es necesario para acomodar al terreno la figura de un campamento. De este modo se podrá unas veces mudar el campo en qualquier figura, guardando siempre proporcion con lo que contiene dentro; otras reteniendo la misma figura, aumentar ó disminuir el area, con respecto á los que entran ó salen. Pero esta materia ya la hemos expuesto mas á lo largo en nuestro tratado de las *Formaciones de Batalla*.

No creo se me pueda hacer cargo con razon, de que pido tantos requisitos en un general, exigiendo de los candidatos la Astrología y la Geometría. Ciertamente así como no puedo ver que á la profesion que cada uno tiene, se añadan conocimientos inútiles únicamente por vanidad y charlatanería; igualmente soy acerrimo defensor y promovedor, para que aquellos que son propios de nuestro Instituto, se lleven al mas alto grado. Sería un absurdo, que quando los que aprenden á baylar ó tocar un instrumento, sufren instruirse primero en la cadencia y la música, y aun en los movimientos de la lucha, por creer que este exercicio contribuye á la perfeccion de los dos anteriores; los que aspiran á mandar exércitos, llevasen á mal el tomar una tintura en otras ciencias; de suerte que los artistas viniesen á ser mas diligentes y aplicados, que los que se proponen brillar en la mas ilustre y honrosa carrera. Esto no habrá hombre de entendimiento que lo conceda. Pero sobre esta materia baste lo dicho.

La mayor parte de los hombres infiere la magnitud de una ciudad ó de un campo por la circunferencia. Por eso quando oyen, que Lacedemonia que tiene quarenta y ocho estadios de circuito, es doblado mayor que Megalopolis, teniendo esta cinquenta, les parece haber oido un absurdo. Y si alguno, por aumentar la

dificultad , añade , que es dable que una ciudad ó un campo de quarenta estadios de circuito, sea doblado mayor que otro de ciento , esto para ellos es una paradoxa. Esto proviene , de que no se acuerdan de los principios de Geometría que aprendiéron quando muchachos. Me ha movido á tratar de esta materia , el ver que no solo el vulgo , sino tambien los magistrados, y algunos de los que gobiernan exércitos , se sorprenden y admiran al considerar unas veces, cómo pueda ser que Sparta sea mayor , y aun mucho mayor que Megalopolis , con una circunferencia mas corta ; otras , cómo por el ámbito solo de un campamento se pueda calcular el número de hombres. Aun hay otro error semejante , quando se trata de ciudades. Los mas están en el concepto , de que las de suelo quebrado y desigual contienen mas casas que las de terreno llano , y no es así. Porque los edificios no se construyen con relacion al declive del suelo , sino con respeto á la superficie plana donde están fabricados perpendicularmente , y sobre la qual yacen los cerros. Qualquier muchacho se convencerá de lo que digo , solo con verlo. Y si no figúrese qualquiera una manzana de casas , fundadas de tal suerte sobre un declive, que todas tengan igual altura ; es claro , que todos los texados harán una superficie igual y paralela al area plana, sobre la qual yace el cerro

y el cimiento de las casas. Esto se ha dicho por aquellos, que no obstante ignorar y extrañar estas materias, pretenden con todo mandar exércitos y gobernar pueblos.

CAPÍTULO V.

Ventajas de Agrigento sobre casi todas las ciudades de Sicilia en fortaleza, hermosura y edificios.

Agrigento no solo aventaja á las mas de las ciudades en lo que hemos dicho, sino en fortaleza, hermosura y fábrica de edificios. Está fundada á diez y ocho estadios del mar, y por consiguiente provista de quantas ventajas este presta. La naturaleza y el arte han concurrido á porfia á defender su circuito. Porque las murallas están fabricadas sobre una pelada roca, que á trechos la naturaleza, y á trechos la industria han hecho escarpada. La rodean dos rios; por el mediodía el que lleva el mismo nombre que la ciudad, y por el occidente mirando al Africa, el que se llama Hypsas. La ciudadela está al oriente del estío, por parte afuera ceñida toda de un barranco inaccesible, y por dentro con una sola entrada para los de la ciudad. Sobre la cima de la roca se ven dos templos, el

de Minerva, y el de Júpiter Atabyrio como en Rodas. Pues era razon que, siendo Agrigento colonia de los Rodios, tuviese este Dios el mismo nombre que entre aquellos isleños. La adornan á mas otros soberbios edificios, como templos y pórticos. El templo de Júpiter Olympio, aunque no compite en magnificencia, á lo ménos en arranques y magnitud no cede á ninguno de los de la Grecia.

CAPÍTULO VI.

Arenga de Chleneas el Etolio, embajador por su nacion en Lacedemonia, contra Philipo y toda la casa real de Macedonia.

Creo, Lacedemonios, que nadie se atreverá á contradecir, que el poder de Macedonia ha sido el origen de la esclavitud de la Grecia. Esto es fácil haceroslo ver. Hubo en otro tiempo entre los Griegos que habitaban la Tracia, una especie de cuerpo político compuesto de colonias que enviáron los Atenienses y Chalcidenses, entre las quales Olyntia era la ciudad de mas esplendor y fuerza. Reducida esta á servidumbre por Philipo, el temor de un exemplar semejante sojuzgó no solo las ciudades de Tracia, sino que sometió tambien á las de Tesalia.

Poco despues vencidos en batalla los Atenienses, aunque usó con moderacion de su ventura, no fué por hacerles bien, de lo qual estuvo muy distante, sino por excitar con este beneficio á los otros pueblos, á que voluntariamente le rindiesen la obediencia. Conservaba aun vuestra república un tal poder, que presumia con el tiempo llegar á ser el amparo de la Grecia. Pero Philipo, en quien todo pretexto se reputaba por bastante, vino con ejército, asoló vuestros campos, arruinó los edificios, arrasó vuestras ciudades y campiñas; adjudicó unas á los Argivos, otras á los Tegeatas y Megalopolitanos, y las demas á los Messenios, queriendo contra toda justicia ser liberal con todos, siempre que fuese á costa vuestra. Sucedióle en el reyno Alexandro, quien en el concepto de que, miéntras Tebas subsistiese, durarian en la Grecia aunque leves algunas chispas de sublevacion, la echó por tierra, todos sabeis con que crueldad.

¶ Pero ¿á qué efecto referir por menor, la conducta que los sucesores de este han observado con la Grecia? Ninguno de los presentes hay tan poco instruido, que no haya oido quan indignamente trató Antipatro á los infelices Atenienses y demas pueblos, despues de la victoria de Lamia sobre los Griegos; que llegó la insolencia y crueldad, al extremo de nombrar pesquisadores que fuesen por las ciudades contra

los que habian sido del bando opuesto , ó habian pecado en algo contra la casa real de Macedonia. Unos fuéron sacados de los templos por fuerza , otros arrancados de los altares , y todos perdiéron la vida en el suplicio. Los que se salváron , fuéron desterrados de toda la Grecia , sin tener mas asilo que la Etolia. ¿Quién ignora las acciones de Cassandro , Demetrio y Antigono Gonatas ? Como hace tan poco tiempo que pasáron , dura aun una exácta noticia de sus hechos. Unos con meter guarnicion en las ciudades , otros con fomentar la tiranía , ninguna ciudad hubo que se exímiese del odioso nombre de la esclavitud. Pero dexémonos de esto , y volvamos á las últimas acciones de Antigono , no sea que algunos de vosotros , al considerar inocentemente lo que entónçes hizo , estéis en el entender de que sois deudores de algun favor á los Macedonios. Antigono , si tomó las armas contra vosotros , no fué con el fin de salvar á los Acheos , ni porque disgustado de la tiranía de Cleomenes , desease ponerlos en libertad. Este es un modo muy superficial de hacer concepto de las cosas. Los verdaderos motivos fuéron , el considerar que jamas estaria seguro su poder , si vosotros estableciais el vuestro en el Peloponeso ; y el ver las bellas qualidades de Cleomenes , y quan favorablemente os soplabá la fortuna. Estos estímulos de miedo y

envidia le hicieron venir , no para auxiliar á los Peloponesios , sino para ahogar vuestras esperanzas , y humillar vuestra elevacion. En este supuesto , no tenéis tanto motivo para amar á los Macedonios , porque dueños de vuestra ciudad no la saqueáron , como le tenéis para reputarlos por enemigos y aborrecerlos , porque pudiendo vosotros dominar la Grecia , os lo han estorbado ya tantas veces.

¿Pues los crímenes de Philipo , qué necesidad hay de referirlos ? Los sacrilegios que cometió en los templos de Termas , dan una suficiente idea de su impiedad contra los Dioses ; y la doblez y perfidia que usó con los Messenios , manifiestan su crueldad contra los hombres. De todos los Griegos solos los Etolios osáron oponerse á Antipatro , por la defensa de los que injustamente se veían oprimidos ; ellos solos resistieron la irrupcion de Brenno , y demas bárbaros que le acompañaban ; y de quantos socorros implorasteis , ellos solos prestáron sus armas , para recobraros el imperio de la Grecia que habian tenido vuestros mayores. Pero esto baste sobre este asunto. Quanto á la deliberacion presente , en tanto es preciso hablar y opinar , en quanto se va á consultar sobre una guerra , bien que en la realidad no se haya de estimar por tal. Porque los Acheos , léjos de hallarse en estado de infestar vuestro pais despues

de tantas pérdidas, creo que darán mil gracias á Dios, si pueden defender el propio, quando se vean atacados á un tiempo por los Eleos y Messenios nuestros aliados, y por nosotros los Etolios. Igualmente vivo en la inteligencia, que se apagará el ardor de Philipo, quando se vea invadido en tierra por los Etolios, y en la mar por los Romanos y el rey Attalo. Por lo pasado se puede inferir lo venidero. Porque si no teniendo que hacer mas que con los Etolios, no ha podido sujetarlos, ¿cómo será capaz de sostener una guerra contra tantos pueblos juntos?

Mi principal objeto en apuntaros estas razones, ha sido el que sepais todos, que aun en el caso de que se os propusiese de nuevo la consulta de este asunto, sin estar ligados de antemano por algun tratado, os tendria mas cuenta confederaros con los Etolios, que no con los Macedonios. Pero si preocupados teneis ya tomada resolucion sobre esto, ¿para qué mas palabras? Porque si la alianza que ahora teneis con nosotros, hubiera estado ajustada ántes de los beneficios que Antigono os ha hecho, vendria bien la duda, si convendria ceder á los empeños presentes y despreciar los antiguos. Pero quando despues de esta libertad tan decantada que habeis recibido de Antigono, y esta salud que os está echando en rostro á cada paso; formado consejo, habeis consultado tantas veces,

con cuál de los dos pueblos os tendria mas cuenta unir vuestros intereses, si con los Etolios ó con los Macedonios, y habeis preferido á los primeros, los habeis prestado vuestros seguros, los habeis recibido de nuestra parte, y habeis unido vuestras armas en la guerra que acabamos de tener contra los Macedonios; ¿qué duda razonable os puede quedar sobre esto? Todos los vínculos de amistad que teniais con Antigono y Philipo, quedáron prescriptos. Solo resta que probeis, ó que los Etolios despues acá os han agraviado, ó que los Macedonios os han obligado con algun nuevo beneficio. Pero si nada de esto ha habido, ¿cómo pensais en violar los pactos, los juramentos y los empeños mas sagrados que hay entre los hombres, por admitir la amistad de un pueblo, que poco ántes justamente despreciasteis, quando erais libres en aceptarla?

Así habló Chleneas; y pareciéndole que no tenian respuesta sus razones, finalizó el discurso. Á poco rato se presentó Lycisco, embaxador de los Acarnanios, el qual por el pronto estuvo callado á causa del gran mormullo que la precedente arenga había causado; pero ya que hubo calmado, principió á hablar de esta manera.

CAPÍTULO VII.

Discurso de Lycisco el Acarnanio , embajador por su nacion en Lacedemonia , cuyos dos principales puntos se reducen ; á defender á Philipo y toda la casa real de Macedonia de las acusaciones de Chleneas , y á promover la union y concordia contra los Romanos.

Yo, varones Lacedemonios, he venido á vosotros enviado de la república de Acarnania; pero como casi siempre nosotros y los Macedonios hemos tenido union de intereses, creo que esta embajada nos es comun á unos y otros. Así como en la guerra, su prepotencia y excesivo poder hace que nuestra seguridad esté fundada en su valor; del mismo modo en las disputas de los congresos, las conveniencias de los Acarnanios están embebidas en los derechos de los Macedonios. En este supuesto, no hay que extrañar gaste la mayor parte de mi discurso en defender á Philipo y los Macedonios. Chleneas, al concluir su arenga, hizo una compendiosa recapitulacion de los derechos que teniais con los Etolios: *Si despues, dixo, de ajustada la alianza con los Etolios, estos os han hecho algun daño ó agravio, ó los Macedonios algun beneficio, con justa razon pondreis ahora de nuevo el negocio en consulta;*

pero si nada de esto ha sucedido, si únicamente alegais contra Antigono lo que ya teneis aprobado de antemano, somos sin duda los mas necios del mundo, en lisonjearnos poder dar por el pie los juramentos y tratados. En efecto, si no ha acaecido novedad segun Chleneas, y los negocios de la Grecia subsisten en el mismo estado que tenian ántes, quando contragisteis alianza con los Etolios, confieso que soy el mas insensato de los hombres, y que es inutil quanto voy á decir; pero si estos han tomado una constitucion diversa, como os manifestaré en el discurso de esta oracion, me prometo hacer ver que entiendo á fondo vuestros intereses, y que Chleneas los ignora. Este puntualmente es el objeto de nuestra embaxada, haber creido era de nuestra obligacion haceros palpable en una arenga, que atentas las circunstancias en que se halla la Grecia, os conviene y tiene cuenta, si ser puede, abrazar un honesto y saludable partido, uniendo con nosotros vuestra fortuna; ó quando no, vivir neutrales en la estacion presente.

Pero puesto que desde el principio se ha osado acriminar la casa real de Macedonia; me parece indispensable decir ántes dos palabras, para desimpresionar del error, á los que han dado crédito á estas calumnias. Ha sentado Chleneas, que con la toma de Olyntia Philipo hijo de Amyntas sometió la Tesalia; y yo estoy en el

entender , que por Philipo se salváron entónces, no solo los Tesalios sino los demas Griegos. ¿Quién ignora que , quando Onomarcho y Philomelo , apoderados de Delphos , se hicieron dueños con impiedad é injusticia de las riquezas de este templo , ascendió á tal grado su poder, que ningun Griego se atrevia á hacerles frente ? ¿Qué no contentos con este sacrilegio , amenazaban apoderarse de toda la Grecia ? Pues en esta ocasion Philipo se expuso voluntariamente al peligro , deshizo los tiranos , aseguró el templo , y fué el autor de la libertad de los Griegos , como los mismos hechos lo testificáron á la posteridad. No fué por opresor de la Tesalia, como se ha osado decir , el que todos le eligiesen por general de mar y tierra , honor jamas concedido ántes á ninguno , sino por bienhechor de la Grecia. Ciertamente , si vino con ejército á la Laconia , no fué por propia voluntad , como os consta ; fué sí llamado é instado repetidas veces por sus amigos y parciales del Peloponeso , lo que al fin le hizo resolver. Y ya que estuvo acá , ¿cómo se condujo ? Escucha Chleneas. Habiéndose podido valer de los deseos de los pueblos vecinos para talar el pais Laqedemonio y humillar el poder de Sparta , y en esto haberles hecho el mayor servicio ; jamas se prestó á semejante consejo. Al contrario, los atraxo á un ajuste comun por el terror de

sus armas, y los obligó á terminar amigablemente sus diferencias, no constituyéndose él juez de sus contextaciones, sino erigiendo un tribunal público de todos los Griegos. En verdad que esta accion no merece oprobrio ni vituperio.

Se acrimina amargamente á Alexandro, de haber castigado á los Tebanos de quienes se creía ofendido; y no se hace mencion, de que vengó á la Grecia de los insultos de los Persas; ni de que os libertó á todos de las mayores miserias, con haber esclavizado los bárbaros, y haberlos privado de aquellas riquezas, con que constituidos jueces de las controversias de los Griegos, corrompian unas veces á los Atenieses y sus mayores, otras á los Tebanos; ni de que al fin hizo que el Asia prestase homenaje á la Grecia. Pues á sus sucesores, ¿cómo os atreveis á mentarlos? Porque si segun las revueltas de los tiempos, fuéron causa de los adelantamientos de unos, y de los atrasos de otros; esta queja estaria bien en boca agena, no en la vuestra que jamas habeis sido autores de algun bien, y sí de la ruina de muchos. Y sinó, ¿quiénes fuéron los que incitaron á Antigono hijo de Demetrio, á dar por el pie la república de los Acheos? ¿Quiénes pactaron baxo juramento con Alexandro el Epirota, el poner en subasta y hacer trozos la Acarnania? ¿No fuisteis voso-

tros? ¿Quién, si no vosotros, ha enviado á campaña tales xefes, que se propasen á poner la mano en los templos inviolables? Digalo Timeo, quando en Tenaro saqueó el templo de Neptuno, y en Lysso el de Diana. Diganlo Pharyco y Polycrito, el uno profanador del santuario de Juno en Argos, y el otro del de Neptuno en Mantinea. ¿Y qué diré de Lattabo y Nicostrato? ¿No violáron estos en plena paz la asamblea general de los Beocios, como si fueran Scythas ó Galatas? Los sucesores de Alexandro jamas hicieron otro tanto.

Despues de tantos crímenes que no podeis excusar, os gloriáis de haber sufrido la impresion de los bárbaros en Delphos, y pedis que la Grecia os sea deudora de este beneficio. Pero si debe estaros obligada por este servicio, ¿quánto mas lo deberá estar á los Macedonios, que gastan sin cesar la mayor parte de la vida, en batirse con los bárbaros por la seguridad de la Grecia? ¿Quién no ve el inminente riesgo en que se hubiera visto esta en otro tiempo, sino hubieramos tenido por barrera á los Macedonios, y aquella noble emulacion de sus reyes? Prueba la mas convincente de esta verdad es, que lo mismo fué comenzar los Galos á menospreciar los Macedonios, despues de la derrota de Ptolemeo, por sobrenombre Cerauno, quando al instante sin hacer caso de los otros Grie-

gos, entraron con ejército, Brenno á su cabeza, por medio de la Grecia: irrupcion que se hubiera repetido muchas veces, á no estar los Macedonios sobre nuestras fronteras. Otras muchas cosas pudiera apuntar sobre lo pasado, pero creo haber dicho lo bastante. Para calificar á Philipo de impío, le acumulan los Etolios la destruccion de un templo, sin añadir las infamias é injusticias que ellos cometieron en los templos y santuarios de Dio y Dodona. La razon pedía que se dixera esto ántes. Vosotros contais lo que habeis sufrido, exâgerándolo mas allá de la verdad; pero lo que habeis hecho ántes y repetido en diferentes partes, esto lo callais, porque sabeis ciertamente, que las injurias y los agravios se atribuyen á los que primero diéron motivo.

Por lo que hace á Antigono, en tanto haré mencion, en quanto no parezca que desprecio sus acciones, ni que reputo por de poco momento un tan señalado servicio, como el que os ha hecho. Vivo persuadido, á que no se encuentra beneficio mayor en la historia. En mi concepto la accion no admite exceso, y sinó vease la prueba. Antigono os hace la guerra, Antigono os vence á fuerza de armas en batalla ordenada, Antigono se apodera de vuestro país y ciudad, Antigono puede valerse de los derechos de conquistador; pero tan léjos está de

hacerlo, que, prescindiendo de otros beneficios, destrona al tirano, y os restablece en las leyes y gobierno antiguo. En reconocimiento de esto le aclamasteis por vuestro bienhechor y libertador en una asamblea general, donde toda la Grecia fué testigo. ¿Y qué debierais haber hecho? Diré mi sentir, y vosotros, Lacedemonios, tendreis paciencia; pues no lo hago con ánimo de injuriaros intempestivamente, sino porque las circunstancias de los negocios me fuerzan á mirar por el bien público. Pero ¿qué es lo que voy á proferir? Qué! que en la guerra pasada debierais haberos confederado, no con los Etolios, sino con los Macedonios, y que al presente que sois solicitados, debeis uniros ántes á Philipo que á los Etolios. Así es, se me dirá; pero eso es faltar á la fe de los tratados. Y pregunto, ¿quál es mayor crimen, quebrantar un tratado particular ajustado entre vos y los Etolios, ó uno hecho á presencia de toda la Grecia, grabado en una columna, y consagrado á la inmortalidad? ¿En qué consiste, que temeis violar la fe á un pueblo, de quien no habeis recibido favor alguno; y no haceis caso de Philipo y de los Macedonios, á quienes debeis la facultad de estar ahora deliberando sobre este asunto? ¿Juzgais acaso que es indispensable guardar fidelidad á los amigos ::::: y que *no hay la misma obligacion respecto de los que os han*

salvado? Pues ciertamente, no es accion tan santa observar las convenciones escritas, como im-
pía la de tomar las armas contra sus libertado-
res. Esto es cabalmente lo que los Etolios han
venido á suplicaros.

Permítaseme el haber dicho estas cosas, y
quede á juicio del rígido censor, si he ha-
blado fuera de proposito. Ahora volvamos al
punto principal, como estos dicen: y es, si los
negocios están ahora en el mismo estado que
quando hicisteis alianza con los Etolios, debeis
subsistir firmes en vuestra resolucion; pero si la
faz de la Grecia está totalmente demudada, es
justo que comenceis ahora á deliberar de nuevo
sobre nuestras pretensiones. Decídmelo ahora,
Cleonices y Chléneas, ¿qué aliados teniais, quan-
do persuadisteis á los Lacedemonios á entrar en
vuestra compañía? ¿Por ventura no eran todos
los Griegos? ¿Y ahora con quien estais confe-
derados, ó á qué alianza convidais á los Lace-
demonios? ¿No es á la de los bárbaros? ¿Es
esto estar las cosas en el mismo estado, ó total-
mente diverso? Antes disputasteis la primacía y
gloria de mandar con los Acheos y Maccdo-
nios, gentes de una misma nacion, y con Phi-
lipo conductor de estos últimos; pero en la guer-
ra de ahora se trata de libertar la Grecia de la
esclavitud que la amenaza de parte de una na-
cion extrangera, que vos creéis haber llamado

contra Philipo, pero que en realidad no habeis previsto que vendrá contra vosotros mismos, y contra toda la Grecia. En las urgencias de la guerra, se suele meter en las plazas para su seguridad, guarniciones aliadas mas fuertes que las del pais, de que resultan á un tiempo dos efectos, librarse del temor del enemigo, y someterse al poder de los amigos. Pues esto es cabalmente lo que han hecho los Etolios. Por querer vencer á Philipo y humillar á los Macedonios, no han advertido que han atraido del occidente una nube, que aunque por ahora cubrirá primero á la Macedonia, en la consecuencia se extenderá y será causa de grandes males para toda la Grecia.

Á todos los Griegos incumbe precaver la tempestad que amenaza, pero especialmente á vos, Lacedemonios. Y sinó, ¿qué motivos os parece tuviéron vuestros padres, para arrojar en un pozo y cubrir de tierra al embajador, que les envió Xerxes á pedir el agua y la tierra; y mandarle dixese á su señor, que ya habia conseguido de los Lacedemonios lo que les habia demandado? ¿Qué impulso pensais fué el de Leonides y el de sus compañeros, en arrojarse espontaneamente á una muerte manifiesta? No fué porque creyesen que se exponian únicamente por su libertad, sinó por la de todos los Griegos. ¿Y será decente que ramas de tales tron-

cos se asocien con unos bárbaros, militen baxo sus banderas, y hagan la guerra á los Epirotas, Acheos, Acarnanios, Beocios, Tesalios, y á casi todos los Griegos, á excepcion de los Etolios? Bien está que en las costumbres de estos no haya accion torpe, si se atraviesa la ganancia; pero vos no teneis ese caracter. ¿Qué se puede esperar que harán despues de unidos con los Romanos, unos hombres que con el debil socorro de los Illyrios, se atreviéron contra todo derecho á forzar por mar á Pylo, sitiar por tierra á Clitoria, y reducir á servidumbre á los Cynetas? ¿Unos hombres que, ajustado ántes un tratado con Antigono para perder á los Acheos y Acarnanios, como hemos dicho; lo hacen ahora con los Romanos contra toda la Grecia?

¿Se podrá esto oír, sin presumirse ya encima la irrupcion de los Romanos, y sin dexar de aborrecer la imprudencia de los Etolios, que se atreviéron á concluir semejantes tratados? Ya han quitado á los Acarnanios á Oeniadas y Naxo, y poco ántes retuviéron para sí la desgraciada ciudad de Anticyra, habiéndola reducido á servidumbre juntos con los Romanos. Estos se lleváron los hijos y las mugeres, para hacerlos sufrir lo que regularmente se padece baxo una dominacion extranjera, y el suelo de estos infelices se repartió entre los Etolios. ¿Y sería

honroso entrar de grado en una tal alianza , sobre todo vosotros , Lacedemonios ? ¿ Vosotros que en otro tiempo , porque solos los Tebanos entre todos los Griegos , forzados de la necesidad , resolvieron vivir neutrales en la irrupcion de los Persas , decretaisteis inmolarlos de diez en diez á los Dioses , si saliais con la victoria ? Lo que sí os tiene cuenta y conviene , es que acordandoos de vuestros mayores , eviteis la irrupcion de los Romanos , os receeis de la deprabada intencion de los Etolios , y sobre todo acordandoos de los beneficios recibidos de Antigono , los aborrezcais ahora y siempre , detesteis la amistad de tales gentes , y unais vuestros intereses con los Acheos y Macedonios . Si no obstante hubiese alguno de los que tienen mas autoridad entre vosotros , que se oponga á esta resolucion ; por lo ménos abrazad el partido de la neutralidad , y no tomeis parte en la injusticia de los Etolios :::::: La propension de los amigos , demostrada á tiempo , nos sirve de provecho ; pero forzada y fuera de sazón , es del todo infructuoso el alivio que nos procura . Si estuvieran en ánimo de observar la alianza no de palabra sino de obra , :::::

CAPÍTULO VIII.

Sitio de Egina ciudad de la Phthiotida por Philipo.

Estructura y uso de las Tortugas para terraplenar.

Resuelto Philipo á hacer los aproches contra dos torres de Egina, situó al frente de estas sus Tortugas de terraplenar y sus arietes. En el espacio que habia de torre á torre y entremedias de los arietes, levantó una galería paralela al muro. Concluido su designio, el aspecto de todo lo trabajado se asemejaba á una muralla. Porque las obras hechas con las Tortugas, representaban la especie y figura de una torre, con la disposicion en que estaban entretexidos los zarzos; la galería que mediaba entre las dos torres, se asemejaba á una muralla; y la division y enlace de la parte superior de los zarzos figuraba las almenas. En la parte inferior de las torres, estaban los que terraplenaban las desigualdades del terreno con las espuestas de tierra que conducian, y al mismo tiempo empotraban los arietes. En el segundo alto, á mas de las catapultas, se habian puesto cubetos de agua y demas prevenciones contra un incendio. Y el tercero, que igualaba con las torres de la ciudad, estaba coronado de buen número de gentes, para contener qualquier insulto de los sitiados

An. R.

541.

Ant. J.C.

213.

contra los arietes. Desde la galería que estaba entre las dos torres hasta el muro de la ciudad, se tiraron dos caminos de comunicacion, donde se situaron tres baterías de ballestas, de las quales la una arrojaba piedras de un talento de peso, y las otras dos de peso de treinta minas. Desde el real á las Tortugas se hicieron caminos cubiertos, para que ni los que viniesen del campo á los trabajos, ni los que tornasen de los trabajos al campo, fuesen incomodados por los tiros de la plaza. En muy poco tiempo se llevaron las obras á su perfeccion, porque el pais proveía abundantemente de todos los materiales necesarios. Egina yace en el golfo Maliaco, hácia el mediodia, y frente por frente de la provincia de los Tronios. El pais produce todo género de frutos, causa porque Philipo no echó de ménos cosa para su designio; por lo qual, concluidas que fueron las obras, asestó sus máquinas é instrumentos de minar.

CAPÍTULO IX.

*Nacimiento del Eufrates , regiones por donde pasa,
y naturaleza de este rio.*

El Eufrates tiene su origen en la Armenia, atraviesa la Syria y todos los países que se siguen hasta Babilonia. Se cree que descarga en el mar Roxo ; pero no es así. Porque ántes de desembocar en el mar , le agotan varios fosos y canales repartidos por los campos. De aquí proviene , suceder á este rio lo contrario que á los otros. Los otros se aumentan á medida que corren por mas países, crecen en invierno , y menguan en la fuerza del verano. Este al contrario , su mayor altura es al principio de la canícula , su mayor extension en la Syria , y quanto mas anda , mas se aminora. La causa de este fenómeno es , porque su aumento no proviene de la reunion de lluvias del invierno , sino de la rafaccion de nieves del verano :: :: :: y su disminucion la causan los varios desagües por los campos , y repartimientos para los riegos. Por eso en esta estacion es muy lenta la conduccion de exércitos por el rio abaxo ; porque como los navíos van muy cargados , y el rio muy baxo , el impulso de la corriente ayuda muy poco á la navegacion.

EXTRACTOS

DEL LIBRO DECIMO

DE LA HISTORIA DE POLYBIO

MEGALOPOLITANO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Aunque la costa de Italia desde el estrecho hasta Tarento carece de puertos, esta ciudad tiene uno excelente, y comodamente situado para su opulencia.

An. R. **E**n medio de que la costa de Italia, que está opuesta al mar de Sicilia y mira á la Grecia, se extiende desde el estrecho y ciudad de Reggio hasta Tarento por espacio de mas de dos mil estadios, con todo no tiene puerto alguno, á excepcion del de Tarento. Está poblada de

544.
Ant. J.C.
210.

infinitas naciones bárbaras, y los Griegos tienen en ella las ciudades mas célebres. Los Brucios, los Lucanos, una parte de los Samnitas, los Calabros y otros muchos habitan esta region: Regio, Caulon, Locres, Crotona, Metaponte y Turio, ciudades Griegas, pueblan su costa. De suerte que qualquiera que venga de Grecia á uno de los pueblos mencionados, por precision ha de dar fondo en el puerto de Tarento, y celebrar aquí los cambios y negociaciones que tenga con todas las demas ciudades de esta costa. Se puede inferir la bella situacion de esta ciudad, por la fortuna que hicieron en otro tiempo los Crotoniatos; los quales, no teniendo mas que unos fondeaderos de verano, adonde abordaban poquísimas embarcaciones, consiguieron no obstante inmensas riquezas, no por otra causa en el concepto comun, sino por la oportunidad del lugar, la qual de ningun modo merece entrar en parangon con la de Tarento. Aun el día de hoy es excelente la disposicion en que está respecto de los puertos del mar Adriatico, pero estuvo mucho mas en tiempos pasados. Porque como entónces no estaba aun fundada Brudusio, ninguno venia de los países de la region opuesta que hay desde el promontorio Iapyge hasta Siponte, que no pasase por Tarento para entrar en Italia, y no se sirviese de esta plaza, como

de mercado para sus permutas y cambios. Por eso Fabio, que conocia la importancia de este pasage, pospuesto todo otro designio, se aplicó unicamente á conservarle.

CAPÍTULO II.

Conducta de Scipion el Africano para hacerse tan famoso. Velo de la religion de que Lycurgo y Scipion se valen igualmente para sus designios. Primera accion memorable de este. Pretension que hace á la dignidad de Edil, y consecucion de esta. El vulgo atribuye á inspiracion divina, lo que solo era efecto de su prudencia, sagacidad é industria.

An. R. **A**lgunos desean saber de este general, que
535.
Ant. J. C. conducta tuvo para hacerse tan famoso, y que
219. qualidades naturales ó adquiridas para emprender tal carrera. Todos los demas escritores nos le pintan como un hombre afortunado, en quien la temeridad y el hazar tuviéron la mayor parte para la consecucion de sus ideas. En el concepto de estos, semejantes heroes como que tienen mas de divino y portentoso, que los que gobiernan sus acciones por la razon. Ignoran, que en el paralelo antecedente una cosa es lo laudable, y otra lo feliz: que esto es comun á

qualquiera de la plebe , pero aquello solo peculiar de los hombres prudentes y juiciosos , á quienes debemos mirar propiamente como divinos y favorecidos de los Dioses. Á mi entender , Scipion tuvo una índole y conducta semejante á la de Lycurgo , legislador de Lacedemonia. Porque ni se debe presumir que este nimiamente supersticioso se atuviese en un todo á la Pytia , para establecer el gobierno de Sparta ; ni que aquel se dexase llevar de los sueños y agüeros , para adquirir tan gran poder á su patria. Al contrario , conociendo uno y otro que el comun de las gentes , ni admite con docilidad lo extraordinario , ni ósa arrostrar los peligros sin la esperanza de la asistencia de algun Dios; Lycurgo autorizaba siempre sus pensamientos con el oráculo de la Pytia , para hacer mas aceptables y fidedignas sus resoluciones; y Scipion del mismo modo fomentaba siempre en el pueblo , la creencia de que obraba asistido de algun Dios , con lo qual inspiraba mas confianza y aliento en sus tropas para los mayores empeños. Pero la consecuencia manifestará , que este cónsul se conduxo siempre por la razon y prudencia , y que todas sus acciones tuviéron un éxito conveniente á los medios.

Se conviene desde luego , en que era liberal y magnánimo; pero en quanto á la penetracion, sobriedad é intension en los negocios , ninguno

acaso le concederá estas virtudes , sino los que vivieron con él , y contemplaron de cerca su índole. Caio Lelio fué uno de estos , y tambien el que me hizo concebir esta idea , tanto mas justa quanto que habiendo sido testigo desde muchacho de todas sus obras y palabras hasta la muerte , me pareció que la relacion correspondia exáctamente con sus acciones. Contaba , que el primer hecho señalado que Scipion hizo , fué quando su padre tuvo aquel combate de caballería con Annibal á las márgenes del Po. Tenia entónces , segun parece , diez y siete años , era esta la primera campaña á que salia , el padre le habia dado una esquadra de caballos escogidos para su custodia ; pero viendo á su padre en peligro , rodeado con otros dos ó tres caballeros por los enemigos , y gravemente herido , por el pronto exhortó á los suyos á acudir al socorro ; mas notando el recelo que tenian por el gran número de los contrarios , él mismo se abalanza al enemigo con temeridad y arrojo , los suyos se ven en la precision de hacer lo mismo , el enemigo arredrado se retira , y salvado el padre contra toda esperanza , confiesa éste en alta voz á presencia de todos , que debe la vida al hijo. Adquirida una reputacion general de valor por esta accion , de allí adelante no hubo peligro á que personalmente no se expusiese , siempre que la patria le confió el

remedio de su salud. En verdad que esto no es propio de un general afortunado, sino de quien tiene capacidad.

Poco despues excogitó otra accion semejante. Tenia un hermano mayor, llamado Lucio Scipion, que pretendia la Edilidad, cargo el mas honroso entre la juventud Romana. Habia la costumbre de nombrar dos patricios para esta dignidad, y á la sazón eran muchos los pretendientes. Al principio Publio no se atrevió á declararse competidor de la misma magistratura con su hermano. Pero venido el día de los comicios, conjeturando por las disposiciones del pueblo, que no era facil á Lucio obtener el cargo, segun el grande afecto que á él le profesaba; discurrió que el único medio de lograr la Edilidad para el hermano, era si convenidos ambos á dos la pretendian á un tiempo. Para esto habiendo advertido que su madre (solo habia que ganar á esta, porque el padre habia sido á la sazón enviado á España con el mando de los negocios) andaba de templo en templo sacrificando á los Dioses por Lucio, y que la tenia en grande inquietud este suceso; la dixo, que le parecia haber visto dos veces en sueños á él y á su hermano creados Ediles, volver de la plaza á casa, y que ella salia á recibirlos á la puerta, para abrazarlos y besarlos. Á estas palabras la madre, llevada del afecto de muger,

An. R.

541.

Ant. J. C.

213.

exclamó: ¡ Ah ! ¡ y llegaré yo á ver ese día !
¿ Quereis , la respondió Scipion , que hagamos
la experiencia ? La madre consintió , creyendo
que jamas se atreveria á esto , y tomándolo por
juguete propio de la temprana edad que entón-
ces tenia. Pero él al momento manda le dispon-
gan una toga blanca , habito propio de los que
pretendian los cargos ; y una mañana que su
madre estaba en la cama , sin acordarse siquie-
ra de lo que habia pasado , toma su vestidura,
y se presenta en la plaza. El pueblo , que ya de
antemano le queria bien , recibió con admira-
cion una accion tan extraordinaria. Pero él des-
pues echa á andar al sitio señalado de los can-
didatos , se pone al lado de su hermano , el
pueblo le confiere el cargo no solo á él sino á
su hermano en atencion suya , vuelven los dos
á casa creados Ediles , y la madre fuera de sí
con la repentina noticia del suceso , sale á la
puerta á abrazar con ternura á sus dos hijos.
De suerte que aquellos , que ya habian oido ha-
blar de los sueños de Scipion , con este suceso
creyéron ahora , que no solo en sueños , sino
realmente y de día conversaba con los Dioses.
Pero lo cierto es , que Scipion no habia tenido
sueño alguno ; solo sí benéfico , liberal , y afa-
ble con todo el mundo , habia sabido conciliar-
se el afecto de la plebe. De este modo , apro-
vechándose con maña de las disposiciones del

pueblo , y de la ocasion que su madre le presentaba , consiguió no solo su deseo , sino que hizo creer que obraba inspirado de algun Dios. En efecto , quando no se saben discernir á fondo las ocasiones , las causas y diversidad de circunstancias de cada cosa , bien sea por vicio de la naturaleza , bien por falta de experiencia , ó por desidia , regularmente se atribuyen á los Dioses y á la fortuna , las acciones que solo son debidas á la sagacidad , hija del entendimiento y de la prudencia. He advertido esto á mis lectores , no fuese que prevenidos de la falsa y comun opinion que de Scipion se tiene , desatendiesen lo mas brillante y estimable que en él hubo , esto es , la sagacidad é intension en los negocios. Pero sus mismos hechos harán esto mas palpable.

CAPÍTULO III.

Motivos que tuvo Scipion para emprehender los negocios de la España, y particularmente el sitio de Cartagena. Situacion de Cartagena, é increíble toma de esta ciudad en un solo dia. Disciplina de los Romanos en el saco de las ciudades conquistadas. Exemplos de prudencia, templanza, y moderacion, que dió Scipion en la toma de Cartagena.

An. R. **V**a que Scipion tuvo juntas sus tropas, las
 542. dixo: que no habia que acobardarse por la
 Ant. J. C. derrota precedente, pues no era el valor de los
 212. Cartagineses el que habia vencido á los Romanos, sino la perfidia de los Celtiberos, y la ligereza con que los xefes se habian separado unos de otros, por fiarse en la alianza de estos; que al presente se hallaban los enemigos en una y otra circunstancia, pues campaban á mucha distancia unos de otros, y con el maltrato habian enagenado los animos de todos los aliados, y los habian convertido en otros tantos enemigos; que á este fin habian ya tratado con él algunos de ellos, y los demas al primer viso de esperanza, ó así que viesen á los Romanos del otro lado del Ebro, se vendrian con gusto, no tanto por amor que les

profesasen , quanto por vengarse de la insolencia de los Cartagineses ; y sobre todo , que estando discordes entre sí los xefes de los contrarios , no querrian venir juntos á atacarle , y si lo hacian separados , con facilidad serian vencidos. Por lo qual les exhortaba que en vista de estas razones pasasen el Ebro con confianza , y lo demas lo dexasen á su cargo y al de los otros xefes. Dicho esto , dexó á Marco Silano que mandaba con él , en el tránsito del Ebro con tres mil infantes y quinientos caballos , para cubrir á los aliados de esta parte del rio. Él pasó del otro lado con el resto del ejército , sin descubrir á nadie su designio. Tenia resuelto no hacer cosa de quanto habia dicho á los soldados , al contrario estaba en ánimo de sitiar de improviso á Cartagena , rasgo primero y principal de la pintura que hicimos poco ha de este grande hombre. Tenia entónces Scipion veinte y siete años , quando se encargó de unos negocios , que por la magnitud de las pérdidas precedentes pasaban por desesperados en el concepto de todos ; y ya que se hubo encargado , abandona los caminos trillados y sabidos , y excogita y se propone uno desconocido de sus enemigos y ::::: *predecesores*. En verdad que esto no lo podía hacer sin una reflexion muy madura.

Desde que tomó el mando , y ántes de

salir de Roma, inquirió y se informó con cuidado de la traicion de los Celtiberos, y de la division de las legiones Romanas; y sacando por conseqüencia que de aquí habia provenido la derrota de su padre, desde entónces ya no temió á los Cartagineses, ni se abatió su espíritu como lo estaba el comun de las gentes. Despues habiendo sabido que los aliados de esta parte del Ebro permanecian fieles á Roma, que los xefes Cartagineses no estaban de acuerdo entre sí, y que trataban duramente á sus súbditos; se dispuso con buen ánimo para la partida, fiado no en la fortuna, sino en sus reflexiones. No bien llegó á España, quando todo lo puso en movimiento, é informado por menor del estado de los contrarios, halló que tenian divididas sus fuerzas en tres partes. Supo que la una á cargo de Magon estaba de esta parte de las columnas de Hércules, en unos pueblos llamados Conios; que la otra al mando de Asdrubal, hijo de Giscon, campaba á la embocadura del Tajo en la Lusitania; que el otro Asdrubal con la tercera sitiaba cierta ciudad en la Carpetania; y que ninguna de ellas distaba ménos de diez dias de camino de Cartagena. Desde luego reflexionó que, si se proponia venir á una batalla con los enemigos todos juntos, era aventurarlo todo, tanto por las derrótas precedentes, como porque los con-

trarios tenían mucha mas gente ; y si pensaba en atacarlos separados , se recelaba , de que ahuyentado el uno , y venidos los demas á su socorro , no le encerrasen , y cayese en las mismas desgracias que Cneio su tio y Publio su padre.

En vista de esto desechado este partido , se informó de las grandes ventajas que acarrea- ba Cartagena á los enemigos , del mucho per- juicio que le podria causar en la guerra presen- te , y se instruyó muy por menor durante el quartel de invierno por los prisioneros de to- do lo perteneciente á esta ciudad. Supo que era la única plaza casi de España , que tenia un puerto capaz para una escuadra y una arma- da naval ; que estaba comodamente situada , tanto para venir de Africa , como para pasar del otro lado ; que este era el almacen del di- nero y equipages de todos los exércitos , y que allí se guardaban los rehenes de toda Es- paña ; y lo que era lo principal , que solo de- fendian la ciudadela mil hombres de armas , por no haber ni la mas leve sospecha , de que dueños los Cartagineses casi de toda España , se le pasase siquiera á alguno por la imaginacion po- ner sitio á esta ciudad ; que el demas vecinda- rio , aunque en sí muy numeroso , todo se componia de artesanos , menestrales , gentes de mar , todos inexpertos en materia de guerra , y que servirian de daño á la ciudad , si se pre-

sentaba de improviso. No ignoraba la situacion de la plaza, el estado de sus municiones, ni el estero que la circunda. Se habia informado de ciertos pescadores que ganaban la vida en aquellos parages, que el estero en general era pantanoso, en muchas partes vadeable, y por lo regular todos los dias á la caída de la tarde se retiraba la marea. De aquí inferia, que si salia con su intento, no solo perjudicaria á los contrarios, sino que haria tomar un grande ascendente á sus negocios; y si se le frustraba la empresa, podria dueño del mar sacar salvas sus gentes, unicamente con tener bien fortificado el campo; cosa bien facil, atenta la gran distancia á que estaban los exércitos enemigos. Por lo qual dados de mano otros negocios, únicamente se entregó á los preparativos de este durante el invierno.

Ocupado Scipion de este designio, en medio de no tener mas edad que la que hemos dicho, á nadie descubrió el secreto sino á C. Lelio, hasta que le pareció hacerlo público. Todos los historiadores convienen, en que estas fuéron las medidas que tomó; y no obstante quando llegan á referir el hecho, sin saber porque, atribuyen el buen éxito de la empresa, no á la prudencia del que la conduxo, sino á los Dioses y á la fortuna; y esto, sin traer razon alguna probable, ni haber testigos contemporáneos que lo digan, ántes por el con-

trario habiendo una carta del mismo Scipion á Philipo, en que expresamente le dice, que todo el plan de operaciones en España, y con particularidad el sitio de Cartagena, lo habia formado sobre las reflexiones que hemos apuntado.

Ya que hubo mandado en secreto á C. Lelio comandante de la esquadra, y el único que sabia su designio, que dirigiese el rumbo hácia Cartagena; él á la cabeza de sus tropas de tierra, compuestas de veinte y cinco mil infantes y dos mil y quinientos caballos, echó á andar á largas jornadas. Á los siete dias de camino llegó á la ciudad, y campó al lado del septentrion. Por detrás del campamento hizo tirar dos fosos y dos trincheras de mar á mar, y por delante mirando á la ciudad lo dexó sin defensa, porque la misma naturaleza del terreno le ponía bastante á cubierto de todo insulto. Pero pues vamos á referir el sitio y toma de esta plaza, será bien demos alguna noticia á los lectores de su situacion é inmediaciones.

Yace Cartagena al promedio de la costa de España opuesta al viento de Africa, en un golfo, que introduciéndose tierra adentro por espacio de veinte estadios, solo tiene diez de anchura á la entrada; causa porque todo él forma la figura de un puerto. Á la embocadura misma está puesta una isla, que por uno y otro lado franquea solo un pasage estrecho para

An. R.
543.
Ant. J. C.
211.

la entrada. En esta isla vienen á estrellarse las olas del mar , de que proviene , que todo el golfo está siempre tranquilo , á ménos que soplen por una y otra boca los vientos de Africa , y alteren las olas. Con todos los demas vientos el puerto está siempre en leche , por estar rodeado del continente. Desde el fondo del golfo se vá elevando una montaña á manera de península , sobre la qual está fundada la ciudad , ceñida al oriente y mediodia por el mar , y al occidente por un estero que aun toca algun tanto con el septentrion; de suerte que el restante espacio que hay desde el estero al mar , y une la ciudad con el continente, no tiene mas que dos estadios. El centro de la ciudad está en hondo. Por el lado de mediodia tiene una entrada llana viniendo del mar ; pero por las partes restantes está rodeada de colinas , dos altas y escabrosas , y otras tres mucho mas baxas , bien que están llenas de cavernas y malos pasos. De estas la mayor está al oriente , se extiende hasta el mar , y sobre ella se vé el templo de Esculapio. Hacia el occidente la corresponde otra de igual situacion, sobre la qual está fundado un magnífico palacio , obra , segun dicen , de Asdrubal quando afectaba la monarquía. Las otras colinas ménos altas circundan la ciudad por el septentrion. De las tres la que mira al oriente , se llama la coli-

na de Vulcano; la inmediata á esta, se llama la de Aletes, quien, por haber hallado las minas de plata, segun dicen, logró los honores divinos; y la tercera tiene el nombre de Saturno. El estero inmediato al mar se comunica con este, por medio de una obra que se ha hecho para comodidad de las gentes de playa; y sobre la lengua de tierra que separa al uno del otro, se ha fabricado un puente, para transportar por él en bestias y carros lo necesario desde la campaña.

Á vista de una disposicion de terreno semejante, aun sin defensa alguna estaba bien asegurado el campo Romano de parte de la ciudad, solo con tener á un lado el estero y al otro la mar. El espacio intermedio que unia la ciudad con el continente, y venia á parar al centro de su campo, lo dexó sin trinchera alguna, bien fuese por aterrar á los sitiados, bien porque conviniese á su intento, no tener estorbo para las salidas y retiradas al campamento. El circuito de la ciudad no tenia antiguamente mas que veinte estadios. No ignoro que muchos la dan hasta quarenta, pero se engañan. Pues nosotros no hablamos de oídas, sino que la hemos examinado atentamente con nuestros propios ojos. Al presente aun es mas reducida.

Ya que vino la esquadra al tiempo oportuno, Scipion juntó sus tropas y comenzó á ani-

marlas, valiéndose para esto no de otras razones, que las que á él mismo le habian persuadido, y que ya hemos referido por menor. Despues de haberlas hecho ver que la empresa era posible, y haberlas mostrado en pocas palabras, los perjuicios que se seguirian de su buen éxito á los Cartagineses, y ventajas á los Romanos; prometió coronas de oro á los que primero montasen el muro, ofreció los premios acostumbrados á los que se señalasen, y por último, dixo que Neptuno se le habia aparecido en sueños desde el principio, le habia inspirado este pensamiento, y le habia ofrecido, que le asistiria tan visiblemente en lo crítico del lance, que todo el ejército conoceria los efectos de su presencia. Las razones que expuso en la arenga, las sólidas reflexiones con que las mezcló, las promesas de las coronas de oro, y sobre todo la providencia del Dios, inspiráron en los soldados un extraordinario ardor y alegría.

Al dia siguiente despues de provista la esquadra de todo género de tiros, dió orden á Lelio que la mandaba, para que bloquease la ciudad por el lado del mar. Él por tierra, escogidos dos mil hombres los mas esforzados, para que apoyasen á los que llevaban las escalas, emprendió el asedio á la tercera hora del dia. Magon gobernador que era de la ciudad, divididos los mil hombres que tenia, dexó la mitad

en la ciudadela, y apostó el resto en la colina que está al oriente. Dos mil ciudadanos los mas robustos, á quienes proveyó de las armas que habia en la plaza, fuéron situados á la puerta que conducia por el istmo al campo enemigo. Los restantes tuviéron orden de acudir como pudiesen á qualquier parte del muro, que fuese necesario. Lo mismo fué dar Scipion la seña con las trompetas para el ataque, que sacar Magon los dos mil hombres que guardaban la puerta, persuadido, á que aterraria al enemigo, y frustraria del todo su designio. Estas tropas diéron con valor sobre los Romanos, que estaban formados en batalla en el istmo. Se travó un atroz combate y una terca emulacion por ambas partes, animando tanto los del campo como los de la ciudad cada uno á los suyos. Pero los refuerzos que acudian, no obraban igual efecto. Los de los Cartagineses no podian salir sino por una puerta, y tenian que andar casi dos estadios hasta el campo de batalla; en vez de que los de los Romanos estaban á la mano y podian venir por muchas partes, lo que hacia desigual el combate. Scipion de proposito habia formado los suyos al pie del mismo campo, á fin de atraer al enemigo á la mayor distancia. Estaba bien seguro, que una vez deshechos estos que eran como la flor de los ciudadanos, se llenaria de confusion toda la ciudad, y ningun-

no de los sitiados se atreveria á salir por la puerta. No obstante como por una y otra parte peleaban tropas escogidas, estuvo por un rato neutral la batalla; pero al fin rechazados los Cartagineses con los poderosos refuerzos que acudian desde el campo, tuvieron que volver la espalda. Muchos murieron en el campo de batalla y en la retirada, pero los mas se atropellaron unos á otros á la entrada de la puerta. Este accidente consternó tanto á todo el vecindario, que aun los que guarnecian la muralla, desampararon sus puestos; y poco faltó para que los Romanos no entrasen de tropel con los que huían, bien que aseguraron al muro las escalas sin peligro.

Scipion estuvo presente al combate, pero con el resguardo posible de su persona. Llevaba consigo tres soldados armados, los cuales cubriéndole y defendiéndole con sus broqueles de los tiros que venian del muro, procuraban su seguridad. Así unas veces dexándose ver á los costados, otras sobre los lugares eminentes, contribuía infinito al buen éxito del combate. Porque al paso que veía lo que pasaba, y era visto de todos, inspiraba ardor en los combatientes. De aquí provenia, que nada era omitido de quanto podia conducir para el caso; al contrario, lo mismo era presentarle la ocasion algun proyecto, que al momento era ejecuta-

do como convenia. Los primeros que tentaron con osadía subir por las escalas, no tuvieron que sufrir tanto de la multitud de defensores al acercarse, como de la altura de los muros. Los que coronaban las murallas, conocieron bien la incomodidad que esta causaba á los Romanos, y eso mismo les infundió mas aliento. En efecto, como las escalas eran altas y subian muchos á un tiempo, algunas se hacian pedazos. En otras sucedia, que despues de estar arriba los primeros, la misma elevacion les barria la vista, y si á esto se añadia el mas leve impulso de los defensores, venian rodando por la escalera abajo. Si se arrojaba por las almenas alguna viga ó cosa semejante, entónces todos á un tiempo eran derribados y estrellados contra la tierra. No obstante estos obstáculos, nada era bastante á contener el ímpetu y vigor de los Romanos; al contrario, derribados los primeros, subian á ocupar su lugar los inmediatos; hasta que ya entrando el día, y fatigada la tropa con el trabajo, el general mandó tocar á retirada.

Con esto los sitiados se alegraron infinito, creyendo que ya habian arredrado el peligro. Pero Scipion, que ya estaba aguardando el tiempo del refluxo, tenia dispuestos quinientos hombres con escalas por el lado del estero. Á la puerta de tierra y frente del istmo habia puesto tropas de refresco, y despues de exhortadas las

habia dado mas escalas que ántes, para que á un tiempo se montase el muro por todas partes. Lo mismo fué darse la señal de acometer, y aplicarse al muro las escalas para subir con intrepidez por todas partes, que todo fué confusión y alboroto dentro de la ciudad. Ya se creían libres del infortunio, quando he aquí nuevo peligro, y nuevo ataque, que junto con la falta de tiros, y el desaliento que les causaba tanto número de muertos, les puso en un gran conflicto, bien que se defendieron lo mejor que pudieron. En lo recio del combate de la escalada, vino el refluxo. Las aguas fuéron dexando en seco poco á poco las orillas del estero, pero congregadas á la boca salian con ímpetu al mar inmediato, de suerte que los que ignoraban la causa, tenian por increíble este fenómeno. Scipion entónces, que ya tenia prontas las guias, manda entrar por la laguna sin recelo á los que ya estaban prevenidos para esta faccion. Entre otros dotes, no parece sino que la naturaleza le habia criado especialmente, para inspirar ardor, é impresionar de los mismos afectos á los que exhortaba. La tropa obedece, echa á andar á porfia por el pantano, y se persuade que esto es efecto de alguna providencia divina. En efecto, acordándose de lo que Scipion les habia dicho en la arenga de Neptuno y de su asistencia, se inflamó tanto su espíritu, que hecha la

tortuga, arremeten á la puerta, y tientan por defuera hacerla pedazos con hachas y azuelas. Los que iban andando por el pantano, como halláron desiertas las almenas, no solo aplicáron las escalas sin peligro, sino que subieron y se apoderáron del muro sin sacar la espada. Estaban tan ocupados los sitiados en la conservacion de otros puestos, particularmente del istmo y de la puerta inmediata; era tan inesperado el caso de que el enemigo se acercase á la muralla por el lado del estero; y sobre todo, era tan descompasada la gritería y confuso tropel del populacho, que ni entender ni ver podian lo que pedía la urgencia.

Apoderados del muro los Romanos, al momento discurriéron por todas partes á fin de llamar la atencion del enemigo, para lo qual les sirvió infinito su modo de armarse. Ya que estuvieron á la puerta, baxáron unos á quebrar los cerrojos, y entráron en la ciudad los que estaban fuera. Los que por el lado del istmo tentaban subir por las escalas, vencidos los defensores, atacáron las almenas. De este modo fué ocupada por último toda la muralla. Los que entráron por la puerta, tomaron la colina de parte del oriente, despues de desalojados los que la guarnecian. Scipion, quando ya le pareció que habian entrado los bastantes, destacó la mayor parte contra los vecinos segun costum-

bre , con órden de matar á quantos encontrasen , sin dar quartel á ninguno , ni distraerse con el saco , ántes que se diese la señal. En mi concepto , obran así , por infundir terror. Por eso se ha visto muchas veces , que los Romanos en la toma de las ciudades , no solo quitan la vida á los hombres , sino que abren en canal los perros , y hacen trozos los demas animales: costumbre , que con especialidad observáron entónces , por el gran número que habian cogido. Despues Scipion echó á andar con mil hombres á la ciudadela. Á su llegada , Magon intentó por el pronto ponerse en defensa ; pero considerando despues , que la ciudad estaba ya enteramente tomada , pidió seguridad para su persona , y entregó la ciudadela. Tomada esta , se dió la señal para que cesase la carnicería , y se entregáron al saco. Venida la noche , subsistieron en el campamento , los que tenian esta órden. El general con los mil pasó la noche en la ciudadela. Á los demas se dió órden por medio de los tribunos , para que saliesen de las casas , y junto en la plaza todo el botin que se habia hecho , hiciesen allí la guardia por cohortes. Se traxo del campamento á los flecheros , y se les apostó en la colina que estaba al oriente. De este modo se apoderáron los Romanos de Cartagena en España.

El día siguiente , junto en la plaza el equi-

page de la guarnicion Cartaginesa y todas las alhajas de los ciudadanos y menestrales, pasaron los tribunos á hacer la distribucion entre sus legiones segun costumbre. Tal es la economía que observan los Romanos en la toma de las ciudades. Cada dia se saca para este efecto, bien de las legiones en general, bien de las cohortes en particular, un número de hombres segun la extension de la ciudad, pero nunca se destina mas de la mitad. Los demas quedan de guardia en sus puestos, unas veces fuera de la ciudad, otras dentro, segun lo exige la necesidad. Como regularmente está dividido su ejército en dos legiones Romanas, y dos aliadas, bien que tal vez aunque rara se junten las quatro; todos los que se destinan para el saco, traen lo que cogen cada uno á su legion. Despues de vendido el botin, los tribunos lo distribuyen por partes iguales entre todos, no solo los que han quedado de centinela, sino tambien los que han custodiado las tiendas, los enfermos, y los que han sido destacados á algun ministerio. Para que no se defraude cosa del despojo, se hace jurar á todos, el primer dia que se juntan en los reales para salir á campaña, que se observará fidelidad; pero de este ramo de policia ya hemos hablado mas á la larga, quando tratamos de su gobierno. Síguese pues, que como la mitad del ejército se emplea en el saco, y la otra

mitad queda guardando sus puestos para cubrir á estos, jamas la codicia ha puesto á pique las empresas de los Romanos. Porque el no tener recelo de ser defraudado del botin, ántes bien reynar una esperanza cierta, de que tanto los que quedan de centinela como los que van al pillage, han de tener su parte, hace que ninguno desampare los puestos: cosa que á otras naciones ha acarreado muchas veces graves perjuicios.

En efecto, por lo comun el hombre sufre el trabajo, y se expone al peligro por la esperanza del lucro; y es evidente, que quando se presenta una ocasion semejante, el que queda apostado ó de guardia en el campo, lleva muy á mal abstenerse de una ganancia, que las mas de las naciones conceden al primero que la coge. Porque por mas diligencia que ponga un rey ó un general, en que de todos los despojos se haga una masa comun, no obstante lo que se puede ocultar, se reputa por propio. Por eso quando todos se dexan llevar de la codicia, si esta no se puede reprimir, se aventura la salud de todo el ejército. Se han visto muchos capitanes, que despues de lograda su empresa, ya entrando en un campo enemigo, ya tomando una ciudad, no solo han sido desalojados sino enteramente deshechos, y por ninguna otra causa mas que por la que hemos dicho. Por tanto

de nada deben cuidar y atender tanto los generales , como de que en lo posible reyne en todos la esperanza , de que el botin , en llegando la ocasion , se dividirá por iguales partes.

Miéntras los tribunos se ocupaban en repar- tir los despojos , el cónsul Romano , congrega- dos los prisioneros en número poco ménos de diez mil , mandó separar á un lado los ciudada- nos , sus mugeres y niños , y á otro puso los artesanos. Hecho esto , exhortó á los primeros á que fuesen afectos al Pueblo Romano , y tu- viesen presente el beneficio que les hacia , con lo qual los despidió todos á sus casas. Ellos , á vista de una salud tan inesperada , con lágrimas en los ojos de pura alegría , le hicieron una hu- milde reverencia , y se retiráron. Por lo que hace á los artesanos , les dixo , que por ahora quedaban siervos públicos del Pueblo Romano ; pero si mostraban amor é inclinacion á Roma cada uno en su oficio , les prometia la libertad , despues de concluida felizmente la guerra con los Cartagineses. Para esto mandó , que todos ellos en número de dos mil llevasen sus nom- bres al quëstor , y divididos de treinta en treinta , los puso un Romano por curador. Del res- to de prisioneros entresacó los mas robustos , mas bien hechos y de edad mas floreciente , y los aplicó á su marina , con lo qual aumenta- da esta una mitad mas , tripuló tambien los na-

víos apresados; de suerte que cada buque vino á tener poco ménos del doble de remeros que ántes tenia. Porque los navíos apresados eran diez y ocho, y los que él tenia, treinta y cinco. Igualmente prometió tambien á estos la libertad despues de vencidos los Cartagineses, si servian á Roma con fidelidad y afecto. Este modo de portarse con los prisioneros, concilió para sí y para su república la benevolencia y fidelidad de los ciudadanos, é inspiró en los artesanos grande ardor de servirle por la esperanza de la libertad; sin contar con la mitad mas de fuerzas navales, que aumentó con la sabia conducta de que usó en este lance.

Separó despues á un lado á Magon y á los Cartagineses que con él estaban. Habia entre ellos dos del consejo de los Ancianos, y quince Senadores. Los entregó á C. Lelio, previniéndole el correspondiente cuidado de estos personajes. Despues mandó venir á los rehenes que ascendian á mas de trescientos, y fué llamando y acariciando uno por uno á los niños, prometiéndoles para su consuelo que dentro de poco verian á sus padres. Mandó á los demas tener buen ánimo, y que cada uno escribiese á su patria, que estaban salvos, que lo pasaban bien, y que los Romanos estaban prontos á remitirlos todos con seguridad á sus casas, con tal que sus parientes abrazasen la alianza del Pueblo Ro-

mano. Quando dixo esto, ya tenia preparadas de antemano aquellas alhajas del botin que mas podian conducir á su designio, y las comenzó á regalar á cada uno segun su sexô y edad; á las niñas retratos y pulseras, y á los niños puñales y espadas.

Durante este tiempo vino á echarse á sus pies la muger de Mandonio, hermana de Indibilis, rey de los Ilergetes, para suplicarle con lágrimas, que cuidase de que se guardase mas decoro con las prisioneras, que el que habian tenido los Cartagineses. Scipion compadecido de ver á sus pies una dama avanzada en edad, y que representaba en su rostro un cierto ayre venerable y magestuoso, la preguntó, qué la faltaba de lo necesario. Pero viendo que callaba, envió á llamar á los que habian sido encargados del cuidado de las mugeres, los quales le dixéron, que los Cartagineses las habian provisto con abundancia de todo lo preciso. Esto no obstante, como la dama volviése á abrazarle de las rodillas, y á repetirle la misma arenga; Scipion entró mas en confusion, y maliciándose, si habria habido algun descuido, y los comisionados de aquel encargo no le contaban por ahora la verdad, la dixo: sosegaos, señora, yo os prometo nombrar otras personas que cuiden, de que no os falte lo necesario. Vos no habeis penetrado el fondo de mis pala-

bras, replicó la señora despues de un breve silencio, si creéis que nuestra súplica se reduce ahora á la comida. Entónces comprehendiendo Scipion lo que queria decir la dama, y reparando en la hermosura de las hijas de Indibilis y de otros muchos potentados, no pudo contener las lágrimas, al ver que en una sola palabra le habia dado una idea de su triste situacion. Y así dándola á entender que habia penetrado su pensamiento, la agarró de la mano, procuró consolarla, y lo mismo á las demas, prometiendo que en adelante él mismo las cuidaria como si fueran sus hermanas ó hijas, y las pondria hombres de providad para su custodia.

Despues de esto entregó á los quëstorees todo el dinero que habia hallado en el Erario de los Cartagineses, cuya suma ascendia á mas de seiscientos talentos, que juntos á los quatrocientos que él habia traído de Roma, componian en todo la cantidad de mas de mil talentos para los gastos de la guerra.

Á esta sazón ciertos jóvenes Romanos, bien instruidos de la inclinacion de su general al otro sexô, traxéron á su presencia una doncella en la flor de su edad y de peregrina hermosura, suplicándole admitiese este obsequio. Scipion absorto con tan raro prodigio de belleza: *Si fuera simple soldado, dixo, no me pudierais hacer presente mas dulce; pero siendo general, ninguno mas des-*

preciable : dando á entender en mi concepto con este dicho , que en ciertos momentos de descanso y ocio , hallan los jóvenes con el sexó un dulce pasatiempo y alivio de los cuidados ; pero en tiempo de negocios , semejantes recreos perturban la tranquilidad del cuerpo y del espíritu. No obstante dió gracias á los jóvenes , y enviando á llamar al padre de la doncella , se la entregó al momento , y le mandó la diese estado con el ciudadano que mas gustase. Este rasgo de continencia y moderacion le dió mucho honor entre sus soldados.

Arregladas estas cosas , y entregado el resto de prisioneros á los tribunos , despachó á Roma á C. Lelio en una galera de cinco órdenes , con otros Cartagineses de los mas ilustres que se habian cogido , para que llevase á su patria la noticia. Sabia ciertamente , que como por lo comun en Roma se tenian por perdidas las cosas de España , con esta nueva se recobrarian los ánimos , y se entregarían con mas intension á estos negocios.

CAPÍTULO IV.

Modo que tuvo Scipion de exercitar la infanteria durante su mansion en Cartagena. Evoluciones que fué preciso enseñar á la caballeria. Costumbre en amaestrar sus tropas.

Durante el poco tiempo que Scipion estuvo en Cartagena, se ocupó en hacer maniobrar de continuo su armada, y enseñar á los tribunos, de qué modo habian de exercitar las tropas de tierra. El primer dia mandó á las legiones hacer una marcha de treinta estadios con sus armas; el segundo bruñir, limpiar y pasar revista de todo el armamento delante de las tiendas; el tercero descansar y holgar; el quarto combatir á unos con espadas de madera cubiertas de cuero y boton á la punta, y á otros lanzar chuzos tambien con boton; el quinto repetir la misma carrera que el primer dia. Para que en ningun acontecimiento le faltasen armas, ya para los ejercicios, ya para las batallas verdaderas, hacia un grande aprecio de esta clase de artesanos. Por eso en medio de que tenia señaladas gentes que privativamente cuidasen de este ramo; iba él no obstante á visitarlos todos los dias, y por su mano proveía á cada uno lo necesario. Al ver las tropas de tierra exercitarse y

disciplinarse delante de los muros de la ciudad, las de mar maniobrar y ensayarse en el remo, los de la ciudad aguzar unos, trabajar otros en hierro ó madera, y en una palabra, ocuparse todos en fabricar armas; no podia ménos de aplicarse á Cartagena la expresion de Xenofonte, que era un taller de guerra. Ya que le pareció que todo estaba en buen estado, y las tropas suficientemente disciplinadas para qualquier funcion; levantó el campo con los dos ejércitos de mar y tierra, despues de asegurada la ciudad con buena guarnicion, y reparados sus muros, y echó á andar hácia Tarragona, llevándose consigo los rehenes.

Las evoluciones, que en su concepto eran mas oportunas para toda ocasion, y en que debia estar instruida la caballería, eran tornar el caballo á izquierda ó á derecha, y volver pie atras. Quanto á los esquadrones enteros, los enseñaba á dar un quarto de conversion, á recobrar su puesto, á dar media vuelta en dos tiempos, á darla entera en tres, á partir prontamente de las alas ó del centro divididos en una ó dos esquadras, y á volverse á reunir sin perder el órden en sus esquadrones, bandas ó compañías. Á mas de esto los hacia formar sobre una y otra ala, á veces por el frente, y á veces dando un giro por detras del ejército. No cuidaba mucho de las conversiones de una parte á otra por

trozos separados, porque creía que en algun modo se asemejaban á quando un ejército va de marcha. Á este tenor en todas las evoluciones, bien fuese para avanzar al enemigo, bien para retirarse, los habia disciplinado de manera, que jamas aun en la mayor aceleracion se perdiese la latitud ni longitud, y al mismo tiempo se guardase siempre de esquadron á esquadron el mismo intervalo. Porque no hay cosa mas inutil y peligrosa, que poner en accion por esquadrones una caballería, que ya tiene rotas sus líneas. Despues de haber instruido así á los soldados y á los oficiales, recorrió las ciudades para exâminar; primeramente, si el pueblo entraba bien en lo que habia mandado; y en segundo lugar, si los gobernadores de las ciudades eran capaces de dar un sentido claro y conveniente á sus órdenes. Porque estaba en el entender, que para el buen éxito de una empresa, nada habia mas importante que la capacidad de los subalternos.

Preparadas de este modo todas las cosas, sacó de las ciudades la caballería, y la congregó en un sitio, donde él mismo executaba las evoluciones, y hacia á su vista todo el manejo del arma. Para esto no se ponía á la cabeza, como hacen los capitanes de hoy día, en cuyo concepto el primer lugar es el mas propio del que manda. Arguye ignorancia, y está muy ex-

puesto un comandante, que es visto de todos sus soldados, y él no ve á ninguno. En semejantes ejercicios, no se trata tanto de hacer ostentacion de la autoridad, como de la pericia y capacidad para mandar las tropas, poniéndose ya en la vanguardia, ya en la retaguardia, ya en el centro. Esto era lo que hacia Scipion; discurría de esquadra en esquadra, lo veía todo por sí mismo, explicaba las dudas, y corregía sobre la marcha qualquier defecto; bien que estos eran muy leves y raros, por el esmero que habia puesto ántes en disciplinar en particular á sus soldados. Demetrio Phalereo explicó esto mismo en un discurso; así como, decia, en un edificio, del cuidado que se pone en situar bien cada ladrillo, y travar una orden con otra, resulta que la fábrica no tenga henduras: del mismo modo en un ejército, del esmero que se tiene con cada soldado y con cada compañía, proviene el vigor de toda una armada.

CAPÍTULO V.

Queixa de los Etolios contra los Romanos, explicada en una comparacion por un personage nada afecto á los Etolios.

Lo que ahora sucede, decia, se asemeja mucho á la disposicion y mecanismo de un ejército formado en batalla. Así como en este, por lo regular se sitúa al frente para que perezca primero la infantería ligera y las tropas mas expeditas, mientras que á la falange y á los pesadamente armados se atribuye todo el honor de la victoria; del mismo modo al presente, los Etolios y los pueblos del Peloponeso que sostienen su partido, están expuestos los primeros al peligro; y los Romanos, á manera de falange, hacen veces de tropas de reserva. Si los Etolios son vencidos, los Romanos alzarán la mano, y escaparán sin lesion alguna; y si aquellos salen vencedores, lo que no permitan los Dioses, entónces estos reducirán á su dominio á ellos y á los demas pueblos de la Grecia.

CAPÍTULO VI.

Excelencia de la Media sobre los demas estados del Asia. Increibles riquezas del palacio real de Ecbatana en la Media. Expedicion de Antioco contra Arsaces , uno de los primeros fundadores del imperio de los Partos.

Es la Media el mas poderoso reyno del Asia, tanto por la extension del país, como por el número y valor ya de hombres, ya de caballos. Provee esta provincia á casi toda el Asia de esta especie de animales, y por sus buenos pastos mantienen aquí los demas reyes sus crias de caballos al cuidado de los Medos. Está rodeada toda de ciudades Griegas, precaucion que tomó Alexandro, para ponerla á cubierto de los bárbaros sus vecinos, ménos Ecbatana. Esta ciudad está fundada al septentrion de la Media, y domina los países de Asia, contiguos á la laguna Meotis, y al ponto Euxino. Fué en otro tiempo corte de los reyes Medos, y segun parece, excedió infinito á las demas ciudades en riquezas y magnificencia de edificios. Situada á la falda del monte Oro, no tiene muros, pero tiene una ciudadela, que el ingenio ha hecho de una fortaleza prodigiosa, á cuyo pie está el palacio real. Tanto el hablar por menor de las rarezas de esta ciudad, como el pa-

sarlas del todo en silencio, tiene sus dificultades. Porque así como á los que aman publicar maravillas, y acostumbran hablar con exâgeracion y hacer digresiones, abre el mas ameno campo Ecbatana; así tambien á los que en todas sus producciones son reservados y circunspectos, todo lo que excede los límites de lo ordinario, sirve de dificultad y embarazo. No obstante diré que el palacio real tiene casi siete estadios de circunferencia, y que la magnificencia de la fábrica en cada una de sus partes dá una grande idea de la riqueza de sus primeros fundadores. Pues en medio de que todo él era de madera de cedro y de cipres, no obstante no tenía parte alguna descubierta. Las bigas, los artonados, y las columnas que sostenian los pórticos y atrios, unas estaban vestidas de planchas de plata, y otras de oro. Las texas todas eran de plata. La mayor parte de estos adornos fuéron descortezados en la irrupcion de Alexandro y de los Macedonios, y el resto en el gobierno de Antigono y de Seleuco Nicanor. Bien que quando vino Antioco, el templo de Ena tenia aun las columnas cubiertas todo al rededor de oro, se encontraban en él muchas texas de plata, y duraban aun algunos ladrillos aunque pocos de oro, y muchos de plata. De todas estas riquezas se acuñó moneda con el busto de Antioco, cuya suma as-

cendió casi á quatro mil talentos.

Arsaces bien creía que Antioco llegaria hasta estos países, pero no el que se atreviese á atravesar con tan numeroso ejército el desierto contíguo á ellos, especialmente siendo tan escaso de agua. En efecto, lo que es en la superficie, no se vé aquí siquiera una gota; pero por baxo de tierra hay muchos conductos y pozos, desconocidos á los que ignoran el país. Sobre esto hay una tradicion verdadera entre los naturales; y es, que quando los Persas se apoderaron del Asia, diéron á los que hiciesen venir agua perenne á ciertos lugares que ántes no la tenian, el usufruto de aquellos campos por cinco generaciones; y como del monte Tauro se desgajan tantos y tan copiosos raudales, los habitantes no perdonáron gastos ni fatigas para construir aquíeductos desde tan lejos: de suerte que hoy día, ni aun los que beben el agua, saben el origen de estos conductos subterráneos, ni de donde provengan. Quando Arsaces vió que Antioco comenzaba á atravesar el desierto, al instante mandó cegar y corromper los pozos. Pero el rey, informado de esto, destacó allá á Nicomedes con mil caballos; los quales, llegando á tiempo que ya Arsaces estaba de vuelta con su ejército, únicamente encontráron alguna caballería que tapaba las bocas de los aquíeductos, y forzada

esta á volver la espalda al primer encuentro, se retiraron tambien ellos á su campo. Antioco atravesó el desierto, y llegó á Hecatompyla, ciudad situada en medio de la Partia, y á quien se dió este nombre, por la concurrencia de caminos que parten desde aquí á todas las regiones del contorno.

Aquí despues de haber dado descanso al soldado, reflexionó que si Arsaces estuviera en estado de aventurar con él una batalla, no hubiera abandonado y dexado su pais, ni andaria buscando sitio mas acomodado á sus tropas para el combate que las cercanías de Hecatompyla. Y puesto que con su retiro habia manifestado al buen entendedor, que se hallaba de diverso parecer, resolvió pasar á la Hircania. Llegado á Tagas, supo de los naturales la escabrosidad del camino que tenia que atravesar, para llegar á las cumbres del monte Labuta que miran á la Hircania, y la multitud de bárbaros que ocupaban aquellos desfiladeros. Con este aviso se propuso dividir en varios cuerpos su infantería ligera, y señalar á sus xefes la ruta que cada uno habia de tomar. Lo mismo hizo con los gastadores, que debian acompañar á los armados á la ligera, y hacer transitable el lugar que estos ocupasen, para que pasase la falange y las bestias de carga. Tomada esta resolucion, puso á Diogenes en la vanguardia,

compuesta de flecheros , honderos , y aquellos montañeses mas peritos en disparar dardos y piedras ; porque esta clase de gentes , no guardando nunca formacion , sino batiéndose de hombre á hombre segun la ocasion y el sitio lo requiere , son de sumo provecho en los desfileros. Detras de estos situó dos mil rodeaderos Cretenses , baxo la conducta de Polyxenidas el Rodiò ; y en la retaguardia iban los armados de loriga y escudo , al mando de Nicomedes de la isla de Cos , y de Nicolao el Etolio.

No bien habian abanzado algun terreno , quando se descubrió , que la escabrosidad y estrechura de este era mas dificil , que la que el rey se habia imaginado. La subida toda se extendia á casi trescientos estadios. En la mayor parte de esta era preciso caminar por un profundo barranco que un torrente habia socabado , en el qual habia muchos peñascos desgajados naturalmente de lo alto de las rocas , y arboles que imposibilitaban el tránsito. Á esta dificultad se añadian otras muchas por los bárbaros. Habian cortado infinidad de arboles , habian amontonado multitud de grandes peñascos , y á mas tenian ocupadas todo lo largo de esta concavidad las alturas mas oportunas , y capaces de contribuir á su defensa ; de suerte , que á no haber ellos tomado mal sus me-

didas, desanimado del todo Antioco, hubiera tenido que desistir del empeño. Porque los bárbaros, en la inteligencia de que todo el ejército enemigo habia de subir por precision por el barranco mismo, se habian preparado y ocupado los puestos con este objeto. Pero no advirtiéron, que aunque la falange y el bagage no podian pasar por otra parte, que la que ellos tenian pensada, porque las montañas inmediatas les eran inaccesibles; la infantería ligera y expedita era capaz de gatear por los mas pelados peñascos. Y así lo mismo fué Diogenes, que habia emprendido la subida por parte afuera del barranco, dar sobre el primer cuerpo de guardia de los enemigos, que tomar otro semblante las cosas. Porque advirtiendole el lance mismo al primer choque lo que tenia que hacer, pasa adelante, supera aquellas eminencias por caminos extraviados, y puesto de parte arriba de los contrarios, los acribilla con una nube de flechas y piedras arrojadas á mano. Lo que mas incomodó á los barbaros, fuéron las piedras que despedian las hondas desde léjos. Ya que estuviéron desalojados los primeros, y ocupado su puesto, se dió el encargo á los gascadores de desembarazar y aplanar con seguridad el camino que tenian por delante, operation que se executó brevemente por las muchas manos que habia. De este modo los honderos,

ballesteros y flecheros marchan á pelotones por aquellas eminencias, se incorporan y ocupan los puestos ventajosos, mientras que formados los pesadamente armados van subiendo poco á poco por el barranco mismo en buen orden. Los barbaros, léjos de esperar, desampararon todos sus puestos, y se acogieron á la cumbre.

Antioco en fin atraviesa el desfiladero sin pérdida, bien que con lentitud y mucho trabajo, pues casi gastó ocho dias en llegar á la cima de la montaña. Aquí reunidos los barbaros, con la esperanza de que impedirian la subida al enemigo, se dió un recio combate, donde fueron rechazados; porque aunque formados á manera de cuña, peleáron con valor contra la falange, lo mismo fué ver que los armados á la ligera, dado un largo rodeo durante la noche, se habian apoderado de los puestos superiores que caían á su espalda, que al instante desmayaron, y tomaron la huida. El rey, que queria que el ejército baxase reunido y en buen orden á la Hircania, prohibió que se siguiese el alcance, y mandó tocar á retirada. Reglada la marcha como deseaba, llegó á Tambrace, ciudad sin muros, pero de grande extension y con un palacio real, donde hizo alto. Pero como la mayor parte de barbaros que habian escapado de la batalla y de aquellos contornos, se hubiesen retirado á Syringe, ciudad poco

distante de Tambrace, y que por su fortaleza y demas comodidad era como la corte de la Hircania; determinó reducirla por fuerza. En efecto echó á andar allá con el ejército, y campado en sus alrededores comenzó el asedio. La principal fuerza para el logro de su designio consistia en tortugas de terraplenar. Porque la ciudad estaba rodeada de tres fosos, poco ménos de treinta codos de anchos y quince de profundos, sobre cuyos bordes habia un doble vallado, y por remate un fuerte muro. Se daban continuos combates al rededor de las obras, donde ni los unos ni los otros bastaban á transportar sus muertos y heridos, porque no solo se peleaba sobre tierra, sino tambien por baxo en las minas. No obstante, la mucha gente, y la actividad del rey hizo que prontamente se cegasen los fosos, y viniese abaxo la muralla socabada con las minas. Este accidente desconcertó del todo á los barbaros, y degollando á los Griegos que habia en la ciudad, robáron lo mas precioso de sus muebles, y escapáron durante la noche. Antioco, informado de esto, destacó en su alcance á Hyperbasis con las tropas mercenarias. En efecto éste los alcanza, ellos arrojáron los equipages, y se acogen otra vez á la ciudad; con lo qual forzada despues con vigor la brecha por los pesadamente armados, destituidos de toda esperanza, se rindiéron.

CAPÍTULO VII.

Muerte de los cónsules Claudio Marcello y Crispino por impericia en el arte militar. Un general no se debe meter en acción que no sea decisiva.

Elogio de Annibal.

Los cónsules Claudio Marcello y T. Quint. Crispino, deseosos de registrar con sus ojos el declive de una montaña que caía hácia el campo enemigo, mandáron á los demas que subsistiesen dentro del real, y á los con dos vandas de caballería, los velites, y hasta treinta lictores, marcháron á inspeccionar el terreno. Por casualidad algunos Numidas, acostumbrados á armar asechanzas á los que salen á escaramucear, y en una palabra á todo el que se aparta del campamento, se habian emboscado al pie de la montaña. Lo mismo fué hacerles la señal el vigia, de que por encima de ellos venia acercándose á la cima de la montaña alguna tropa, que salen, y dando un gran rodeo, cortan á los cónsules, y les cierran el paso para su campo. Al primer encuentro perdió la vida Marcello, y algunos otros que le acompañaban; los demas cubiertos de heridas, se viéron precisados á escapar por aquellos derrumbaderos, unos por una parte y otros por otra; y el hijo de este cónsul, tambien gravemente herido,

An. R.
545.
Ant. J. C.
209.

salió de la refriega como por milagro. Los Romanos estaban viendo desde el campo lo que pasaba, pero no pudieron acudir al socorro. Mientras unos daban voces, otros extrañaban el fracaso, unos enfrenaban los caballos, y otros tomaban sus armas, la accion se concluyó. Marcello en esta ocasion pareció mas simple é incauto que prudente y habil capitan, por cuyo motivo le vino esta desgracia. No puedo ménos de apuntar á cada paso por toda mi obra á los lectores esta clase de defectos, para que adviertan, que entre otros muchos en que pueden incurrir los generales, este es el mas ordinario, y en donde se vé mas palpable la ignorancia. Porque ¿qué se puede esperar de un xefe ó de un general, que no sabe que el que manda, ha de estar muy distante de toda refriega particular, que no decida enteramente el asunto? ¿Y qué nos debemos prometer de un xefe que ignora, que aun quando las circunstancias le estrechen á mezclarse en una accion particular, vale mas que perezcan ántes muchos soldados, que no que alcance el daño al que gobierna? Si se ha de aventurar algo, dice el adagio, sea ántes la mano que la cabeza. Porque decir, *yo no lo pensaba, ó quien habia de presumirse esto*, es en mi concepto la señal mas evidente de la ignorancia y falta de talento de un comandante.

Vé aquí porque reputo á Annibal por gran capitán en muchas maneras. Pero especialmente se dexa ver en esta ; que no obstante haber pasado tantos años con las armas en la mano , y haber visto tantos y tan diversos semblantes á la fortuna , su astucia engañó repetidas veces á sus contrarios en encuentros particulares , pero jamas fué él engañado , en medio de tantos y tan considerables combates como dió : tanta era la precaucion que ponía en el resguardo de su persona. Y en verdad que con sobrado fundamento. Porque libre y salvo un comandante, aunque todo el ejército perezca , la fortuna le ofrecerá mil ocasiones de resarcir sus pérdidas; pero muerto éste , acaece lo mismo que á una nave sin piloto , por mas que el ejército gane la victoria contra sus contrarios , nada se adelanta , porque todas las esperanzas de los particulares penden de las de los xefes. Hemos apuntado esto para aquellos generales , que ó por vanagloria , ó por ligereza juvenil , ó por impericia , ó por menosprecio del enemigo , incurren en tales infortunios ; porque las muertes de los generales siempre provienen de uno de estos defectos.

CAPÍTULO VIII.

Trazas de que se vale Scipion durante el quartel de invierno, para ganar la amistad de los Españoles. Edecon, Indibilis y Mandonio, poderosos Potentados de la España. Mas habilidad y prudencia se necesita para usar bien de la victoria, que para vencer. Reflexion de Polybio sobre este punto. Asdrubal, hermano de Annibal, vencido por Scipion, sale de España. Generosidad admirable de Scipion, en rehusar el reyno que le ofrecian los Españoles.

An. R.
545.
Ant. J.C.
209.

En España el cónsul Scipion, sentado su quartel de invierno en Tarragona, como hemos dicho mas arriba, comenzó por ganar al P. Romano la amistad y confianza de los Españoles, devolviéndoles á cada uno sus rehenes. La casualidad hizo que para esto le sirviese de mucho Edecon, poderoso Regulo del país. Este príncipe, luego que supo la toma de Cartagena, y que Scipion se habia apoderado de su muger y sus hijos, presumiéndose la desercion que harian los Españoles al partido de los Romanos, se propuso ser él el autor de esta mudanza, persuadido principalmente, á que de este modo recobraría su muger y sus hijos, y daría á entender al cónsul que abrazaba volun-

tariamente el partido de los Romanos, sin que la necesidad le forzase. En efecto sucedió así. Porque quando ya estaban las tropas en cuarteles de invierno, llegó él á Tarragona con sus parientes y amigos. Vino á una conferencia con Scipion y le dixo: que daba las mayores gracias á los Dioses, de que fuese él el primero de los señores del país que hubiese venido á su presencia; que los otros potentados, aunque daban la mano á los Romanos, mantenian aun correspondencia con los Cartagineses, y miraban con inclinacion sus asuntos; pero que él habia venido á entregar no solo su persona, sino sus amigos y parientes á la fé de los Romanos; en cuyo supuesto si merecia ser admitido por su amigo y aliado, le prestaria grandes servicios, tanto en la actualidad como en la consecuencia: en la actualidad, porque al ver los Españoles, que él habia sido admitido á su amistad y habia alcanzado lo que pedia, todos seguirian su exemplo, llevados del deseo de recobrar sus parientes, y entrar en la alianza de los Romanos; y en la consecuencia, porque provocados de semejante honor y humanidad, le serian unos indefectibles apoyos de las expediciones que le restaban. Por lo qual os suplico me devolvais mi muger y mis hijos, y contado en el número de vuestros amigos me dexeis volver á mi casa, hasta que se presente ocasion

oportuna, en que yo y mis amigos mostremos, quanto este, de nuestra parte, el reconocimiento á vuestra persona y á los intereses de Roma. Así concluyó Edecon su discurso.

Scipion, que ya de tiempos atrás se hallaba inclinado á esta entrega, y mucho ántes habia reflexionado lo mismo que Edecon le decia, entregó á este príncipe su muger y sus hijos, ajustó con él alianza; y quando ya tuvo ganado por varios modos que la conversacion misma le ofreció, el afecto del Español, y hecho concebir á sus amigos magníficas esperanzas para adelante, los despachó para sus casas. Divulgado prontamente este convenio, todos los pueblos del Ebro para acá, que ántes no favorecian á los Romanos, de comun consentimiento abrazaron sú partido. Cumplido en esta parte el deseo de Scipion, despues de haber dado vado á estos asuntos, despidió las tropas navales, visto que no habia quien le contrarrestase por parte del mar; pero entresacó de ellos los mas aptos, y los distribuyó en las compañías, con lo qual aumentó el ejército de tierra.

Ya hacia tiempo que Indibilis y Mandonio, los dos mas poderosos potentados de la España por aquella era, y tenidos por los mas finos amigos de los Cartagineses, andaban maquinando ocultamente y espiando la ocasion de abandonarlos, desde aquel lance en que Asdrubal,

baxo pretexto de asegurarse de su fidelidad, les habia exigido en rehenes una gran suma de dinero, sus mugeres é hijas, como hemos dicho ántes. Entónces pareciéndoles tiempo oportuno, sacáron una noche sus tropas del campo de los Cartagineses, y se retiráron á unos lugares fuertes, y capaces de ponerles á cubierto. Esta desercion fué seguida de otros muchos mas Españoles, que disgustados ya de la altanería de los Cartagineses, no aguardaban mas que la primera ocasion de hacer públicas sus intenciones: desgracia que ha acontecido á otros muchos.

Hemos dicho repetidas veces, lo importante que es conducir con acierto una guerra, y superar á los contrarios en sus designios; pero se requiere mucha mas habilidad y prudencia para usar bien de la victoria. Se encuentran muchos mas exemplos de victoriosos, que no de que hayan sabido aprovecharse de esta ventaja. Buen exemplo tenemos, en lo que entónces sucedió á los Cartagineses. Despues de haber vencido los exércitos Romanos, despues de haber muerto á ambos cónsules Publio y Cneio Scipion, en el concepto de que ya era suya la España sin disputa, tratáron con dureza á sus naturales. ¿Y qué sucedió? que en vez de aliados y amigos se fabricáron tantos enemigos como súbditos. Era indispensable que así sucediese á



hombres, que creían que de un modo se debía conseguir el mando, y de otro conservarle. No sabían, que el mejor modo de conservar los imperios, es mantener constantemente la misma constitucion, con que se estableció al principio. Es evidente, y comprobado con muchos exemplos, que se adquiere el mando con beneficios y larguezas á sus semejantes; pero si despues de alcanzado, se obra mal, y se gobierna con despotismo, no hay que extrañar que con la mudanza de máximas en los que mandan, se cambien tambien las voluntades en los que obedecen. Esto es puntualmente lo que entónces pasó por los Cartagineses.

En tan horribles circunstancias, Asdrubal se veía agitado de mil pensamientos sobre el éxito de los negocios que tenia á su cargo. Le acongojaba la desercion de Indibilis, le afligia la oposicion y contrariedad de pareceres que reynaba entre los demas oficiales, temia la venida de Scipion, ya le parecia que le tenia delante con su ejército, veía que le habian abandonado los Españoles, y que todos unánimes se habian pasado á los Romanos. En vista de esto entró consigo á cuentas, y resolvió recoger todas las fuerzas posibles, y dar una batalla al enemigo. Si la fortuna le sacaba victorioso, decia, consultaria despues tranquilamente sobre lo que habia de hacer; y si quedaba vencido, se retira-

ria á la Galia con las reliquias de la funcion, y tomando de allí el mayor número de bárbaros que pudiese, pasaria al socorro de Italia, y correria una misma fortuna con su hermano Anibal. En estas consideraciones estaba ocupado Asdrubral, quando Scipion, instruido de las intenciones del Senado con la venida C. Lelio, saca sus tropas de los cuarteles de invierno, echa á andar, y encuentra sobre el camino á los Españoles, que venian alegres y dispuestos á ofrecerle sus servicios. Indibilis que con anticipacion le habia avisado, quando le vió acercar, salió del campo con sus amigos; y en el habla que con él tuvo, le contó la amistad que habia tenido con los Cartagineses, le manifestó los servicios y fidelidad que siempre les habia prestado, y le expuso las injurias y afrentas que habia sufrido. En cuya atencion le suplicaba, se constituyese juez de sus razones: y si hallase ser injusta la acusacion que hacia contra los Cartagineses, fallase seguramente, que tampoco sabria guardar fe á los Romanos; pero si á vista de tantos ultrages como habia referido, la necesidad le habia forzado á apartarse de su amistad, se lisonjease de que el que ahora abrazaba el partido de los Romanos, les guardaria un afecto inviolable.

Dichas otras muchas mas razones al mismo intento, concluyó Indibilis; y tomando la pa-

labra Scipion; le respondió que no dudaba de sus palabras, que conocia el genio altanero de los Cartagineses, tanto por el desprecio que habian hecho de los otros Españoles, como por la insolencia de que habian usado con sus mugeres é hijas; en vez de que él, habiéndolas tomado, no en calidad de rehenes sino de prisioneras y esclavas, las habia guardado tal decoro, que ni ellos con ser padres hubieran hecho acaso otro tanto. Indibilis confesó que así estaba persuadido, le hizo una profunda reverencia, y le saludó por *Rey*. Todos los circunstantes aplaudiéron el dicho, pero Scipion rehusando semejante nombre, les dixo, que tuviessen buen ánimo, que ellos hallarian todo buen tratamiento de parte de los Romanos, y sin detenerse les devolvió sus mugeres é hijas. Al dia siguiente ajustó con ellos un tratado, cuyas principales condiciones eran, que seguirian á los cónsules Romanos, y obedecerian sus órdenes. Con esto se retiráron á sus respectivos campos, tomóron sus tropas, volviéron á Scipion, y acampados juntos con los Romanos, marcháron contra Asdrubal. Este general campaba entonces en los contornos de Castulon, cerca de la ciudad de Betula, y no léjos de las minas de plata. Informado de la venida de los Romanos, mudó de campamento, donde resguardadas las espaldas con un río, tenia por delante del real

un espacioso llano , que coronado todo en redondo de una colina , tenia la bastante profundidad para ponerle á cubierto , y la suficiente extension para formar el ejército en batalla. Aquí permanecia quieto , contento solo con tener apostados ciertos cuerpos de guardia sobre la colina. El primer deseo de Scipion , quando estuvo cerca , fué batirse ; pero se veía perplexo , á vista de la seguridad que la ventajosa situacion prestaba al enemigo. No obstante al cabo de dos dias de deliberacion , recelándose no viniesen Magon y Asdrubal hijo de Giscon , y le cerrasen por todas partes , determinó probar fortuna y tentar al enemigo.

Dada la orden de que estuviese pronto el ejército , él se quedó dentro de las trincheras con las demas tropas , y solo destacó los Velites y Extraordinarios de infantería , para atacar la colina y provocar los cuerpos de guardia que habia en ella. Executado este orden con vigor , el general Cartagines esperaba al principio el éxito de la refriega ; pero viendo oprimidos y mal parados á los suyos por el valor de los Romanos , fiado en la naturaleza del terreno , saca su ejército , y le forma en batalla sobre la colina. Á esta sazón Scipion destaca allá toda la infantería ligera , para apoyar á los que primero habian travado el combate ; y divididas en dos mitades las tropas restantes , él con la una dan-

do un rodeo á la colina, acomete al enemigo por la izquierda; y entrega á Lelio la otra, para que igualmente haga un ataque por la derecha. Ya se estaba poniendo esto por la obra, quando Asdrubal iba aun sacando sus tropas del campamento; porque hasta entónces se habia estado quieto fiado en el terreno, y persuadido á que jamas osarian los Romanos atacarle. Por eso invadido quando ménos lo pensaba, ya no llegó á tiempo de formar sus haces. Al contrario los Romanos, dando sobre los costados de los Cartagineses, ántes que estos hubiesen ocupado sus puestos en las alas, no solo montan la colina sin peligro, sino que travada la accion, miéntras que el enemigo estaba aun en movimiento para ordenarse, matan á los que venian á formarse acometiéndolos por el flanco, y obligan á volver la espalda á los que estaban formados. Asdrubal segun su primer proposito, quando vió arrolladas y puestas en huida sus tropas, no quiso empeñarse hasta el último aliento. Cogió sus tesoros y elefantes, y recogiendo de los fugitivos los mas que pudo, se retiró á las inmediaciones del Tajo, para atravesar los Pyrines, y llegar á los Galos que habitan aquella comarca: Scipion no tuvo por conveniente seguir el alcance, por temor de que los otros generales no le atacasen; pero dió licencia al soldado para que saquease el campo contrario.

El dia siguiente , congregados todos los prisioneros , en número de diez mil infantes y mas de dos mil caballos , trató de su arreglo. Todos los Españoles que habian tomado las armas por los Cartagineses en aquella jornada , viniéron á rendir sus personas á la fe de los Romanos , y en las hablas que tuviéron , diéron á Scipion el nombre de *Rey*. El primero que hizo esto , y le adoró como á tal , fué Edecon , y despues Indibilis siguió su exemplo. Hasta entónces habia corrido la voz , sin advertirlo Scipion ; pero viendo que despues de la batalla todos le apellidaban *Rey* , hizo alto sobre el asunto. Y así habiendo hecho juntar los Españoles , les dixo , que queria que todos le tuviesen por un hombre de ánimo real , y serlo en efecto ; pero que no queria ser rey , ni que nadie se lo llamase , y en adelante les mandaba le diesen el tratamiento de general. Con justa razon admirará qualquiera la grandeza de alma de un hombre , que en la flor de su edad , y favorecido de la fortuna , hasta el extremo de prorrumper voluntariamente todos los que estaban baxo sus órdenes en la mania de proclamarle rey , con todo mete la mano en su pecho , y desprecia el acaloramiento y oropel con que le quiere honrar el vulgo. Pero mas se admirará aun el exceso de magnanimidad de este cónsul , si se vuelve los ojos á los últimos tiempos de su vida. Despues

de las expediciones hechas en España, despues de haber vencido á los Cartagineses, y reducido baxo el poder de su patria las mayores y mas bellas provincias del Africa, desde los altos de Phileo hasta las columnas de Hércules; despues de haber conquistado el Asia, destronado los reyes de Asyria, y sometido á Roma la mas hermosa y considerable parte del universo ¿en cuántas ocasiones no se pudiera haber hecho rey? Sin duda que en quantos paises del mundo hubiera pensado ó querido. Porque ciertamente una fortuna semejante es capaz de tentar y llenar de orgullo, no digo el corazon humano, pero aun el divino, si me es lícito hablar de este modo. Con todo Scipion fué tan superior á los demas hombres en grandeza de ánimo, que la mayor dicha que se puede conseguir de los Dioses, esto es, la dignidad real, solo le sirvió para desprecio, en medio de habersele ofrecido repetidas veces la fortuna; y pudo mas en él la patria y la fè que la habia prestado, que no la brillante y feliz soberanía.

Scipion pues, habiendo separado del número de prisioneros á los Españoles, los despachó todos á sus casas sin rescate. Mandó á Indibilis que escogiese trescientos caballos, y el resto lo dió á los que estaban desmontados. Despues mudado su campo al de los Cartagineses por lo ventajoso del sitio, él se detuvo allí

aguardando á los otros generales Cartagineses; y destacó alguna tropa á las cumbres de los Pyreneos, para observar los pasos de Asdrubral. Pero estando ya á fines el estío, se retiró con el ejército á Tarragona, con ánimo de pasar allí el invierno.

CAPÍTULO IX.

Embaxadas que vienen á Philipo de casi toda la Grecia, con motivo de haberse aliado los Romanos con los Etolios. Philipo superior á si mismo en las desgracias. Digresion de Polybio sobre las Ahumadas, que comprehende los diferentes modos de hacer fuegos, y explica la utilidad de esta invencion. Simplicidad de los fuegos de los antiguos, por lo general de poco provecho. Adelantamientos que hizo sobre los antiguos fuegos Aneas en sus libros De Officio Imperatoris, y lo mucho que le faltó para perfeccionarlos, aunque los mejoró en algun modo. Otros adelantamientos sobre esta materia inventados por otros autores, pero llevados á su perfeccion por el mismo Polybio. El exercicio facilita cosas al parecer imposibles. Debida admiracion que causa la lectura á los que no saben leer.

Soberbios los Etolios con la llegada que acababan de hacer á su pais los Romanos y el rey Attalo, tenian atemorizada toda la Grecia, é

An. R.
545.
Ant. J.C.
209.

insultaban á todos por tierra , miéntras que Atalo y P. Sulpicio hacian lo mismo por mar. Esto fué causa de que los Acheos viniesen á explorar el socorro de Philipo , no solo porque temian á los Etolios , sino tambien á Machanidas , que amenazaba las fronteras de Argos con un ejército. Los Beocios por temor á la esquadra enemiga le pidieron tropas , y quien las mandase. Los que con mas instancia le suplicáron tomase alguna providencia contra el enemigo , fuéron los habitantes de la Eubea ; la misma súplica hiciéron los Acarnanios. Le vino al mismo tiempo una embaxada de parte de los Epirotas. Corria la voz de que Scerdilaidas y Pleurato sacaban sus tropas á campaña , y que los Traces limítrofes de la Macedonia , y especialmente los Medos tenian designio de invadir este reyno , así que Philipo se alejase algun tanto. En fin los Etolios se habian apoderado de los desfiladeros de los Termopyles , y los habian fortificado con foso , trinchera y buenas guarniciones , persuadidos á que de este modo cerrarian el paso á Philipo , y le impedirian absolutamente llevar socorro á los aliados que tenia de esta parte de las Pylas. Me parece que circunstancias tan críticas y tan propias para experimentar y hacer un juicio nada equívoco de las fuerzas ::::: *así intelectuales* como corporales de los grandes capitanes , pararán con justa razon la atencion y

consideracion de los lectores. Así como en las cazerías, entónces se manifiesta el ardor y valentía de las fieras, quando las amenaza el peligro por todas partes; lo mismo acaece á los generales. Buen exemplo nos ofrece Philipo en la conducta que observó por aquel tiempo. Despidió las embaxadas, ofreciéndolas á todas que haria quanto pudiese, y aplicó todos sus cuidados á la guerra, para observar por dónde y contra quién habia de romper primero.

Durante este tiempo informado de que Attalo habia pasado á Europa, y que anclado en la isla de Pepareto ocupaba la campiña, envió contra él gentes que custodiasen la ciudad. Destacó á Polyphantes con un cuerpo de tropas suficiente, para cubrir el pais de los Phocenses y Beocios. Despachó á Menippo con mil hombres armados de escudo y quinientos Agrianos, para defender á Chalcis y el resto de la Eubea. Él marchó hácia Scotusa, á donde habia mandado acudir tambien á los Macedonios. Aquí con la noticia que tuvo de que Attalo habia dado fondo en Nicea, y que los xefes Etolios se habian juntado en Heraclea, para conferenciar sobre el estado presente; tomó su ejército y partió de Scotusa con la mayor diligencia que pudo, para sorprender y disolver el congreso. Pero ya era tarde quando llegó; no obstante taló una parte y robó otra de las mieses de los

habitantes del golfo Eniense, con lo qual se volvió á Scotusa. Aquí dexado el ejército, marchó á Demetriades con sola la infantería ligera y una banda de guardias de su persona, donde se detuvo para observar los designios de los contrarios. Y para que no se le ocultase cosa de quantas hiciesen, envió orden á los Peparetios, Phocidenses y Eubeos, para que le avisasen de quanto ocurriese por medio de fuegos encendidos sobre el Tiseo, monte de la Tesalia, cómodamente situado para dar desde aquí estos avisos. Pero puesto que el modo de hacer señales con fuegos, tan provechoso en la guerra, ha sido tratado hasta aquí con poca exâctitud, juzgo del caso tratarle despacio, para dar de él un conocimiento correspondiente. Todos saben que la ocasion tiene una buena parte en las empresas, pero sobre todo en las que conciernen á la guerra; y para su logro ningun invento mas eficaz que el de los fuegos. Tanto lo que acaba de pasar, como lo que está pasando, lo puede saber el curioso, aunque esté á tres ó quatro jornadas de distancia, y á veces mas; de suerte que se admirará de recibir siempre el socorro en tiempo oportuno por medio de las señales que hacen los fuegos.

En otro tiempo este modo de avisar era muy sencillo, y por lo regular de ninguna utilidad á los que le usaban. Porque para acarrear

alguna, era preciso estar convenido en ciertas señales; y como son infinitos los negocios que ocurren, los mas no se podian significar por los fuegos. Por exemplo en el asunto mismo de que estamos tratando: era fácil advertir, estando convenidos en las señales, que habia arribado una esquadra á Oreó, á Pepareto, ó á Chalcis; pero otros acontecimientos que están sucediendo cada día sin poderse preveer, y por lo mismo que son inopinados, piden una pronta determinacion y remedio, como una desercion, una traicion, una muerte, ú otra cosa semejante, estas cosas, digo, no se podian anunciar por ahumadas. Porque lo que no era posible preveer, ménos se podria expresar con señales. *Æneas*, de quien tenemos una obra sobre el arte de conducir los exércitos, se propuso remediar este inconveniente. No tiene duda que hizo algun adelantamiento; pero le faltó mucho para perfeccionar la idea, y si no vease lo que se sigue.

Aquellos, dice, que se han de informar mutuamente por fuegos de lo que ocurra, deberán construir unos vasos de barro, exâctamente iguales en su anchura y profundidad. Bastará que la altura sea de tres codos, y la latitud de uno. Se tomarán despues unos corchos, poco ménos anchos que las bocas de los vasos, y en su centro se fixará un baston, el qual estará se-

ñalado por espacios iguales de tres en tres dedos::: con alguna inscripcion todo en redondo que se pueda distinguir bien en cada una de sus partes. En cada uno de estos intervalos estarán escritas aquellas cosas mas notables y generales que acontecen en una guerra. Por exemplo en el primero , *la caballería ha entrado en el pais* ; en el segundo , *la infantería pesadamente armada* ; en el tercero , *la infantería ligera* ; en el quarto , *la infantería y la caballería* ; en el quinto , *los navíos* ; despues , *los víveres* , y así sucesivamente , hasta que se haya escrito en todos los espacios , aquello que probablemente se presume que sucederá , y que atento á la guerra actual puede acaecer. Hecho esto , previene el autor se pongan en ambos vasos unos cañoncitos tan sumamente iguales , que despidan igual porcion de agua el uno que el otro ; que se llenen los vasos de agua , y se pongan encima los corchos con sus bastones ; y que despues se dexen correr los cañoncitos á un tiempo. Esto así dispuesto , no tiene duda que siendo iguales y semejantes las vasijas , á proporcion que vaya saliendo el agua , han de ir por precision baxando los corchos y encubriéndose los bastones en los vasos. Quando ya esté hecho el ensayo de todo lo que hemos dicho con igual prontitud y de concierto , entónces se llevarán los vasos á aquellos sitios , en donde han de observar unos y otros las se-

ñales por los fuegos, y se pondrán en ambos los corchos con sus bastones. Despues conforme vaya sucediendo alguna cosa de las que están escritas en los bastones, se levantará un fanal, y subsistirá levantado hasta que correspondan con otro de la otra parte; é informados ya unos y otros por los fanales, se quitarán, y al momento se destaparán los cañoncitos. Quando con el descenso del corcho y del baston haya venido á estar la inscripcion de que se quiere informar, á nivel con el agujero del vaso, se levantará un fanal; y los de la otra parte tapanán al instante los cañoncitos, y verán la inscripcion que tiene el baston en frente del borde del vaso. Si en ambas partes se ha executado con igual prontitud, unos y otros lecran lo mismo.

Este método, aunque algo diferente del anterior que se hacia por ahumadas, no obstante es imperfecto. Porque ciertamente, no se puede preveer todo lo que ha de suceder, y aunque se pudiese, era imposible escribirlo en un baston. Y así no tiene duda, que si acaciese alguna cosa inesperada, no bastará para advertirla esta invencion. Fuera de que ni aun lo mismo que está escrito en el baston, está bastante especificado. Porque no se puede saber, cuánta es la caballería que ha venido, cuánta la infantería, en qué parte del pais se halle, cuántos navíos, ni cuántos víveres. Antes que su-

cedan estas particularidades , no se pueden preveer , como ni tampoco estar de acuerdo en las señales , y entretanto esto es lo principal del asunto. Porque ¿ cómo se ha de consultar de enviar el socorro , si no se sabe el número de enemigos que ha llegado , ni á qué parte ? ¿ Cómo confiar ó desconfiar en sus fuerzas , y en una palabra , cómo tomar sus medidas , sin saber el número de navíos , ni la cantidad de víveres que ha venido de parte de los aliados ?

El último método tiene por autor á Cleonaxenes , ó como quieren otros á Democrito , pero nosotros le hemos perfeccionado. Es cierto y determinado , de suerte que con él se puede dar parte con exâctitud de todo lo que urja ; pero para su manejo se requiere mayor exâctitud y vigilancia. Es pues de este modo. Se toma todo el alfabeto por su orden , y se divide en cinco partes , cada una de cinco letras. En la última parte faltarâ una letra , pero esto no importa para el asunto. Despues los que quieran informarse mutuamente por los fuegos , prevendrân cinco tablitas , y en cada una de ellas escribirân la parte de letras que toque por su orden. Se convendrân tambien entre sí , en que el primero que haya de dar la señal , levantará dos fanales á un tiempo , y los mantendrâ levantados hasta que el otro le corresponda con otros

dos. Esto servirá solo para estar de acuerdo entre sí, desde quando ha de comenzar la atención. Quitados estos fuegos, el que ha de dar la señal, levantará primero fanales á su izquierda, para significar qué tabla se ha de mirar; si se ha de mirar la primera uno, si la segunda dos, y así de las demas. Del mismo modo levantará despues fanales á su derecha, para dar á entender al que reciba la señal, á qué letra ha de acudir de las escritas en la tabla.

Despues de convenidos en estas señales, y retirados ambos á sus respectivas atalayas, será preciso que el que dá la señal, tenga una dioptra con dos fistulas ó cañoncitos, que con la una pueda distinguir la derecha, y con la otra la izquierda del que ha de corresponderle. Alrededor de la dioptra se pondrán rectas las tablillas, y se hará un cerco á derecha é izquierda de diez pies de ancho, y la estatura de un hombre de alto; á fin de que elevados sobre él los fanales, hagan una luz nada equívoca, y baxados se puedan ocultar. Dispuesto todo de una y otra parte, quando se quiera advertir, por exemplo, *que cerca de cien soldados auxiliares se han pasado á los enemigos*; se elegirán primero aquellas voces, que con menor número de letras signifiquen lo mismo; como en vez de lo dicho, *Kretenses ciento nos han dexado*, que con la mitad ménos de letras explica lo mismo. Es-

crito esto en una tablita, se harán las señales de este modo. La primera letra es una K, que está en la segunda parte y en la segunda tablilla. Se levantarán á la izquierda dos fanales, para que el que reciba la señal, entienda que ha de mirar la segunda tablilla; y cinco á la derecha, para que conozca que es una K, esto es, la quinta letra de la segunda parte, que apuntará en una tablita. Despues levantará quatro á la izquierda, porque la letra R, está en la quarta tablilla; y dos á la derecha, porque la R ocupa el segundo lugar de la quarta parte, que al instante debe apuntar, y así de las demas letras. Con este invento se puede anunciar quanto ocurra á punto fixo.

Es cierto que es mucho el número de fanales, porque cada letra necesita ser indicada dos veces; pero para eso si se aplican los requisitos convenientes, se logrará lo que se desea. En uno y otro método necesitan estar ensayados de antemano los que le han de manejar, para que quando llegue el caso, se puedan dar mutuamente las señales sin error. Fácilmente se convencerá qualquiera, de la gran diferencia que se encuentra en una misma cosa, quando se presenta la primera vez, ó quando ya se tiene de ella algun uso. Lo que al principio parece no solo difícil sino aun imposible, con el tiempo y el exercicio viene á ser lo mas fácil.

Entre infinitos exemplos que se pudieran traer para prueba de esto, el mas convincente es el de la lectura. Supongamos, que delante de un hombre que no conoce las letras ni la gramatica, pero por otra parte de buen entendimiento, se presenta un muchacho instruido en este arte, y que se le dá un libro para que lea: ciertamente, este hombre no se podrá persuadir, á que para leer se necesita parar la atencion, primero en la figura de cada letra, segundo en su valor, tercero en el nexos de una con otra, operaciones todas que cada una pide su tiempo. Y así quando vea que el muchacho sin detenerse y de un aliento despacha cinco ó siete líneas, no será facil hacerle creer, que no tenia de antemano repasada la leccion. Y si á esto se añade la gesticulacion, los diversos sentidos, y la diferencia de espíritus ásperos y suaves, acabará de confirmarse en que es imposible. Por tanto no debemos desistir de lo que es útil, por dificultades que se presenten á primera vista; al contrario, debemos arrimar el hombre, principalmente á aquello de donde depende muchas veces nuestra conservacion. Con la continuacion no hay cosa bella ni honesta, que no sea asequible al hombre. Hemos dicho esto en consecuencia de lo que ya hemos anunciado ántes, que todas las ciencias han tomado en nuestra era tal incremento, que las mas se pue-

den aprender por principios ciertos y sistemáticos; ventaja que compone la parte mas útil de una historia bien ordenada.

CAPÍTULO X.

*Como los Aspacios Numidas atraviesan el rio Oxo,
y pasan á pie enjuto á la Hircania
con sus caballos.*

Los Aspacios Numidas habitan entre el rio Oxo y el Tanais, de los quales el primero descarga en el mar de Hircania, y el segundo entra en la laguna Meotis, ambos tan caudalosos, que se pueden navegar. Parece cosa maravillosa, como atraviesan los Numidas el Oxo, y entran á pie en la Hircania con sus caballos. Esto se cuenta de dos maneras, la una verosimil, y la otra portentosa, aunque no imposible. Y es, que naciendo el Oxo en el monte Caucasó, y engruesando mucho en la Bactriana con las aguas que recoge, corre por una llana campiña con ancha y cenagosa madre; y quando llega á unos peñascos escarpados que hay en cierto desierto, despide con tanta fuerza el agua por ser tanta y caer desde tan alto, que salva mas de un estadio las peñas que están por baxo. Por este sitio arrimados á la misma peña y por baxo

de la violencia del rio , dicen que los Aspasios pasan á pie á la Hircania con sus caballos. El otro modo tiene fundamento mas verosimil que el anterior. Cuentan , que el sitio donde viene á despeñarse el rio , tiene unas grandes concavidades , que la violencia del agua ha socavado; y habiéndose abierto un paso muy profundo , corre por baxo de tierra un corto espacio, y vuelve despues á descubrirse. Por este lugar que dexa en seco , los bárbaros que están instruidos en el pais , atraviesan á caballo á la Hircania.

CAPÍTULO XI.

*Victoria del rey Antioco contra el rebelde Eutydemo.
Valor que mostró el rey en la batalla.*

An. R.
545.
Ant. J.C.
209.

Venida la noticia de que Eutydemo campaba con su ejército al rededor de Taguria, y que á las márgenes del Ario habia diez mil caballos para defender el tránsito; Antioco, desesperanzado del asedio, tomó la resolucion de pasar el rio, y marchar derecho al enemigo. Distaba de allí el rio tres dias de camino. Los dos primeros los anduvo á un paso moderado, pero el tercero despues de cenar mandó á la falange que al amanecer levantase el campo, y él con la caballería, la infantería ligera y diez mil rodeleros echó á andar durante la noche en diligencia. Tenia noticia de que la caballería enemiga cubria las márgenes del rio durante el dia, pero por la noche se retiraba á cierta ciudad, distante poco ménos de veinte estadios. Andado el camino que le restaba en el silencio de la noche, como que iba por terreno llano y cómodo para la caballería; quando amaneció, tenia ya del otro lado del Ario la mayor parte del ejército que le acompañaba. La caballería Bactriana, informada de lo sucedido por sus vigias, acudió al socorro, y encontró con el

enemigo sobre el camino. El rey, viéndose en la precision de tener que recibir el primer choque de los contrarios, ánima á los dos mil caballeros que solian pelear al rededor de su persona; manda á los demas que se formen por banderas y esquadrones, y que ocupe cada uno su puesto acostumbrado; y él saliendo al encuentro con los dos mil caballos, viene á las manos con los primeros que se presentan. Dicen que Antioco sobresalió en esta jornada mas que ninguno. Muchos perdiéron la vida de una y otra parte, pero la primera banda de caballería Bactriana fué vencida. Entrada en la accion la segunda y la tercera, arrolláron y pusiéron en mal estado á los del rey; pero entónces Panetolo, mandando avanzar á su caballería cuya mayor parte tenia ya formada en batalla, sacó al rey y á los suyos del peligro en que estaban, y obligó á volver la espalda á los Bactrianos que acometian de tropel y sin órden. Los enemigos, viendo que Panetolo venia en su alcance, y que habia muerto la mayor parte de los suyos, no paráron hasta que se juntáron con Eutydemo. Los del rey, despues de haber hecho una gran carnicería, y haber tomado muchos prisioneros, se retiráron, y pasáron aquella noche á las márgenes del rio. En esta batalla matáron un caballo á Antioco, y él recibió un golpe en la boca que le quitó algu-

nos dientes. En una palabra, en esta jornada fué donde adquirió mas renombre su valor. Después de la batalla, Eutydemo acobardado se acogió con el ejército á Zariaspa, ciudad de la Bactriana.

EXTRACTOS

DEL LIBRO UNDECIMO

DE LA HISTORIA DE POLYBIO

MEGALOPOLITANO.



CAPÍTULO PRIMERO.

Entrada de Asdrubal hermano de Annibal con ejército en Italia. Victoria que sobre él ganan los Romanos. Entera derrota de este general. Generosidad con que se porta en la batalla, conforme en todo á sus anteriores acciones. Reflexion de Polybio sobre este acontecimiento. Variedad de afectos en Roma con la noticia de la victoria.

Asdrubal, no hallando en nada de esto cosa que le contentase, y viendo por otra parte que no admitian dilacion los negocios, porque los enemigos formados en batalla venian avanzando;

An. R.

546.

Ant. J.C.

208.

se vió forzado á ordenar sus Españoles y los Galos que le acompañaban. Situó al frente los diez elefantes que tenia , aumentó el fondo de sus líneas para que todo el ejército ocupase un corto espacio , y puesto él en el centro de la formacion detras de las fieras , atacó la izquierda del enemigo , determinado á vencer ó morir en esta jornada. Livio se adelantó fiero al enemigo , y travada la accion con toda su gente, peleó con denuedo. Claudio que mandaba el ala derecha , ni podia pasar adelante ni rodear al enemigo por la espalda , sirviéndole de obstáculo la desigualdad del terreno , en la qual fiado Asdrubal habia comenzado el ataque por la izquierda. Le tenia inquieto esta inaccion, quando el lance mismo le advirtió lo que tenia que hacer. Toma sus gentes del ala derecha , dá un rodeo por detras del campo de batalla, y puesto de parte allá de la izquierda del ejército Romano , ataca en flanco á los Cartagineses que peleaban encima de sus fieras. Hasta entónces estuvo dudosa la victoria. Se peleaba á competencia por ambas partes , porque ni á unos ni á otros quedaba esperanza de vida , si eran vencidos. Los elefantes prestaban igual servicio á unos que á otros, porque cogidos entre los dos ejércitos, y acribillados de saetas, confundian ya las líneas de los Romanos , ya las de los Españoles. Pero lo mismo fué cargar Claudio por la espal-

da , que perder la accion el equilibrio. Atacados los Españoles por detras y por delante , los mas quedáron sobre el campo mismo de batalla. De los elefantes, seis fuéron muertos con sus conductores ; y los quatro restantes , que habian roto las líneas , fuéron cogidos despues solos y desamparados de los Indios que los gobernaban. Asdrubal tanto ántes , como ahora en el último trance de su vida se portó como bueno , y perdió la vida en el combate. Pero no es razon que dexémos de hacer el elogio de un tan grande hombre.

Ya hemos dicho ántes , que fué hermano natural de Annibal , y que este , al partirse para Italia , le encargó el gobierno de España. Hemos visto tambien quantas batallas haya dado á los Romanos , con quantas y quan diversas dificultades haya tenido que luchar por causa de los xefes que de quando en quando enviaba Cartago á España , como en todas estas revueltas se portó siempre como digno hijo de Barca , y como sobrellevó con firmeza y generosidad todos los reveses y menoscabos. Ahora solo hablarémos de sus últimos combates , en los quales á mi entender merece principalmente que se pare la consideracion , y se procure imitarle. Se ve que los mas de los generales y reyes , quando entran en una batalla general , únicamente se proponen la gloria y utilidad que conseguirán

ganada la victoria; y solo paran la atencion y echan cuenta, cómo se portarán con cada uno, caso que las cosas salgan segun sus deseos: pero jamas se les ponen por delante las derrotas, ni extienden la consideracion, á cómo se conducirán, y qué harán en un revés de la fortuna; y esto, porque lo uno se presenta de suyo, y lo otro pide mucha prevision. Por eso los mas por esta falta de reflexion y este no echar cuenta con las desgracias, han sufrido ignominiosos descalabros á pesar del valor de sus soldados, han echado un borron á sus anteriores acciones, y han sacado un oprobrio para el resto de sus dias. Es fácil convencerse, de que muchos generales han sido víctimas de este descuido, y que en esta prevision consiste principalmente la diferencia que vá de hombre á hombre. La edad pasada nos presenta infinitos exemplos de iguales casos.

Asdrubral al contrario, miéntras tuvo probables esperanzas de poder hacer alguna cosa digna de sus primeras expediciones, de nada cuidó mas en los combates, que de su propia conservacion; pero quando ya faltó de todo recurso para adelante, le tuvo la fortuna encerrado en el último apuro, sin omitir cosa, sea en los aprestos, sea en la misma batalla, que pudiese contribuir á la victoria, no dexó por eso de premeditar, caso que fuese vencido, cómo

se avendria con la adversa fortuna, sin sufrir cosa que deshonrase la vida pasada. Se ha dicho esto en gracia de los que gobiernan exércitos, para que ni desmientan las esperanzas de los que están fiados á su cargo, por exponerse temerariamente; ni á la derrota añadan la infamia é ignominia por demasiado amor á la vida.

Los Romanos, despues de ganada la victoria, saqueáron al momento el real enemigo, degolláron como á victimas á infinitos Galos, que la borrachera tenia tendidos en sus cañizos, y recogieron el restante despojo de los prisioneros, de cuya venta entráron en el erario mas de trescientos talentos. Muriéron de los Cartagineses no ménos de diez mil contando los Galos, y de los Romanos al rededor de dos mil. Se hicieron prisioneros algunos principales Cartagineses, los demas fuéron pasados á cuchillo.

Llegada á Roma la noticia, al principio no se dió crédito, por lo mismo que se deseaba tanto. Pero despues que con la venida de muchos, se supo no solo la victoria sino sus circunstancias, toda la ciudad se dexó llevar de un gozo inmoderado, todo lugar sagrado fué adornado, todo templo lleno de tortas y víctimas, y en una palabra, se concibió tan buen ánimo y confianza, que se creyó que Annibal, á quien hasta entónces se habia temido tanto, ya no estaba dentro de Italia.

CAPÍTULO II.

Embaxadores del rey Ptolemeo , de Rodas , de Byzancio , y de otras ciudades à los Etolios. Arenga que uno de estos les hace en nombre de toda la Grecia , para que desistan de la guerra contra Philipo, ajusten la paz , y se precavan de los consejos de los Romanos. Confirmacion de los embaxadores de Philipo sobre los males que sobrevendrian en adelante à la Grecia.

An. R. „**L**os hechos mismos , varones Etolios , están
 545. „manifestando en mi concepto , que ni el rey
 Ant. J.C. „Ptolemeo , ni Rodas , ni Byzancio , ni Chio,
 209. „ni Mitylene miran con indiferencia vuestra
 „amistad. No es esta la vez primera , ni la se-
 „gunda que os hemos hablado sobre la paz. Al
 „contrario , desde que emprendisteis la guerra,
 „siempre os hemos estado instando , sin dexar
 „perder ocasion de recordaros esto mismo :
 „atentos por ahora á la ruina próxima de vos y
 „de los Macedonios , y deseosos para adelante
 „de remediar con tiempo los males que amena-
 „zan á vuestra patria y al resto de la Grecia.
 „Así como sucede en el fuego , que si una vez
 „llega á prender en materia combustible , ya
 „no es posible evitar su efecto , sino que á me-
 „dida que sopla el viento , y se enciende la ma-

„teria que sirve de pábulo , va tomando cuer-
„po , y freqüentemente el mismo autor viene á
„ser sin saber como el primero que prueba su
„violencia : lo mismo acaece en la guerra ; una
„vez encendida , las primeras víctimas son los
„mismos que la han suscitado , de allí pasa á
„asolar sin motivo quanto encuentra , y como
„si cobrara siempre nuevas fuerzas , va crecien-
„do con la necedad de los pueblos inmediatos,
„á manera de si la soplara el viento . En este su-
„puesto figuraos , varones Etolios , que presen-
„tes todos los Griegos , tanto insulares como
„habitantes del Asia , os suplican que abraceis
„la paz y depongais la guerra , pues tambien á
„ellos ha cundido el daño ; y que os piden , que
„tomeis mejor acuerdo y creais sus consejos.
„Porque si solo hicierais una guerra perjudicial
„(en el supuesto de que rara es la que no lo
„sea) , pero por otra parte os fuera gloriosa,
„tanto en el motivo que dió á ella principio,
„como en el honor que os resultaria despues de
„su conclusion , ya entónces se os pudiera per-
„donar una emulacion tan laudable : pero si es
„la mas vergonzosa de todas , si os cubre de
„infamia y atrae la exêcracion de todos , ¿pide
„acaso madura reflexión el asunto ? Diré fran-
„camente lo que siento , y vosotros , si sois
„cuerdos , recibireis con paciencia mis palabras.
„Pues mas importante es un oprobrio en tiem-

„po que os salve del peligro, que una lisonja
„que despues os pierda, y envuelva á toda la
„Grecia en vuestra ruina.,,

„Ved ahora el error en que estais. Decis
„que mantencis la guerra contra Philipo, para
„que los Griegos no le presten vasallage; pe-
„ro con esta guerra esclavizais y arruinais la
„Grecia. Esto es puntualmente lo que contie-
„nen los tratados que habeis ajustado con los
„Romanos, tratados que exístentes ántes solo
„en los archivos, ahora vemos puestos en exe-
„cucion; tratados que si escritos solo os cu-
„brian de ignominia, practicados ahora la ha-
„cen pública á todo el mundo. Por otra parte,
„Philipo aquí no es mas que una ilusion y va-
„no pretexto de la guerra; pues que á él no se
„le sigue perjuicio, miéntras que recae todo el
„daño sobre sus aliados, los pueblos de la ma-
„yor parte del Peloponeso, los Beocios, Eu-
„beos, Phocenses, Locros, Tesalos y Epiro-
„tas. Ve aquí una de sus condiciones: *Que los*
„*hombres y muebles pertenecerán á los Romanos, y*
„*que las ciudades y tierras serán para los Etolios.*
„Vosotros, despues de tomada una plaza, no
„sufrireis que se ultraje á hombres libres, ni
„pondreis fuego á las ciudades, porque creereis
„que esto es una crueldad y accion propia de
„bárbaros; pues con todo habeis concluido un
„tal tratado, que abandona á los bárbaros el

„resto de la Grecia, y la entrega á las afrentas
„y ultrajes mas vergonzosos. Hasta aquí nadie
„sabia estos vuestros designios, pero ahora con
„lo que acaba de suceder á los Oritas y á los
„infelices Eginetas, los ha visto todo el mun-
„do; tomando á drede la fortuna por su cuen-
„ta representar en público teatro vuestra impru-
„dencia. Tales han sido los principios y suce-
„sos que hasta aquí han pasado de la guerra;
„ahora, si todo corresponde á vuestros deseos,
„¿qué debemos esperar de su conclusion, sino
„que será el origen de los mayores males para
„toda la Grecia?„

„En efecto, al instante que los Romanos se
„desembaracen de la guerra que tienen en Ita-
„lia (lo que se verificará bien pronto, estando
„como está Annibal encerrado en un rincon del
„Abruzo) no tiene duda, que atacarán despues
„la Grecia con todas sus fuerzas, en la aparien-
„cia para auxiliarnos contra Philipo, pero en la
„realidad para someterla toda á su dominacion.
„Una vez dueños de ella, si nos tratan con be-
„nignidad, para ellos será todo el lauro y re-
„conocimiento; y si nos tratan con rigor, to-
„dos los despojos de los muertos y el haber de
„los vivos vendrá á su poder. Entónces voso-
„tros llamareis á los Dioses por testigos, quan-
„do ni los Dioses querrán, ni los hombres po-
„drán daros socorro. Debierais haber previsto

„desde el principio todos estos males, esto os
„hubiera tenido mucha cuenta; pero pues que
„muchas cosas futuras se escapan á la compre-
„hension humana, ahora os estaria bien, que
„infiriendo lo que sucederá por lo que pasa, to-
„maseis mejor acuerdo en lo por venir. Noso-
„tros no hemos dexado de decir ó hacer, quan-
„to correspondia á verdaderos amigos sobre el
„estado presente, y os hemos dicho con liber-
„tad nuestro sentir sobre el futuro. Solo resta
„suplicaros y exhortaros, que no perjudiqueis
„la libertad y salud de vosotros mismos, ni la
„del resto de la Grecia.“

Visto que este discurso habia hecho alguna impresion sobre el espíritu de muchos, se mandó entrar á los embaxadores de Philipo, quienes en pocas palabras dixéron, que tenian dos órdenes de su Soberano, la una para admitir con gusto la paz, si los Etolios la deseaban; y quando no, otra para retirarse, poniendo por testigos á los Dioses y á los embaxadores que allí se hallaban, de que no se debia atribuir á Philipo sino á los Etolios, la causa de lo que despues sucediese á la Grecia.

CAPÍTULO III.

El adorno y brillo de las armas sirve de terror al enemigo. Los Acheos á persuasion de Philopemen, substituyen el esplendor de las armas, en vez del esmero que ántes ponian en los vestidos. Batalla campal de Machanidas contra Philopemen. Ventaja que el tirano gana al principio. Derrota y muerte que sufre despues por el inmoderado deseo de vencer.

Mucho contribuye, decia Philopemen, el brillo de las armas para aterrar al enemigo, y mucho importa para el servicio, el que estén bien construidas. Por eso seria sumamente conveniente, que el cuidado que ahora se pone en los trages, se pusiese en las armas; y al contrario, el descuido que ha habido hasta aquí en las armas, se trasladase á los vestidos. De este modo ahorrarian los particulares muchos gastos á su casa, y podrian subvenir mejor á los públicos del estado. En este supuesto conviene, que el que ha de salir á una expedicion ó á una campaña, quando se vaya á poner las botas, repare si le están bien ajustadas, y mas brillantes que los zapatos y calzas; y que quando tome el escudo, el peto, ó el morrion, exâmine si estos arneses están mas limpios y aseados que su capote y su túnica. Porque una nacion que apre-

An. R.
547.
Ant. J.C.
207.

cia mas el bien parecer que las cosas útiles, bien se dexa conocer de suyo lo que hará en una batalla. En una palabra, les pedia se persuadiesen, á que la nimiedad en el vestido es propia de mugeres, y de mugeres no muy recatadas; pero el coste y brillantez en las armas conviene á hombres buenos, que se proponen defender su propia gloria y la de la patria. Todos los que estaban presentes aprobáron lo que decia Philopemen, y aplaudiéron la prudencia del que les exhortaba; de suerte que lo mismo fué salir del consejo, se tildaba con el dedo á los nimiamente adornados, y se llegó á echar á algunos de la plaza. Pero donde mejor se observó esta reforma, fué en las expediciones y campañas.

Tanto puede una palabra dicha á tiempo por un hombre de autoridad, que á veces no solo nos retrae del vicio, sino que nos impele á la virtud; sobre todo si la vida particular del que aconseja, corresponde á las palabras, porque entónces no pueden ménos de tener el mayor imperio sus persuasiones. Este era cabalmente el caracter de Philopemen, simple en el vestido, parco en la comida, moderado en el culto de su persona, comedido y nada mordaz en las conversaciones. Su principal estudio por toda la vida fué, decir siempre verdad. Por eso á la menor palabra que profiriera, aunque fuese por incidencia, se la daba el mayor crédito.

Como en todas partes presentaba por modelo su conducta, necesitaba pocas razones para persuadir á los oyentes. Y así pocas palabras, juntas á la autoridad y peso de sus consejos, bastaban muchas veces para dar por el pie los mas largos y al parecer mas bien fundados razonamientos de sus antagonistas en el gobierno.

Concluida la asamblea, todos se retiráron á sus ciudades, sumamente gozosos con lo que habian oido al pretor, y persuadidos, á que mientras él estuviese á la cabeza de los negocios, no sucederia cosa adversa á la república. Philopemen partió sin detenerse por las ciudades, para visitarlas con mucha prolixidad y cuidado. En cada una juntaba el pueblo, y le ordenaba ::::::: *lo que habia de hacer*. Por último despues de haber gastado ocho meses no completos en aprestar y disciplinar sus tropas, juntó un ejército en Mantinea, para defender contra Machanidas la libertad de todo el Peloponeso.

Machanidas que confiaba mucho en sus fuerzas, creyó que aquella expedicion de los Acheos le venia muy á cuento. Y así lo mismo fué saber que los enemigos se habian congregado en Mantinea, que exhortados sus Lacedemonios en Texea conforme lo pedian las circunstancias, marchar allá el dia siguiente al rayar el dia. Conducia él mismo el ala derecha de la falange,

á uno y otro costado iban en la misma línea de la vanguardia los soldados mercenarios, y detras se seguian los carros, cargados de multitud de catapultos y dardos. Al mismo tiempo Philopemen sacó su ejército de Mantinea, dividido en tres trozos. Los Illyrios, los corazeros, todos los extrangeros y la infantería ligera salieron por la puerta que conduce al templo de Neptuno; la falange por la que se seguia despues hácia el occidente; y la caballería urbana por la inmediata á esta. Lo primero que hizo, fué ocupar con la infantería ligera una colina bastante elevada delante de la ciudad, que dominaba el camino llamado Xenis y el templo de Neptuno, situar en su inmediacion los corazeros mirando al mediodía, y pegados con estos colocar los Illyrios. Detras de estas tropas estaba formada la falange sobre una línea recta, y dividida de trecho en trecho por cohortes todo lo largo del foso, que por medio de los campos de Mantinea va al templo de Neptuno, y llega hasta los montes que parten límites con el pais de los Elisphasios. No léjos de la falange sobre el ala derecha formaba la caballería Achea, al mando de Aristeneto el Dymeo; y él ocupaba la izquierda con todos los extrangeros, cuyas líneas estaban sin intervalos.

Ya que llegó el tiempo del combate, y los enemigos estuvieron á tiro, Philopemen recor-

rió los intervalos de la falange alentándola con palabras, pocas por cierto, pero eficaces para el caso. La mayor parte de lo que dixo, no se le entendió, porque el afecto y confianza que en él tenía el soldado, hizo concebir tal ardor y excitó tal alegría en las tropas, que como impelidas de una especie de entusiasmo, animaban al contrario ellas á su general, y le pedian las llevase al enemigo. En resumen, todo lo que se esforzaba hacerlas entender, siempre que podía, era que habia llegado el caso que iba á decidir, ó de una abominable y vergonzosa servidumbre, ó de una libertad gloriosa y memorable para siempre. Machanidas al principio aparentaba querer atacar el ala derecha del enemigo, puesta á lo largo su falange; pero quando estuvo cerca, y á una distancia proporcionada, hizo doblar hácia la derecha sus tropas, y prolongando su derecha hasta darla un frente igual á la izquierda de los Acheos, situó los catapultos de trecho en trecho delante de todo el ejército. Philopemen conoció bien, que su intencion era disparar piedras con los catapultos sobre las cohortes de la falange, é incomodada esta, arrojar la confusion en todo el ejército. Por eso sin darle tiempo ni lugar, mandó principiar la accion con vigor por los Tarentinos hácia el templo de Neptuno, sitio llano, y cómodo para obrar la caballería. Á vista de esto

Machanidas tuvo que hacer lo mismo, y destacar allá sus Tarentinos.

Así fué que al principio se travó el combate con vigor por solas estas gentes; pero acudiendo poco á poco la infantería ligera á sostener los que peligraban, en breve tiempo se vió empuñada toda la tropa extranjera de una y otra parte. Como se peleaba de cerca y de hombre á hombre, la batalla estuvo por largo tiempo tan dudosa, que ni el resto de las tropas que estaba esperando el evento, podia distinguir hácia qué lado iba á parar el polvo, porque los combatientes se habian separado mucho::: de los puestos que habian ocupado al principio. Pero al cabo prevaleciéron los extranjeros del tirano, que eran mas en número, y tenian mas aptitud en el manejo de las armas. Con razon sucedió esto entónces, y es muy regular que siempre así suceda. Porque quanto exceso llevan en las batallas campales los soldados de una república, á los que obedecen á un tirano, otro tanto sobrepujan y son superiores las tropas que ganan sueldo de los tiranos, respecto de las que se ponen al servicio de las repúblicas. La razon de esto es, porque así como las tropas naturales de una república pelean por la libertad, y las de un tirano por afirmar mas su servidumbre; así tambien las extranjeras de una república se animan solo por el sueldo pactado, en vez de

que las de un tirano se obstinan por el daño manifesto que se les sigue. Porque una república, despues de deshechos los que maquinaban contra su libertad, ya no se sirve de extranjeros para conservarla; pero un tirano, quanto mas ambicioso, tantas mas tropas extranjeras necesita; porque quantas mas injusticias hace, tantos mas insidiadores tiene contra su vida. La seguridad de los tiranos estriba por lo comun en el afecto y poder de la tropa extranjera.

Así sucedió entónces, que la tropa extranjera de Machanidas peleó con tanta obstinacion y valentía, que ni los Illyrios, ni los corazeros que entraron á sostener los extranjeros, pudieron sufrir su ímpetu, sino que arrollados todos echaron á huir de tropel hácia Mantinea, que distaba de allí siete estadios. En esta ocasion todo el mundo vió probada con evidencia aquella máxima tan controvertida por algunos, que los mas de los sucesos de la guerra ::::: provienen de la pericia ó impericia de los generales. No tiene duda que es grande habilidad, despues de bien comenzada una accion, hacer que corresponda el éxito; pero mayor lo es aun, despues de haber tenido lo peor en el primer encuentro, estar sobre sí, advertir con serenidad las imprudencias del victorioso, y espiar la ocasion de sacar partido de sus defectos. Se ven freqüentemente generales, que victoriosos ya en su con-

cepto, poco despues han sido derrotados enteramente; y otros, que habiendo comenzado al parecer con desgracia, han sabido por su astucia hacer mudar de semblante las cosas, y conseguir una victoria inesperada. Esto es puntualmente lo que entónces pasó por nuestros dos generales. Despues de puesta en huida la tropa extranjera de los Acheos, y derrotada su ala izquierda, Machanidas, en vez de subsistir en su proposito, rodear con una parte de los suyos el costado enemigo, y atacar con otra de frente para tentar el éxito de la accion, todo lo contrario; sin poderse contener, y llevado del ardor juvenil, se mezcla con sus extranjeros, y sigue el alcance de los que huían; como si el miedo mismo en los que una vez vuelven la espalda, no fuera bastante á hacerlos correr hasta las puertas de la ciudad.

Philopemen por el contrario, hizo quanto pudo para contener á sus extranjeros, y animó á los oficiales llamándolos por su nombre, pero despues que los vió enteramente desalojados, no por eso se turbó ni echó á huir, no por eso se desalentó ni desistió de la empresa; nada ménos que eso, se metió en una de las alas de la falange; y luego que el enemigo hubo dexado vacío el campo donde habia sido la refriega, por seguir el alcance, manda volver á la izquierda las primeras cohortes de la falange, y avan-

za allá corriendo sin perder el orden. Ocupado prontamente el sitio que Machanidas habia abandonado, á un mismo tiempo cortó la retirada á los que perseguian los extrangeros, y quedó dominando el ala de los enemigos. En este estado exhortó su falange á tener buen ánimo, y permanecer allí hasta que se la diese la señal de acometer unida. Á Polybio mandó que recogiese los Illyrios, corazeros y extrangeros que habian quedado y tomado la huida, que se apostase al costado de la falange, y observase con vigilancia la vuelta de los que habian marchado al alcance. Los Lacedemonios, engreidos con la ventaja de su infantería ligera, avanzan sin esperar orden contra los Acheos, puestas en ristre sus lanzas. Quando ya estuviéron arrimados al borde del foso, sea que estando ya tocando con los enemigos no era tiempo de mudar de resolucion, sea que para ellos fuese objeto de desprecio un foso de fácil baxada, sin gota de agua, y sin ninguna maleza; lo cierto es, que ellos se arrojaron por él sin reflexión ni reparo.

Philopemen, lo mismo fué presentarsele la ocasion de obrar con ventaja que ya de mucho ántes tenia prevista, manda á la falange enristrar las lanzas, y cerrar contra el enemigo. Executado el ataque á un tiempo y con gritos espantables, muchos Lacedemonios, que al baxar al

foso habian perdido la formacion, echaron á huir por temor al enemigo que los oprimia desde arriba. Una gran parte quedó muerta en el mismo foso, unos á manos de los Acheos, y otros por los suyos propios. Este suceso no se debe atribuir al hazar ú ocasion, sino á la penetracion del general. Porque Philopemen desde el principio se habia cubierto con el foso, no por evitar el combate, como algunos imaginaban; sino porque como buen capitán habia reflexionado atentamente, que si venido Machanidas hacia pasar el foso á sus tropas sin haberle ántes reconocido, sucederia cabalmente á su falange lo que hemos dicho, y entónces acreditó la experiencia; y si, conocida la dificultad de salvarlo, se arrepentia, y por miedo rompía el órden de batalla, se acreditaria de poco experimentado, por haber dado la victoria al enemigo sin combate general, y haber sacado para sí solo la ignominia. En este error ya han caido otros muchos generales, los quales despues de formados en batalla, no creyéndose con fuerzas bastantes á contrarrestar al enemigo, unos por el ventajoso terreno que ocupaba, otros por el número de tropas que tenia, y otros por otras causas, poco peritos en el arte militar, han deshecho el órden de batalla, en el concepto de que vencerian fiados en su retaguardia, ó que se alejarian del enemigo sin peligro; falta

la mas vergonzosa::::: que puede cometer un general.

Pero á Philopemen todo le salió como tenia previsto , porque los Lacedemonios huyéron á banderas desplegadas. Viendo entónces á su falange victoriosa , y que todo le salia á medida del deseo, acudió á lo que le faltaba para coronar la funcion , esto es , á no dexar escapar al tirano. Informado de que se hallaba con sus extrangeros en aquel parage del foso que está en frente de la ciudad , neciamente empeñado en seguir el alcance , y cerrado el camino de volver á los suyos , se puso á esperarle. Machanidas á la vuelta de la persecucion , advirtió que su ejército huía , y conociendo entónces el error que habia hecho , y que todo lo habia perdido , ordenó en forma de cuña á los extrangeros que con él estaban , y tentó así estrechado atravesar por medio de los enemigos , que desmandados andaban siguiendo el alcance. Al principio se le arrimáron algunos , en el concepto de que así salvarian la vida. Pero quando ya cerca advirtiéron , que los Acheos guardaban el puente del foso ; entónces desanimados le abandonáron , y cada uno cuidó de salvarse como pudo. Á este tiempo el tirano , desesperanzado de atravesar el puente , echó á correr lo largo del foso , para buscar con diligencia algun pasage.

Philopemen conoció á Machanidas en la púrpura, y en el jaez del caballo; y dexando á Anaxidamo con órden de custodiar el puente con cuidado, y no dar quartel á ningun extranjero, pues por ellos se aumentaba cada dia mas la tiranía en Sparta; él con Polyeno el Cyparisense y Simias, entónces sus confidentes, atraviesa al otro lado del foso, y va costeando de frente al tirano y otros dos que le acompañaban, Anaxidamo y un extranjero, para prohibirles el paso. Lo mismo fué hallar Machanidas un parage cómodo para pasar, que metiendo espuelas al caballo, hacerle dar un brinco y saltar del otro lado. Pero á este tiempo encarándose á él Philopemen, le dá un bote de lanza, y volviéndole á segundar de rebote otro golpe con la hasta, mata al tirano. Lo mismo hicieron con Anaxidamo, los que acompañaban á Philopemen; el tercero desesperanzado de poder pasar, echó á huir, miéntras mataban á los otros dos. Despues de lo qual, Simias despojó los dos muertos, y quitando las armas y la cabeza al tirano, marchó corriendo á enseñarsela á las tropas que perseguian al enemigo, para que cercioradas de su muerte, siguiesen sin recelo y con mas confianza el alcance de los contrarios hasta Texea. Esto contribuyó tanto á inspirar ardor en los soldados, que se apoderaron de rebato de esta ciudad, y dueños ya

de la campaña sin disputa, campáron al dia siguiente á las márgenes del Eurotas. Así los Acheos, que despues de mucho tiempo no habian podido arrojar al enemigo de su pais, tablaban entónces impunemente toda la Laconia. De estos murió poca gente en la batalla, pero de los Lacedemonios quedáron sobre el campo lo que ménos quatro mil, sin contar muchos mas que fuéron hechos prisioneros, y sin el bagage todo y las armas de que tambien se apoderáron.

CAPÍTULO IV.

Elogio de Annibal, y reflexión de Polybio sobre la disciplina de sus tropas en los campamentos.

No se puede ménos de admirar el talento, el valor y la pericia de Annibal en acamparse, al considerar el número de años que mantuvo la guerra, las batallas generales y particulares que dió, los sitios de plazas que puso, las ruinas de ciudades que ocasionó, las difíciles conjunturas en que se vió, y en fin el cúmulo de designios y operaciones que excogitó, en el espacio de diez y seis años continuos que llevó las armas contra los Romanos dentro de Italia, sin dexar de tener jamas sus tropas á campo raso. Ni se

puede dexar de aplaudir el que, como sabio gobernador, supiese mantener obedientes y observar tan exácta disciplina á sus tropas, que jamas se excitase alboroto, ni entre sí mismas, ni contra su persona. En medio de que su ejército se componia, no digo de una nacion, sino de un conjunto de pueblos, Africanos, Españoles, Celtas, Phenicios, Italianos y Griegos, entre quienes no mediaba ley, costumbre, lenguaje, ú otro vínculo de naturaleza; con todo, su astucia hizo que tantas y tan diversas naciones se reduxesen al mandato de un solo xefe, y obedeciesen á una sola voluntad; y eso que no le fué siempre una misma la fortuna, pues aunque muchas veces le sopló favorable, algunas la tuvo adversa. Á vista de esto, con justa razon aplaudirá qualquiera la habilidad de Annibal en el arte de la guerra, y podrá proferir sin reparo, que si despues de haber comenzado sus expediciones en las otras partes del mundo, por remate hubiera venido á Roma, no le hubiera desmentido ninguno de sus proyectos; pero como comenzó por donde debiera haber acabado, aquí tuviéron cuna y sepulcro sus empresas.

CAPÍTULO V.

Derrota de Asdrubal, hijo de Giscon, por Publio Scipion. Dos estratagemas de que se vale este general para la victoria; una con que coge desprevenido al enemigo, y otra con que le inutiliza lo mas florido del ejército.

Asdrubal, habiendo recogido sus tropas de las ciudades donde estaban invernando, se puso en marcha, y campó al pie de una montaña, no léjos de cierta ciudad llamada Elinga, donde bien atrincherado, tenia por delante una llanura cómoda para un encuentro ó una batalla. Se componia su ejército de setenta mil infantes, quatro mil caballos, y treinta y dos elefantes. Scipion despachó á M. Junio Syllano á Colichas, para tomar las tropas que este le tendria prevenidas, las quales consistian en tres mil hombres de á pie y quinientos de á caballo. Todos los demas aliados se le incorporáron en el camino, conforme iba marchando á su destino. Ya que estaba inmediato á Castulon y en las cercanías de Becula, encontró aquí á Syllano con la gente que Colichas le enviaba. En este estado comenzó á darle mucha inquietud la actualidad de los negocios. Por una parte las legiones Romanas, sin las aliadas, no eran bastantes para dar una batalla; por otra aventurar un trance deci-

An. R.
547.
Ant. J. C.
207.

sivo fiado en sus aliados, le parecia peligroso y demasiado expuesto. En esta incertidumbre estaba, quando forzado de la necesidad, determinó valerse de los Españoles de tal modo, que solo sirviesen para aparentar al enemigo, y dar la batalla con sus propias legiones. Tomada esta resolucion, hizo levantar el campo á todo el ejército, que se componia de quarenta y cinco mil infantes, y cerca de tres mil caballos; y ya que estuvo cerca y en presencia del enemigo, sentó el campo sobre unas colinas que estaban á su vista.

Magon, juzgando que era buena ocasion de dar sobre los Romanos miéntras sentaban los reales, toma la mayor parte de su caballería, y á Massanisa con los Numidas, y marcha contra el campamento Romano, persuadido á que hallaria á Scipion desprevenido. Pero este, que ya de antemano tenia previsto lo que habia de suceder, habia emboscado al pie de cierta eminencia un número de caballos igual al de los Cartagineses; los quales, cargando de improviso y quando ménos se pensaba, aunque por el pronto hiciéron volver la espalda á muchos que despues fuéron despeñados por sus caballos en la huida, con todo el resto se hizo fuerte y peleó con valor. Pero al cabo no pudiendo sostener la agilidad de los Romanos en apearse de sus caballos, muertos muchos de ellos, tuviéron

que retroceder despues de alguna resistencia. Al principio se retiráron en buen órden; pero perseguidos por los Romanos, abandonáron sus filas, y huyéron de tropel al campamento. Este suceso aumentó el ardor de los Romanos para la batalla, y desanimó á los Cartagineses. No obstante por espacio de algunos días despues, estuviéron sacando ambos generales sus tropas al medio del llano, hubo varias escaramuzas entre la caballería é infantería ligera de una y otra parte, y ensayados ya unos y otros, resolvieron venir á un combate decisivo.

Entónces Scipion se valió de dos estratagemas. Como acostumbraba retirarse á su campamento mas tarde que Asdrubal, habia observado que este ponía los Africanos en el centro, y los elefantes sobre ambas alas. Él, venido el día en que se habia propuesto pelear, en vez de situar sus Romanos al frente de los Africanos, y colocar los Españoles sobre las alas, hizo todo lo contrario; formacion que contribuyó infinito á los suyos para la victoria, é incomodó no poco á los contrarios. Al rayar el día dió órden por sus edecanes, para que todos los tribunos y soldados comiesen, y tomadas las armas saliesen fuera del campo. Obedecido el órden prontamente por presumirse todos lo que seria, destacó por delante la caballería é infantería ligera, para que acercándose al campamento

enemigo, escaramuzease con vigor. Él con la infantería avanzó al salir el sol, y puesto en medio de la llanura, ordenó sus haces al contrario que ántes, situando á los Españoles en el centro, y á los Romanos sobre las alas. Como la caballería se acercó de improviso al real enemigo, y el demas ejército se presentó formado á su vista; los Cartagineses apénas tuvieron tiempo para tomar las armas. De suerte que Asdrubal desprevenido, se vió forzado á enviar de prisa y en ayunas su caballería y los armados á la ligera contra la caballería Romana, y entretanto ordenar su infantería cerca del pie de la montaña, en aquel mismo sitio que tenia de costumbre. Hasta cierto tiempo estuvieron quietas las legiones Romanas; pero ya que fué entrado el dia, como la refriega de los armados á la ligera estuviese dudosa é indecisa, porque á medida que eran oprimidos, se retiraban á sus respectivas falanges, y remplazaban otros su puesto; Scipion recogió adentro por los intervalos de las cohortes á los que escaramuzeaban, y distribuidos sobre ambas alas, primero los Velites y despues la caballería, á espaldas de los que ya estaban formados, avanzó contra el enemigo, presentándole al principio todo el frente. Quando ya estuvo á distancia de un estadio, mandó á los Españoles, que sin perder la formacion fuesen avanzando del mismo modo, y

á las cohortes y manípulos del ala derecha que tornasen á la derecha, y los de la izquierda á la izquierda.

Á este tiempo Scipion en el ala derecha, y Luc. Marcio y Mar. Junio en la izquierda, tomaron las tres primeras esquadras de caballería, los Velites que iban siempre por delante segun costumbre, y los tres primeros manípulos, lo qual todo compone una cohorte Romana; y tornando aquel sobre su izquierda, y estos sobre su derecha, avanzaron en columna, y marcharon á paso redoblado al enemigo, yéndose uniendo á los primeros con la misma conversion los que venian detras. Ya estaban estos no lejos de los contrarios, quando los Españoles, que ocupaban el frente, distaban aun un buen espacio, porque marchaban lentamente. Entónces Scipion atacó á un tiempo ambas alas Cartaginesas con sus legiones Romanas puestas en columna, segun se habia propuesto al principio. Las demas evoluciones, por las quales los que se seguian se iban incorporando sobre una misma línea recta con los que estaban delante, y viniendo á las manos con el enemigo, parecian opuestas las unas á las otras; bien se las considerase en general de ala á ala, bien en particular de la infantería á la caballería. Porque en el ala derecha, la caballería y los armados á la ligera, conforme se iban uniendo por la dere-

cha con los que estaban delante, procuraban extenderse para ceñir al enemigo, y la infantería al contrario iba entrando en formacion por la izquierda: en vez de que en el ala izquierda, la infantería iba ocupando sus puestos por la derecha, y la caballería con los armados á la ligera por la izquierda. De suerte que por esta maniobra la caballería y los armados á la ligera de una y otra ala pasáron, los de la derecha á la izquierda, y los de la izquierda á la derecha. Pero no era esto lo que llevaba la atencion de Scipion, mas cuidado le daba, ver como podria ceñir al enemigo. Y á la verdad pensaba con acierto; porque no basta saber las evoluciones, si no se sabe adaptarlas al caso presente.

En esta batalla sufrieron mucho los elefantes, que asaeteados por los Velites y la caballería, y acosados por todas partes, no hacian menos daño á los amigos que á los enemigos. Porque corriendo de una parte á otra sin guia, atropellaban á los que se ponian por delante de uno y otro ejército. Por lo que hace á la tropa, ya estaban rotas las alas de los Cartagineses, quando el centro donde estaban los Africanos, la flor del ejército, estaba aun mano sobre mano. Porque ni podian, abandonando su puesto, acudir al socorro de las alas, por temor de que no se echasen encima los Espa-

ñoles; ni les era dable, permaneciendo en él, contribuir en algo á la victoria, por no estar á tiro los enemigos del frente para venir á las manos. Esto no obstante, las alas, de quienes pendia por una y otra parte el éxito de la accion, se batiéron con valor por algun tiempo; pero quando el calor estuvo en su fuerza, los Cartagineses, como que habian salido contra su gusto, y sin tener tiempo para tomar un bocado, comenzáron á desfallecer; en vez de que los Romanos, superiores en fuerzas y buen ánimo, tenian por la prudencia de su xefe la especial ventaja, de haber puesto en contraste la flor de los suyos ::::: con lo mas debil de los enemigos. Al principio Asdrubal estrechado, se fué batiendo en retirada; despues arrollado todo el ejército, se acogió al pie de la montaña; y últimamente perseguido con viveza, huyó de tropel al campamento; de donde sin duda hubiera sido al punto desalojado, si algun Dios no hubiera venido á su socorro. Pero levantándose una furiosa tempestad, cayó una lluvia tan copiosa y abundante, que apénas pudieron los Romanos volver á sus trincheras.

CAPÍTULO VI.

Grande dificultad y embarazo, en que pone á Scipion la sublevacion de una parte de su exercito. Astucia de este general para hacer venir los sediciosos á Cartagena, y apoderarse de las cabezas. Arenga de Scipion á los rebeldes. Perdon de la multitud, y castigo severo de los autores.

An. R. 547.
Ant. J.C. 207.

Scipion, aunque ya con bastante experiencia en los negocios, no obstante jamas se vió mas confuso y afligido, que quando supo la sedicion de las tropas Romanas. Y con razon: porque así como entre las incomodidades del cuerpo, las exteriores, como el frio, el calor, el cansancio y las heridas, se pueden precaver ántes que sucedan, y remediarse con facilidad despues de sucedidas; pero las interiores, como los tumores y enfermedades que dentro del cuerpo se engendran, con dificultad se pueden preveer, y con dificultad curar despues de originadas: lo mismo se ha de juzgar de un estado, ó de un exercito. Es fácil, tomándose la pena, prevenir y remediar los malos designios y guerras exteriores; pero los bandos, sediciones, y alborotos que se originan dentro de un estado, es muy difícil curarlos. Esto pide una grande habilidad y maña extraordinaria. No obs-

tante hay un antídoto, en mi concepto adaptable á todo ejército, república ó cuerpo político; y es, no dexar jamas descansar los miembros por mucho tiempo, ni estar mano sobre mano, sobre todo si hay prosperidad y abundancia de lo necesario. Pero Scipion, que á una singular vigilancia juntaba la astucia y la actividad, para remediar el daño, se valió de este expediente. Juntó los tribunos, les dixo que ofreciesen á los soldados la paga de sus sueldos; y para que no se dudase de su promesa, que los impuestos con que ántes contribuían las ciudades para la manutencion del ejército, estos ahora se cobrasen públicamente y con maña, á fin de que todos se persuadiesen que esta recoleccion se hacia para satisfacerles las pagas. Para esto quiso que los tribunos fuesen otra vez á los amotinados, y los exhortasen á corregir su error y venir al general cada uno de por sí, si así lo querian, ó todos juntos para cobrar sus raciones. Despues de hecho esto, dixo; el tiempo mismo dictará lo que se ha de hacer en adelante.

Tomado este arbitrio, solo se pensó en recoger el dinero. Quando ya supo Scipion, que los tribunos habian notificado el orden que se les habia dado, juntó el consejo para deliberar lo que se habia de hacer. Todos conviniéron, en que se fixase dia dentro del qual compare-

ciesen todos en Cartagena, que se perdonase á la multitud, pero que se castigase con rigor á los autores, en número de treinta y cinco. Llegado el dia, y venidos los rebeldes para efectuar la pacificacion, y recibir sus sueldos; Scipion previno en secreto á los siete tribunos que ántes habian mediado en el concierto, que saliesen á recibirlos, y repartidos los autores de la rebelion, cada uno se llevase consigo cinco, los saludasen amistosamente, los ofreciesen su casa para dormir, y quando no aceptasen, á lo ménos los convidasen para merendar ó cenar con ellos. Tres dias ántes habia mandado á las tropas que con él estaban, que hiciesen provision para muchos dias, pues tenian que ir con Syllano contra Indibilis que habia dexado el partido de Roma. Esta nueva hizo mas insolentes los rebeldes; como que así se persuadian, á que una vez marchadas las otras tropas, dispondrian de todo á su arbitrio con el general.

Ya que estuviéron cerca de la ciudad, intimó la órden á las tropas que estaban dentro, de marchar al dia siguiente al amanecer; y á los tribunos y prefectos les previno, que despues que hubiesen salido, enviasen por delante los primeros bagages, pero mandasen hacer alto á la tropa sobre las armas, la distribuyesen despues por cada una de las puertas, y cuidasen de que ninguno de los sediciosos saliese de la ciu-

dad. Los tribunos que tenian el encargo de salirlos á recibir, despues que los encontraron, trataron con mucho agasajo á los autores, y se los traxeron consigo, como estaba dispuesto. Se les habia mandado que á todos los cogiesen á un mismo tiempo, y despues de cenar los atasen y custodiasen, sin dexar salir á ninguno de los que estaban dentro, mas que aquel que habia de llevar al general la noticia de lo ocurrido con cada uno. Executado así el orden por los tribunos, Scipion el dia siguiente al amanecer viendo á los sediciosos juntos en la plaza, llamó á junta. Lo mismo fué hacerse la señal, que todos concurrieron segun costumbre, suspensos los ánimos hasta ver al general, y saber lo que ocurría. Entónces Scipion, que ya habia enviado orden á los tribunos que guardaban las puertas, para traer sus tropas sobre las armas, y rodear la asamblea; se presentó, y por el pronto todos se sorprendieron. Pues como le creían enfermo, al verle ahora de repente bueno y sano, les aterró su semblante.

En este tenor comenzó á hablarles: „No
„acabo de comprehender, qué disgustos os he
„dado, ó qué ventajas os han ensoberbecido,
„para intentar esta desercion. Tres son las cau-
„sas, por donde el hombre se arroja á revelar-
„se contra la patria y contra los xefes; ó por
„tener alguna queja y sentimiento de los que le

„mandan, ó por no estar contento con la situa-
„cion actual, ó por aspirar á fortuna mayor y
„mas placentera. Preguntoos ahora, ¿quál de
„estas os ha movido? ¿Estábais disgustados con-
„migo, porque no os daba vuestras raciones?
„Pero yo en esto no tengo culpa; porque quan-
„do ha estado en mi mano, nunca os ha falta-
„do el sueldo; si alguna hay, es en Roma, que
„no satisface ahora lo que os está debiendo des-
„pues de tanto tiempo. ¿Y será este bastante
„motivo para rebelaros, y tomar las armas con-
„tra la patria, que os ha criado y alimentado?
„¿No valdria mas, que hubierais acudido á mí,
„ó que hubierais implorado el socorro é interce-
„sion de vuestros amigos? Á mi parecer este
„era camino mas acertado. Que aquellos que
„están á sueldo de una república extraña, la
„abandonen, vaya enhorabuena; pero que lo
„hagan hombres que sostienen la guerra por sus
„personas, sus mugeres é hijos, este es un cri-
„men irremisible. Esto es como si un hijo, por
„creerse agraviado de su padre en punto á inte-
„reses, marchase con las armas á quitar la vi-
„da, á aquel de quien él la habia recibido. Por
„otra parte, ¿os he mandado mayores trabajos,
„ni expuesto á mayores peligros que á los de-
„mas? ¿He repartido mayor parte del botin
„entre los otros? No me parece que os atreve-
„reis á decir semejante cosa, y aun quando os

„atreviéis, no podriais justificarlo. Pues ahora
„bien, ¿qué sentimiento tenéis contra mí para
„haberme abandonado? Esto quisiera saber,
„porque me parece que nada tenéis que decir
„ni aun pensar contra mi conducta.”

„Por otra parte, el estado presente de los
„negocios tampoco os puede haber fastidiado.
„Porque ¿quándo mayor prosperidad? ¿Cuán-
„do se vió Roma con mayores ventajas? ¿ni
„quándo sus tropas con mas lisonjeras esperan-
„zas que ahora? Acaso me dirá alguno de es-
„tos desconfiados, que se presentan mayores
„ganancias, y mas sólidas esperanzas entre los
„enemigos. ¿Y qué enemigos son estos? ¿Son
„acaso Indibilis y Mandonio? ¿Pero quién no
„sabe, que estos se pasaron á nosotros, quan-
„do ya habian vendido á los Cartagineses; y
„ahora faltando á la fe del juramento, se
„han tornado nuestros enemigos? ¡Grande ha-
„zaña por cierto! sobre la fe de semejantes
„hombres haberos constituido traidores de la
„propia patria. Vosotros de ningun modo espe-
„rariais llegar á apoderaros de España; porque
„ni unidos con Indibilis, ni obrando por sí pro-
„pios, seriais capaces de hacernos frente. ¿Pues
„qué miras eran las vuestras? porque deseo sa-
„berlas. ¿Era la habilidad y valor de los capi-
„tanes que ahora habeis elegido, lo que funda-
„ba vuestra confianza? ¿Ó los fasces y hachas

„que les preceden? Pero es indecoroso hablar
„mas en la materia. Nada de esto es, Roma-
„nos; no teneis cosa grande ni chica que opo-
„ner á vuestro general, ni á vuestra patria. Yo
„no hallo otra disculpa de que echar mano pa-
„ra justificaros con Roma y conmigo mismo,
„que aquella comun á todos los hombres; á sa-
„ber, que toda multitud es fácil de ser seduci-
„da, que con facilidad se dexa llevar á qual-
„quier exceso, y que el pueblo y la mar son
„susceptibles de unas mismas impresiones. Así
„como está inocente y quieta por su naturale-
„za, si una vez se ve impelida por la violencia
„de los vientos, se porta ella con los navegan-
„tes, á medida de la agitacion que recibe de
„aquellos; del mismo modo el pueblo obra
„siempre con sus xefes, segun los cabezas y
„consejeros que le influyen. En este supuesto
„todos los oficiales del ejército y yo os conce-
„demos ahora el perdon, y os damos nuestra
„palabra, de no volvernos á acordar de lo pa-
„sado; pero inexôrables con los autores de la
„rebelion, estamos resueltos á imponerles una
„pena, condigna á la ofensa que han hecho á su
„patria y á nosotros mismos.“

Apénas habia concluido Scipion, quando se hizo la señal, para que la tropa que rodeaba la asamblea, puesta sobre las armas, hiciese ruido con las espadas en los escudos. Inmediatamente

fuéron conducidos, liados y desnudos los autores de la rebelion. La multitud cobró tanto miedo con la tropa que estaba al rededor, y con el espectáculo que tenia á la vista, que mientras unos eran azotados con varas, y otros acogotados con hachas, ni mudó el semblante, ni profirió la mas mínima palabra, al contrario todos quedáron inmóviles y sin chistar, aterrados con lo que pasaba. Mientras que los cabezas de la sedicion atormentados y muertos eran arrastrados por medio de la asamblea, el general y demas oficiales iban tomando la palabra á los demas soldados, de que jamas recordarian á los sediciosos lo pasado; y estos iban jurando uno por uno en manos de los tribunos, que obedecerian las órdenes de sus xefes, y no maquinarian jamas cosa contra Roma. Así reprimió Scipion con su prudencia, una rebelion que pudo ser origen de grandes males, y restableció sus tropas á su antiguo estado.

CAPÍTULO VII.

Expediciones de Scipion contra Indibilis y otros Españoles que le habian abandonado. Victoria sobre los rebeldes, con la que concluidas las expediciones de España, vuelve á Roma para recibir el triunfo.

An. R. 547.
Ant. J. C. 207.

Scipion, convocadas á junta sus tropas en la misma Cartagena, las hizo un discurso sobre la audacia y perfidia de Indibilis; y con las muchas razones que traxo sobre el asunto, avivó el ardor de la multitud contra este Príncipe. Les hizo relacion de los combates que ántes habian tenido contra los Españoles y Cartagineses juntos, siendo estos quienes mandaban las armas; y que si entónces habian salido siempre vencedores, ahora que solo tenian que pelear contra los Españoles conducidos por Indibilis, no había que dudar de la victoria. En esta atencion dixo, no he querido valerme para esta empresa del auxilio siquiera de un Español, sino echar mano de los Romanos solos, para que sepa el mundo, que no hemos deshecho y arrojado de España á los Cartagineses con ayuda de los Españoles, como algunos piensan; sino que es nuestro valor y ardimiento, el que ha vencido á los Cartagineses y Celtiberos. Des-

pues de lo qual, los exhortó á vivir concordés, y marchar á esta expedicion con mas confianza que á otra alguna, pues á su cargo quedaba la victoria con el auxilio de los Dioses. Con esto los soldados cobraron tal ardor y espíritu, que al mirarlos á la cara, se creeria que estaban ya en presencia del enemigo, y á punto ménos de venir á las manos. Dicho esto, despidió la asamblea.

Al día siguiente levantó el real, y echó á andar. Al cabo de diez dias llegó al Ebro, y á los quatro de haberlo pasado, campó á vista del enemigo, mediando solo un valle entre los dos campamentos. El día siguiente, despues de haber mandado á C. Lelio tener pronta la caballería, y á los tribunos tener dispuestos los Velites, echó al valle algun ganado de lo que venia en pos del ejército. No bien los Españoles se hubieron arrojado sobre la presa, quando destacó allá algunos Velites, que venidos á las manos, y sostenidos de una y otra parte con mas gente, armáron en el valle una atroz escaramuza de infantería. Lelio, que segun el órden tenia prevenida la caballería, pareciéndole esta buena ocasion de echarse encima, ataca á los que escaramuzeaban, les corta la comunicacion con el pie de la montaña, y derrota la mayor parte de los que andaban desmandados por el valle. Este accidente irritó á los bárbaros,

quienes, por no parecer vencidos, y que rehusaban un trance general, sacaron al amanecer toda su gente, y la ordenaron en batalla. Scipion, aunque ya estaba dispuesto para el combate, no obstante como vió que los Españoles baxaban imprudentemente al valle, y que ordenaban en el llano no solo la caballería sino tambien la infantería; se detuvo un rato, á fin de que los enemigos formasen la mayor parte. Porque aunque contaba con su caballería, fiaba aunmas en su infantería, la qual en las batallas ordenadas y á pie firme era muy superior ya en armas ya en valor á la de los Españoles.

Luego que le pareció que ya era tiempo, él se situó al frente de los enemigos que estaban ordenados al pie de la montaña; y sacando de su campo quatro cohortes bien unidas, las envió contra la infantería enemiga que habia baxado al valle. Á este tiempo C. Lelio con la caballería abanza por las colinas que desde el campo de batalla se extendian hasta el valle, da por la espalda sobre la caballería enemiga, y la obliga á pelear con él. Con esto la infantería enemiga, privada del apoyo de su caballería en cuya confianza habia baxado al valle, era estrechada y oprimida, bien que tambien á la caballería alcanzaba la misma suerte. Porque encerrada en un paso angosto y apurada por todas partes, mataba mas de sus mismas gentes

que la que le mataban los Romanos ; como que su propia infantería la incomodaba por los costados , la de los enemigos de frente , y la caballería por la espalda. En esta especie de combate perdiéron la vida casi todos los que bajáron al valle ; pero la infantería ligera que estaba formada al pie de la montaña , y componia la tercera parte de todo el ejército , echó á huir , y con ella Índibilis que se salvó en un lugar fortificado. Scipion , despues de haber puesto fin á los asuntos de España , alegre sobre manera vino á Tarragona , para llevar desde aquí á su patria el mas glorioso triunfo y la mas memorable victoria. Con el anhelo de no llegar tarde á las elecciones de los consules , despues de haber arreglado todo lo tocante á España , y entregado el mando del ejército á Syllano y Marcio , se hizo á la vela para Roma con Lelio y otros amigos.

CAPÍTULO VIII.

Antioco, disgustado de la lentitud de la guerra que mantenía contra los rebeldes, admite en su gracia á Eutydemo por mediacion de Teleas.

An. R.
547.
Ant. J. C.
207.

Eutydemo sostenia con el embaxador de Antioco, que su amo no tenia razon para empeñarse tanto en echarle del reyno; que él jamas le habia faltado á la fé, ántes bien habia quitado la vida á los descendientes de otros que contra él se habian rebelado, y de este modo se habia apoderado de la Bactriana. Despues de expuestas muchas mas razones sobre este asunto, rogó á Teleas que mediase con Antioco para un ajuste, y le exhortase amistosamente á no quitarle el nombre y dignidad de rey, pues de no condescender á sus ruegos, ni uno ni otro estarian seguros; que un gran número de Numidas estaban para entrar en el país, cuya irrupcion amenazaba á entrambos; y si una vez llegaban á estar dentro, convertirian en barbaros á todos los naturales. Dicho esto, despachó á Teleas con la embaxada para Antioco. El rey, que ya hacia dias que andaba buscando modo de terminar la guerra, se alegró con el mensage de Teleas, y dió oídos con gusto á las proposiciones de paz. Despues de

muchas idas y venidas de este embaxador á uno y otro soberano , Eutydemo envió á su hijo Demetrio para ratificar el tratado. Antioco le recibió bien , y pareciéndole que el joven merecia el reyno por su presencia , su trato y ayre magestuoso , le prometió una de sus hijas en matrimonio , y concedió á su padre el titulo de rey.

Ya que estuviéron puestas por escrito las demas condiciones del tratado , y firmada la alianza con juramentos , se puso en marcha, habiendo ántes provisto de víveres el ejército con abundancia , y tomado para sí los elefantes que tenia Eutydemo. Superado el monte Caucasó , entró en la India , y renovó la amistad con su rey Sophagaseno. Aquí aumentó el número de sus elefantes , de suerte que llegó á tener ciento y cinquenta ; volvió á proveer el ejército de viveres , y levantó el campo , dexando á Androstenes el Cyziceno para conducir el dinero que este rey le habia prometido. Atravesada la Arachosia , pasó el rio Erymantes , y entró por la Drangiana en la Carmania , donde por acercarse ya el invierno , puso en quarteles sus tropas. Tal fué el éxito que tuvo la expedicion de Antioco en las provincias superiores; expedicion , por la que no solo sometió á su obediencia los Satrapas de las provincias superiores , sino tambien las ciudades marítimas y

potentados de esta parte del Tauro; expedicion, por la qual su valor y actividad aseguró el rey-no, y puso en respeto á todos sus vasallos; de suerte, que por ella se hizo digno de reynar, no solo en los países del Asia, sino en los de la Europa.

EXTRACTOS

DEL LIBRO DUODECIMO

DE LA HISTORIA DE POLYBIO

MEGALOPOLITANO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Ignorancia y nimia credulidad de Timeo , quando trata de los animales de Africa. Prodigiosa ficcion de este autor sobre la ferocidad de los animales de Córcega , y diferencia entre el conejo y la liebre. Motivo porque parecen feroces los animales de esta isla. En Córcega muchos animales , y en Italia los cerdos , son conducidos al son de trompeta.

Así como el Africa es un país de una fertilidad admirable , así tambien se puede decir que Timeo , quando nos la pinta toda arenisca , se-

ca é infructuosa , se acredita no solo de ignorante en la historia de esta region , sino de superficial , imprudente y del todo entregado á antiguas hablillas , que no merecen ningun crédito. Lo mismo que digo de la fertilidad de la tierra , digo de los animales. Pues es tanta la multitud de caballos , bueyes , ovejas y cabras que se cria en este país , que no sé si se podrá hallar igual en lo restante del mundo. La causa de esto es , que como muchos pueblos del Africa ignoran el cultivo de la tierra , se mantienen de los ganados , y con ellos pasan la vida. Pero ¿quién no sabe que se dan aquí elefantes , leones , fuertes leopardos , hermosos bufalos , y grandes abestruces , animales todos de que carece la Europa , y el Africa está llena? Con todo Timeo , sin hablar siquiera una palabra de esto , parece que á drede se propuso contrarnos lo contrario á la verdad.

La misma inconsideracion con que habla del Africa , demuestra tambien por lo tocante á la isla de Córcega. De esta , hablando en el libro segundo de su historia , dice : se encuentran en ella muchos animales salvages , como cabras , ovejas , bueyes , ciervos , liebres , lobos y algunos otros : los habitantes se exercitan en la caza de estas bestias , y no tienen otra ocupacion por toda su vida. Pero lo cierto es , que en esta isla no se halla animal alguno salva-

ge, á excepcion de la zorra, el conejo y la obeja silvestre. El conejo, visto de lejos, parece una pequeña liebre; pero despues de cogido, se encuentra en él una notable diferencia en la figura y el gusto. Nace por lo comun debaxo de tierra. El que todos los animales de Córcega parezcan fieros, consiste en que, como la isla está cubierta de arboles y llena de precipicios y montañas, los pastores no pueden seguir sus rebaños quando estan pastando. Bien que si hallan un sitio de buenos pastos, y quieren llamar allí su ganado, tocan una trompeta, y al momento acuden todos al son de la de su propio pastor sin equivocarse. Quando alguno arriba á la isla, y vé á las cabras y bueyes estar pastando solos, si intenta echarles mano, como no están acostumbrados á dexar acercar la gente, toman la huida. Entónces el pastor, si ha visto el desembarco, toca la trompeta, y todos acuden corriendo de tropel á su sonido. Vé aquí porque parecen salvages, y porque Timeo habló al ayre por falta de exâmen.

Que los animales obedezcan al son de una trompeta, no es de admirar. Porque en Italia los que crían puercos, no los tienen en pastos separados, ni los porquerizos van detras de sus manadas como en la Grecia, sino que van de lante tocando de tiempo en tiempo una corneta, al son de la qual sigue y va acudiendo e-

ganado ; y cada manada está tan acostumbrada á distinguir la de su pastor , que admira y parece increíble la primera vez que se oye. Como en la Italia se consume y gasta mucha carne de puerco , se cria en ella mucho de este ganado, pero sobre todo en la antigua Italia, en la Etruria y la Galia , donde se veía á una cerda haber criado mil lechones y á veces mas. Fuera de las pocilgas estan separados por sexôs y por edades. De que proviene , que para el caso en que muchas manadas concurren á un mismo sitio, y por no poder estar separadas lleguen á mezclarse unas con otras , sea á la salida , sea en los pastos , ó sea á la vuelta ; los porquerizos para distinguir las sin pena ni trabajo han excoitado la corneta , al son de la qual con solo ponerse uno de un lado y otro de otro , ellos por sí se separan los hatos , y se van en pos de sus propias cornetas con tanta prontitud , que ninguna fuerza ni obstáculo es capaz de contener su carrera. En Grecia , quando las manadas pastando por los bosques se llegan á mezclar unas con otras , aquel que mas puercos tiene , quando halla la ocasion , mete é incorpora en su hato los del vecino. Otras veces se los hurta el ladron que está emboscado, sin poder conocer el porquerizo como faltan , á causa de la distancia que suele haber entre él y el ganado , á quien ha alexado el ansia de hallar el

fruto , quando comienza á caer del arbol. Pero de esto baste.

CAPÍTULO II.

Refutacion de lo que dice Timeo sobre la colonia de los Locros en Italia. Origen que traen estos de los Locros de Grecia , pero sin mediar entre ellos alianza. Cien familias nobles que hubo entre unos y otros. La doncella Phialephera fué de los Locros Epizephyrios. Fraude de los antiguos Locros para ajustarse con los Sicilianos.

II
 He estado muchas veces en la ciudad de Locros , y he hecho á sus moradores servicios considerables. Por mí se libertáron de ir á la expedicion de España. Por mí se eximiéron de enviar á los Romanos para la guerra de Dalmacia , las tropas de mar que debieran segun el tratado. Tambien ellos libres por mí de vexaciones , peligros , y gastos no pequeños , me han tributado todo honor y agasajo en reconocimiento. De suerte que mas motivos tengo para hablar bien de los Locrenses , que para lo contrario. Con todo , esto no me debe impedir de que diga y siente , que la historia que trae Aristoteles de su colonia , es mas verdadera que la que cuenta Timeo. Porque me consta

por confesion de los mismos naturales, que la relacion que hace Aristoteles, es conforme á la tradicion que han recibido de sus mayores, y no la de Timeo. Para esto alegan las pruebas siguientes.

Primeramente, que toda la honra y nobleza que se conserva entre ellos de sus mayores, proviene de las mugeres, y no de los hombres. Por exemplo, se reputa entre ellos por nobles, á aquellos que descenden de las que llaman las cien familias. Estas cien familias son aquellas, á quienes los Locrenses habian ya concedido este honor ántes de salir á poblar á Italia, y de las quales se sacaban por suerte en cumplimiento de un oráculo las cien doncellas, que se habian de enviar á Troya todos los años. De estas mugeres algunas viniéron con la colonia, cuyos descendientes hasta el dia de hoy están tenidos por nobles, y son llamados oriundos de las cien familias.

Vamos ahora á lo que entre ellos se llama *Phialephera*, cuya historia es de este modo. Quando desaloxaron á los Sicilianos de este puesto de Italia que ahora ocupan ellos, habia la costumbre entre estos pueblos de presidir en los sacrificios el mas noble é ilustre ciudadano. Los Locrenses, que no habian recibido de sus padres rito alguno, tomáron de los Sicilianos, entre otras, esta costumbre; y la observáron

despues solo con la modificacion , de que en vez de un joven fuese una doncella la Phialephera , por provenir la nobleza entre ellos de las mugeres.

Dicen que no tienen alianza alguna con los Locrenses de Grecia , ni han oído jamas que la tuviesen ; pero saben por tradicion , que la tenían con los Sicilianos. Á cerca de esta confederacion cuentan , que quando llegaron la primera vez á Sicilia , habian hallado á los Sicilianos apoderados de este país que ellos habitan ahora ; y que amedrentados los naturales , se habian visto forzados á recibirlos , y á ajustar con ellos estos pactos : *que vivirian en buena harmonía , y el país sería comun á unos y otros , mientras que ellos pisasen esta tierra , y traxesen cabezas sobre los hombros.* Formalizados estos conciertos , dicen que los Locrenses , ántes de hacer el juramento , habian metido un poco de tierra entre la suela de sus zapatos , y habian puesto ocultas sobre sus hombros cabezas de ajos ; y que despues arrojando la tierra de los zapatos , y las cabezas de ajos de los hombros , habian desalojado á los Sicilianos del país á la primera ocasion que habian tenido. Esto dicen los Locrenses de su establecimiento.

CAPÍTULO III.

Dicho de Timeo : La rectitud es de esencia de la Regla, y la verdad de la Historia. Juicio de Polybio sobre esta expresion. La mentira, ó proviene de la ignorancia, ó de la voluntad.

Así como la Regla, dice Timeo, que sea mas corta, que sea ménos ancha, con tal que sea recta, siempre es Regla y merece este nombre; y al contrario, si la falta esta qualidad esencial, todo lo puede ser ménos Regla: así tambien la Historia, sea el que fuere su estilo y disposicion, ó tenga qualquier otro defecto en sus partes integrales, como guarde verdad, merece el nombre de Historia; pero si esta le falta, es indigna de semejante nombre. Convengo en que en esta clase de escritos ha de reynar siempre la verdad, y aun yo mismo he dicho en cierta parte de esta obra; que así como un animal sin ojos, queda del todo inservible, del mismo modo una Historia sin verdad, no viene á ser mas que una narracion infructuosa. Pero con todo digo, que hay dos modos de faltar á la verdad, uno hijo de la ignorancia, otro hijo de la voluntad; y que aquellos que se separan de la verdad porque no la conocen, me-

recen excusa ; pero aquellos otros que mienten de propósito , son las gentes mas abominables.

CAPÍTULO IV.

Excesiva mordacidad de Timeo. Calumnias que levanta contra Demochares. Maledicencia torpe y falsa que usa contra Agatocles. Un escritor , escrupuloso investigador de la verdad , no debe omitir lo laudable aun de los impíos.

A la manera que un hombre prudente , quando piensa tomar venganza de su enemigo , no se propone principalmente la pena de que es acreedor su contrario , sino mas bien lo que le conviene á él hacer ; del mismo modo un murmurador , no ha de atender principalmente á lo que merece oír su enemigo , sino á lo que está bien á él decirle. Esta debe ser su mas precisa consideracion. Porque los que no tienen otra regla en sus acciones , que los impulsos del odio y de la envidia , por precision han de incurrir en mil despropósitos , y han de exceder los límites de la modestia en quanto digan. Vé aquí porque con justa razon me parece desapruuebo , lo que Timeo profiere contra Demochares. En esta ocasion no merece excusa ni crédito , porque su genial malignidad le ha hecho prorrum-

pir visiblemente en desvergüenzas, que exceden los terminos de la decencia. Lo mismo digo de las calumnias que profiere contra Agatocles, tampoco las apruebo, en medio de que fué el hombre mas impio. Hablo de aquellas obscenidades que trae al fin de su historia, donde dice que Agatocles desde su primera edad fué un burdel público, un hombre abandonado á toda incontinencia, un grajo, un milano de todo el que quiso conocerle; y que quando murió, su muger anegada en sollozos y lamentos le decia: ¿qué no he hecho yo contigo, y tú conmigo? En este pasage no tanto se vé la desvergüenza de que hablabamos poco ha, quanto se admira la maledicencia que en él rebosa. Pues de la misma relacion que hace, se infiere con evidencia, que Agatocles no pudo ménos de haber estado dotado por naturaleza de prendas muy relevantes. Porque dexar la rueda, el humo y la greda, venirse á Syracusa á la edad de diez y ocho años, llegar con tales principios despues de algun tiempo á dominar toda la Sicilia, haber suscitado á los Cartagineses los mayores peligros, y al fin envegecido en la tiranía, haber acabado sus dias con el nombre de rey; por precision se ha de confesar, que Agatocles fué hombre grande y admirable, y que tuvo de la naturaleza grandes dotes y prendas para el manejo de los ne-

gocios. Un historiador no solo debe dexar á la posteridad lo que puede difamar y desacreditar á un personage, sino lo que puede darle honor. Esto es propio de la Historia. Pero Timeo ofuscado por su humor mordaz y maldiciente, nos refiere con malicia y exâgeracion los defectos, y no nos habla siquiera una palabra de las acciones *gloriosas; ignorando, que no miente ménos un historiador, por dexar de contar lo que ha pasado.

CAPÍTULO V.

Ley de Zaleuco sobre la posesion de la cosa contextada hasta difinitiva. Duda sobre esta ley. Otra del mismo Zaleuco , sobre los que se meten á interpretar las leyes.

Se seguia pleyto en Locros entre dos jovenes sobre un esclavo ; el uno que lo habia poseído por mucho tiempo, y el otro que solo dos dias ántes de la contextacion habia salido al campo, y se lo habia traído por fuerza á casa, estando ausente su dueño. El amo informado del caso, marchó á la casa, cogió su siervo, le presentó en el tribunal, y dixo que él debia ser el dueño dando fianzas ; pues la ley de Zaleuco prevenia, que se mantuviese en la posesion de la cosa controvertida durante el pleyto, á aquel en cuyo poder estaba quando se contextó. El otro fundado en la misma ley sostenia, que el siervo debia volver á su casa, pues de ella habia sido extraído para traerle á juicio. Los jueces, ante quienes pendia aquel pleyto, no sabiendo que resolver sobre el asunto, llevaron el esclavo al *Cosmopolita*, y le contáron el hecho. Este supremo Magistrado interpretó la ley diciendo, que aquellas palabras *en cuyo poder estaba quando se contextó*, se debian entender de

aquel que últimamente hubiese estado en pacífica posesion por algun tiempo de la cosa contextada. Pero en el caso de que uno llevase á su casa una cosa quitandosela á otro por fuerza, y despues el dueño se la extraxese para presentarla en juicio, la posesion de aquel no era legítima. El joven que habia salido condenado, negó que fuese esta la mente del legislador. Entónces el Cosmopolita propuso, si habia alguno que quisiese disputar sobre el sentido de la ley, segun la fórmula prescrita por Zaleuco. Esta se reducía, á que los dos sustentantes explicasen con una sogá al cuello el espíritu del legislador en una junta de mil personas; y aquel que peor interpretase la mente de la ley, fuese ahorcado delante de los mil con su misma sogá. Á esta propuesta del Cosmopolita, replicó el joven y dixo, que no era igual el partido; pues que el Cosmopolita, teniendo ya pocos ménos de noventa años, apenas le quedarian de vida dos ó tres, en vez de que á él le restaba aun probablemente la mayor parte. Con este gracejo el joven reduxo á pasatiempo un acto tan serio, y los jueces decidieron segun el parecer del Cosmopolita.

CAPÍTULO VI.

*Refutación de lo que Callistenes escribe de Alexandro.
Ignorancia de este historiador en la táctica, que le
hace cometer mil absurdos é imposibles en la
descripción de las batallas.*

Referiremos una sola batalla, que se dió de poder á poder en la Cilicia entre Alexandro y Dario, batalla la mas famosa, la ménos lexana del tiempo en que vamos, y lo principal, en la que se halló el mismo Callistenes. Ya Alexandro, dice este historiador, habia atravesado los desfiladeros llamados en Cilicia las *Pylas*; y Dario, emprendida la marcha por las *Pylas Amanidas*, habia llegado con su ejército á la Cilicia; quando informado este príncipe por los naturales, de que Alexandro iba marchando delante hácia la *Syria*, se propuso seguirle: que llegado á unos desfiladeros, campó sobre el rio *Pinaro*; que habia en aquel sitio un espacio, que no tenia desde el mar hasta el pie de la montaña mas que catorce estadios; y que el rio, naciendo en la montaña entre dos precipicios, corria serpenteando por el llano hasta el mar, metido entre dos colinas escarpadas é inaccesibles. Expuestas estas circunstancias, dice que, como Alexandro vuelto sobre sus pasos se fuese ya acercando al enemi-

go, Dario y sus generales resolvieron ordenar toda la falange en el mismo campamento que ántes tenían, cubrirse con el rio que pasaba por delante, colocar la caballería á la orilla del mar, inmediatos á esta los extrangeros sobre la margen del rio, y los coraceros pegando con el pie de las montañas.

En verdad que es difícil comprehender, como Dario situó estas tropas delante de la falange, pasando el rio por el pie del mismo campo, y siendo tan excesivo el número de sus gentes. Segun el mismo Callistenes tenia treinta mil caballos, y otros tantos extrangeros. Ahora pues, que espacio ocupe este número de tropas, es fácil saberlo. Regularmente en las batallas verdaderas se forma la caballería sobre ocho de fondo. Entre esquadron y esquadron es preciso haya un intervalo proporcionado al frente de cada uno, para mejor executar las evoluciones hácia el costado, ó hácia la espalda. De que resulta, que ochocientos caballos ocupan un estadio; ocho mil, diez; tres mil y doscientos, quatro; de suerte que once mil y doscientos caballos vienen á llenar el espacio de los catorce estadios. Con que para formar en batalla los treinta mil, era preciso con corta diferencia que estuviesen en tres cuerpos en pos los unos de los otros. Y pregunto ahora, ¿dónde estaban situados los extrangeros? Se me dirá acaso que

á espaldas de la caballería. Pero esto no puede ser, porque segun Callistenes, estas tropas tuvieron que pelear en el combate con los Macedonios; de donde es preciso inferir, que la mitad del terreno de parte del mar estaba ocupado por la caballería, y la otra mitad de parte de las montañas por los extranjeros. Por aquí se puede sacar la cuenta, de quanta fuese la profundidad de la caballería, y á que distancia estuviese el rio del campamento.

Dice despues, que quando ya estaban á tiro los enemigos, Dario que ocupaba el centro de su formacion, hizo venir los extranjeros que estaban en una de las alas. De esta proposicion se origina otra duda. Porque los extranjeros y la caballería por precision habian de estar contíguos en medio de este terreno. Luego si Dario estaba entre los mismos extranjeros, ¿cómo, para qué, ó á qué efecto era llamarlos? Por último añade, que la caballería del ala derecha se adelantó para cargar sobre Alexandro; que éste sostuvo el ímpetu con valor, y la atacó tambien por su parte, de que se originó una atroz refriega. Pero no se acuerda, de que habia un rio de por medio, y un rio tal como el que él acaba de describir.

Iguales contradicciones comete en lo que dice de Alexandro. Segun él, pasó al Asia con quarenta mil infantes y quatro mil y quinien-

tos caballos , y quando ya estaba para entrar en la Cilicia , le viniéron de Macedonia otros cinco mil hombres de á pie , y ochocientos de á caballo. Quitemosle tres mil infantes y trescientos caballos , que es lo mas que se puede destacar de un ejército para diferentes ministerios ; y aun así vendrán á quedar quarenta y dos mil hombres de infantería. Sentado este principio , añade que Alexandro tuvo noticia de la llegada de Dario á la Cilicia , quando ya solo distaba de él cien estadios , y habia atravesado los desfiladeros ; que con este motivo tuvo que volver sobre sus pasos , y tornar á pasar aquellas gargantas , puesta á la vanguardia la falange , á espaldas de esta la caballería , y detras de todo el bagage ; que lo mismo fué verse en campo llano , mandó formar en batalla la falange , y puso sus líneas al principio sobre treinta y dos hombres de fondo , un poco mas adelante sobre diez y seis , y al fin quando ya estaba cerca del enemigo , sobre ocho. Estos aun son mas clásicos absurdos que los anteriores. Pues mil y seiscientos hombres , puestos sobre diez y ocho de altura , con los espacios correspondientes á una marcha , y dexando solo seis pies de linea á linea , ocupan un estadio ; por consiguiente diez y seis mil cogerán diez , y un número doblado veinte. De donde se vé palpablemente , que quando Alexandro ordenó

su ejército sobre diez y seis de fondo , era preciso que llenase un espacio de veinte estadios; y aun todavía sobraba toda la caballería y diez mil infantes.

Poco despues dice , que quando Alexandro se vió á quarenta estadios del enemigo , conduxo su ejército de frente ; delirio el mayor que se puede excogitar. Porque ¿dónde es capaz hallar , mayormente en la Cilicia , un llano de veinte estadios de ancho y quarenta de largo , que necesita una falange armada de lanza para marchar de frente ? Son tantos los inconvenientes á que está sujeta una formacion semejante , que no es facil numerarlos. Para prueba de ello , bastarán solo los que el mismo Callistenes confiesa. Los torrentes , dice , que se despeñaban de aquellas montañas , habian formado tantas cabernas en el llano , que los mas de los Persas perecieron en sus concabidades quando huian. Con que segun eso Alexandro quiso tener dispuesto su ejército , para qualquier lado que el enemigo se presentase. ¿Y se puede dar cosa ménos dispuesta para esto , que una falange , cuyo frente está desunido y roto ? ¿Quánto mas facil le hubiera sido ordenarse en batalla , adaptándose á la formacion que llevaba en el camino , que no conducir sobre una linea recta sus tropas interrumpidas y divididas en el frente , y emprender la accion en un terreno

quebrado y montuoso? Era sin duda mucho mas ventajoso haber marchado con su ejército dividido en dos ó quatro falanges, pues no era imposible hallar sitio proporcionado para esto sobre el camino; y le hubiera sido facil formarse prontamente en batalla, puesto que podia saber con mucha anticipacion por sus corredores la venida del enemigo. Pero aquí Callistenes, fuera de otros despropósitos, ni siquiera sitúa á la vanguardia la caballería, siendo así que conduce el ejército por tierra llana; sino que la hace marchar al igual de la infantería.

Pero el mayor absurdo de todos es, decir que, quando ya estuvo cerca del enemigo, situó sus tropas Alexandro sobre ocho de fondo. De aquí se sigue, que la falange habia de tener por precision quarenta estadios de longitud. Demos que estuviese tan del todo apiñada, que estuviesen pegando los unos con los otros, aun así era forzoso que ocupase veinte estadios. Es así que Callistenes dice, que no llegaban á los catorce, que de estos una parte hácia el mar ::: *estaba vacia* y otra á la derecha; y que entre el campo de batalla y los montes se habia dexado un espacio conveniente, para no estar dominados del cuerpo de tropas apostadas al pie de las montañas. Pues aunque es cierto, que contra este cuerpo opone otro de parte de Alexandro en forma de tena-

za, para eso le dexamos diez mil infantes, número mayor que el que él puede apeteer. Con que venimos á sacar segun su propia confesion, que solo venian á quedar para la falange á lo mas once estadios de longitud, dentro de los quales habian de estar encerrados por precision treinta y dos mil hombres sobre treinta de fondo. Esto no obstante, dice, que al tiempo del combate estaba formada la falange sobre ocho de fondo. Vé aquí una clase de yerros inexcusable. La imposibilidad de los hechos está por sí misma saltando á los ojos. Porque designar los espacios de hombre á hombre, determinar la magnitud del terreno, contar el número de tropas, y despues mentir, no admite escusa.

Sería largo de contar, añadir á estos todos los despropósitos que ha cometido; bastará referir unos quantos. Dice que todo el conato de Alexandro al formarse en batalla, fué situarse de modo que tuviese que pelear con el mismo Dario, y que la misma intencion tuvo Dario al principio contra Alexandro, mas despues mudó de parecer; pero no nos dice siquiera una palabra, ni de como se penetraron mutuamente las intenciones, ni que puestos ocuparon en sus respectivos exércitos, ni á donde se transfirió Dario despues que mudó de resolucion. Á mas de esto ¿qué motivo pudo haber, para

que la falange formada montase sobre la margen del rio, generalmente escarpada y cubierta de xarales? Imputar á Alexandro un absurdo semejante, quando es notorio que desde niño aprendió y exércitó el arte de la guerra, sería injusticia; mas regular será atribuirlo al historiador, cuya ignorancia no le permitia discernir lo posible de lo imposible en tales casos. Pero esto baste de Ephoro y de Callistenes.



CAPÍTULO VII.

Razones de que se puede valer un embaxador como de lugares comunes , para promover la paz ó suscitar la guerra.

Procure ante todas cosas traer á la memoria de los que componen el congreso , que en tiempo de guerra , nos hace levantar de la cama al amanecer el sonido de las trompetas , y en tiempo de paz el canto de los gallos. Explique la intencion y modo de pensar de Hércules en la institucion de los Juegos Olympicos y solemnidad de esta fiesta ; y que si hizo mal á todos los pueblos contra quienes llevó sus armas , fué por necesidad y precepto ; pero que voluntariamente jamas hizo daño á mortal alguno. Á consecuencia de esto diga , como Homero representa á Júpiter airado contra el Dios Marte , y diciéndole :

*Entre los Dioses que el Olympto habitan ,
A ti solo aborrezco , porque solo
Te agradan riñas , choques y batallas.*

Traiga aquel otro dicho del Heroe mas prudente:

*Quien la guerra sangrienta y cruel ama
Ni ley , ni hogar , ni tribu reconoce.*

Añada, que del mismo sentir que Homero es Eurípides, quando dice:

¡O dulce paz, emporio de riquezas!

La mas grata á los Dioses inmortales,

Yo por tí anhelo; ¡cómo te detienes!

Temo de la vegez ser oprimido,

Antes que llegue á ver el dulce día,

En que todo resuene con canciones

Y convites ceñidos de guirnaldas.

Por último diga, que la guerra se parece á la enfermedad, y la paz á la salud; que en esta recobran su salud los enfermos, y en aquella pierden la vida los sanos; que durante la paz los viejos son enterrados por los mozos, pero durante la guerra los mozos por los viejos; y lo principal, que en tiempo de guerra, ni aun hay seguridad dentro de los muros, en vez de que en tiempo de paz llega la tranquilidad hasta las fronteras. Y otras cosas semejantes.

CAPÍTULO VIII.

Dos son los organos del saber , el oído y la vista ; pero este mas seguro. Timeo , para investigar la verdad , solo se valió del oído. Dos modos de saber por el oído , el uno la lectura , y el otro el propio exâmen Negligencia de Timeo sobre este último. Es difícil inquirir la verdad por sí propio , pero contribuye infinito para escribir bien historias , y enterarse de los hechos. Qualidades de un historiador. Vida de Timeo.

De dos organos con que parece habernos dotado la naturaleza , para informarnos é instruirnos á fondo de las cosas , el oído y la vista , este es incomparablemente mas cierto segun Heraclito , porque los ojos son testigos mas exâctos que las orejas. De estos dos caminos de inquirir la verdad , Timeo ha elegido el mas suave , pero el ménos seguro. Por ahorrarse la pena de ir á verlo , se ha contentado con oirlo , y de dos modos que podemos percibir las cosas por el oído , á saber , la lectura de los libros y la investigacion propia , ha andado muy indolente con esta última , como hemos manifestado mas arriba. La causa que le pudo impeller á esta preferencia , es facil conocer , si se

atiende, á que los conocimientos que adquirimos por la lectura, nos provienen sin peligro ni fatiga, unicamente con la mera prevencion de avecindarnos en un pueblo donde haya copia de libros, ó tener á la mano una biblioteca. Con este solo auxilio ya puede qualquiera, tendido á la larga, y sin la mas minima incomodidad, investigar lo que pretende, cotejar los escritores pasados, y advertir sus defectos. Pero aquellos otros conocimientos, que nos provienen por investigacion propia, cuestan muchas penalidades y gastos, bien que contribuyen infinito, y constituyen la parte mas apreciable de una historia. Esto lo comprueba el testimonio de aquellos mismos que han compuesto este género de obras. Ephoro dice, que si fuera dable, que los historiadores mismos presenciasen todos los hechos, este sería el mejor modo de conocerlos. Y Theopompo afirma, que aquel es mas sobresaliente en el arte de la guerra, que se ha hallado en mas combates. Aquel es mas eloqüente orador, que ha pleyteado mayor número de causas. Lo mismo sucede en la medicina y en el pilotage. Pero esto mismo quien nos lo expresa con mas energia, es Homero, quando queriendonos mostrar qual debe ser el hombre político, nos propone el exemplo en la persona de Ulyses, diciendo:

Aquel sagaz varon me acuerda, ó Musa,

Que errante discurrió muchos lugares.

Mas abaxo:

Várias ciudades vió, y de muchos hombres

Conoció las costumbres y las leyes.

En el mar de las ondas agitado

Trabajos padeció muy insufribles.

Despues:

Se halló en muchas batallas con los hombres,

X surcó con fatiga muchos mares.

Un personage como este pedia á mi entender la dignidad de la historia. Platon decia, que entónces serian felices los hombres, quando los filosofos fuesen reyes, ó los reyes filosofos; y yo pudiera decir ahora, que entónces la historia se vería en su esplendor, quando los hombres de estado se propusiesen escribirla, no por pasatiempo como ahora se hace, sino persuadidos á que entre todas las obligaciones, esta como la mas necesaria y mas honorífica, les debe ocupar toda la vida sin dexarla de la mano; ó quando los que se ponen á escribirla, reputasen el uso y el manejo de los negocios por prevencion indispensable para un historiador. Hasta entónces no se dexarán de encontrar defectos en las historias. Timeo no se tomó siquiera el mas minimo desvelo, para adquirir estas qualidades. Se avecindó y vivió sin salir de un pueblo, casi como un hombre que de

propósito hubiese renunciado á la vida activa. Sin conocimiento de las acciones militares, sin manejo de las civiles, y sin aquella experiencia propia, hija de los ojos y de los viages; con todo yo no sé como llegó á la reputacion, y consiguió la preeminencia de historiador. Y que todos estos requisitos los exija la historia, es buena prueba su misma confesion en el proemio del sexto libro. Algunos, dice, están en el concepto, de que el género demostrativo pide mas talento, mas laboriosidad y mas aparato, que no la historia. Ephoro, prosigue, fué el primero á quien chocó esta proposicion; pero no pudiéndola rebatir sólidamente, procuró á lo ménos comparar y cotejar la historia con el género demostrativo.

CAPÍTULO VIII.
EXTRACTOS

DEL LIBRO DECIMOTERCIO

DE LA HISTORIA DE POLYBIO

MEGALOPOLITANO.

CAPÍTULO PRIMERO.

La avaricia es una enfermedad incurable. Las mas de las acciones de los politicos y hombres de estado van acompañadas de la malicia. Elogio de la nacion Achea, por haber detestado el dolo, tan frecuente en otros pueblos. Conducta semejante que hubo entre Acheos y Romanos sobre materia de guerra.

A la manera que el deseo de beber en los hidropicos jamas se mitiga ni sacia por mas agua, que se les aplique por defuera, si no se cura el afecto interior que le motiva ; igualmente

jamas se satisface la codicia de haber mas, si la razon no corrige el vicio interior del espíritu. Aunque el dolo es cosa tan impropia de los reyes, con todo no ha faltado quien se ha valido de él en el manejo de los negocios públicos; y aun ha habido algunos, que á fuerza de verle tan introducido en el día, han querido defender que era necesario. Los Acheos estuviéron muy distantes de este modo de pensar. Aborreciéron tanto el fraude con los amigos para aumentar su poder por semejante medio, que ni aun con los enemigos quisieron tuviese parte el engaño en la victoria. En su concepto, la victoria no tenia nada de glorioso, nada de sólido, si no se peleaba á cuerpo descubierto, y no se debía al valor el vencimiento. Por eso se observaba entre ellos, no traer armas ocultas, ni disparar desde lejos dardos unos contra otros; persuadidos á que el único modo legítimo de decidir sus contiendas, era peleando de cerca y á pie firme. Y así una vez resueltos á tomar las armas, no solo se avisaban mutuamente de la guerra y del combate, sino aun del sitio donde se habia de dar. Hoy dia se tiene por necio un general, que hace públicos sus designios. Aun duran entre los Romanos algunos ligeros vestigios de este antiguo proceder en la guerra. Porque la anuncian á sus enemigos, usan rara vez de emboscadas, y ba-

tallan de cerca y á pie firme. He dicho esto por lo familiarizada que hoy dia se vé entre los que gobiernan, la excesiva emulacion de engañarse unos á otros, tanto en materias civiles, como militares.

CAPÍTULO II.

Philipo no dexa piedra por mover para dañar á los Rodios. Perversidad de Heraclidas Tarentino, famoso capitan de Philipo.

Philipo, por dar motivo á Heraclidas de usar de su genio, le mandó que excogitase modo como infestar y dañar la esquadra de los Rodios; y al mismo tiempo envió á Creta embajadores, para provocar é irritar los Cretenses á la guerra contra este pueblo. Heraclidas, hombre naturalmente propenso al mal, reputó este orden por un gran hallazgo, y despues de haber estado algun tiempo maquinando trazas, se hizo á la vela, y llegó á Rodas. Este hombre era originario de Tarento, nacido de padres humildes, y que habia exercitado artes mecánicas, pero tenia las mejores disposiciones para qualquiera maldad y picardia. En su primera edad habia abusado de su cuerpo públicamente. Mucha astucia, gran memoria, terrible y osa-

An. R.
550.
Ant. J. C.
204.

do con los mas baxos, vil y baxo adulator con los mas altos. En sus principios habia salido desterrado de Tarento, por haberla querido entregar á los Romanos; no porque tuviese alguna autoridad en su patria, sino porque siendo arquitecto, con pretexto de hacer ciertos reparos en la muralla, se había apoderado de las llaves de la puerta que conducia tierra adentro. Refugiado á los Romanos, desde aquí mantenia inteligencia por cartas con los Tarentinos y con Annibal, pero descubierta la trama, y pronosticando el golpe, escapó á la corte de Philipo, con quien alcanzó tal confianza y poderío, que casi fué él la única causa de la ruina de tan poderoso reyno.

CAPÍTULO III.

*Fuerza de la verdad , é imperio que tiene siempre
sobre la mentira.*

En mi concepto , la verdad es la mayor Di-
sa que la naturaleza crió entre los mortales , y
á la que dió mas poder. Por mas que todos se
conjuren contra ella , por mas que tal vez to-
das las probabilidades favorezcan la mentira , al
cabo yo no sé como se insinúa por sí misma
en el corazon del hombre , y unas veces osten-
tando de repente su poder , otras permanecien-
do oculta por largo tiempo , al fin recobra sus
fuerzas , y triunfa de la mentira.

CAPÍTULO IV.

Crueldad horrenda de Nabís, Tirano de Lacedemonia. Máquina, llamada Apega, que inventó para atormentar los Spartanos.

Ya hacia tres años que Nabís tiranizaba á Sparta, y no había osado emprender acción alguna ruidosa, por estar aun muy reciente la derrota de Machanidas por los Acheos. Se ocupaba sí en sentar y echar los cimientos de una larga y dura tiranía. Para esto iba aboliendo las reliquias del nombre Spartano. Desterraba á los que mas sobresalian en riquezas ó en nacimiento, y distribuía sus bienes y mugeres entre aquellos otros principales de su bando que tenia á sueldo, todos homicidas, salteadores, rateros y foragidos. Sola esta especie de gentes, cuyas atrocidades y delitos tenia privadas de su patria, era la que cuidadosamente iba recogiendo de todo el mundo. Á estos amparaba y gobernaba, de estos echaba mano para satélites y guardas de su persona, y con estos pensaba hacer duradera la fama de su impiedad y poder. No contento con desterrar los ciudadanos, hacia por donde no hubiese para ellos lugar seguro, ni asilo resguardado. Á unos los mataban los emisarios que tenia en los caminos, á otros los traía de sus destierros

An. R.

550.

Ant. J. C.

204.

para quitarles la vida. Por último, en las ciudades donde habia algunos, hacia alquilar por gentes no sospechosas las casas contiguas á las que ellos habitaban, y enviaba allá Cretenses, que ó horadando las paredes, ó violentando las ventanas, mataban á flechazos á unos en pie y á otros echados: de suerte que no habia acogida ni tiempo seguro para los miserables Lacedemonios. De este modo acabó con la mayor parte.

Fuera de esto hizo una máquina, si merece tal nombre, que representaba una muger, adornada de ricos vestidos, y muy parecida en el rostro á su muger propia. Quando queria exigir dinero de algun ciudadano, le llamaba, le hacia un largo y benigno razonamiento, exponiéndole el peligro que amenazaba á Sparta y al país de parte de los Acheos, haciéndole ver el número de extrangeros que mantenía para seguridad del estado, y los gastos que tenia que hacer en el culto de los Dioses y en el bien público. Si se convenia por estas razones, esto le bastaba para su intento. Pero si rehusaba obedecer el mandato, le hablaba en estos términos: *Ya que yo no valgo á persuadiros, pienso que os persuadirá Apega* (así se llamaba su muger). Lo mismo era decir esto, que al instante aparecia la figura que hemos dicho. Nabis, cogiéndola de la mano por

obsequio, la levantaba del asiento, y hacia que tambien el infeliz la abrazase, y se fuese poco á poco arrimando al pecho del ídolo, cuyos brazos, manos y pechos estaban erizados de puntas de hierro cubiertas baxo el vestido. Quando el tal tenia echadas las manos por la espalda del simulacro; entónces el tirano tirando por ciertas máquinas, le iba arrimando y estrechando poco á poco contra los pechos de la muger, y así le forzaba á decir quanto quería. De este modo murieron muchos, que rehusaron condescender con lo que pedía.

EXTRACTOS

DEL LIBRO DECIMOQUARTO

DE LA HISTORIA DE POLYBIO

MEGALOPOLITANO.



CAPÍTULO PRIMERO.

Acciones de Scipion en Africa contra Asdrubal, y Syphax rey de los Numidas. Materia de que se componian las tiendas de los Cartagineses y Numidas. Motivo que de aqui toma Scipion para emprender una accion gloriosa y esforzada. Scipion finge desear la paz, con lo que hace incauto al enemigo. Incendio de los campamentos de Asdrubal y de Syphax. Espiritu invencible de los Cartagineses, y doblado ánimo que recobran en treinta dias. Victoria de Scipion sobre sus contrarios, y animosidad de estos aun despues de derrotados.

An. R. **M**ientras los cónsules se ocupaban en esto,
 550. Scipion en el Africa, informado durante los
 Ant. J.C. cuarteles de invierno, de que los Cartagineses
 204.

equipaban una esquadra, pensó él también hacer lo mismo, sin dexar por eso de la mano el sitio de Utica. No tenia perdidas del todo las esperanzas de reducir á Syphax, ántes bien con el motivo de la intermediacion de los dos campos, le enviaba continuos emisarios, persuadido á que le haria separar de la alianza de los Cartagineses. Porque segun la natural veleidad de los Numidas, y la facilidad con que faltan á la fe de los Dioses y de los hombres, se prometia que prontamente llegaria á fastidiarse este príncipe de la jóven doncella, que habia sido causa de que abrazase los intereses y amistad de Cartago. Estos pensamientos ocupaban su espíritu, y tan buenas esperanzas tenia para adelante, quando temeroso de venir á una batalla en campo raso por ser muchos mas los enemigos, se valió de este expediente. Algunos de los que habia diputado á Syphax, le habian traído la noticia, de que las tiendas que tenian los Cartagineses en sus cuarteles, estaban construidas sin lodo, solo con ramas y hojas de toda especie; que las de los Numidas que habian venido desde el principio, eran de juncos; y las de los que habian acudido nuevamente de las ciudades, solo se componian de fagina, unas situadas dentro del real, y las mas fuera del foso y de la trinchera. Scipion, creyendo que no podia intentar cosa mas inesperada para los enemi-

gos, ni mas ventajosa para él, que poner fuego á las tiendas, se entregó todo á este pensamiento. Todas las diputaciones de Syphax á Scipion habian rodado sobre un mismo punto, y era que los Cartagineses evacuasen la Italia, y los Romanos el Africa, reteniendo uno y otro pueblo lo que poseía entre los dos estados ántes de la guerra. Hasta aquí Scipion ni siquiera habia prestado oídos á estas condiciones; pero entonces dió á entender al Numida una cierta esperanza, de que no era imposible lo que proponia. De aquí provino, que Syphax partiendo de ligero, permitiese con mas confianza la comunicacion entre los dos campos; que fuesen mas y mas freqüentes los emisarios que iban y venian; y aun á veces que se quedasen los unos por algunos días en el campo de los otros sin precaucion ni reserva. Durante este tiempo Scipion enviaba siempre con sus diputados, algunas personas inteligentes, ú oficiales disfrazados con hábitos sucios y humildes á manera de siervos, para que se informasen y registrasen sin peligro las entradas y salidas de ambos campamentos. Porque habia dos, uno donde estaba Asdrubal con treinta mil infantes y tres mil caballos, y á diez estadios de distancia otro, donde estaban los Numidas con diez mil caballos y cinquenta mil hombres de infantería. El acceso á este era mas fácil, y sus tiendas mucho

mas propensas á la combustion, porque los Numidas, como hemos dicho ántes, únicamente las habian construido de cañas y juncos, sin tierra ni madera.

Al principio de la primavera Scipion, despues de averiguado todo lo que podia conducir á lo que maquinaba contra el enemigo, sacó sus navíos, y los armó de máquinas para sitiar por mar á Utica. Ocupó con dos mil hombres de infantería un ribazo que dominaba la ciudad, y lo fortificó con un foso hecho á toda costa. En esto daba á entender al enemigo, que pensaba en el asedio, pero su verdadero designio era poner á cubierto los suyos para el tiempo de la accion, no fuese que despues de separado él con sus legiones, la guarnicion de Utica osase hacer una salida, atacase el campo que estaba inmediato, y sitiase la gente que quedaba en su custodia. Miéntras hacia estos preparativos, despachó á Syphax legados para informarse, si accedria á sus propuestas, si entrarian en ellas los Cartagineses, ó si despues pedirian nuevas deliberaciones sobre el convenio; previniéndoles no volviesen sin traer la respuesta sobre estos artículos. Llegados y oidos los diputados, Syphax se persuadió á que Scipion deseaba ajustar la paz, ya por la prohibicion que traían los embajadores de no volver sin llevar la respuesta, ya por la inquietud en que estaba el Romano de si

accederian los Cartagineses. Por lo qual despachado prontamente un correo á Asdrubal, para informarle de lo que pasaba, y exhortarle á abrazar el con venio, él descuidó en un todo, y dexó alojar fuera del campo los Numidas que iban viniendo. Scipion en el exterior aparentaba el mismo abandono, pero interiormente no dexaba de la mano su proyecto. Ya que supo Syphax, que los Cartagineses dexaban á su arbitrio el ajuste de la paz, gozoso en extremo se lo participó á los diputados, quienes al instante marcháron á dar cuenta á Scipion de esta nueva. El general Romano, despues de haberlos oido, los volvió á enviar sin detencion á Syphax, para que le advirtiesen, que por su parte aprobaba y deseaba la paz, pero que el consejo era de contrario parecer, y queria persistir en lo comenzado. En efecto, los legados cumplieron con su comision. Este paso lo daba Scipion, por no parecer que faltaba á la buena fe, si miéntras se estaba negociando la paz, cometia alguna hostilidad; en vez de que con esta declaracion creía poder obrar libremente, sin ser reprehendido.

Esta noticia fué de tanto mas pesar á Syphax, quanto tenia mayores esperanzas de la conclusion de la guerra. No obstante se abocó con Asdrubal, y le contó lo que acababa de saber de los Romanos. Despues de muchas consultas,

deliberáron sobre lo que se habia de hacer en adelante , pero todos sus discursos é ideas estuviéron muy lejanas de lo que iba á suceder. Ni aun por la imaginacion siquiera se les pasó precaverse, ó persuadirse que pudiera haber algun peligro. Todas sus miras y conatos se limitáron ó ofender al enemigo , y ver cómo se le podria atraer á campo llano y descampado. Hasta aquí Scipion habia hecho creer á todos , segun las disposiciones que hacia y las órdenes que daba, que pensaba sorprender á Utica; pero ahora congregando á la mitad del dia los tribunos mas aptos y de mayor confianza , les descubrió su designio y les mandó , que despues de haber cenado á la hora regular sacasen las legiones fuera del campo , quando todas las trompetas hiciesen la señal segun costumbre. Se usa entre los Romanos , que todos los trompeteros y clarineros toquen á la hora de cenar delante de la tienda del general , porque este es el tiempo de apostar en sus puestos respectivos las centinelas de la noche. Despues llamó á los espías que habia enviado á reconocer los dos campos de los enemigos , cotejó y examinó lo que le decian de los caminos y entradas de los campamentos, consultando en todo el juicio y parecer de Masinisa , por la inteligencia que tenia de aquellos lugares.

Ya que todo estuvo pronto para la execu-

cion , dexó en el campamento un número suficiente de tropas escogidas , y con el resto del ejército echó á andar al fin de la primera vigilia hácia los enemigos , que estaban á sesenta estadios de distancia. Llegado que hubo al fin de la tercera vigilia , dió á Lelio y á Massinisa la mitad de las tropas y todos los Numidas , con órden de atacar el campo de Syphax ; exhortándoles á que se portasen como buenos , y no obrasen con imprudencia , pues sabian muy bien que en las empresas nocturnas era preciso supliese la cordura y el valor , los impedimentos y obstáculos que la obscuridad causaba á los ojos. Él con la otra mitad se encaminó hácia el campo de Asdrubal. Pero como tenia resuelto no atacar á este , hasta que Lelio primero no hubiese puesto fuego al de los Numidas , atento á este designio , caminaba á lento paso. Lelio dividió en dos trozos sus soldados , para invadir á un tiempo al enemigo. Así que los primeros aplicaron el fuego , y prendió este en las primeras tiendas , como parecian estar hechas de proposito para un incendio segun hemos dicho , al instante vino á ser el mal irremediable , ya porque estaban contiguas las unas á las otras , ya por la abundante materia que el fuego encontraba. Mientras que Lelio puesto de reserva observaba el lance , Massinisa , que sabia los caminos por donde habian de escapar los que

se libertasen, apostó en ellos sus soldados. Ninguno de los Numidas, ni aun el mismo Syphax sospechó de donde pudiera venir el fuego; solo se creyó, que algun hazar hubiese dado motivo. Y así sin recelarse otra cosa, unos medio dormidos saltaban de sus lechos, otros, que estaban aun bebiendo y emborrachándose, se echaban fuera de sus tiendas; muchos fueron atropellados á las salidas del campo; muchos consumió el fuego y devoraron las llamas, y los que escaparon del incendio, perdiéron la vida á manos del enemigo, ántes de saber lo que les pasaba ó lo que hacian.

Á este tiempo los Cartagineses, que advirtieron el gran fuego y la mucha elevacion de las llamas, presumiéndose que por alguna casualidad se hubiese incendiado el real de los Numidas, algunos acudieron prontamente al socorro; pero todos los demas, echándose fuera del campo sin armas, se pararon delante de sus trincheras, atónitos con el suceso. Entónces Scipion, viendo que todo le salia á medida del deseo, dá sobre los que habian salido, mata á unos, persigue á otros, y pone al mismo tiempo fuego á sus tiendas. Con esto vino á haber el mismo incendio y el mismo desastre en el campo de los Cartagineses, que hemos dicho habia en el de los Numidas. Asdrubal, conociendo por el efecto, que el daño en el campo

de los Numidas no provenia de la casualidad como se creía, sino de la astucia y ardor del enemigo, desistió al instante de acudir al fuego, y miró solo por su salud, bien que aun para esto era muy debil la esperanza que ya le quedaba. Porque el incendio habia preso y cundido por todas partes, los caminos estaban cubiertos de caballos, bestias de carga, y hombres, unos medio muertos y acabados por el fuego, otros atónitos y consternados; de suerte que aunque se hubiera tentado hacer algun esfuerzo contra estos obstáculos, el desorden y la confusion no dexaban arbitrio. Igual suerte pasaba por los otros xefes, bien que Syphax y Asdrubal se salváron con algunos de á caballo. Las restantes millaradas de hombres, caballos y bestias, fuéron infeliz y miserablemente reducidas á ceniza, y algunos que escapáron del furor de las llamas en hábitos ménos decentes y torpes, fuéron degollados por los enemigos, no solo sin armas pero aun sin vestidos. En una palabra, todo era queixidos, clamores descompasados, pavor, estrépito extraordinario, y á esto se añadía un fuego activo y una llama devoradora; accidentes, que qualquiera de ellos era capaz de consternar el corazon humano, quanto mas viniendo todos juntos, y quando ménos se pensaba. En efecto, ninguno se puede figurar aun por exâgeracion cosa que se le

parezca: tanto excedió en horror el presente catástrofe á los demas que hasta aquí se han contado. Y aunque la vida de Scipion esté llena de acciones gloriosas, esta en mi concepto se llevó el lauro en lo esclarecida y esforzada.

Luego que vino el dia, Scipion, aunque vió los enemigos unos muertos y otros puestos en huida, con todo alentó los tribunos para que siguiesen el alcance. Al principio Asdrubal, fiado en la fortaleza de la ciudad donde se habia retirado, esperó á pie firme, aunque supo que venian; pero despues viendo á los habitantes sublevados, temió el ímpetu del Romano, y huyó con los que se habian salvado del incendio, en número de quinientos caballos y dos mil infantes. Sosegado el alboroto, la ciudad se rindió á los Romanos. Scipion la perdonó, pero á otras dos que estaban inmediatas, las entregó al saqueo, despues de lo qual se volvió á su primer campo.

Los Cartagineses, viendo que todo habia salido al revés de lo que tenian proyectado, sintieron en el alma este desastre. En efecto, haberse prometido sitiarse á los Romanos, haber hecho todos los aprestos, para bloquearlos por mar y tierra en aquella colina inmediata á Utica donde estaban acampados, y verse ahora forzados por un lance imprevisto y desusado no solo á dexarles libre la campaña, sino á es perar

la ruina de sus personas y patria, era motivo para tener los ánimos llenos de consternacion y sobresalto. No obstante como los negocios exígian que se tomase providencia y remedio en lo por venir, el Senado se vió perplexo, y los pareceres fuéron varios y confusos. Unos eran de sentir, que se avisase á Annibal, y se le traxese de Italia, como que ya no quedaba otro recurso mas que en este capitán y en su ejército; otros que se pidiese á Scipion una tregua, y se tratase con él de paces y conciertos; y no faltaron quienes dixéron que se debía confiar, levantar nuevas tropas, y despachar legados á Syphax, que retirado á Abba, ciudad inmediata á Cartago, iba recogiendo las reliquias que habian escapado del incendio. Al cabo, este fué el parecer que prevaleció. Se despachó á Asdrubal para levantar tropas, y se envió diputados á Syphax para suplicarle, que les prestase su socorro, y persistiese en lo comenzado segun su primer proposito, pues dentro de poco iria á unirsele Asdrubal con nuevo ejército.

Scipion habia pensado siempre en el sitio de Utica, pero quando supo que Syphax subsistia en el partido de los Cartagineses, y que estos levantaban otro ejército, lo tomó con mas ahinco, sacó sus legiones, y fué á campar delante de esta ciudad. Al mismo tiempo repartido el botin entre las tropas, hizo venir al ejército

mercaderes que lo comprasen , providencia que le tuvo mucha cuenta. Porque el soldado , que con la precedente ventaja se prometia nada ménos que ser señor de todo , vendia sin reparo y á ménos precio á los mercaderes el despojo que acababa de ganar.

Syphax y sus amigos se propusieron al principio retirarse á sus casas sin detenerse ; pero habiendo encontrado al rededor de Abba un cuerpo de mas de quatro mil Celtiberos que los Cartagineses habian reclutado , este socorro les recobró algun tanto el valor , y les contuvo. Agregóse á esto la súplica de Sophonisba , hija de Asdrubal , y esposa de Syphax , que rogando con instancia á su marido , que se quedase , y no desamparase á los Cartagineses en tales circunstancias , al cabo consiguió y alcanzó lo que pedia. Los Cartagineses por otra parte concibiéron esperanzas no pequeñas con la venida de los Celtiberos. Se decia que en vez de quatro mil eran diez mil , todos de tal espíritu y con tales armas , que eran irresistibles en los combates. Con esta nueva y esta voz que se habia esparcido por todo el pueblo , alentados los Cartagineses cobraron doblado ánimo para volver á ponerse en campaña. Al cabo de treinta dias levantáron una trinchera en lo que llaman los *Grandes Campos* , y sentáron allí el real con los Numidas y Celtiberos , en nú-

mero todos poco ménos de treinta mil.

Luego que Scipion tuvo esta noticia, pensó en marchar contra el enemigo. Dadas las órdenes de lo que se habia de hacer, á los que sitiaban á Utica por mar y tierra, echó á andar con todo el ejército á la ligera. Al cabo de cinco marchas llegó á los *Grandes Campos*, de donde no distaba mucho el enemigo. El primer día campó sobre una colina, distante treinta estadios de los Cartagineses; en el segundo baxó al llano, se formó en batalla, y puso por delante la caballería á siete estadios; en los dos siguientes permaneció en el puesto, y se ensayáron unos y otros en leves escaramuzas; al quarto ambos generales sacáron sus tropas, y formáron sus hazes. Scipion formó sencillamente, como tenian de costumbre los Romanos. En la primera línea los Hastatos, en la segunda los Príncipes, y en la última los Triarios; en el ala derecha la caballería Italiana, y en la izquierda Massinisa con la Numida. Asdrubal y Syphax ordenáron los Celtiberos en el centro opuestos á las cohortes Romanas, los Numidas á la mano izquierda, y los Cartagineses á la derecha. Al primer choque la caballería Italiana arrolló á los Numidas, y Massinisa á los Cartagineses, como á tropas desalentadas ya con tantas derrotas. Los Celtiberos, venidos á las manos con las legiones Romanas, peleáron con valor; co-

mo que ni la ignorancia del terreno les dexaba recurso á la huida, ni la perfidia que habian cometido en tomar las armas por los Cartagineses en contra de los Romanos, de quienes no habian recibido ofensa alguna durante la guerra de Scipion en España, les dexaba esperanza de perdón, si eran hechos prisioneros. Pero al fin así que cediéron los de las alas, fuéron ellos cercados por los Príncipes y Triarios, y pasados todos á cuchillo á excepcion de muy pocos. Así pereciéron los Celtiberos, despues de haber hecho un gran servicio á los Cartagineses, no solo porque peleáron con valor, sino porque favoreciéron su retiro. Pues á no haber hallado este obstáculo los Romanos, y á haber seguido prontamente el alcance, sin duda hubieran quedado muy pocos vivos. Pero el haberse detenido con estos, hizo que Syphax se retirase sin riesgo á su casa con la caballería, y Asdrubal á Cartago con los que se habian salvado.

El general Romano, despues de haber dado órden sobre los despojos y los prisioneros, llamó á junta, y deliberó sobre lo que se habia de hacer en la conseqüencia. Se resolvió, que Scipion con una parte del ejército sometiese las ciudades del contorno, Lelio y Massinisa con los Numidas y la otra parte de las legiones persiguiesen á Syphax, para no darle lugar á volver en sí ni repararse. Tomada esta determina-

cion , se separáron unos contra Syphax con las tropas dichas , y el general contra las ciudades. De estas , unas por temor se le rindiéron voluntariamente , otras esperáron al asedio , y fuéron tomadas por asalto. Todo el pais estaba dispuesto á mudar de dominio , como que se hallaba agoviado de continuos trabajos , y sobrecargado de impuestos , por haber mantenido una guerra tan larga en España. En Cartago , aunque ya era grande la inquietud que ántes habia , ahora vino á ser mayor el alboroto , como que ya era este un golpe repetido que abatia del todo sus esperanzas. No obstante aquellos Senadores mas esforzados fuéron de parecer , que se marchase con una esquadra contra los que sitiaban á Utica , que se tentase libertarla del asedio , y dar un combate naval al enemigo , que se hallaba desprevenido en esta parte. Determináron tambien , que se enviase por Annibal , y sin dilacion alguna se probase este recurso , pues probablemente uno y otro pensamiento ofrecerian grandes proporciones de obrar con ventaja. Otros sostenian , que ni uno ni otro medio eran practicables en tan urgentes circunstancias , que mas valia fortalecer la ciudad y disponerla para un asedio ; pues la fortuna les presentaria mil ocasiones de salir del apuro , si obraban de acuerdo. Al mismo tiempo aconsejaban , que se tratase de paces y conciertos , y se viesse con qué

condiciones, y de qué modo se podrian evitar los males de que estaban amenazados. Despues de una larga discusion, ambos pareceres fuéron aprobados.

Tomada esta resolucion, los que habian de partir para Italia, echáron á andar desde el mismo Senado á la playa, el xefe de la esquadra á sus navíos, los demas tomáron providencia sobre el resguardo de la ciudad, y cada uno cuidó de atender sin intermision á su ministerio. Ya que la armada Romana se vió embarazada con tanto botin, por no haber hallado resistencia, y haber cedido todo á su poder; Scipion determinó remitir la mejor parte del despojo á su primer campamento, marchar con el ejército desembarazado á ocupar una fortaleza que estaba sobre Tunez, y acamparse á vista de los Cartagineses; bien seguro, que de este modo arrojaría entre ellos el espanto y la confusion. Ya los Cartagineses, equipados en pocos dias sus navíos de víveres y marinería, se iban á hacer á la vela para sus destinos, quando Scipion llegó á Tunez, y se apoderó del puerto, que la guarnicion por temor á su esfuerzo habia desamparado. Dista Tunez de Cartago como ciento y veinte estadios, está á la vista casi de toda esta ciudad, y muy bien defendida por el arte y la naturaleza, como ántes hemos dicho. Apénas habian sentado sus rea-

les los Romanos , quando levaron anclas los Cartagineses , encaminándose hácia Utica. Scipion , quando vió esta partida , se sobresaltó , y temió no sobreviniese algun descalabro á su armada , que se hallaba del todo desprevenida , y sin el menor recelo de lo que la iba á suceder. Y así volvió á levantar el campo , y acudió en diligencia al socorro de sus intereses. Halló varios navios con puente , convenientes sí para desviar ó aproximar las máquinas , y en una palabra muy bien acondicionados para un asedio , pero de ningun modo proporcionados para una batalla naval , en vez de que los enemigos habian estado todo el invierno equipando una esquadra con este objeto. Por lo qual renunciando el pensamiento de salir á alta mar y batirse con el enemigo , tomó el partido de atracar sobre la costa sus navios con puente , y ponerles al rededor tres ó quatro órdenes de embarcaciones de carga.

Despues::::::

EXTRACTOS

DEL LIBRO DECIMOQUINTO

DE LA HISTORIA DE POLYBIO

MEGALOPOLITANO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Perfidia de los Cartagineses. Embaxadores que Scipion les envia con este motivo. Libertad con que estos acriminan delante del Senado su infidelidad. Leve esperanza que los Cartagineses fundan en Annibal , para intentar matar á los Embaxadores Romanos , y volver á encender la guerra. Nueva guerra mas cruel y obstinada. Preparativos de Scipion y Annibal para la batalla. Estratagema que usó Scipion con unos espías cogidos en su campo. Deseo de Annibal de abocarse con Scipion. Conferencia de estos dos famosos generales. Observacion de Polybio sobre

*la batalla que se vá á dar. Formacion de batalla
por ambos generales. Arengas á sus tropas.
Obstinacion de unos y otros en el combate,
y victoria por los Romanos.*

An. R.
557.
Ant. J.C.
203.

Aunque Scipion sufría con impaciencia que los Cartagineses le hubiesen quitado el *comboy*, y que ya estuviesen abundantemente provistos de todo lo necesario; con todo le llegaba mas al alma que contra la religion de los juramentos y tratados volviesen á encender de nuevo la guerra. Con este motivo nombró á L. Servilio, L. Bebio y L. Fabio, y los diputó á Cartago, para que hiciesen presente su queja, y manifestasen que acababa de saber de Roma, como el Pueblo habia ratificado el tratado. Así que llegaron estos á Cartago, fueron llevados primero al Senado y despues á la asamblea del Pueblo, donde hablaron con libertad sobre el estado presente. Ante todas cosas les traxéron á la memoria, lo que habian hecho sus embaxadores quando fueron á Tunez; que admitidos al consejo de los Romanos, no solo habian hecho libaciones á los Dioses, y adorado la tierra, como acostumbra otras naciones, sino que se habian prosternado vilmente contra el suelo, y habian besado los pies á toda la asamblea; que incorporados despues, se habian echado á sí mismos

la culpa de haber violado los pactos ajustados anteriormente entre Romanos y Cartagineses; que no negaban que merecian con razon qualquier castigo que les quisiesen imponer ; pero que por la comun fortuna de los hombres les suplicaban no se encrudeciesen con ellos , pues así su imprudencia vendria á sér un blason de la clemencia Romana. „Atento á esto , prosiguieron los embaxadores , no acaba de extrañar nuestro general y demas que se hallaron entónces en el consejo , que fundamentalmente tengais para olvidaros de lo que entónces ofrecisteis , y atreveros á violar la fé del juramento y de las treguas. Casi se puede asegurar , que la vuelta de Annibal y de sus tropas os ha inspirado este ardimiento , pero lo errais de medio á medio. Á todos os consta , que desalojado de toda Italia , hace ya mas de un año se halla encerrado y poco ménos que sitiado en las cercanias de Lacinio , de suerte que con dificultad podrá escapar para volver al Africa. Pero demos que vuelve victorioso , y que tiene despues que pelear con nosotros ; aun así á vista de las dos batallas consecutivas que habeis perdido , debierais poner duda en el éxito , y no aseguraros tanto de la victoria , que acaso no podais volver á ser vencidos. Y en este caso , ¿ qué Dioses invocareis ? ¿ De qué palabras os valdreis pa-

„ra interesar la clemencia del vencedor en
„vuestro infortunio? Seguramente segun vues-
„tra inconstancia é imprudencia, ya no ten-
„dreis mas que esperar, ni de los Dioses ni de
„los hombres.“ Dicho esto, se retiráron los
embaxadores.

Pocos Cartagineses fuéron de parecer que se estuviese al tenor del tratado. Los mas, tanto de los que tenian en sus manos el gobierno, como de los que componian el consejo, ofendidos de las condiciones impuestas en el convenio, sufriéron con impaciencia la libertad de los embaxadores. Agregabase á esto la imposibilidad que habia de restituir las embarcaciones que se habian apresado, y las municiones de que estaban cargadas. Pero la principal razon era, lo mucho que confiaban en la victoria con la presencia de Annibal. El pueblo quiso que se despachase á los embaxadores sin respuesta; pero los gobernadores de la ciudad, cuyo ánimo era renovar la guerra de qualquier modo, formáron consejo, y maquináron esta perfidia. Dixéron que se debia tomar providencia, á fin de que los embaxadores tornasen con seguridad á su campo. Para lo qual equipáron dos tirremes que los comboyasen; pero al mismo tiempo avisáron á Asdrubal, xefe de la escuadra Cartaginesa, que á la sazón se hallaba á la ancla en las inmediaciones de Utica, para que

tuviere prevenidos navios no lejos del campo Romano: y así que las trirremes que iban de escolta, dexasen á los embaxadores, atacasen la embarcación que los conducia, y la echasen á pique. Comunicado este órden á Asdrubal, los enviáron, mandando á las trirremes, que así que hubiesen pasado la embocadura del Marcra, desde donde ya se podía ver el campamento enemigo, los dexasen y se volviessen á Cartago. Los que iban de escolta, luego que estuviéron del otro lado del rio segun el órden, los felicitáron un buen viage, y se tornáron. Los embaxadores se ofendiéron algun tanto de esta despedida, no tanto porque se sospechasen algun otro mal, quanto porque creyéron que el dexarlos tan pronto provenia de desprecio. Lo mismo fué comenzar á navegar solos, quando he aquí salen de la emboscada tres trirremes contra ellos, para atacar la quinquerreme Romana. Y aunque no la pudiéron batir con el espolon porque escapaba ella por baxo, ni venir al abordage por la vigorosa defensa que hacia; con todo dando vueltas al redor de los costados, hiriéron á los que la montaban, y matáron muchos de ellos; hasta que advirtiéndolos Romanos, que un cuerpo de los suyos que habia salido del campo á forragear hácia la costa, acudia á la orilla á su socorro, arrojáron la embarcación contra tier-

ra. La mayor parte de la tripulacion perdió la vida , pero los embaxadores se salváron como por milagro.

Con esto se volvió á renovar la guerra con mas calor y odio que ántes. Los Romanos por su parte , creyendo se les habia faltado á la fé, hacian todos los esfuerzos por vencer á los Cartagineses ; y estos por la suya , conociendo la perfidia que habian cometido , se disponian á sufrirlo todo por no caer en manos del enemigo. Con tales disposiciones de una y otra parte , bien se dexaba conocer , que solo una batalla habria de decidir la disputa. De aquí provenia , que no solo la Italia y el Africa , sino aun la España , la Sicilia y la Cerdeña estaban en suspension y expectativa pendientes de las resultas. Durante este tiempo Annibal , por estar escaso de caballería , despachó legados á Tycheo , Numida , amigo que era de Syphax y á la sazón con la mejor caballería de toda el Africa , para empeñarle á venir en su socorro y aprovecharse de la ocasion ; seguro , de que si los Cartagineses salian victoriosos , podria conservar sus estados ; y si al contrario , aventuraria su vida segun la ambicion de Massinisa. En efecto Tycheo asintió á la propuesta , y traxo á Annibal dos mil caballos.

Scipion , habiendo provisto á la seguridad de su esquadra , y dexado á Bebio por su lu-

gar-teniente, corrió las ciudades, recibiendo no ya como ántes á su amistad las que voluntariamente se le entregaban, sino reduciéndolas por fuerza, y haciendo público el resentimiento de que estaba animado contra la perfidia de los Cartagineses. Despachó sin dilacion un correo á Massinisa, para manifestarle de que modo habian roto las treguas los Cartagineses, y animarle, á que levantando las mayores fuerzas que pudiese, viniese á unirle en diligencia. Porque este príncipe, como hemos dicho ántes, lo mismo habia sido ajustarse la tregua, habia partido con sus propias tropas, diez compañías de infantería y caballería Romana que se le habian agregado, y los embaxadores que le dió Scipion, para recobrar no solo el reyno de sus mayores, sino para añadir tambien al suyo el de Syphax con el auxilio de los Romanos, como sucedió en efecto.

Á esta misma sazón llegaron al campo de la armada los embaxadores que venian de Roma. Bebio despachó al momento los de Roma á Scipion, y retuvo consigo los de Cartago, que afligidos ya con otros motivos, se creyeron ahora en el último apuro; como que informados del insulto hecho á los embaxadores Romanos, no dudaban recayese sobre ellos la venganza. Scipion, luego que supo por sus embaxadores, que el Senado y Pueblo Romano

aprobaba con gusto el tratado ajustado por él con los Cartagineses, y que estaba pronto á executar quanto habia pedido, alegre sobremanera mandó á Bebio, que con toda humanidad y agasajo despachase los embaxadores Cartagineses á Cartago. Esta en mi concepto fué una sabia y prudente conducta; porque conociendo el alto aprecio que hacia su patria de la fé prestada á los embaxadores, atendió despues de haberlo bien reflexionado, no tanto á lo que merecian los Cartagineses, como á lo que debian hacer los Romanos. Por lo qual reprimiendo su cólera, y el negro deseo que tenia de vengar el insulto, procuró seguir segun el proverbio *los bellos exemplos de sus mayores*. En efecto, quedáron confundidos los Cartagineses, y aun el mismo Annibal, al ver que la providad de Scipion habia vencido su locura.

Los Cartagineses, viendo saqueadas sus ciudades, avisáron á Annibal, y le suplicáron que sin detencion se acercase al enemigo, y decidiese el asunto por una batalla. Este general, despues de haber escuchado á los diputados, les respondió que atendiese Cartago á otras cosas, que quanto á esta él cuidaria de obrar ó estarse quieto segun la ocasion lo exigiése. Pocos dias despues levantó el campo de las cercanias de Adrumetes, y fué á campar al rededor de Zama, ciudad distante cinco dias de cami-

no de Cartago hácia el occidente. Desde aquí despachó tres espías , con el fin de saber donde campaba el enemigo , y de que manera tenia situado el campamento. Estos espías fueron cogidos y llevados á presencia de Scipion , quien distó tanto de castigarlos como se acostumbra en otras naciones , que al contrario , les dió un tribuno , con órden de enseñarles sin rebozo todo el campo. Hecho lo qual , les preguntó , si el Tribuno les habia mostrado todo con individualidad ; y respondiendo que sí , les dió provision y escolta para el camino , previniéndoles diesen á Annibal una exácta noticia de quanto les habia pasado. Á la llegada de estos Annibal admiró la magnanimidad y confianza de Scipion , y le entró sin saber como el deseo de venir con él á una conferencia. Tomada esta resolucion , le envió un rey de armas para que le dixese , que gustaria conferenciar con él sobre el estado presente. Á esta embaxada respondió Scipion que venia en ello , pero que ya le enviaria á decir el tiempo y lugar donde se habian de juntar , con cuya respuesta se volvió el rey de armas á su campo. Al día siguiente llegó Massinisa con seis mil hombres de infantería y casi otros tantos de caballería. Scipion le recibió amigablemente , y se alegró de que hubiese sometido todos los pueblos que ántes obedecian á Syphax ; despues

de lo qual echó á andar , y habiendo llegado á la ciudad de Margaro , sentó su campo en un puesto , que entre otras ventajas tenia la de estar el agua á tiro de dardo.

Desde aquí envió á decir al general Cartagines , que estaba pronto á venir al habla. Con esta noticia Annibal levantó el campo , y quando ya estuvo á treinta estadios del enemigo, sentó el real sobre una colina que le pareció muy ventajosa para el objeto presente , pero que por lo demas tenia muy lejos el agua , de que se seguia grande incomodidad á los soldados. Al día siguiente salieron de sus respectivos campamentos uno y otro general acompañados de unos quantos caballeros , y retirados despues estos , quedáron solos en medio , cada uno con su interprete. Annibal saludó primero, y comenzó á hablar de esta manera: „Quan de „descar sería , que ni los Romanos hubiesen „ambicionado conquistas fuera de Italia , ni los „Cartagineses fuera del Africa ; puesto que uno „y otro pueblo tenia estos dos bellos imperios, „á quienes la naturaleza parece haber puesto „sus límites. Pero pues que hemos tomado las „armas para disputarnos primero la Sicilia , des- „pues la España , y al fin alucinados por la „fortuna hemos llegado á términos de poner á „riesgo ántes vuestro patrio suelo , y ahora el „nuestro ; no nos queda otro arbitrio , sino

„ver como se pudiera aplacar la cólera de los
„Dioses, y poner fin á esta contienda. Quanto
„á mi toca, instruido por la experiencia, de
„quan voltaria es la fortuna, de quan poco es
„menester para merecer ó desmerecer sus favores
„y como juega con los hombres como si fue-
„ran niños, estoy pronto á un convenio. Pero
„temo mucho que tú, Scipion, ó porque te
„ves en la flor de la edad, ó porque todo te
„ha salido en España y Africa á medida del de-
„seo, y no has hallado hasta ahora obstáculo
„en el curso de tus victorias, no quieras asen-
„tir á mis razones, aunque en sí poderosas. No
„obstante considera por esto solo la condicion
„de las cosas humanas. No echaré mano de
„exemplos antiguos, mira únicamente á lo que
„por mí mismo ha pasado. Yo soy aquel An-
„nibal, que despues de la batalla de Cannas
„dueño de casi toda Italia, me presenté á po-
„co tiempo delante de la misma Roma, y acam-
„pado á quarenta estadios de distancia, deli-
„beraba ya lo que habia de hacer de vosotros
„y de vuestra patria; y vesme aquí ahora en
„el Africa delante de un Romano, tratando de
„mi salud y de la de los Cartagineses. Este
„exemplo te puede servir para no llenarte de
„orgullo, y deliberar sobre el estado presente.
„sin olvidarte de que eres hombre; esto es,
„eligiendo siempre el mayor de los bienes, y

„el menor de los males. ¿Qué hombre sensato
„querrá exponerse á un peligro , tal como el
„que ahora te está amenazando? Si sales victo-
„rioso , no añades lustre alguno considerable á
„tu fama ni á la de tu patria; y si eres venci-
„do , toda la gloria y honor hasta aquí adqui-
„rido , queda del todo sepultado. Pero ¿qué
„es lo que me he propuesto por objeto en este
„discurso? Que todo lo que hasta aquí ha ser-
„vido de teatro á nuestras contiendas , como la
„Sicilia , la Cerdeña y la España quede por los
„Romanos; que en ningun tiempo los Carta-
„gineses les muevan guerra por estos reynos;
„y que todas las demas islas que hay entre Ita-
„lia y Africa , pertenezcan también á los Ro-
„manos. Creo que estas condiciones ponen en
„seguridad á los Cartagineses para adelante , y
„son las mas gloriosas para tí y para todos los
„Romanos.“ Así habló Annibal.

Scipion tomó la palabra , y dixo : „Es cons-
„tante que los Romanos no han sido causa ni
„de la guerra de Sicilia , ni de la de España , si-
„no los Cartagineses. Esto tú mismo lo sabes muy
„bien , Annibal; y los Dioses han sido testi-
„gos de ello , puesto que han concedido la vic-
„toria , no á los que primero han movido una
„guerra tan injusta , sino á los que no han
„hecho mas que defenderse. Conozco tan bien
„como otro la inestabilidad de la fortuna , y en

„quanto puedo , cuento siempre con la incerti-
„dumbre de las cosas humanas. Mas si ántes de
„pasar los Romanos al Africa , hubieras tú sa-
„lido de Italia , y hubieras propuesto estas con-
„diciones , bien creo no te hubiera desmentido
„la idea ; pero ahora que á tu pesar has salido
„de Italia , y que yo me veo en Africa dueño
„de la campaña , bien conoces que están en
„muy diverso estado las cosas. Fuera de esto
„vencidos tus ciudadanos me suplicaron la
„paz , y ya en cierto modo estabamos conve-
„nidos. Pusimos el tratado por escrito , en el
„qual , á mas de lo que tú ahora propones , se
„contenia : que los Cartagineses restituirian los
„prisioneros sin rescate , que entregarian los na-
„vios con puente , que pagarian cinco mil ta-
„lentos , y que para firmeza de todo esto da-
„rian rehenes. Estas eran las condiciones en
„que nos habiamos ajustado. Sobre ellas habia-
„mos enviado unos y otros legados al Senado
„y Pueblo Romano ; yo pidiendo que las apro-
„base , y ellos suplicando se les concediese es-
„ta gracia. Y despues que el Senado habia pres-
„tado su consentimiento , y el Pueblo su apro-
„bacion ; tus ciudadanos , conseguida su de-
„manda , no quieren pasar por ello , y nos fal-
„tan á lo prometido. ¿ Qué queda que hacer
„despues de esto ? Ponte tú en mi lugar , y
„dime. ¿ Será bueno exónerarles de lo mas du-

„ro que contiene el tratado? En efecto , esto
 „sería premiar su delito , y enseñarles á ser in-
 „fieles con sus bienhechores para adelante. Di-
 „rarme acaso que , conseguida esta gracia , pro-
 „cederán reconocidos. Pero todo lo contrario;
 „ahora mismo acaban de obtener con humilla-
 „ciones lo que pretendian , y lo mismo ha sido
 „tener la debil esperanza de que tú volvias,
 „que tratarnos al instante como á enemigos.
 „En este supuesto , si á las condiciones ya im-
 „puestas se añade alguna otra mas dura , en
 „tal caso se podrá llevar otra vez el tratado al
 „Pueblo Romano ; pero si se ha de quitar algo
 „de lo convenido , es excusado gastar el tiem-
 „po. ¿ Pero á qué fin este mi discurso ? Á que
 „ó vuestra patria y personas se rindan á discre-
 „cion , ó veais como habeis de vencer por las
 „armas.“

Acabados estos discursos , se retiráron am-
 bos generales , sin haber concluido nada en la
 conferencia. Al dia siguiente al amanecer uno y
 otro sacáron sus huestes , y las dispusieron pa-
 ra la batalla , los Cartagineses por su propia sa-
 lud y la de toda el Africa , y los Romanos por
 el imperio y mando del universo. Al considerar
 este paso , no se podrá ménos de tomar parte
 en la narracion. Jamas exércitos mas aguerrir-
 dos , jamas generales mas venturosos ni mas
 exercitados en el arte de la guerra , ni jamas la

fortuna habia propuesto mayor premio á los combatientes. No se trataba aquí solo del Africa ó de la Europa, iba á decir al victorioso el imperio de todas las demas partes del mundo que ahora componen las historias, como en efecto sucedió poco despues. Ve aquí como ordenó Scipion sus tropas en batalla. En la primera línea puso los Hastatos con intervalos de cohorte á cohorte; en la segunda los Príncipes, situando las cohortes de estos, no de frente á los intervalos de la primera línea, como acostumbran los Romanos, sino paralelas unas tras de otras con algun espacio de por medio, á causa del gran número de elefantes que tenia el enemigo; y en la última estaban los Triarios. Sobre el ala izquierda formaba C. Lelio con la caballería Italiana, y sobre la derecha Massinisa con toda la Numida. Los espacios de las primeras cohortes los rellenó con otras de Velites, con orden de comenzar los primeros el combate; y en no pudiendo resistir el ímpetu de las fieras, retirarse, los mas ligeros por los intervalos directos hasta lo último de toda la formacion, y los que se viesen mas ostigados, por los trasversales que á derecha é izquierda habia entre las cohortes.

Esto así dispuesto, recorrió las líneas, exhortándolas con pocas palabras, pero convenientes á la ocasion presente. „Las dixo, que

„se acordasen de sus pasadas expediciones , y
„que mantuviesen como buenos la propia repu-
„tacion y la de la patria ; que tuviesen presen-
„te , que si salian con la victoria , no solo se-
„rían dueños absolutos del Africa , sino que ase-
„gurarian para sí y para la patria un imperio y
„dominio incontestable sobre el resto del uni-
„verso ; y que si eran vencidos , los que que-
„dasen generosamente sobre el campo de bata-
„lla , tendrian la mas honrosa sepultura por ha-
„ber muerto por la patria , y los que volvie-
„sen la espalda , la mayor ignominia y miseria
„para el resto de sus dias . Para el que huya ,
„no se dá retiro seguro en el Africa ; para el que
„caiga en manos del enemigo , bien se dexa co-
„nocer , si se reflexiona , la suerte que le espe-
„ra . Los Dioses no permitan que tal suceda .
„Pór una y otra parte nos presenta la fortuna
„los mayores premios ; ¿pues no seriamos los
„mas cobardes y necios del mundo , si por amor
„á la vida dexásemos los mayores bienes , y to-
„másemos los mayores males ? Estas dos cosas
„os debeis proponer para marchar contra el ene-
„migo , ó vencer ó morir . Si con tales disposi-
„ciones entráis en la accion , depuesta la espe-
„ranza de vivir , la victoria será vuestra sin
„remedio .“ Así exhortó Scipion á sus sol-
dados .

Annibal situó delante de todo el ejército los

elefantes que eran mas de ochenta, y despues los extrangeros en número de doce mil, Ligures, Celtas, Baleares y Mauritanos; á espaldas de estos los naturales del pais Africanos y Cartagineses, y detras de todos á mas de un estadio de distancia, los que habian venido con él de Italia. Guarneció sus alas con la caballería, la izquierda con la Numida aliada, y la derecha con la Cartaginesa. Mandó á los oficiales que cada uno exhortase á sus soldados, á que fiasen en la victoria, pues tenian presente á Annibal y las tropas que con él habian venido; y previno á los xefes de los Cartagineses, que les contasen y pusiesen á la vista, las calamidades que esperaban á sus hijos y mugeres, si perdian la batalla. Miéntras los oficiales executaban este órden, Annibal, recorriendo las tropas que habian venido con él de Italia, las animaba y alentaba con muchas razones. „Acordaos camaradas, „les decia, de diez y siete años que ha que vivimos juntos, acordaos del gran número de „batallas que habeis dado á los Romanos; en las „quales siempre invencibles, ni aun la mas leve „esperanza les habeis dexado de venceros. Pero „sobre todo, ponez delante de la vista la batalla del Trebia contra el padre del que ahora „manda el ejército Romano, la de la Etruria „contra Flaminio, y la de Cannas contra Paulo Emilio, sin contar las refriegas particulares

„y ventajas innumerables que habeis ganado. La
„batalla presente no merece entrar en compara-
„cion con estas, bien se mire al número, bien
„al valor de las tropas. Y sinó, volvez los ojos,
„y reparaz en el ejército enemigo. Que digo
„menor, ni aun una pequeña parte compone,
„del que entónces tuvisteis por contrario. Pues
„el valor, no merece cotejo. Aquellos, como
„nunca vencidos hasta entónces, peleáron con-
„tra vosotros con todas sus fuerzas; pero estos,
„ó son una raza de aquellos, ó unas reliquias
„de los que vencisteis en Italia, é hicisteis vol-
„ver la espalda tantas veces. Ea pues, cuidado
„con perder la gloria y reputacion que vos y
„yo hemos adquirido, pelead con esfuerzo para
„asegurar la fama que ya teneis de hombres in-
„vencibles.“ Tales poco mas ó ménos fuéron
las arengas de los dos generales.

Ya que todo estuvo prevenido para el com-
bate de una y otra parte, y que la caballería
Numida hubo escaramuzeado entre sí por lar-
go tiempo; Annibal mandó á los conductores
de los elefantes que arremetiesen contra el ene-
migo. Lo mismo fué resonar por todas partes
las trompetas y bocinas, que al instante alboro-
tada una parte de estos animales volver hácia
atras, y pegar contra los Numidas que auxiliá-
ban á los Cartagineses; desorden de que se apro-
vechó Massinisa, para arrollar la caballería del

ala izquierda. El resto de elefantes arremetió contra los Velites Romanos, en aquel espacio que mediaba entre los dos ejércitos. Sufrieron mucho é hicieron sufrir igualmente á los contrarios, hasta que al fin espantados, unos se metieron sin hacer daño por los intervalos que Scipion con toda prudencia tenia prevenidos, otros huyendo hácia el ala derecha, acosados á tiros por la caballería, se echaron totalmente fuera del campo de batalla. Durante esta confusion Lelio ataca la caballería Cartaginesa, y la obliga á volver la espalda á rienda suelta. Mientras este seguia con calor el alcance de los que huían, Massinisa hacia lo mismo por su parte. Á este tiempo las dos falanges se iban acercando una á otra á paso lento y con arrogancia, ménos la tropa que habia venido de Italia con Annibal, que esta se quedó separada en el puesto que habia ocupado al principio. Quando ya estuviéron cerca, los Romanos, segun costumbre dando grandes voces, y haciendo ruido en los escudos con las espadas, acometieron al enemigo. Los que estaban á sueldo de los Cartagineses, como no eran de una misma lengua ni de una misma voz, sino segun el poeta,

De habla diversa y tierras diferentes,

hacian un ruido confuso y desentonado.

Al principio, como el combate era de cerca

y de hombre á hombre, no se pudo hacer uso de las lanzas y espadas; de que provino que los mercenarios Cartagineses que excedian en agilidad y ardimiento, maltratáron infinito á los Romanos; bien que estos fiados en la justa formacion de batalla y naturaleza de sus armas, iban siempre ganando terreno. Por otra parte al paso que los Romanos eran seguidos y alentados por su segunda línea, los mercenarios, á quienes nadie se agregaba ni socorria, iban perdiendo el ánimo. Al fin cediéron los bárbaros, y creyéndose abandonados á las claras por los suyos, caen al retirarse sobre los que tenian á la espalda, y matan muchos. Este accidente hizo perder la vida á un buen número de Cartagineses con valor; porque atacados por los mercenarios, tuviéron á un tiempo que defenderse sin querer contra los suyos y contra los Romanos; y como peleaban atónitos y fuera de sí, mataban á muchos de los suyos y de los contrarios; desorden que introduxéron tambien en las cohortes de los Hastatos. Pero los centuriones de los Príncipes que advirtiéron lo que pasaba, les opusieron sus manípulos, con cuyo refuerzo pereció la mayor parte de los mercenarios y de los Cartagineses, unos á manos de los suyos mismos, otros á manos de los Hastatos. Á los que se salvaron y escapáron del peligro, léjos de permitirles Annibal que se incor-

porasen con sus tropas, mandó á la primera fila presentarles las picas para no dexarlos arrimar; de que provino verse obligados á retirarse por los costados á campo raso.

El espacio que mediaba entre los ejércitos, quedó cubierto de sangre, muertos y heridos, de que resultó á Scipion un grande embarazo; porque el cúmulo de los muertos, el monton de los que caidos estaban revolcándose en su misma sangre, y la confusa mezcla de armas y cadáveres esparcidos por todas partes, venian á hacer intransitable el paso á los que estaban formados. Á pesar de estos inconvenientes, hace conducir los heridos detras de la formacion, dá la señal á los Hastatos que seguian el alcance para que se retiren, los aposta de parte allá del campo de batalla al frente del centro enemigo, y bien condensados los Príncipes y Triarios sobre una y otra ala, los manda avanzar por cima de los muertos. Ya que estuviéron estos del otro lado formados al igual con los Hastatos, vienen á la carga las dos falanges con el mayor ardor y valantía. Como de una y otra parte el número, la arrogancia, el valor y las armas eran iguales, la accion estuvo indecisa por largo tiempo, obligando á cada uno la obstinacion á morir sobre su puesto; hasta que al fin volviendo del alcance Massinisa y Lelio con su caballería, llegan oportunamente al tiempo

preciso, atacan por la espalda á Annibal, y pasan á cuchillo la mayor parte de los suyos en sus mismas filas. De los que tentáron salvarse por los pies, lo consiguieron muy pocos; como que tenían sobre sí la caballería, y el terreno era llano y descampado. Los Romanos perdieron mas de mil y quinientos hombres, los Cartagineses mas de veinte mil, y poco ménos de otros tantos que se hicieron prisioneros. Tal fué el éxito de aquella batalla que se dió entre estos dos generales, y que adjudicó á los Romanos el imperio del universo.

Despues de la accion, Scipion siguió el alcance, saqueó el real enemigo, y se volvió á su campamento. Annibal se retiró á toda prisa con algunos caballeros, y se salvó en Adrumetes, despues de haber hecho en el combate quanto pudo, y quanto se podia esperar de un habil y experimentado capitan. Porque ante todas cosas tentó terminar la guerra por medio de una conferencia. Esto no era ajar su gloria pasada, era sí desconfiar de la fortuna, y preveer las terribles conseqüencias de una batalla. Despues de metido en la accion, se conduxo de tal suerte, que teniendo que pelear con iguales armas contra los Romanos, no se podia dar cosa mas bien dispuesta. La formacion Romana es difícil de romper, porque cada cuerpo de por sí y en general pelea haciendo frente á todas partes, y

como el orden de batalla es uno , las cohortes mas inmediatas al peligro siempre se vuelven hácia dondè es necesario. Por otra parte su armadura les presta mucha defensa y atrevimiento , tanto por la magnitud de sus escudos , como por la resistencia de sus espadas ; causas todas que los hacen incontrastables é invencibles. No obstante Annibal en lo humano tomó de tal modo las posibles medidas contra cada uno de estos obstáculos , que no dexó que desear. Desde el principio habia juntado gran número de elefantes , y los habia puesto al frente para desbaratar y romper la ordenanza de los Romanos ; habia situado en la primera línea los mercenarios , para cansar las fuerzas del enemigo , y embotar los filos de sus espadas con tanto matar ; habia colocado á los Cartagineses á espaldas de estos y situadolos entre dos líneas , para reducirlos á la necesidad de hacer frente y combatir , segun el verso del poeta :

Hasta el forzado tomará las armas.

Habia apostado á cierta distancia lo mas aguerrido y esforzado de su ejército , para ver desde léjos el evento , y hallándose con todas sus fuerzas enteras , aprovecharse de ellas , quando llegase el tiempo. Si puestos todos los medios posibles para vencer , con todo fué vencido es-

te héroe hasta entónces invencible, merece condescendencia. Unas veces la fortuna se opone á los designios de los grandes hombres, otras acaece aquello del proverbio :

Encontró el esforzado otro mas fuerte.

Y cabalmente esto fué lo que entónces pasó á Annibal.

CAPÍTULO II.

Todo lo que para mover á compasion excede la esfera comun, si no nace del interior sino del fingimiento, en vez de la misericordia excita la ira y el odio. Condiciones de Scipion á los Cartagineses para concederles la paz. Annibal arroja de la tribuna á Gisgon porque iba á contradecirlas, y persuade á los Cartagineses que abrazen la paz con estos pactos.

An. R.
551.
Ant. J.C.
203.

En los grandes infortunios, todo lo que excede la regla comun y acostumbrada, si se advierte que procede de un sincero afecto, excita la compasion en los que lo ven y lo oyen, y apénas hay alguno á quien la novedad no le conmueva; pero si se nota que nace de la impostura y de la simulacion, en vez de la misericordia, concilia la cólera y aborrecimiento.

Esto es lo que sucedió entónces á los embaxadores de Cartago. Scipion les dixo en pocas palabras: „No mereceis que los Romanos usen „con vosotros de alguna indulgencia, si se „atiende á que vos mismos confesais, que desde el principio les habeis declarado la guerra „tomándoles á Sagunto contra el tenor de los „tratados, y que acabais de faltarles á la fe „pactada quebrantando los artículos de la paz „firmados con juramento; no obstante ellos, „atendiendo á su honor, á la fortuna y á la „condicion de las cosas humanas, han resuelto „usar con vosotros de la conmiseracion y generosidad acostumbrada. Esto mismo confesareis vosotros, si reflexionais atentamente „el estado actual. Porque si ahora se os impusiese qualquiera pena que sufrir, qualquiera „cosa que hacer, ó qualquiera impuesto que „pagar, no deberiais reputarlo como tratamiento riguroso; al contrario, deberiais tener por „una especie de milagro, el que despues de haberos cerrado la puerta la fortuna á toda „conmiseracion y condescendencia, y haberos puesto vuestra perfidia á discrecion del enemigo, se „os tratase con alguna benignidad.“ Dicho esto, Scipion les entregó primero los artículos que contenian sus liberalidades, y despues las condiciones que habian de sufrir.

Se reducian en sustancia: *A que retendrian*

en el Africa todas las ciudades, campos, ganados, esclavos y demas bienes, que poseían antes de declarar la última guerra á los Romanos: que desde aquel dia no se les haria hostilidad alguna, vivirian segun sus leyes y costumbres, y quedarian exéntos de toda guarnicion. Tales eran las condiciones benignas, las duras contenian: Que los Cartagineses resarcirian á los Romanos todos los menoscabos que habian sufrido durante las treguas; que les devolverian todos los prisioneros y siervos fugitivos sin prescripcion de tiempo; que les entregarian todos los navíos largos, á excepcion de diez trirremes; que lo mismo se observaria con los elefantes; que de ningun modo harian guerra fuera ni dentro del Africa, sin licencia del Pueblo Romano; que todas las casas, tierras, ciudades, y qualesquiera otra cosa del rey Massinisa ó de sus ascendientes, serian restituidas á este Príncipe, dentro de los términos que se les señalasen; que proveerian de víveres el ejército por tres meses, y le pagarian el sueldo hasta que volviese de Roma la noticia de la ratificacion del tratado; que darian diez mil talentos de plata en cinquenta años, pagando doscientos talentos Eubeos en cada uno; que para resguardo de su fidelidad entregarian cien personas en rehenes, que escogeria Scipion entre su juventud, ni menores de catorce años, ni mayores de treinta.

Estos fuéron los artículos que Scipion propuso á los embaxadores Cartagineses, los quales así que los oyéron, partiéron sin detencion

y los participáron al Senado. Cuentan que en esta ocasion, queriendo oponerse cierto senador á las condiciones propuestas, y habiendo comenzado á hablar, Annibal se fué á él y le arrojó de la tribuna; y que irritados los demas de una accion tan contraria á la costumbre de una ciudad libre, Annibal se habia levantado y dicho, que merecia perdon si por ignorancia habia cometido alguna falta contra los usos, quando les constaba, que desde la edad de nueve años que habia salido de su patria, no habia vuelto á ella hasta pasados los quarenta y cinco: que no debian atender, á si habia pecado contra la costumbre; si no á si habia sabido sentir los males de la patria, puesto que por su causa habia incurrido ahora en este desacato: que se admiraba y extrañaba infinito que hubiese un Cartagines, que sabiendo lo que la patria en general y cada miembro en particular habia maquinado contra los Romanos, no bendixese la fortuna, de que puesto á discrecion de Roma, se le tratase con tal humanidad: que si pocos dias ántes de la batalla se hubiera preguntado á los Cartagineses, qué males pensais sufrir á la patria caso que los Romanos salgan vencedores, no los hubieran podido explicar con palabras, tan grandes y excesivos eran los que la imaginacion les representaba. Por lo qual les supplicaba no volviesen á deliberar ya mas sobre

el asunto, sino que recibiesen con conformidad los artículos propuestos, hiciesen sacrificios á los Dioses, y todos les pidiesen que el Pueblo Romano tuviese á bien ratificarlos. El consejo de Annibal pareció acertado y conveniente á las actuales circunstancias, en cuya atencion resolvió el Senado hacer la paz con las dichas condiciones, y despachó al momento sus embaxadores para pasar por ellas.

CAPÍTULO III.

Fingida amistad que Philipo y Antioco mantienen con Ptolemeo Philopator durante su vida; y resolucion que forman de matar á su hijo, y dividir entre sí el reyno despues de su muerte. Observacion de Polybio sobre el castigo de estos dos reyes, y como la Divinidad se valió de los Romanos para conservar el reyno á este pupilo.

An. R.
550.
Ant. J.C.
204.

A quién no admirará que Philipo y Antioco, mientras vivió Ptolemeo y no necesitó de su socorro, estuviesen prontos á ayudarle; y despues de muerto, dexando un tierno niño á quien por derecho natural estaban obligados á conservar el reyno, se confederasen estos dos reyes para dividirlo entre sí, y quitar la vida al infante! Si por pudor á lo ménos hubieran dorado la ac-

cion con algun fríbolo pretexto , como hacen los tiranos ; pero se conduxéron tan á las claras , con tanta desvergüenza y tan brutalmente , que se apropiáron el proverbio de los peces , entre quienes , aun con ser de la misma especie , el menor sirve de pábulo al mas grande. En efecto , ¿quién al considerar el tratado ajustado entre estos reyes , no le parecerá estar viendo como en un espejo la impiedad contra los Dioses , la inhumanidad contra los hombres , y su excesiva codicia ? Si no obstante alguno tomase de aquí motivo , para quejarse de la fortuna porque así juega con los hombres , déla tambien en cambio las gracias , porque dió el merecido castigo á estos malvados , y dexó á la posteridad el mas bello exemplo de correccion con el escarmiento de estos dos reyes. Estaban aun pensando cómo engañarse el uno al otro , y cómo repartir entre sí el reyno del jóven príncipe , quando he aquí la fortuna suscita los Romanos , y dispone con justa razon y motivo recaiga sobre ellos , lo que iniquamente estaban maquinando contra el vecino. Vencidos sin dilacion uno y otro por las armas , no solo dexáron de codiciar el bien ageno , sino que se viéron obligados á pagar tributo , y sufrir el yugo de los Romanos. Por último , en muy corto tiempo la fortuna recobró el reyno de Ptolemeo , dió por el pie á los de Philipo y Antioco , y á sus

sucesores, á unos perdió del todo, y á otros affligió casi con los mismos infortunios.

CAPÍTULO IV.

Calamidades que acarrea á los Cianos, pueblo de la Bitynia, su imprudencia y mal gobierno. El hombre es á veces mas necio que los mismos brutos. Yerros que comete Philipo en dar socorro injustamente á su yerno Prusias contra los Cianos. Odio cruel de los Rodios contra Philipo por esta injusticia, y aborrecimiento de los Etolios por la misma causa.

An. R.
550.
Ant. J. C.
204.

De que los Cianos hayan incurrido en tan grandes desventuras, no tanto deben culpar á la fortuna y á la injusticia de los vecinos, quanto á su imprudencia y mal gobierno. Porque honrar á los malos con las dignidades, y castigar á los buenos que se oponen, á que aquellos repartan entre sí las fortunas de los demas; esto es digámoslo así, traerse á casa voluntariamente las desdichas; en las cuales, no obstante estarse viendo incurrir á otros á cada paso, con todo sin saber como, el hombre no puede abstenerse de semejante imprudencia; que digo abstenerse, ni aun es fácil hacerle entrar en la menor desconfianza, cosa que hacen algunos irraciona-

les. Porque entre estos , no solo el haberse hallado ellos en un inminente riesgo , como defenderse de un cebo ó desenredarse de un lazo, sino el haber visto á otro en peligro, basta para no arrimarse ya con facilidad á semejante sitio, para tener aquel lugar por sospechoso , y para desconfiar de quanto se les presenta á la vista. Pero el hombre al contrario, aunque oiga, aunque vea que las repúblicas se pierden por la mala eleccion de xefes; con todo no bien se le presenta la lisongera esperanza de engrandecerse con perjuicio de otro, quando sin mas reparo ni precaucion se arroja al cebo ; en medio de que sabe ciertamente, que de quantos han tragado semejantes añagazas , ninguno ha escapado , y que semejante política ha acarreado sin excepcion la ruina de quantos la han seguido.

Philipo, apoderado de la ciudad de los Cianos, estaba sumamente gozoso. Á su parecer habia hecho una accion ilustre y memorable, con haber socorrido prontamente á su yerno, haber aterrado á los que habian abandonado su partido , y haberse hecho dueño legitimamente de infinidad de esclavos y de dinero. No veía las conseqüencias contrarias, aunque estaban saltando á los ojos : en primer lugar, que habia socorrido á un yerno , que léjos de estar injuriado , habia faltado á la fe á sus vecinos ; en segundo, que con haber hecho sufrir sin razon á

una ciudad Griega los mayores males , se confirmaria la fama que ya de él se habia divulgado de hombre cruel con sus aliados, yerros ambos que justamente le adquiririan el concepto de impio entre todos los Griegos ; y en tercero , que habia hecho un insulto á los embaxadores de estas ciudades , los quales , habiendo venido á su ruego para libertar á los Cianos de las calamidades que les amenazaban , entretenidos con buenas palabras , solo habian servido de testigos de lo que ménos hubieran querido. Á esto se añadia , que los Rodios se habian exâsperado contra él de tal modo , que ni aun tomarle en boca querian.

La casualidad contribuyó tambien visiblemente á inspirar este odio contra Philipo. Estaba su embaxador elogiándole en el teatro delante de los Rodios , y exâgeraba la generosidad de su amo , que dueño ya en cierto modo de su ciudad , les habia dexado vivir libres. El objeto era refutar las calumnias que sus enemigos habian esparcido , y manifestar al pueblo el afecto que Philipo les tenia ; quando he aquí llega al Prytaneo uno de la esquadra , cuenta la esclavitud de los Cianos , y la crueldad con que Philipo los habia tratado. De suerte que como el embaxador estaba aun refiriendo estos encomios , y al mismo tiempo entró el magistrado superior á dar cuenta de la

noticia, los Rodios no se pudieron persuadir de Philipo una tan extraña perfidia. Entretanto este príncipe, no obstante haberse perjudicado mas á sí propio que á los Cianos, vino á tal frenesi, y á exceder de tal modo los límites de la moderacion, que en vez de correrse de vergüenza por lo que habia hecho, se jactaba y vanagloriaba como de una accion laudable. Pero los Rodios desde aquel dia le miraron como á su enemigo, y con este fin hicieron sus preparativos. Igualmente esta accion le atraxo el odio de los Etolios. Acababa de reconciliarse con ellos, y dispensarles sus gracias, hacia muy poco tiempo que vivia en amistad y alianza con estos, los Lysimacos, Calcedonenses y Cianos; quando sin mas ni mas se apropió la ciudad de Lysimaquia, desmembrándola de la alianza que tenia con los Etolios, reduxo despues á su poder la de Calcedonia, y por último esclavizó la de los Cianos, no obstante que se hallaba dentro un gobernador de parte de los Etolios en quien residia el sumo imperio. Prusias, aunque estaba muy alegre de haber llevado á efecto su designio, con todo no podia sufrir con paciencia que otro se hubiese llevado el fruto de la empresa, y á él solo le hubiese tocado el suelo de una ciudad despoblada, pero ya no habia remedio.

CAPÍTULO V.

Sedicion intestina en Alexandria entre los tutores del hijo de Ptolemeo. Agatocles y Agatoclea su hermana presentan el rey á los Macedonios en una junta , para irritarlos por medio de Critolao contra Tlepolemo , pero en vano. Danae , suegra de Tlepolemo , arrastrada por la ciudad y metida en la carcel. Moeragenes , dispuesto ya á sufrir el suplicio por orden de Agatocles , libre despues inopinadamente , conmuebe contra él los Macedonios. Alexandria hace público su resentimiento contra Agatocles. Ocnante excita la cólera de las mugeres contra si y contra toda la parentela de Agatocles. Tumulto y griteria confusa del pueblo contra Agatocles , que se habia ocultado con el rey en un rincon de palacio. Necesidad en que le ponen los Macedonios de entregar el rey. Persuasion de Sosibio al rey , para que entregue al pueblo á Agatocles , y á todos los que habian ofendido á su madre. Crueles castigos con que mueren Agatocles y otros muchos. Refusa Polybio la exâgeracion con que algunos han contado el trágico fin de Agatocles.

An. R. **A**gatocles congregó primero á los Macedonios , y se presentó á ellos con el rey y su hermana Agatoclea. Al principio fingió no po-

551.
Ant. J. C.
203.

derles explicar su pensamiento, á causa de las muchas lágrimas que le caían; pero ya que á fuerza de haberse enjugado con la túnica, hubo contenido aquel torrente, tomando al infante en sus manos, dixo: „Recibid, Macedonios, esté pupilo, que Ptolemeo su padre al morir dexó entre los brazos de mi hermana, y encomendó á vuestra fidelidad. „La ternura de esta es muy debil escudo para su vida, en vosotros y vuestras diestras se funda al presente toda su ventura. Tiempo ha que los que consideran á fondo las cosas, habrán podido conocer, que Tlepolemo aspira á mas altura, que la que conviene á un hombre de su clase; pero ahora ya tiene señalado día y hora para ceñirse la diadema. Sobre esto no me creais á mí, creez á los que saben la verdad, y acaban de hallarse presentes á todo el aparato.“ Al mismo tiempo hizo entrar á Critolao, el qual dixo, que habia visto los altares dispuestos, y las víctimas prevenidas por el pueblo para la solemnidad de la coronacion. Los Macedonios escucháron este discurso, no solo sin moverse á compasion, pero aun sin atender á lo que decia. Estuviéron hablando y cuchicheando unos con otros, hasta llegar la mofa á tales términos, que ni Agatocles supo por donde salir de aquella junta. Dió este mismo paso con los demas cuerpos del es-

tado, pero en todos halló la misma acogida. En este intermedio iba acudiendo mucha tropa de las provincias superiores. Unos animaban á sus parientes, otros á sus amigos, á venir al socorro en tan triste situacion, y no permitir fuesen ultrajados impunemente por unas gentes tan indignas. Pero lo que mas encendió al pueblo á tomar venganza de los que entónces gobernaban, fué el conocer que habia peligro en la dilacion, porque Tlepolemo se apoderaba de los comestibles que iban llegando á Alexandria.

Contribuyó tambien á irritar la cólera del pueblo y de Tlepolemo, una accion que entónces hizo Agatocles. Á fin de hacer pública la discordia que habia entre él y Tlepolemo, extraxo del templo de Ceres á Danae, suegra de este, la llevó arrastrando por la ciudad con la cara descubierta, y la metió en la carcel. Indignado el populacho con esta accion, ya no se contentaba con murmurar privadamente y en secreto, sino que unos fixaban por la noche pasquines en los puestos públicos, otros se juntaban en corrillos durante el dia, y proferian en público el odio que tenian contra los xefes. Agatocles, que veía los procedimientos del vulgo, y las débiles esperanzas de salud que le restaban, unas veces pensaba en ausentarse, pero como necio é imprudente no tenia nada dispuesto para este caso, desistia

del proyecto; otras convocaba á los conjurados y complices de su arrojo, con animo de pasar á cuchillo sobre la marcha una parte de sus contrarios, apoderarse de otra, y usurpar despues la tiranía. Estos pensamientos combatian su espíritu, quando cierto Moeragenes, uno de sus satelites, fué delatado de que avisaba de todo á Tlepolemo y cooperaba á sus intentos, á causa de la amistad que tenia con Adeo, gobernador que era á la sazón de Bubbasto. Agatocles al instante mandó á Nicostrato su secretario, que prendiese á Moeragenes, y con los mas exquisitos tormentos le sacase la verdad de todo. En efecto prontamente fué cogido el infeliz, y conducido por Nicostrato á cierta pieza separada de palacio, donde primero fué preguntado sin rodeos sobre lo que de él se decia, pero viendo que á todo estaba negativo, fué despues desnudado. Ya estaban unos disponiendo las máquinas para atormentarle, y otros quitándole la ropa con el azote en la mano, quando á este tiempo llega corriendo á Nicostrato un criado, le dice al oído no sé que cosa, y se vuelve con la misma apresuracion. Nicostrato echa á andar detrás de él sin hablar una palabra, pero dándose golpes sin cesar sobre el muslo.

Sucedió entónces á Moeragenes una cosa bien particular y rara. Porque aunque ya esta-

ban unos casi con el azote levantado , y otros preparando á su vista las máquinas para el tormento ; con la ausencia de Nicostrato , todos quedáron pasmados , mirándose unos á otros y aguardando á que volviese. Viendo que tardaba , poco á poco se fuéron marchando todos , hasta que al fin dexáron solo á Moeragenes , que desnudo como estaba atravesó por dicha el palacio , y se metió en una tienda de Macedonios que estaba cerca. Por casualidad los halló juntos en disposicion de ir á comer. Les cuenta todo lo que le habia pasado , y el milagroso modo con que se habia salvado. Ellos en parte desconfian , y en parte no pueden ménos de darle crédito viéndole desnudo. Pero Moeragenes , libre ya de este peligro , les ruega con lágrimas en los ojos , que miren no tanto por su vida , quanto por la del rey , y en especial por la de ellos mismos ; que el peligro era para todos inminente , si no se aprovechaban del momento en que estaba en su fuerza el odio de la plebe , y toda la gente dispuesta á vengarse de Agatocles ; que la ocasion presente era la mas oportuna , y solo se necesitaba de una cabeza.

Este discurso inflamó el animo de los Macedonios , y persuadidos al fin por Moeragenes , pasan sin detencion á las tiendas de los demas camaradas , que estaban contiguas , y todas mi-

rando á un lado de la ciudad. Como ya de tiempos atrás estaban dispuestos los animos de la multitud, y solo faltaba uno que los avivase y metiese en calor, prender y rebentar el fuego todo fué uno. Apenas habian pasado quatro horas, quando ya todas las clases del estado, militares y políticas, estaban convenidas en la sublevacion. En aquel entónces tuvo tambien el hazar su buena parte para el logro. Recibió Agatocles una carta, y fuéron traídos á su presencia ciertos espías. La carta era de Tlepolemo á sus tropas, en la que las comunicaba que en breve se veria en su presencia, y los espías declaraban que ya estaba cerca. Esta noticia le sacó fuera de sí de tal modo, que dexando de tomar remedio y providencia sobre lo que le contaban, se fué á la hora señalada al convite, donde acostumbraba divertirse con sus amigos.

Por otra parte Oenante penetrada de dolor se fué al Tesmoforio, ó templo de Ceres y Proserpina, que casualmente se hallaba abierto, con motivo de cierto sacrificio que se hacia todos los años. Aquí primero puesta de rodillas imploró y pidió con grandes instancias el amparo de las Diosas, y despues sentada junto al altar se estaba quieta. Las demas mugeres, que veían con gusto su afliccion y desconsuelo, se estaban callando; pero las parientas de Poly-

crates y algunas otras mugeres ilustres, ignorando del todo el motivo de su dolor, se acercaron para consolarla. Entónces Oenante, arrojando un gran grito, no os acerqueis á mí, dixo, bestias feroces, os conozco bien, sé que sois mis contrarias, y pedís á las Diosas nos envíen los mas duros males; pero yo confio en la voluntad de las Diosas, que vendreis á comer vuestros propios hijos. Dicho esto, mandó á las mugeres que tenia consigo, que echasen fuera á las demas, y diesen de palos á las que no obedeciesen. Con este motivo las mugeres se fuéron todas, levantando las manos al cielo, y pidiendo á las Diosas recayese sobre Oenante, aquella misma desdicha con que ella amenazaba á las demas.

Ya estaba resuelto por los hombres mudar de gobierno, pero ahora con la nueva colera de las mugeres que se añadió en cada casa, se duplicó el odio. Apenas vino la noche, todo fué en la ciudad tumulto, hachones y gentes corriendo de una parte á otra. Unos formaban corrillos en el Stadio con grande algazara, otros se animaban mutuamente, y no faltaba quien por evitar el peligro buscaba casa ó lugar desconocido para ocultarse. Ya todas las plazuelas al rededor del palacio, el stadio y la plaza estaban llenas de toda clase de gentes, con especialidad de aquellas que frecuentan los teatros

de Baco,; quando Agatocles que no habia hecho mas que salir del convite, informado de lo que pasaba, se levanta medio borracho, coge á toda su familia ménos á Philon, viene al rey, y despues de haberse lamentado brevemente de su mala suerte, le toma de la mano, y sube á una galeria que está entre el Meandro y la Palestra, y sirve de paso para la entrada del teatro. Aquí despues de haber asegurado bien las dos primeras puertas, se oculta detrás de la tercera con dos ó tres guardias, el rey y su familia. Las puertas eran de rejas, entraba la luz por ellas, y estaban cerradas con dos cerrojos. Á este tiempo se habia juntado ya de toda la ciudad tanto pueblo, que no solo el suelo y pavimentos, sino aun las escaleras y techados estaban cubiertos de gente. No se oía mas que un bullicio y gritería confusa de mugeres, niños y hombres todos mezclados. Porque tanto en Cartago como en Alexandria, en semejantes tumultos no alborotan ménos los niños que los hombres.

Ya era de dia claro, y proseguia la misma confusion de voces, pero se dexaba entender sobre todas que pedian al Rey. Lo primero que hicieron los Macedonios quando salieron de sus tiendas, fué apoderarse de aquel salon de palacio donde daba el rey audiencia; pero informados poco despues de la pieza donde esta-

ba, fueron allá, rompieron las primeras puertas de la primer galería, y quando llegaron á las segundas, pidieron el rey á grandes voces. Agatocles, que ya entónces conoció el peligro que le amenazaba, pidió á las guardias, fuesen á los Macedonios, y les dixesen de su parte, que estaba pronto á renunciar la tutela y toda la demas autoridad, honores y rentas que tenia; que únicamente suplicaba le concediesen la vida con el preciso alimento para sustentarla, y de este modo reducido á su primer estado, no podria dar que hacer á nadie aunque quisiese. Ninguno de los guardias quiso entrar en esta comision, únicamente se encargó de ella un tal Aristomenes, que despues vino á tener el gobierno del reyno. Era este tal de nacion Acarnanio, y hombre, que habiendo llegado quando viejo á tener el manejo de los negocios, supo conducirse tan sabio y honrado con el rey y el reyno, como fino adulator habia sido con Agatocles en tiempo de su prosperidad. Él fué el primero, que habiendo convidado á comer á Agatocles á su casa, le distinguió entre todos los circunstantes con una corona de oro, honra que solo se acostumbra conceder á los reyes. Él fué tambien el que primero osó traer su retrato en el anillo, y poner por nombre Agatoclea á una hija que le habia nacido. Pero baste lo dicho sobre este

particular. Aristomenes pues, habiendo recibido el orden, salió por un postigo, y se acercó á los Macedonios. Apénas les habia dicho algunas palabras, y declarado la intencion de Agatocles, quando intentáron pasarle á saetas; pero defendido con las manos de algunos que pedian la muerte de todos, volvió con la comision, ó de traerles el rey, ó que no pensase salir él de allí tampoco. Despachado Aristomenes con esta respuesta, los Macedonios se acercáron á la segunda puerta, y la desquiciáron. Agatocles, que conoció por los efectos y por la respuesta que se le habia dado, el furor en que estaban, tentó ver si sacando las manos por las rejas de la puerta, y Agatoclea descubriendo los pechos con que decia haber alimentado al rey, aplacaba á los Macedonios, y haciéndoles todo género de súplicas, conseguia la vida por lo ménos.

Despues de haberse lamentado inútilmente de su suerte por largo tiempo, al cabo les remitió el rey con los guardias. Los Macedonios le reciben, le ponen al instante sobre un caballo, y le conducen al Stadio. Lo mismo fué presentarse, que resonar por todas partes la algazara y el aplauso. Detienen el caballo, baxan de él al rey, y le llevan á la silla de donde acostumbraban dexarse ver los soberanos. La multitud fluctuaba entre el gozo y el dolor.

Estaba muy contenta de haber recobrado á su rey , pero sentia en el alma no haber cogido á los culpados , y haberles dado el merecido castigo. Por eso clamaba sin cesar , que se traxese á los autores de tantos males , y se hiciese con ellos un escarmiento. Ya era entrado el día , y el pueblo no habia encontrado aun contra quien emplear su furor , quando á Sosibio , hijo de Sosibio y uno de los guardias , se le previno el expediente mas util para el rey y para el estado. Viendo que no calmaba la rabia del populacho , y que el rey estaba incomodado por no conocer á los que le rodeaban , y por el alboroto de la gente ; le preguntó ¿ no sería bueno entregar á la multitud á los que han ofendido á vos y á vuestra madre ? El rey dixo que sí ; y Sosibio entónces , mandando á ciertos satelites que hiciesen pública su voluntad , agarró al joven príncipe , y se le llevó á su casa que estaba inmediata , para cuidar de su persona. Declarada la intencion del rey , toda la circunferencia resonó con aplausos y clamores. Durante este tiempo Agatocles y su hermana Agatoclea se habian retirado cada uno á sus casas ; pero al instante los soldados , unos de voluntad , otros á instancias de la multitud echáron á buscarlos.

Vé aquí como por una casualidad comenzó la mortandad y el derramamiento de sangre.

Entró medio borracho en el Stadio uno de los criados y aduladores de Agatocles , llamado Philon , y viendo la rabia de la plebe contra su amo , dixo á los circunstantes : si él viniese ahora , os arrepentiriais como ántes. Á estas palabras , unos le llenan de oprobrios , otros le dan de pechugones ; pero tentando ponerse en defensa , se le rasga la capa , se le atraviesa á lanzadas , y palpitando aun se le lleva arrastrando con ignominia al medio de la plazuela. Lo mismo fué gustar la turba de la mortandad , que ya no se aguardaba mas que el que los otros fuesen traídos. Á poco rato pareció Agatocles cargado de prisiones. Lo mismo fué entrar , se abalanzan á él y le pasan á puñaladas , obrando en esta parte mas como amigos que como enemigos , pues así no sufrió el castigo que merecia. Despues se traxo á Nikon , detras de éste á Agatoclea desnuda con sus hermanas , y en su conseqüencia á toda la parentela. Por último se sacó del Tesmophorio á Oenante , y se la conduxo al Stadio , puesta desnuda sobre un caballo. Entregados al pueblo todos estos personajes , unos los mordían , otros los daban de puñaladas , otros los sacaban los ojos , y á proporcion que iban cayendo , se les despedazaba los miembros , hasta que quedáron todos desquartizados. Tal es la excesiva crueldad del pueblo Egypcio , quando se vé enfurecido. Á

este mismo tiempo ciertas doncellas que se habian educado con Arsinoe, informadas de que Philammon, que tenia el encargo de matar la reyna, habia llegado de Cyrena tres dias ántes, marchan á su casa, la entran por fuerza, matan á palos y pedradas al mismo Philammon, degüellan á un hijo muy joven que tenia, arrastran á su muger desnuda hasta la plaza y la quitan la vida. De este modo acabaron Agatocles, su hermana Agatoclea y toda su familia.

No ignoro los portentos y vanos aparatos, que traen algunos historiadores sobre este acontecimiento para llenar de asombro á los lectores, haciendo narraciones mas dilatadas que las que merece la naturaleza y calidad del asunto. Unos atribuyen todo el lance á la fortuna, para ponernos á la vista lo inconstante é inevitable de esta; otros pretenden hallar razones probables para sujetar á la razon lo extraordinario del caso. Á mi no me ha parecido deber seguir sus huellas; porque ni hallo en Agatocles aquel espíritu guerrero y valor sobresaliente, ni encuentro aquel feliz é envidiable talento de conducir negocios, ni últimamente noto aquella finura y doblez palaciega, en que tanto sobresaliéron durante su vida Sosibio y otros infinitos, que supiéron manejar á su arbitrio reyes de reyes. En Agatocles veo todo lo contrario. Su extraordinaria elevacion la debió á la

ninguna aptitud para reynar de Ptolemeo Philopator. Puesto en esta dignidad, aunque alcanzó despues de la muerte de este príncipe tiempos muy acomodados para conservarse en ella, su floxedad é indolencia le concilió en brebe tiempo el odio de todos, y le hizo perder el manejo de los negocios junto con la vida.

En este supuesto, no merecen semejantes personajes un lugar tan distinguido en la historia, como si se hablase de un Agatocles y de un Dionysio, tiranos de Sicilia, ó de otros varios que se han hecho célebres por sus hechos. Porque aunque Dionysio provenga de un origen humilde y plebeyo, y Agatocles (como por burla dice Timeo) de oficio alfarero, haya dexado desde niño la rueda, la greda y el humo, para venir á Syracuse; no obstante estos principios, uno y otro en sus respectivos tiempos se hicieron tiranos de esta ciudad, á la sazón sin igual en esplendor y riquezas. No contentos despues con haber llegado á ser reyes de toda la Sicilia, domináron tambien una parte de la Italia. Agatocles aun pasó mas adelante, no solo tentó la conquista del Africa, sino que se fué al sepulcro con todos estos honores. Ve aquí porque Scipion, aquel que primero domó á los Cartagineses, preguntado, qué hombres en su concepto se habian distinguido mas en el manejo de los negocios y en la audacia prudente y juí-

ciosa, respondió que los dos Sicilianos, Agatocles y Dionysio. Sobre tales personajes conduce llamar la atención del lector, recordarle algún tanto la fortuna y vicisitud de las cosas humanas, y sobre todo proponerle exemplos que le sirvan de instruccion; pero sobre otros, como del que hemos hablado ántes, de ningún modo.

Por este motivo hemos reprobado hablar con exâgeracion de la muerte de Agatocles. No ménos nos ha impelido á esto, ver que los acontecimientos horrorosos en tanto merecen nuestra atención, en quanto nos importa su noticia. Todo lo demas, como es hacer de ellos una descripcion mas dilatada ó una pintura mas exâcta, no tan solo no es provechoso, sino que engendra cierta molestia en los expectadores. Dos son los fines á que debe dirigir todos sus pasos, el que desca instruirse por la vista ó por el oido, la utilidad y el deleite, y los mismos que deben intervenir especialmente en la historia; pero ni á uno ni á otro le quadra bien el pleonasma ó amplificacion sobre casos horrorosos. Porque ni se apetece imitar lo que sucede contra la razon; ni se encuentra deleite en ver ú oír despacio, lo que repugna á la naturaleza, y á las nociones comunes. Al contrario, por una ú otra vez se anhela ver ú oír un espectáculo estupendo, para desengañarnos de que es

posible lo que en nuestro concepto no lo era; pero una vez cerciorados, nadie gusta detenerse en una cosa que horroriza. Á todos fastidia repetir muchas veces una misma cosa. Sentemos pues, que toda narracion ha de servir, ó para utilidad ó para deleite; y que los pleonasmos que no se refieren á estos dos objetos, son mas propios de la tragedia que de la historia. No obstante es preciso tener condescendencia con aquellos historiadores, que no han estudiado la naturaleza, ni saben palabra de lo que ha pasado por el mundo. En concepto de estos, aquello que ellos han presenciado ó han aprendido por oidas de otros, es lo mas extraordinario y admirable de quanto ha sucedido. De que proviene la imprudencia de ser mas prolixos que lo regular en cosas, que ni tienen novedad porque otros ántes las han dicho, ni pueden acarrear utilidad ó deleite.

EXTRACTOS

DEL LIBRO DECIMOSEXTO

DE LA HISTORIA DE POLYBIO

MEGALOPOLITANO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Batalla naval junto á Chio entre Philipo rey de Macedonia por una parte , y Attalo y los Rodios sus aliados por otra. Motivos que tiene Philipo para atribuirse la victoria despues de vencido.

An. R. 552.
Ant. J.C. 202.

Philipo, viendo que el asedio no correspondia á su deseo, y que los contrarios tenian al ancla muchos mas navíos cubiertos, dudaba y no sabia qué partido tomar para adelante; no obstante como el estado presente no diese lugar á la eleccion, tomó el partido de largarse, quan-

do ménos se pensaba. Estaba creyendo Attalo que persistiría aun mas tiempo en la construcción de las minas, quando de repente se hace á la vela, persuadido á que de este modo ganaria la delantera al enemigo, y volveria sin peligro á Samos por la costa. Pero se engañó de medio á medio. Porque apénas Attalo y Teophilisco sin tiéron su retirada, se pusieron á darle caza. Como estaban en el entender de que Philipo persistiría aun mas tiempo sobre el asedio, tuviéron que seguir el alcance sin órden y desunidos. No obstante á fuerza de remo le alcanzaron, y atacaron, Attalo el ala derecha que precedia al resto de la armada, y Teophilisco la izquierda. Philipo estrechado de la necesidad, dió la señal á su derecha para que tornase las proas al enemigo, y se batiese con valor, y él se retiró con las fustas á ciertas isletas que hay en medio del camino, para esperar allí el evento de la batalla. El número de buques que por su parte entró en la accion, se reduxo solo á cinquenta y tres navíos con cubierta, algunos sin ella, y ciento cinquenta embarcaciones menores con las fustas; porque no habia podido equipar todos los que tenia en Samos. El de los enemigos se componia de sesenta y cinco navíos cubiertos, contando los que habian enviado los Byzantinos, nueve galeotas y tres trirremes.

La batalla comenzó por el navío que montaba Attalo, y todos los que estaban inmediatos embistiéron sin otra señal. Attalo atacó una octorreme, y la dió á flor de agua tan mortal choque por la proa, que por mas resistencia que hicieron los que estaban sobre la cubierta para defenderla, al cabo se fué á pique. La decenreme de Philipo, que era la almiranta, vino á poder del enemigo por un accidente bien extraordinario. Se la metió por baxo una galeota, y atravesándola con un violento golpe en medio del casco por baxo del banco de los remeros *Thranitas*, quedó asida, sin que el piloto pudiese contener el ímpetu de la embarcacion. Colgada, digámoslo así, la galeota de la decenreme, incomodaba é imposibilitaba á esta toda maniobra. Á esta sazón dan sobre ella dos quinqueremes, la traspasan por ambos costados, y la echan á fondo con la tripulacion que la montaba, en la qual estaba Democrates, xefe de la armada de Philipo. Durante este tiempo Dionysodoro y Dinocrates, hermanos y xefes de la esquadra de Attalo, vienen á las manos, el uno con una septirreme, y el otro con una octirreme, y corren gran riesgo en la pelea. Dinocrates se empeñó con la octirreme, y como tenia levantada la proa de su buque, recibió el golpe de parte afuera del agua; pero habiendo él atravesado con el espolon á la nave enemiga

por baxo del agua, al principio no podia desahirse, por mas diligencias que hacia por la popa para recular; de suerte que con la vigorosa defensa que hacian los Macedonios, venia á estar en el último apuro. Pero habiendo llegado Attalo á su socorro, y chocado contra la nave Macedonia, rompió la travazon que entre sí tenían los dos buques, con lo que Dinocrates se salvó del peligro como por milagro. Toda la tripulacion de la nave enemiga, no obstante los esfuerzos de valor que hizo, fué pasada á cuchillo, y el buque yermo de defensores vino á poder del enemigo. Por lo que hace á Dionysodoro, á tiempo que iba á dar sobre una nave enemiga para atravesarla con el espolon, erró el golpe, y cayendo entre los enemigos, perdió los bancos de remeros del costado derecho, y las vigas sobre que estaban construidas las torres. Con este accidente se vió rodeado por todas partes de enemigos, los quales con grande alboroto y algazara echáron á pique el vaso con toda la tripulacion, ménos él y otros dos que se salváron á nado en una galeota que venia en su socorro.

En el resto de buques se peleaba con igual fortuna por ambas partes. Porque si Philipo excedia en embarcaciones menores, Attalo era superior en navíos cubiertos. En el ala derecha de Philipo la batalla se hallaba en tal estado,

que aunque la victoria estaba aun indecisa, las disposiciones todas se inclinaban mas á favor de Attalo. Los Rodios, aunque á su primer salida del puerto se viéron muy separados de los enemigos, con todo como les aventajaban en la velocidad de navegar, brevemente alcanzaron su retaguardia. Al principio se contentaron con atacar por la popa los navíos que se retiraban, y hacerles pedazos los remos. Pero desde que los de Philipo hubiéron acudido al socorro de los que peligraban, y la parte de esquadra Rodia, que últimamente habia salido del puerto, se hubo incorporado con Teophilisco; ordenadas de frente las proas de los navíos, se vino á las manos con vigor de una y otra parte, animándose mutuamente al son de las trompetas y de la algazara. Si los Macedonios no hubieran puesto sus fustas entremedias de los navíos cubiertos, pronta y fácilmente hubiera sido terminada la contienda. Pero estas embarcaciones frustraban los esfuerzos de los Rodios de muchas maneras. Porque desde que las dos armadas perdiéron el orden que habian tomado al principio, todos quedaron mezclados unos con otros; de suerte que ni se podia con facilidad correr por medio de las líneas, ni birar á un lado ni á otro, ni hacer absolutamente uso de las propias ventajas; porque estas fustas, dexándose caer unas veces sobre los remos, imposi-

bilitaban maniobrar á los remeros, otras acometiendo por la proa y tal vez por la popa, no dexaban al piloto ni á la chusma exercer sus ministerios. Si chocaban con la proa de frente, no era sin falta de misterio. Porque situado de este modo el buque, ellos recibian el golpe por fuera del agua, al paso que atravesaban por baxo con el espolon al del enemigo, de cuyo golpe quedaba inservible. Bien que los Rodios entraban rara vez en este género de combate, y rehusaban del todo estos encuentros, porque los Macedonios una vez venidos á las manos á pie firme sobre las cubiertas, se defendian con esfuerzo. Lo regular era inutilizar y hacer pedazos los remos de las naves enemigas, corriendo por entre las líneas; y dar vueltas de una parte á otra, para atacar á este por la popa, y á aquel por el costado miéntras se revolvía, con lo que atravesaban á unos, y rompian á otros alguna pieza de las necesarias. Con este género de combate inutilizáron un gran número de navíos Macedonios.

Las que mas se señaláron en esta funcion, fuéron tres quinquerremes de los Rodios. Teophilisco montaba la primera, que era la capitana; Philostrato mandaba la segunda; y Autolyco gobernaba la tercera, en la que iba Nicostrato. Esta atacó una nave enemiga, y la dexó clavado el espolon en el casco, de cuyo golpe

se fué á pique con toda la tripulacion. Autolyco entónces, viendo que su nave hacia agua por la proa, y que la rodeaban los enemigos, al principio se defendió con valor, pero malamente herido cayó al fin en el mar con sus armas, y toda su gente perdió la vida despues de una generosa resistencia. Á este tiempo viene á su socorro Teophilisco con tres quinquerremes, y aunque no le fué posible salvar el buque por estar ya lleno de agua, con todo traspasa dos navíos enemigos, y echa afuera á los que los defendian. Rodeado poco despues de muchas fustas y algunos navíos cubiertos, perdió la mayor parte de su gente despues de una bizarra resistencia; pero él, no obstante haberle precipitado su arrojo en lo mas vivo de la accion donde recibió tres heridas, al cabo salvó aunque con trabajo su quinquerreme, con la ayuda de Philostrato que generosamente vino á ponerse de su parte. Reunido despues con su armada, volvió á la carga contra el enemigo con nuevo empeño, es cierto que decaido de fuerzas con las heridas, pero con mas generosidad de espíritu, mas gloria y mas presencia de ánimo que ántes. En fin hubo en esta jornada dos funciones navales, bien distantes la una de la otra. Porque el ala derecha de Philipo, como se propuso desde el principio seguir siempre la costa, no se separó mucho del Asia; y la iz-

quiera, como tuvo que volver al socorro de su retaguardia, vino á las manos con los Rodios no léjos de Chio.

Ya Attalo asegurado de la victoria en el ala derecha, se iba acercando á aquellas isietas, donde Philipo esperaba al ancla el suceso de la batalla; quando advirtiendo en una de sus quinquerremes, que desbaratada fuera del combate procuraban echar á pique los enemigos, acudió á su socorro con dos quadrirremes. El ver que el buque enemigo tomaba la huida y se iba retirando hácia la costa, dió mas ánimo al rey para seguir el alcance, y hacerse dueño de la quinquerreme. Pero Philipo, quando ya le vió bien separado de los suyos, toma quatro quinquerremes, tres galeotas y las fustas que tenia inmediatas, marcha allá, corta al rey la comunicacion con su armada, y le fuerza á arrojar sus buques sobre la costa por salvar la vida. Attalo se retiró á Erythras con la marinería; los navíos y todo el equipage real cayó en poder de Philipo. No fué sin falta de misterio, el haber desplegado los de Attalo en esta ocasion lo mas precioso de la recamara del rey sobre la cubierta del navío: porque de este modo los primeros Macedonios que se acercaron, viendo un gran número de vasos, un vestido de púrpura y otros muebles consigüientes á estos, desistieron del alcance, se detuvieron

en el pillage, y con esto diéron tiempo para que Attalo se retirase sin peligro á Erythras. Philipo, aunque vencido enteramente en la batalla, con todo engreido con esta ventaja sobre Attalo, volvió á alta mar, hizo todos los esfuerzos por reunir sus naves, y exhortó las tropas á tener buen ánimo, pues habian salido vencedoras. Los mas, como viéron á Philipo traer ligada á la suya la nave real, creyéron con algun fundamento. que Attalo habia muerto. Dionysodoro, conjeturando lo que habia pasado por su rey, levantó la señal para que se reuniesen sus navíos, y despues de juntos se retiró sin riesgo á los puertos de Asia. Á este tiempo los Maccedonios, que peleaban con los Rodios, y que ya se veían mal parados, se echáron fuera del combate unos tras otros, baxo el pretexto de acudir en diligencia al socorro de los suyos. Con esto los Rodios, atadas á las suyas algunas de las naves enemigas, y hechos pedazos los espolones de otras, se retiráron á Chio.

Philipo perdió en la batalla contra Attalo una galera de diez órdenes de remos, una de nueve, una de siete, una de seis, diez navíos cubiertos, tres galeotas, y veinte y cinco fustas con toda la gente que montaba estos buques. Á mas de esto los Rodios le echáron á pique diez navíos con puente, quarenta fustas, y le apresáron dos quadrirremes y siete bergan-

tines con sus tripulaciones. De parte de Attalo, la pérdida se reduxo á una galeota, dos quinquerremes, y el navío que montaba el rey; de parte de los Rodios, á dos quinquerremes y dos trirremes, pero no se les cogió ninguna. De los Rodios murieron sesenta hombres, y de los de Attalo setenta; pero de los de Philipo, tres mil Macedonios y seis mil soldados navales. Se hicieron prisioneros entre aliados y Macedonios hasta dos mil hombres, y setecientos Egypcios. Tal fué el éxito de la batalla naval dada junto á Chio.

Philipo se atribuyó la victoria por dos razones: la una, porque habiendo hecho saltar á Attalo sobre la costa, se habia apoderado de su navío; la otra, porque habiendo dado fondo en el promontorio Argenno, en cierto modo habia quedado por suyo el campo donde estaban las reliquias navales. Á consecuencia de esto, recogió el día siguiente las ruinas del naufragio, y dió sepultura á quantos se pudieron conocer de los suyos. Todo esto lo hacia, para confirmar al pueblo en el concepto de que habia vencido; pues él estaba persuadido á lo contrario, como poco despues se lo hicieron ver los Rodios y Dionysodoro. Porque al día siguiente, mientras él estaba aun ocupado en esto, con el aviso que uno á otro se diéron, viniéron contra él, le presentáron sus esquadras,

y visto que nadie se les ponía delante, se volvíeron á Chio. Philipo estaba penetrado de dolor, en ver que jamas :::::: *ni por tierra* ni por mar habia perdido tanta gente en un solo día, de suerte que este contratiempo habia disminuído infinito sus primeros fuegos; bien que en el exterior procuraba disimular de todos modos su pesar, aunque los efectos mismos le desmentian. Pues sin hacer mencion de otros, el estado de la armada despues de la batalla daba horror á qualquiera que la veía. La mortandad habia sido tanta, que durante la accion se habia cubierto todo aquel mar de cadáveres, sangre, armas y fragmentos de navíos; y en los días siguientes no se veía sobre aquellas costas, sino un horrible y mezclado cúmulo de todas estas cosas: espectáculo que no solo á Philipo, sino á todos los Macedonios tenia en una confusion extrema.

Teophilisco, en el solo día que sobrevivió á la batalla, escribió á su patria el suceso, y substituyó en su lugar á Cleoneo por cabeza de las tropas, con lo qual murió de sus heridas. Este personage, á mas de haberse portado como bueno durante la accion, merece nuestra memoria, por haber sido autor del proyecto. Pues á no haber osado el llevar las armas contra Philipo, sin duda todos hubieran dexado pasar la ocasion, segun el miedo que tenian á

su osadía. Pero él fué el primero que comenzó la guerra, el que obligó á su patria á aprovecharse de la conjuntura, y el que forzó á Atala á que, dexándose de dilaciones y preparativos, tomase las armas con vigor y se expusiese al peligro. Por eso con justa razon los Rodios despues de su muerte le decretáron tales honores, que pudiesen servir de estímulo no solo á los presentes sino á los venideros, para ser útiles á la patria en sus urgencias.

CAPÍTULO II.

Razon porque muchos desisten de sus empresas.

¿Qué es lo que hace abandonar nuestros designios? Ninguna otra causa mas, que la naturaleza misma de las cosas. Miéntras las miramos de léjos, las magníficas esperanzas que se nos presentan, nos hacen anhelar aun lo imposible, y este deseo vence á la razon. Pero quando llegamos á las obras, palpamos las dificultades y obstáculos que habian ofuscado y extraviado al entendimiento, y al instante desistimos de unos intentos tan temerarios.

CAPÍTULO III.

Vanos intentos de Philipo contra la ciudad de Prinasso durante su asedio. Astucia y estratagema de que se vale para tomarla.

An. R. **D**espues de varios ataques que hizo inútiles la fortaleza del pueblo, Philipo levantó el cerco, arruinando de paso los castillos y aldeas de la comarca. Desde allí fué á campar delante de Prinasso, donde dispuestos prontamente los cestones y demas preparativos para un asedio, comenzó á hacer minas. Viendo que lo pedregoso del terreno frustraba sus esfuerzos, recurrió á esta estratagema. Hacia un grande ruido por baxo de tierra durante el dia, dando á entender que se trabajaba en las minas; y durante la noche acarreaba tierra, y la ponía á las bocas, para que se atemorizasen los de la ciudad, infiriendo por el cúmulo su adelantamiento. En efecto, aunque al principio sostuviéron con valor el asedio los cercados, así que Philipo les hubo hecho saber, que ya tenían en el ayre doscientos pies de muro; y les hubo preguntado, quál querian mas, evacuar la plaza salvas las vidas, ó quemados los puntales perecer todos entre sus ruinas; en la hora diéron crédito á sus palabras, y entregáron la ciudad.

552.
Ant. J.C.
202.

CAPÍTULO IV.

Situación y antigüedades de la ciudad de Iassis. Estatuas sobre las cuales no cae nieve, y cuerpos que no hacen sombra. Juicio de Polybio sobre aquellos, que con pretexto de religion forjan milagros y falsedades.

Yace la ciudad de Iassis en un gólfó del Asia, situado entre el templo de Neptuno de la jurisdicción de los Milesios y la ciudad de los Myndios. Este golfo se llama comunmente Bargylictico, tomando el nombre de unas ciudades, que se hallan en lo interior del seno. Los naturales se glorian de traer su origen primero de los Argivos, y despues de los Milesios; quando sus mayores, despues de la derrota que sufriéron en la guerra de Caria, admitiéron en la ciudad al hijo de Neleo, fundador de Mileto. La magnitud de la ciudad es de diez estadios. Se cuenta, y aun se cree entre los Bargylictas, que sobre la estatua de Diana Cindiade jamas cae ni nieve ni agua, en medio de estar al descubierto. El mismo prodigio se refiere entre los Iassenses del simulacro de Vesta. No faltan historiadores que han puesto esto por escrito. Pero yo me he empeñado sin saber como por toda mi historia, en contradecir y mirar con desprecio esta clase de maravillas. En mi concepto

An. R.

552.

Ant. J. C.

202.

es una debilidad pueril: :::: *dar credito* á cosas, que reflexionadas exceden no solo los límites de lo probable , sino aun la raya de lo posible. Es menester tener el juicio enfermo , para decir que ciertos cuerpos puestos al sol no hacen sombra. Con todo, Teopompo asegura que no la hacen todos aquellos , que entran en el templo de Júpiter , que está en la Arcadia. Esta es otra paradoxa igual á la antecedente. Mientras los prodigios y milagros pueden contribuir á conservar en el pueblo el respeto á la divinidad , merecen alguna indulgencia los escritores; pero pasando de aquí , se hacen irremisibles. Confieso que es difícil hallar el medio á las cosas, pero no es imposible. Y así si se ha de estar por lo que diga , hasta cierto grado es excusable la ignorancia ó la credulidad ; pero llegando al exceso , es intolerable.

CAPÍTULO V.

*Regreso de Publio Scipion á Roma y su triunfo
Muerte del rey Syphax.*

Poco despues del tiempo de que hemos hablado ántes, volvió Scipion desde Africa á Roma. La expectacion del pueblo fué consiguiente á sus grandes expediciones. La idea que se concibió de este hombre, fué magnífica; y la multitud se excedió en demostraciones de afecto hácia su persona. Esto era muy justo, conveniente, y puesto en razon. Porque no haber tenido jamas esperanza de echar á Annibal de la Italia, ni de alexar aquella tempestad que tenian sobre sí y sobre sus familias; y verse ahora no solo enteramente libres de todo temor y desgracia, sino vencedores de sus contrarios; ciertamente era motivo para hacer excesos de alegría. Pero el dia que entró triunfante en la ciudad, fué quando, acordandose de los peligros pasados por la viva imagen de lo que tenian delante, hicieron mas demostraciones de gracias para con los Dioses, y de reconocimiento para con el autor de semejante mudanza. Syphax, rey de los Masesylios, acompañaba el triunfo con todos los prisioneros, y poco despues acabó la vida en la prision. Concluido este acto, todo fué en Roma juegos y célebres espectácu-

An. R.

552.

Ant. J. C.

202.

los por muchos dias continuos , contribuyendo Scipion á sus gastos con magnificencia.

CAPÍTULO VI.

Philipo derrotado por mar , vuelve con calor á la guerra , y consigue ventajas contra Attalo y los Rodios. Un historiador , amante de la verdad , tiene obligacion de aplaudir unas veces , y vituperar otras á unos mismos personajes.

En mi concepto es dado á muchos comenzar con felicidad una empresa , y promoverla con ardor hasta cierto grado ; pero se concede á muy pocos llevarla al cabo , y suplir con la prudencia lo que falta á la voluntad , quando se atraviesa algun tanto la fortuna. Vé aquí porque se vituperará ahora con justo motivo la indolencia de Attalo y los Rodios , al paso que se admirará en Philipo el animo real , la magnanimidad , y la constancia en sus resoluciones. No pretendo en esto aplaudir toda su conducta , solo sí que es de alabar su ardor en la ocasion presente. Hago esta diferencia , para que no crea alguno que me contradigo , si elogiando poco ha á Attalo y los Rodios , y difamando á Philipo , ahora hago todo lo contrario.

Por eso advertí con todo cuidado al principio de esta obra, que es preciso á veces aplaudir, y á veces censurar unas mismas personas, porque freqüentemente las vicisitudes de los negocios y las circunstancias hacen mudar la voluntad al hombre, ya á lo peor y ya á lo mejor; y tal vez independiente de las circunstancias, solo por un impulso natural se inclina, ya á lo que le conduce, ya á lo que le daña. Una transformacion semejante se notó entónces en Philipo. Apesadumbrado con las pérdidas pasadas, solo seguia los movimientos de la cólera y del despecho; quando de repente se aplica al remedio de los males presentes con una presencia de animo que excede lo natural, vuelve así animado á emprender la guerra contra Atalo y los Rodios, y sale felizmente con la empresa. Esta reflexion no ha tenido en mí otro motivo, que ver á algunos, que semejantes á los malos atletas en el Stadio, se paran en la carrera y abandonan sus propositos, quando ya estaban para tocar en la meta; y otros que en este mismo punto es quando principalmente han sacado la ventaja á sus antagonistas.

CAPÍTULO VII.

Situacion y oportunidad de Abydes y Sesto. Comparacion del estrecho que hay entre estas dos ciudades, con el de las columnas de Hércules. Sitio de Abydes por Philipo, y valerosa resistencia de los naturales contra sus esfuerzos. Embaxada infructuosa de los sitiados á Philipo. Desesperacion extraña y horrenda de estos. Coloquio de M. Emilio con Philipo en favor de los Abydenos, pero sin efecto. Toma de la ciudad, y diversos generos de muerte con que los cercados se matan á sí propios, sus mugeres é hijos.

An. R.
553.
Ant. J.C.
201.

La situacion y oportunidad de Abydes y Sesto son tan notorias, aun entre las gentes de ménos valer, que tengo por infructuoso hacer una larga descripcion de lo peculiar de estas dos ciudades. Pero esto no basta, para que yo dexé por ahora de refrescar sumariamente la memoria de mis lectores. De este modo por la comparacion y cotejo de lo que voy á decir, se vendrá en conocimiento de la comodidad de estos dos pueblos, no de otra suerte que si se estuviese sobre ellos mismos. Así como desde lo que unos llaman mar Oceano y otros Atlantico, no se puede entrar en nuestro mar, si no se atraviesa el estrecho de las columnas de Hér-

cules; del mismo modo desde nuestro mar no se puede ir á la Propontide y al Ponto, si no se pasa por entre Abydes y Sesto. Ni fué sin falta de misterio, el que la fortuna al fabricar uno y otro canal, hiciese mucho mas dilatado el de las columnas de Hércules, que el del Hellesponto, dando á aquel sesenta estadios de anchura, y á este no mas que dos. La causa de esto fué sin duda, segun se puede congeturar, el ser el mar exterior mucho mayor que el nuestro. Pero para eso este tiene mas ventajas que el otro. Porque el de Abydes está habitado de una y otra parte, es como una especie de puerta para el comercio mutuo de los pueblos; si se quiere, sirve de puente para pasar á pie del uno al otro continente, y si no se quiere, es navegable de continuo. En vez de que del de las columnas de Hércules se hace muy poco uso, ya porque son muy pocos los que trafican con aquellos pueblos que habitan las extremidades del Africa y de la Europa, ya porque el mar exterior nos es desconocido. Abydes está ceñida por uno y otro lado de dos promontorios de la Europa, tiene un puerto capaz de tener al abrigo de todo viento á los que allí dan fondo; pero fuera de él, es imposible echar anclas delante de la ciudad; tanta es la rapidez y violencia de la corriente en el estrecho.

Esto no obstante, Philipo, habiendo cerra-

do el puerto con una palizada, y levantado todo al rededor una trinchera por la parte opuesta, tenia sitiada á Abydes por mar y tierra. Este asedio, aunque grande por la magnitud de aparatos y variedad de inventos en la construccion de las obras, con que tanto los sitiadores como los sitiados cuidáron ofenderse mutuamente y eludir sus designios, no es por aquí por donde merece nuestra admiracion. La generosidad de los sitiados, y la incomparable constancia de su valor es lo que le hace tan digno como otro, de que su memoria se trasmita á la posteridad. Al principio los Abydenos, confiados en sus fuerzas, sostuviéron con valor los esfuerzos de Philipo. Por el lado del mar, no habia máquina que se acercase, que ó no fuese desmontada por los tiros de sus ballestas, ó consumida por el fuego, hasta llegar á escapar con trabajo del peligro los navios mismos que las llevaban. Por parte de tierra, hasta cierto tiempo se defendiéron con esfuerzo, no sin esperanzas de salir vencedores de sus contrarios. Pero quando viéron venirse abaxo el muro exterior con las socabaciones; y que las minas llegaban ya hasta el otro que por parte adentro se habia levantado al frente del caído; entónces enviáron á Iphiades y Pantacno, para tratar con Philipo de la entrega de la ciudad con estas condiciones: que dexase mar-

char baxo su salva guardia las tropas que los Rodios y Attalo les habian enviado; y que permitiese salir las personas libres, á donde cada uno quisiese, con el vestido que tuviesen puesto. Philipo respondió que no habia mas arbitrio, que ó rendirse á discrecion, ó defenderse con valor, y con esto los embaxadores se retiráron.

Con esta noticia los Abydenos, reducidos á la desesperacion, se congregan para deliberar sobre el estado presente. Se resolvió, primeramente que se daría libertad á los siervos, para tenerlos prontos en su ayuda; en segundo lugar, que se meterian todas las mugeres en el templo de Diana, y todos los niños con sus nodrizas en el gymnasio; y últimamente, que se amontonaria en la plaza toda la plata y oro, y se llevaría toda la ropa preciosa á la quadrirreme de los Rodios, y á la trirreme de los Cyzicenos. Propuesto esto y executado por todos segun el decreto, volviéron á llamar á junta, donde se eligiéron cinquenta ancianos de los de mayor confianza y vigor, para poder llevar á efecto lo que se resolviese. Á estos se les hizo prestar juramento en presencia de todos los ciudadanos, de que quando viesen el muro interior tomado por los enemigos, degollarian los hijos y mugeres, pondrian fuego á las dichas dos galeras, y arrojarian al mar el oro y la



plata, como habian prometido. En consecuencia de esto juraron todos en presencia de sus sacerdotes, que ó vencerian ó pelearian hasta perder la vida por la patria. Ultimamente inmoladas las víctimas, precisaron á los sacerdotes y sacerdotisas, á pronunciar mil exêcraciones sobre los holocaustos contra los que faltasen al juramento. Ratificado todo esto, desistieron de hacer contraminas; pero se conviniéron, en que así que el muro interior se desplomase, todos irian á la brecha á contener el ímpetu del enemigo, y moririan entre sus ruinas.

Por lo dicho se vé, que la audacia de los Abydenos excedió á la decantada desesperacion de los Phocenses, y á la animosidad de los Acarnanios. Es cierto que los Phocenses decretaron esto mismo sobre sus familias, pero no tenian tan del todo perdidas las esperanzas de la victoria, puesto que iban á medir sus fuerzas con los Tesalos en batalla ordenada y á campo raso. Igual resolucion tomaron los Acarnanios sobre su salud, previendo la irrupcion de los Etolios, como hemos expuesto mas arriba muy por menor. Pero los Abydenos estaban encerrados por todas partes, y casi sin esperanza de remedio, quando unanimes eligieron ántes una muerte segura con sus mugeres é hijos, que una vida con la presuncion de que estos caerian en manos del enemigo. Por eso en el de-

sastre de los Abydenos se puede culpar justamente á la fortuna , de que compadecida de las desgracias de aquellos dos pueblos , los restableciese al momento , y los concediese la victoria y la salud quando ménos lo pensaban , y á este le tratase con tanto rigor. Porque los hombres murieron , la ciudad fué tomada , y los hijos con sus madres cayéron en manos del enemigo.

Despues que vino á tierra el muro interior, los sitiados puestos sobre la brecha segun habían jurado , peleaban con tanto esfuerzo , que Philipo , no obstante los contínuos refuerzos que estuvo enviando hasta que vino la noche, al cabo se retiró con muy pocas esperanzas de conseguir la empresa. Los Abydenos que primero entráron en la accion , no solo se batian con furor rompiendo por cima de los cuerpos muertos , ni obstinados peleaban únicamente con las espadas y lanzas , sino que quando se les inutilizaban estas armas , ó la violencia se las arrancaba de las manos , se arrojaban á cuerpo descubierto á los Macedonios , tiraban por tierra á unos , quebraban las lanzas de otros , y con los pedazos y casquillos de estas mismas los herian la cara y demas partes del cuerpo descubiertas , hasta reducirlos á la última desesperacion. Venida la noche , cesó la batalla. Los mas habian perdido la vida sobre la brecha , y

el resto se hallaba desalentado con el cansancio y las heridas. En esta situación Glaucides y Tegeneto, despues de haber congregado unos quantos de los ancianos, se separaron por intereses particulares de la gloriosa y admirable resolution que habian tomado sus conciudadanos. Determinaron por salvar la vida á sus hijos y mugeres, enviar á Philipo al instante que amaneciese los sacerdotes y sacerdotisas con coronas, para implorar su clemencia, y entregarle la ciudad.

Á esta sazón el rey Attalo, con la noticia que tuvo del sitio de Abydes, vino por el mar Egeo á Tenedos. Igualmente los embaxadores que Roma enviaba á los reyes Ptolemeo y Antioco, informados en Rodas del asedio, despacharon á la misma Abydes á M. Emilio, el mas joven de ellos, para que diese cuenta á Philipo de las intenciones del Senado. En efecto, llega éste á Abydes, hace saber á Philipo lo resuelto por el Senado, y le intima que no haga la guerra á ningun pueblo de la Grecia, que no se mezcle en asunto alguno que concierna á Ptolemeo, y que se sujete á juicio sobre los agravios hechos á Attalo y los Rodios. *Sí obráis así, añadió, tendreis paz; de lo contrario, contad sobre vos las armas de los Romanos.* Philipo quiso hacerle ver, que los Rodios le habian atacado primero. Pero Emilio interrumpiéndolo-

le , le dixo : y bien , ¿ qué os han hecho los Atenien-
ses ? ¿ Qué los Cianos ? ¿ Qué ahora los Abydenos ?
¿Cuál de estos pueblos os ha provocado primero ? El
rey cortado y sin saber que responder , por tres
motivos , dixo , os perdono el orgullo con que
me habeis hablado : el primero , porque sois jo-
ven y sin experiencia ; el segundo , porque sois
el mas bien parecido entre los de vuestra edad ,
y en esto no mentia : : : Deseára en el alma que
vuestra república observase fielmente los trata-
dos , y que no llevase las armas contra los Ma-
cedonios ; pero si tal hiciese , me defenderé con
valor , invocando la proteccion de los Dioses.
Concluida esta habla se separáron.

Philipo , dueño de la ciudad , halló todas
las riquezas puestas en un monton por los Aby-
denos , y se apoderó de ellas sin obstáculo. Pe-
ro no pudo ménos de pasmarse , al ver el furor
con que tanto número de hombres , unos se
degollaban , otros se mataban , otros se ahorca-
ban , otros se arrojaban en los pozos , otros des-
peñaban de los texados sus hijos y mugeres ; y
penetrado de dolor con tal espectáculo , mandó
dar tres días de dilacion á todo el que se qui-
siese ahorcar ó degollar. Mas los Abydenos , fir-
mes en la resolucion tomada , y en el concepto
de que era degenerar de los que habian peleado
por la patria hasta el último aliento , miráron
con desprecio la vida ; y á excepcion de los que

ó por las prisiones ó por iguales obstáculos no pudieron, todos los demas por familias se arrojaron á la muerte sin reparo.

CAPÍTULO VIII.

Expedicion de Philopemen , pretor de los Acheos, contra Nabis tirano de Lacedemonia. Expediente de que se vale Philopemen , para juntar á un tiempo en Texea todas las tropas de la Republica , sin que supiesen á que ni á donde se caminaba.

Philopemen ajustó primero con exâctitud las distancias que habia entre todas las ciudades Acheas, y quales podrian servir de tránsito para venir á Texea. Hecho esto , despachó cartas á todas ellas , y cuidó se llevasen primero á las mas remotas, distribuyéndolas de manera , que cada una recibiese no solo la que á ella iba dirigida, sino tambien las de las otras ciudades que caían sobre la misma ruta. Las primeras dirigidas á los gobernadores estaban concebidas en estos términos : „Al recibo de esta , hareis juntar al momento en la plaza toda la gente de edad competente , la dareis armas , víveres y dinero para cinco dias , y una vez congregada , la tomareis y conducireis á la ciudad inmedia-

„sta. Á vuestro arribo á esta, entregareis al Gobernador la carta que para él vá dirigida, y dareis cumplimiento á su contenido.“ Esta segunda carta contenia lo mismo que la primera, á excepcion del nombre de la ciudad á donde se habia de marchar. Executada esta misma diligencia con todas las ciudades de tránsito, consiguió, lo primero que nadie peneirase, para que empresa ó con que designio se hacia este aparato; y lo segundo, que nadie supiese en punto á la marcha, mas que hasta la ciudad inmediata. Se juntaban los unos con los otros sin saberse dar la razon, y entre tanto se iba marchando para adelante. Pero como no distaban igualmente de Texea todas las ciudades, no en todas fuéron entregadas las cartas á un tiempo, sino á proporcion en cada una. De aquí provino que, sin saber los de Texea ni los mismos que venian marchando lo que se maquinaba, todos los Acheos entráron armados por todos lados dentro de Texea.

Philopemen habia escogitado esta astucia, por los muchos espías y exploradores que el tirano tenia apostados por todas partes. El día mismo en que se habian de congregar en Texea todos los Acheos, destacó un cuerpo de tropas escogidas, con órden de ir á hacer noche á las inmediaciones de Sellasia, entrar al amanecer del día siguiente por la Laconia, y caso que acu-

diése al peligro la tropa mercenaria y los incomedase, retirarse á Scotita, y en todo lo demas obedecer á Didascalondas el Cretense, á quien habia confiado y comunicado todo el proyecto. En efecto, marcha esta tropa llena de confianza á executar lo dispuesto. Entre tanto Philopemen manda cenar con tiempo á los Acheos, los saca de Texea, y despues de una marcha forzada durante la noche, llega al amanecer, y pone emboscada su gente en los alrededores de Scotita, pueblo entremedias de Texea y Lacedemonia. Al dia siguiente la guarnicion extrangera que habia en Pellene, apénas supo por sus exploradores la irrupcion del enemigo, acude sobre la marcha como tenia de costumbre, y carga sobre los contrarios. Los Acheos se baten en retirada segun el órden. La guarnicion los persigue vivamente, y sigue el alcance con esfuerzo; pero quando ya hubo llegado al sitio de la emboscada, échanse fuera los Acheos, pasan á cuchillo una parte, y hacen prisionera á otra.

EXTRACTOS

DEL LIBRO DECIMOSEPTIMO.

DE LA HISTORIA DE POLYBIO

MEGALOPOLITANO.



CAPÍTULO PRIMERO.

Conferencia infructuosa cerca de Nicea en el golfo Melico entre Philipo, el cónsul Tito Flaminio, Amynandro rey de los Athamanos, y los diputados de las ciudades aliadas. Despachan á Roma sus embaxadores estos potentados, oye el Senado sus pretensiones, y decreta la guerra contra Philipo.

Llegado el dia señalado para la conferencia, Philipo partió de Demetriades para el golfo Melico, con cinco fustas y un bergantín en que él venia. Traía consigo, de la Macedonia á Apo-

An. R.

55.
Ant. J.C.

199.

llodoro y Demostenes sus secretarios; de la Beocia á Brachylles; y de la Achaia á Cycliadas, quien, por motivos que ya hemos apuntado, andaba desterrado del Peloponeso. Con Flaminio venian el rey Amyndandro, Dionysodoro embajador de Attalo, y los diputados de varios pueblos y ciudades; por los Acheos, Aristeneto y Xenophonte; por los Rodios, el almirante Acesimbrotto; por los Etolios, el pretor Pheneas y otros muchos magistrados. Quando ya estuviéron á la vista de Nicea, Flaminio y los que le acompañaban, se pusieron sobre la ribera misma del mar; pero Philipo, aunque se acercó á la costa, se estuvo al ancla. Habiéndole el cónsul mandado que desembarcase, desde lo alto de la proa respondió, que no haria tal. Vuelto á preguntar de qué temia, replicó; „*temer, á nadie mas que á los Dioses; pero desconfío de todos los presentes, y sobre todo de los Etolios.*“ Admirado Flaminio le dixo, que el peligro era igual, y la situacion comun á todos. „*No decís bien,* replicó Philipo; *muerto Pheneas, no faltarán á la Etolia otros pretores que manden sus armas; pero muerto Philipo, no tiene la Macedonia por ahora otro rey que la gobierne.*“ Á todos pareció que esta arrogancia ya no era buen principio para un congreso. No obstante Flaminio le dixo, que explicase á qué venia; pero el rey respondió, eso no me toca á mí, sino á vos; y

así os suplico manifesteis, qué hay que hacer para vivir en paz. „Lo que vos teneis que hacer, replicó el cónsul en pocas y terminantes palabras, es, mandar retirar vuestras armas de toda la Grecia; devolver á cada uno los prisioneros y transfugas, que reteneis en vuestro poder; entregar á los Romanos las plazas de la Illyria, de que os habeis apoderado despues de la paz ajustada en Epiro; y restituir igualmente á Ptolemeo todas las ciudades, que le habeis quitado despues de la muerte de Ptolemeo Philopator.“

Dicho esto, Flaminio se volvió á los demas embaxadores, y les mandó exponer las órdenes que tenian de sus soberanos. El primero que tomó la palabra, fué Dionysodoro embaxador de Attalo, y pidió que Philipo entregase á su amo los navíos y prisioneros que habia tomado en la batalla naval de Chio, y reedificase enteramente el templo de Vénus y el Nicephorio que habia arruinado. Despues de este, Acesimbrotó almirante de los Rodios mandó, que evacuase la provincia Perea que habia quitado á los Rodios, que sacase las guarniciones que habia puesto en Iasso, Bargylio y Euromes, que restableciese á los Perintios en la forma de gobierno que tenian comun con los Byzantinos, y en fin que se retirase de Sesto, Abydes, y demas plazas de comercio y puertos del Asia. Al

almirante Rodio siguiéron los Acheos, y pidiéron á Corinto y á Argos restablecida. Despues de estos los Etolios mandáron, que saliese de toda la Grecia, como habian pedido los Romanos, y que les devolviese libres de todo daño las ciudades, que ántes eran de su jurisdiccion y gobierno.

Así habia hablado Pheneas pretor de los Etolios, quando Alexandro llamado el *Isio*, personage que pasaba por eloqüente y experimentado en los negocios, tomó la palabra y dixo : „Philipo ni hace la paz con sinceridad, ni la „guerra con honor, quando es menester. En „los congresos y negociaciones espia, acecha y „hace todos los oficios de un enemigo; en la „guerra se porta con injusticia y demasiada ba- „xeza. Jamas se presenta cara á cara al enemi- „go, sino hace que huye, quema y saquea al „paso las ciudades, y por este iniquo proceder, „aunque vencido priva al vencedor del premio „de sus victorias. Bien léjos de tener esta con- „ducta los primeros reyes de Macedonia, todo „lo contrario; peleaban siempre á campo raso „de poder á poder, y rara vez robaban ó aso- „laban las ciudades. Esto se vió palpablemente „en la guerra que Alexandro hizo á Dario en „el Asia, y en la cotienda que hubo entre sus „sucesores, quando todos lleváron las armas „contra Antigono por el imperio del Asia. Este

„modo de proceder lo observáron constante-
„mente todos sus sucesores hasta Pyrró: pelear
„francamente y á campo raso, hacer todos los
„esfuerzos para superar por las armas á sus con-
„trarios; pero perdonar las ciudades, para rey-
„nar sobre los vencidos, y tener mas súbditos
„de quien ser honrados. ¿Y á la verdad, no es
„una locura, y locura desenfrenada, arruinar
„aquello que motiva la guerra, y al cabo de-
„jar en pie la misma guerra? Con todo, tal es
„la conducta presente de Philipo. Mas ciudades
„arruinó él á los Tesalios, siendo su amigo y
„aliado, quando se retiraba por las gargantas
„del Epiro, que jamas destruyó otro que tu-
„viese guerra con este país. Despues de haber
„dicho otras muchas cosas al mismo intento,
„terminó el discurso con preguntar á Philipo
„¿por qué habia arrojado de Lysimachia, ciu-
„dad aliada de los Etolios, al gobernador que
„estos habian enviado, y puesto guarnicion en
„ella? ¿Cómo siendo amigo de los Etolios, habia
„reducido á servidumbre á los Cianos, sus con-
„federados? ¿Qué razon tenia para retener aho-
„ra á Echino, Tebas, Phthias, Pharsalo y La-
„rissa? “ Así acabó de hablar Alexandro.

Philipo se acercó un poco mas á la costa, y
puesto en pie sobre su navío, dixo hablando
con Alexandro: „En efecto, no se podia espe-
„rar de un Etolio sino una declamacion de tea-

„tro. Todos saben, que nadie quiere hacer da-
„ño voluntariamente á sus aliados ; pero que hay
„conjunturas que fuerzan muchas veces á los
„xefes , á obrar contra sus inclinaciones.“ Aun
no habia acabado de decir esto , quando Phe-
neas , que era bastante corto de vista , le inter-
rumpió asperamente diciendo : eso es delirar ,
no hay mas arbitrio que ó vencer peleando ,
ó recibir la ley del vencedor. Philipo , aunque
el lance no era para burlas , con todo sin poder
contener su genio chistoso y naturalmente incli-
nado á las chanzas , se volvió á Pheneas , y le
dixo , *hasta los ciegos ven esta verdad*. Y vuelto
otra vez hácia Alexandro prosiguió : „Me pre-
„guntas por qué he tomado á Lysimachia ? Por-
„que por vuestra desidia no fuese arrasada por
„los Traces , como sucede ahora , despues que
„las urgencias de esta guerra me han forzado á
„sacar de ella las tropas , no que la guarnecian ,
„como tu dices , sino que la servian de defensa.
„Tampoco he destruido á los Cianos ; lo que
„he hecho sí , es dar ayuda para arruinarlos á
„Prusias , que estaba en guerra con ellos. Y de
„esto habeis vosotros sido la causa. Porque ha-
„biéndoos pedido repetidas veces los otros pue-
„blos de la Grecia y yo por mis embaxadores ,
„que abrogaseis la ley , que os dá facultad *para*
„*tomar despojos de despojos* ; no habeis dado otra
„respuesta , sino que ántes quitariais la Etolia

„de la Etolia, que revocar semejante ley.“

Flaminio extrañó qué queria decir esto, pero el rey procuró instruirle diciendo : „Que entre „los Etolios hay la costumbre, no solo de ro- „bar el pais de aquellos con quienes están en „guerra ; sino que , si qualesquiera otros pue- „blos tienen guerra entre sí, aunque sean sus „amigos y aliados, les es permitido sin autori- „dad alguna pública, militar en las banderas de „unos y otros, y saquear el pais de ambos. De „suerte que en qualquiera disputa que se origi- „ne entre sus aliados, siempre se les tiene por „enemigos ; tan confundidos están entre los „Etolios los derechos de la amistad y del ódio. „Á vista de esto, ¿cómo se atreven á reprobár- „me el que, siendo amigo de ellos y aliado de „Prusias, haya obrado en perjuicio de los Cia- „nos, socorriendo á uno de mis aliados ? Pero „lo mas insufrible es, quererse hacer iguales „con los Romanos, y mandar como ellos, que „los Macedonios evacuen la Grecia. Este tono „imperioso en boca de un Romano ya se puede „aguantar, mas en la de un Etolio es intolerable. ¿De qué Grecia, decidme, quereis que „salga ? ¿Dentro de que términos la circunscri- „bís vosotros ? Porque la mayor parte de los „Etolios no son Griegos ; ni los Agraos, Apo- „dotes, y Amphilocos pertenecen á la Grecia ; „¿me concedeis acaso estos pueblos ?“

Á estas palabras Flaminio no pudo contener la risa. „Pero esto baste, continuó Philipo, por „lo que hace á los Etolios. Respecto á Attalo y „los Rodios, si la cosa se viese ante un juez „equitativo, ántes saldrian ellos condenados á „restituirme los navíos y hombres que me han „apresado, que no yo á ellos. Yo no he sido „quien primero provocó á Attalo y los Rodios, „sino al contrario, y esto es notorio. No obstante pues así lo quieres Dionysodoro, yo „convengo en restituir á los Rodios la Perea, y „á Attalo los navíos y prisioneros que se en- „contrasen. Pero quanto á los daños del Nice- „phorio y del templo de Vénus, puesto que no „me hallo en estado de indemnizarlos de otro „modo, enviaré plantas y jardineros, que cui- „den de cultivar el terreno, y plantar mas ár- „boles que los que se cortáron.“ Esta bufonada volvió á excitar la risa en Flaminio. Philipo pasó despues á los Acheos. Les refirió los beneficios que habian recibido primero de Antigono, despues de él, y á conseqüencia de esto traxo á colacion los grandes honores, que habian conseguido de los Acheos los reyes de Macedonia. Por último les leyó el decreto que habian hecho para separarse de los Macedonios, y pasarse al partido de los Romanos; y con este motivo se extendió mucho sobre su perfidia é ingratitud. No obstante dixo, que les restituiria á

Argos ; pero que quanto á Corinto , lo deliberaría con Flaminio.

Despues de haber respondido así á los demas , dirigiendo la palabra al cónsul , le preguntó , ¿ de qué lugares ó ciudades de la Grecia queria que se retirase ? ¿ de aquellos que él habia conquistado , ó tambien de los que habia heredado de sus mayores ? Viendo que Flaminio no respondia , iban ya á hacerlo Aristeneto por los Acheos , y Pheneas por los Etolios ; pero ya iba á anohecer , y la estrechez del tiempo estorbó su razonamiento. Philipo pidió se le diesen por escrito todos los artículos , sobre que se habia de fundar la paz ; diciendo que se hallaba solo , y no tenia allí con quien consultar ; pero que él volveria con la respuesta , despues de haber examinado lo que se le ordenase. Flaminio habia escuchado con gusto el gracejo de este príncipe ; pero para que no creyesen los demas que no tenia que responder , le volvió en cambio este chiste : *bien decís que os hallais solo , pues habeis muerto á todos los amigos que os pudieran dar un buen consejo.* Á estas palabras el rey no hizo mas que callar y sonreirse con una risa simulada. Con esto se separaron , despues de haberle dado por escrito todas las condiciones , con que querian se ajustase la paz , semejantes á las que hemos dicho ántes , y haber determinado que al dia siguiente se volverian á juntar en Nicea.

En efecto, Flaminio vino al sitio señalado, donde ya todos estaban, ménos Philipo que no parecia. Ya era muy entrado el dia, y casi no se esperaba que viniese, quando al ponerse el sol se presentó acompañado de los del dia anterior. Segun él pretextó, habia gastado todo el dia en deliberar sobre unas condiciones tan difíciles y embarazosas; pero en el concepto de los demas, esto lo hizo con el fin de no dar tiempo á la acusacion que los Acheos y Etolios tenian contra él intentada. Porque el dia ántes al partirse habia reparado, que unos y otros estaban en disposicion de altercar con él, y manifestarle sus quejas. Confirmáronse en el pensamiento, quando viéron que así que se acercó, pidió al cónsul, le permitiese una conferencia privada con él, á fin de que no se reduxese el asunto por ambas partes á una mera disputa de palabras, y se diese algun corte á la contienda. Como porfiaba en esto, y lo pedia con instancia, Flaminio preguntó á sus compañeros qué se habia de hacer; y habiendo todos consentido en que viniese con él á una habla, y escuchase lo que proponia, tomó consigo á Appio Claudio, tribuno entónces, dió orden á los otros que se separasen un poco de la mar y esperasen allí, y mandó á Philipo que saltase á tierra. En efecto, el rey salió acompañado de Apollodoro y Demostenes, se acercó á Flami-

nio , y estuvo hablando con él un gran rato. Lo que pasó entre los dos , es difícil de contar; pero lo que Flaminio dixo á sus compañeros despues de haberse separado el rey , fué , que Philipo devolveria á los Etolios á Pharsalo y Larissa , pero no á Tebas ; que cederia á los Rodios la provincia Perea , pero retendria á Iasso y Bargylio ; que entregaria á los Acheos á Corinto y á Argos ; que daria á los Romanos toda la Illyria y todos los prisioneros ; y que á Attalo restituiria sus navíos , y quanta gente se encontrase haber sido hecha prisionera en las batallas navales.

Todos desecháron una paz con estas condiciones , y dixéron que hiciese primero el rey lo que toda la asamblea le habia ordenado , esto es , que evacuase toda la Grecia ; ó de lo contrario , todo lo que ajustase con los particulares , seria inútil y de ningun efecto. Philipo viendo la contienda que entre ellos habia , temió las acusaciones contra él intentadas , y pidió al cónsul , por ser ya demasiado tarde , que suspendiese la junta hasta el dia siguiente , en que él ó haria acceder á la asamblea á sus propuestas , ó se dexaria convencer. Flaminio se lo concedió , y señalado sitio sobre la costa junto á Thronio para convenirse , se despidiéron. Al dia siguiente todos acudiéron á buena hora al lugar determinado. Philipo despues de un corto razo-

namiento, suplicó á todos, y sobre todo á Flaminio, que no interrumpiesen la negociacion, puesto que los mas estaban inclinados á un convenio; y que si á lo que dixese tuviesen algo que oponer, lo hiciesen todos acordes; pues de lo contrario, despacharia sus embaxadores al Senado, y ó persuadiria á los padres á que accediesen á sus solicitudes, ó pasaria por lo que le mandasen. Á esta proposicion todos los demas dixéron, que se debia renovar la guerra, y no hacer caso de lo que el rey pedia. Pero el cónsul, no ignoro, dixo, que Philipo está muy distante de acceder á ninguna de las proposiciones; mas puesto que con la gracia que pide, no perjudica á los negocios, será preciso concedersela. Fuera de que no es posible resolver nada de quanto ahora se diga sin la autoridad del Senado; y para saber la voluntad de los padres, esta es la sazon mas oportuna; puesto que los exércitos nada pueden obrar durante el invierno, y léjos de perjudicar, será muy ventajoso á todos, dexar este tiempo para informar al Senado del estado actual de las cosas.

Al ver que Flaminio se inclinaba á que el asunto se llevase al Senado, todos asintieron al momento, y se resolvió conceder á Philipo, que despachase sus embaxadores á Roma, y que igualmente cada uno de los interesados enviase los suyos, para informar al Senado y exponer

sus quejas contra Philipo. El cónsul, habiéndole salido el asunto de la conferencia á medida del deseo é idea que desde el principio se habia formado, procuró despues llevar adelante lo comenzado. Cuidó de asegurar su persona, y no conceder ventaja alguna á Philipo. Pues aunque le dió dos meses de treguas, para que dentro de este espacio evacuase en Roma su embaxada; le mandó al mismo tiempo, que sacase sin dilacion las guarniciones de la Phocida y de la Locrida. Su providencia se extendió tambien á los aliados. Cuidó exáctamente, de que durante el tiempo de la tregua no recibiesen daño alguno de parte de los Macedonios. Intimadas por escrito estas condiciones á Philipo, executó por sí mismo lo que faltaba al proyecto. Para esto envió sin dilacion á Roma á Amyndro, conociendo por una parte, que este príncipe era de un genio docil, y que con facilidad condescenderia con quanto sus amigos de Roma quisiesen, y por otra, que el nombre de rey podria dar una idea y concepto ventajoso á la embaxada. Diputó despues por su parte á Q. Fabio su sobrino, á Q. Fulvio, y con estos á Appio Claudio por sobrenombre Neron. Por parte de los Etolios fuéron á Roma Alexandro el Isio, Democrito el Calydonio, Dicaearcho el Trichonio, Polemarcho de Arsinoe, Lamio el Ambraciota, y Nicomacho el Acarnanio. Los

que habían escapado de Thurio, y se habían domiciliado en Ambracia, enviaron á Teodoto de Pherea, que habia sido desterrado de Tesalia, y vivia en Strato. Por los Acheos fué Xenofonte el Egeo; por Attalo, solo Alexandro; y por el pueblo de Atenas, Cephisodoro y los que con él estaban.

Todos estos embaxadores llegaron á Roma, ántes que el Senado hiciese la distribucion de magistrados de aquel año. Se dudaba aun, si se remitirian ambos cónsules á la Galia, ó si se enviaria el uno contra Philipo. Pero despues que supieron de cierto los amigos de Flaminio, que los dos cónsules permanecian en la Italia, á causa del recelo que se tenia de los Galos, todos los embaxadores entraron en el Senado, y comenzaron á declamar amargamente contra Philipo. Lo mas de lo que dixeron, se reduxo á lo mismo que ya anteriormente habian dicho al mismo rey; pero en lo que mas conato pusieron, fué en impresionar al Senado de que, miéntras Chalcis, Corinto y Demetriades estuviesen en poder de los Macedonios, no podria tener la Grecia ni aun sombra de libertad. Esta es expresion, añadieron, del mismo Philipo, la que oxala no fuera tan cierta y evidente, que estas tres plazas son las travas de la Grecia. Pues ni podrá respirar el Peloponeso, miéntras él tenga guarnicion en Corinto; ni los Locros, Beo-

cios y Phocenses osarán removerse , ocupando él á Chalcis y el resto de la Eubea; ni los Tesalos y Magnetas podrán gustar jamas de la libertad , con solo tener el rey por suya á Demetriades. En este supuesto, qualquiera cesion que Philipo haga de otros lugares , no es mas que con la mira de evadir el peligro que le amenaza ; pues el dia que se le antoje , volverá á sojuzgar con facilidad la Grecia , siempre que ocupe los puestos que hemos dicho. Por lo qual pedian al Senado , que ó forzase á Philipo á salir de estas plazas , ó dexase las cosas en el mismo estado , y tomase las armas con vigor contra este príncipe ; pues con las dos derrotas que habian sufrido ya por mar los Macedonios , y la escasez de municiones que sentian por tierra , estaba ya andado lo mas penoso de la guerra. Despues de lo qual , suplicáron á los padres , no desmintiesen la esperanza que la Grecia habia concebido de su libertad , ni se privasen voluntariamente del honroso título de Libertadores. Á esto poco mas ó ménos se reduxo el discurso de los embaxadores Griegos. Los de Philipo se disponian á hacer un largo razonamiento , pero desde luego fuéron interrumpidos. Porque preguntados , si cederian á Chalcis , Corinto y Demetriades , respondieron que no tenian órden alguna sobre estos particulares ; con cuyo motivo reprehen-

didos por los padres, dexáron de hablar.

An. R. El Senado despachó los dos cónsules á la
 556. Galia, como hemos dicho ántes, y decretó
 Ant. J. C. continuar la guerra contra Philipo, dando á
 198. Flaminio el cargo de los negocios de la Grecia. Sabidas en Grecia prontamente estas nuevas, todo salió á Flaminio á medida del desseo. No dexó de favorecerle algun tanto la fortuna; pero lo principal lo debió á la prudencia con que se conduxo en todos los asuntos, y á su singular penetración, en la que podia competir con qualquier otro Romano. En efecto, en medio de ser á la sazón demasiado jóven, como que no pasaba de los treinta años, y ser el primero que había pasado á la Grecia con ejército; se portó tanto en las empresas públicas como en las negociaciones particulares con tanto acierto é inteligencia, que no dexó que desear.

CAPÍTULO II.

CAPÍTULO III.

El hombre es mas infeliz que las bestias.

Aunque el hombre parece el mas astuto de los animales, muchas razones nos persuaden á que es el mas miserable. Porque los demás animales solo están sujetos á las pasiones del cuerpo, y estas son las únicas que los hacen errar; pero el hombre, á mas de las pasiones del cuerpo, esclavo tambien de sus opiniones, peca no ménos contra la naturaleza que contra la razon.

CAPÍTULO III.

Costumbre en la milicia Romana de llevar estacas para las urgencias. Descripción del vallado Romano, y su gran ventaja sobre el Griego. Campamentos de Flaminio y de Philipo cerca de Pheras en la Tesalia, y repugnancia de venir á una acción decisiva. Encuentro de los dos exércitos Macedonio y Romano cerca de Telidio, y vigorosa escaramuza entre su infantería ligera. Privativo modo de pelear de los Etolios. Combate general en que se vé empeñado Philipo por imprudencia junto á los collados Cynoscephalos. Ordenanza de ambos exércitos. Cruel batalla y victoria por los Romanos.

An. R.
556.
Ant. J. C.
198.

Flaminio, no pudiendo saber á punto fixo donde campaba el enemigo, solo sí que habia entrado en la Tesalia, mando á las tropas que cortasen estacas, y las llevasen consigo para quando las pidiese la urgencia. Esta costumbre, que en la milicia Romana es fácil de practicar, en la Griega pasa por impracticable. Mientras que los Griegos en las marchas apenas pueden sostener sus cuerpos, y esto con trabajo; los Romanos, á mas de los escudos que llevan colgados de los hombros con correas de cuero, y los chuzos que tienen en las

manos, conducen tambien estacas, y eso que de estas á las Griegas hay una notable diferencia. Porque entre los Griegos, las mejores son las que tienen mas y mas largas ramas al rededor del tronco; en vez de que entre los Romanos, las que únicamente tienen dos, tres, ó quando mas quatro, y estas::: que nazcan de un solo lado, no permixtamente de ambos. De este modo la conduccion de ellas es facil, como que un hombre lleva tres y quatro liadas en un manojo, y el servicio firme en extremo. Las que fixan los Griegos para defensa del campamento, son fáciles de arrancar. Porque como solo cubren y aprietan el tronco baxo de tierra, y las ramas que de él nacen son muchas y largas, con dos ó tres hombres que tiren de ellas, arrancan la estaca con facilidad, y he aquí una puerta abierta al enemigo, y removidas las estacas inmediatas, por ser muy poco el enlace y conexiõn que entre sí tienen las ramas.

Al contrario sucede entre los Romanos. Desde el principio las ponen con tal trabazon, que ni se distingue facilmente, de que troncos procedan las ramas por estar empotrados en la tierra, ni las ramas de que troncos. Fuera de esto es imposible meter la mano por entre las ramas, para agarrar el tronco; tanta es la espesura y enlace de unas con otras, y tan sumo el cuidado que ponen en aguzar sus extremos. Y

aun quando se agarre, no es tan facil arrancarle; lo primero, porque cada pie recibe por sí solo de la tierra su consistencia; y lo segundo, porque hay tal trabazon en las ramas, que no se puede quitar una, sin que esta traiga consigo muchas. De suerte que no son capaces dos ó tres hombres de arrancar una estaca; y en el caso de que á fuerza de embiones arranquen una ú otra, aun así es imperceptible el hueco que dexa. Á vista de tan sobresalientes ventajas, como la de hallarse en qualquier parte, la de ser facil de conducir, y la de servir de un reparo firme y estable para un campo; bien se dexa conocer que, si entre las máximas de la milicia Romana hay alguna que merezca nuestra imitacion y celo, con particularidad esta segun mi concepto.

Flaminio, despues de haberse provisto de estos pertrechos para lo que pudiera ocurrir, echó á andar con todo el ejército á paso lento, y quando ya estuvo á cinquenta estadios de Pheras, sentó su campo. Al amanecer del dia siguiente destacó gentes, que batiesen y registrasen la campaña, por si pudiera saber con algun motivo, donde paraba y que hacia el enemigo. Philipo, informado al mismo tiempo de que los Romanos campaban en las cercanias de Tebas, parte de Larisa con todo el ejército, y abanza en derechura hácia Pheras. Á treinta es-

tadios de esta ciudad , hizo alto , y mandó á sus tropas comiesen temprano. Al amanecer puso en pie el ejército , destacó á los que se acostumbra enviar por delante , con orden de ocupar las eminencias inmediatas á Pheras , y entrando el dia echó fuera de las trincheras sus soldados. Poco faltó para que unos y otros batidores no se encontrasen sobre aquellos collados. Pero divisandose mutuamente al traves de la obscuridad quando ya estaban á corta distancia , se pararon , y despacharon prontamente quienes informasen á sus respectivos comandantes de lo que pasaba. Los dos generales tuvieron por conveniente::: *subsistir* en sus reales , y volver á llamar sus corredores. Al dia siguiente uno y otro despacharon á la descubierta un cuerpo de trescientos caballos y otros tantos velites. Flaminio tuvo la precaucion de enviar entre estos dos esquadras de Etolios , por la noticia que tenían del terreno. Los dos destacamentos se encontraron en el camino que vá de Pheras á Larissa , donde se travó un vivo combate. Pero Eupolemo el Etolio , despues de haber hecho por sí prodigios de valor , empenó en la accion á los Italianos , y fueron arrollados los Macedonios. Con esto despues de una larga escaramuza unos y otros se retiraron á sus campos.

En el dia siguiente los dos generales , disgusta-

dos con el terreno de las cercanias de Pheras, por estar lleno de arboles, setos y huertos, levantaron el campo. Philipo tiró la vuelta de Scotusa, para proveerse aquí de mantenimientos, y despues de equipado tomar un sitio ventajoso á sus tropas. Flaminio, sospechándose esto mismo, movió su ejército al mismo tiempo, y marchó en diligencia á talar ántes y con ántes las mieses de la campiña de Scotusa. Una cordillera de elevadas montañas que corría por entre los dos ejércitos, fué causa de que durante el camino ni los Romanos viesen á los Macedonios, ni los Macedonios á los Romanos. Al cabo de un dia de marcha, Flaminio campó en un lugar llamado Eretria de Pheras, y Philipo á las márgenes del rio Onchesto, sin saber el uno del campo del otro. Al dia siguiente prosiguieron su marcha. El rey sentó sus reales en un pueblo del territorio de Scotusa, llamado Melambio, y el cónsul cerca de Tetidio en la Pharsalia, durando aun entre los dos la misma ignorancia. Habiendo llovido aquella noche con mucha furia y espantosos truenos, al dia siguiente amaneció toda la atmosphaera tan condensada y llena de nubes, que la obscuridad no dexaba ver á dos pasos de distancia. Á pesar de este inconveniente Philipo, con el anhelo de conseguir su designio, echó á andar con todo el ejército; pero incomodado en el

camino por la obscuridad, despues de haber andado un corto espacio, se atrincheró, y envió un destacamento á ocupar la cumbre de los collados que le separaban del Romano.

Flaminio, acampado en Tetidio y sin saber donde paraba el enemigo, destacó por delante diez esquadras de caballería y mil hombres de infantería ligera, con órden de explorar y recorrer con cuidado la campaña. Esta gente se encaminó hácia las montañas, y con la obscuridad del dia cayó imprudentemente en la emboscada de los Macedonios. Al principio unos y otros se turbáron algun tanto, pero á poco rato se comenzó á hacer ensayo de las fuerzas, y se despachó por ambas partes á sus xefes aviso de lo que pasaba. En este encuentro los Romanos, oprimidos y mal parados por los Macedonios que estaban emboscados, embiáron á su campo á pedir socorro. Flaminio animó á marchar allá á Archedamo y á Eupolemo, ambos Etolios, y les dió dos tribunos con quinientos eaballos y dos mil infantes. Á la llegada de este refuerzo con los que ya estaban peleando, súbitamente mudó la accion de semblante. Los Romanos, recobrados con este nuevo socorro, volviéron á la carga con doblado espíritu; y los Macedonios, aunque se defendian con esfuerzo, al fin fatigados y agoviados con el peso de las armas, tuviéron que huir á

las eminencias , y enviar desde allí á pedir al rey socorro.

Philipo ; como que jamas habia pensado venir á un combate general en semejante dia por las causas que hemos apuntado , habia dexado salir al forrage la mayor parte de los suyos. Pero entónces informado de lo que pasaba por los que venian , y comenzando ya á aclarar la niebla , llamó á Heraclides de Gyrtonia comandante de la caballería Tesalia , á Leon prefecto de la Macedonia , y á Atenagoras que tenia bajo sus órdenes todos los soldados mercenarios ménos los Traces , y los destacó al socorro. Con este refuerzo aumentadas en gran manera las fuerzas de los Macedonios , dan sobre el enemigo , y le vuelven á desalojar otra vez de las eminencias. El principal obstáculo que tuvieron para no arrollarle enteramente , fué la obstinacion de la caballería Etolia , que peleaba con un ardor y espíritu denodado. Porque todo lo que la infantería Etolia tiene de inferior en las batallas generales , quanto al modo de armarse y ordenarse , otro tanto su caballería lleva de ventaja á la de los demas Griegos en los encuentros y refriegas particulares. En efecto , ella fué la que en esta ocasion contuvo el ímpetu del enemigo , para que los Romanos no fuesen rechazados hasta el valle , y tornasen á hacerse firmes á corta distancia. Flaminio , viendo que no solo

la caballería y armados á la ligera habian vuelto la espalda , sino que por estos se habia comunicado el terror al resto del ejército , saca todas sus tropas , y las forma en batalla cerca de los collados. Á este mismo tiempo los Macedonios que estaban emboscados , marchan unos en pos de otros á Philipo , gritando : *Rey, el enemigo huye , no pierdas la ocasion ; los barbaros no pueden resistirnos ; tuyo es el dia , tuya la oportunidad* : de suerte que Philipo , aunque no le agradaba el terreno , tuvo que salir al combate. Los collados de que se habla , se llaman *Cynoscephalos* ó cabezas de perro. Son ásperos , quebrados y bastante altos. Por esta razon Philipo , atento á la desigualdad del país , habia rehusado desde el principio venir á una batalla ; pero entónces estimulado con las buenas esperanzas que le traían , mandó salir el ejército fuera de las trincheras.

Flaminio , despues de ordenadas en batalla sus tropas , al paso que colocaba en sus puestos á los que habian peleado primero , iba recorriendo y exhortando sus líneas. La arenga fué corta , pero eficaz y perceptible ; porque les pintó el lance tan á lo vivo , como si lo estuvieran viendo. „Compañeros , les dixo , ¿ no „son estos aquellos Macedonios , que baxo la „conducta de Sulpicio forzasteis á cuerpo des- „cubierto en las gargantas de Eordea que tenian

„tomadas , desaloxasteis de aquellos elevados
 „puestos , y de los quales matasteis un gran
 „número? ¿ No son estos aquellos mismos , que
 „apostados en los desfiladeros del Epiro , sitio
 „impenetrable en el concepto de todos , arrojó
 „vuestro valor , hizo tomar la huida y tirar las
 „armas , sin parar hasta meterse en la Macedo-
 „nia ? ¿ Temereis ahora á estos mismos , quan-
 „do vais á lidiar con fuerzas iguales? ¡ Qué ! ¿ Os
 „hará mas pusilánimes: : : la memoria de lo pa-
 „sado , ó al contrario , os inspirará mas confian-
 „za ? Ea pues , compañeros , animaos los unos
 „á los otros , y entrad en la accion con denu-
 „do. Vivo en la confianza , que el éxito de esta
 „jornada corresponderá al de las anteriores , con
 „la voluntad de los Dioses.“ Dicho esto , man-
 „dó al ala derecha que no se moviese del pues-
 „to , ni los elefantes que estaban delante ; y él
 con la izquierda marchó arrogante al enemigo.
 En esta ala estaban los velites que habian esca-
 ramuceado ántes , los quales , viendose ahora
 apoyados de las legiones , volviéron á atacar con
 vigor al enemigo.

Ya que Philipo vió formada delante de los
 reales la mayor parte de su ejército , echó á
 andar por un atajo con los rodeleros y el ala
 derecha de la falange , para subir á las monta-
 ñas ; y mandó á Nicanor , por sobrenombre el
 Elefante , que cuidase de que el resto del exér-

cito fuese siguiendo sus pisadas. Apénas tocó con la cumbre la vanguardia, la hizo tornar hácia la izquierda, y la situó en batalla sobre aquellas eminencias que halló desamparadas, por haber los escaramuceadores Macedonios rechazado por largo trecho á los Romanos hasta el lado opuesto de los collados. Estaba aun el rey ordenando el cuerno derecho de su ejército, quando llegaron sus mercenarios derrotados por los enemigos. Porque, como hemos dicho poco ha, desde que los velites Romanos se viéron sostenidos y apoyados en la accion por los legionarios, recobraron tal ardor con este refuerzo, que cargando con furor sobre el enemigo, hicieron en él un gran destrozo. El rey, desde los principios de su llegada, habia advertido la refriega que se habia encendido entre los armados á la ligera, no lejos del campo enemigo: espectáculo que le habia causado mucha complacencia. Pero quando vió á los suyos volver la espalda, y necesitar de socorro, se vió en la precision de sostenerlos, y aventurarlo todo, en medio de que la mayor parte de su falange venia aun en marcha subiendo aquellas alturas. Esto no obstante, recoge á estos combatientes, los reune todos, infantes y caballos, en el ala derecha, y dá orden á sus rodeleros y falangistas, para que doblen el fondo, y se estrechen sobre la derecha. Hecho esto, como ya esta-

ban encima los Romanos , dá la señal á la falange para que ataque baxas las picas , y á la infantería ligera para que ciña las alas del enemigo. Á este mismo tiempo Flaminio retira sus velites por los intervalos de las cohortes , y viene á las manos.

El choque fué violento por una y otra parte , y la algazara excesiva , como que al paso que unos y otros voceaban , los que estaban fuera del combate , animaban con gritos á los combatientes ; de suerte que el espectáculo era horrible y espantoso. La derecha del rey peleaba conocidamente con ventaja ; como que atacaba desde lugar superior , vencía en el vigor de su ordenanza , y llevaba mucha superioridad para el lance presente en la calidad de sus armas. Pero el demas ejército , una parte detras de los combatientes estaba fuera del tiro del enemigo , y el ala izquierda , que acababa de montar las alturas , comenzaba á descubrirse por las cumbres. Flaminio , viendo que su ala izquierda no podía resistir el ímpetu de la falange , y que arrollada , parte había sido ya pasada á cuchillo , parte puesta en huida ; pasa prontamente á la derecha , unico recurso de salud que le quedaba. Aquí advirtiendo , que de los enemigos , unos se iban juntando á los combatientes , otros venían baxando aun de las alturas , y los demas estaban parados sobre las cimas ; al

instante sitúa al frente sus elefantes , y lleva sus cohortes al enemigo. Pero los Macedonios , que ni tenian quien los mandase , ni se podian reunir y tomar la forma propia de la falange , tanto á causa de la desigualdad del terreno , como porque siguiendo á los combatientes , mas venian en órden de marcha que de batalla ; sin esperar á venir á las manos con los Romanos , echáron á huir espantados y desbaratados por solos los elefantes.

Los mas de los Romanos se pusieron á seguir el alcance sin perdonar á ninguno. Pero un tribuno , que no tenia consigo mas que veinte compañías , reflexionando mejor sobre lo que habia que hacer en tal coyuntura , contribuyó infinito al logro de la victoria. Viendo que Filipo á larga distancia del demas ejército estrechaba vivamente el ala izquierda de los Romanos , dexa el ala derecha donde ya era conocida la victoria , revuelve contra los que estaban peleando , llega por detras , y ataca por la espalda á los Macedonios. Como en la formacion de la falange no se puede hacer frente por detras , ni combatir de hombre á hombre ; el tribuno carga sobre los primeros que encuentra , y los Macedonios , sin arbitrio para defenderse , se ven precisados á arrojar las armas y á tomar la huida. Á esto contribuyó tambien , el haberse vuelto contra ellos por el frente , aquellos Ro-

manos que ántes iban huyendo. El rey, juzgando al principio por su ala del resto del ejército, vivía muy satisfecho de la victoria; pero quando vió á sus Macedonios arrojar las armas de repente, y á los enemigos cargarles por la espalda, retirándose un poco del combate con algunos caballeros y gentes de á pie, acabó de comprehender en que estado estaban sus cosas. En efecto advirtió, que los Romanos que perseguian su ala izquierda, tocaban ya con las cumbres; y juntando los mas que pudo de Traces y Macedonios::: tomó la huida. Flaminio echó á andar en su alcance, pero encontrando en aquellos collados ciertas tropas Macedonias del ala izquierda que acababan de llegar á las cimas::: se paró quando las vió con las picas levantadas. Esta es costumbre entre los Macedonios, quando se quieren rendir, ó pasar al partido de los enemigos. Informado despues del motivo de este suceso, contuvo á los suyos, creyendo deber perdonar á los que le temian. Esto estaba deliberando el cónsul, quando algunos de los que iban delante, dando desde arriba sobre ellos viniéron á las manos, matáron los mas, y solo unos quantos escapáron arrojando las armas.

Declarada por todas partes la victoria en favor de los Romanos, Philipo se retiró hácia Tempe. El primer dia hizo noche en un lugar llamado la Torre de Alexandro, y el siguiente

llegó á Gonnos que está á la entrada de Tempe, donde hizo alto para esperar á los que se habian salvado por los pies. Los Romanos siguieron el alcance hasta cierto tiempo, pero despues unos se entregaron á despojar los muertos, otros á recoger los prisioneros, los mas á saquear el real enemigo. Aquí encontraron á los Etolios que habian llegado primero, y creyéndose privados los Romanos de un botin que les pertenecia, comenzaron á quejarse de los Etolios, y á decir en alta voz al general: *vos nos dais á nosotros los peligros, y concedéis á otros los despojos.* Con esto se volviéron á su campo, donde pasaron la noche. Al dia siguiente despues de juntos los prisioneros, y todo lo que habia quedado de despojos, se tomó el camino de Larissa. En esta jornada perdiéron los Romanos alrededor de setecientos hombres, pero los Macedonios ocho mil, y no ménos de cinco mil que se hicieron prisioneros. Tal fué el éxito de la batalla de Cynosephalos en la Tesalia entre los Romanos y Philipo.

CAPÍTULO IV.

Digresion de Polybio, en que hace cotejo de la armadura Romana con la Macedonica, y describe el modo de formar sus tropas uno y otro pueblo. Uso que Annibal y Pyrro hicieron, aquel del armamento de los Romanos, y éste de las armas y de los soldados. Poder invencible de la falange Macedonica, mientras conserva su posicion. Medida que ocupa cada soldado en la falange. La lanza en la falange ó no pasa de la quinta linea ó es sin efecto. Ni la armadura, ni la ordenanza Romana pueden resistir de frente á la falange. La causa de vencerla los Romanos, consiste en la facilidad con que pierde la formacion, y dificultad que tiene en recobrarla.

Abuso que Philipo hizo del poder en la prosperidad, y resignacion que tuvo en las desgracias.

En el sexto libro de esta historia dexé prometido, que á la primera ocasion que se presentase, haria comparacion de la armadura de los Romanos y de la de los Macedonios, manifestaria el modo de formar sus tropas uno y otro pueblo, y expondria en qué el uno es inferior ó superior al otro; ahora el asunto mismo me ofrece la oportunidad de cumplir la palabra.

En otro tiempo la ordenanza de los Mace-

dónios aventajaba á la de los Asiaticos y Griegos, del mismo modo que la de los Romanos á la de los Africanos, y á la de todos los pueblos occidentales de la Europa. Este es un hecho comprobado por la misma experiencia. Pero en nuestros dias que no una sino repetidas veces hemos visto puestas en contraste estas dos ordenanzas y estos dos pueblos, será bueno y conducente investigar, en qué se diferencien, y en qué consista haber vencido, y haber siempre llevado la palma los Romanos en los combates. De este modo no se creará que aplaudimos sin razon á los vencedores, atribuyéndolo todo á mero favor de la fortuna, como hacen los ignorantes; sino que informados de los verdaderos motivos, admiramos y hacemos el elogio de los xefes con algun fundamento. En los combates de Annibal con los Romanos, y en las pérdidas que estos sufrieron, no hay para que detenernos. Porque ni fué la calidad de las armas, ni fué el órden de batalla, sino la maña y astucia de Annibal la que acarreó á los Romanos estos infortunios. Esto lo hemos hecho ver en la relacion que hemos dado de estos combates, y sobre todo comprueba nuestro dictamen el éxito mismo de la guerra. Pues no fué menester mas que los Romanos tuviesen una cabeza de igual capacidad que Annibal, para que al momento se pusiese de su parte la victo-

ria. Qué más? El mismo Annibal, así que ganó la primera batalla, desechó la armadura que ántes usaba, armó sus propias tropas á la moda Romana, y siempre se sirvió de ella en adelante. Pyrró aun hizo mas, no se contentó con usar solo de las armas, sino que se sirvió tambien de las tropas de Italia, mezclando alternativamente una de sus compañías con una cohorte en forma de falange en las batallas que dió contra los Romanos. Bien que ni aun así pudo vencer; todas sus expediciones tuvieron un éxito equívoco. Hemos juzgado necesario adelantar estas noticias, á fin de que no se encuentre sombra de dificultad en lo que digamos. Volvamos ahora al parangon propuesto.

Es fácil justificar con infinitas razones, que miéntras la falange conserva su estado y constitucion propia, nada es capaz de hacerla frente, ni de contener su violencia. En la espesura que tiene esta formacion en las batallas, el soldado no ocupa sino tres pies con todas sus armas. La pica en lo antiguo tuvo diez y seis codos de largo; pero despues, por acomodarla mas á un combate verdadero, se reduxo á catorce. De estos se han de quitar los quatro, que hay desde donde se agarra con las manos hasta el extremo posterior, y sirven de contrapeso al delantero. Por donde se ve, que la pica de cada soldado sobresale delante de su cuerpo pre-

cisamente diez codos , quando la tiene con ambas manos tendida hácia el enemigo. De aquí es, que quando la falange mantiene su propiedad y espesura , tanto respecto del soldado que está detras como del que está al lado, las picas de la segunda , tercera y quarta línea van saliendo por delante de la primera cada vez mas , hasta la quinta que solo sobresale dos codos. Esta densidad de la falange la describe Homero en estos versos :

Estrivan uno en otro los escudos,

Estrivan uno en otro yelmos y hombres :

Ondean de caballos belicosos

Crines , penachos y vistosas plumas :

Tan espesos están unos con otros.

Por esta pintura tan elegante como cierta se ve, que delante de cada soldado de la primera línea ha de haber por precision cinco picas , de dos en dos codos unas de otras , á medida de la distancia que hay desde la primera hasta la quinta línea. En este supuesto , como la falange está formada sobre diez y seis de fondo , es fácil figurarse, quanta sea su violencia y vigor , quando está en accion de acometer. Es verdad que con las picas, todos los que están por detras de la quinta fila , en nada pueden contribuir para el combate ; y por esta razon no las tienen ten-

didas hácia el enemigo , sino levantadas y apoyadas sobre las espaldas de los que están delante , para defender de este modo la parte superior de la formacion , é impedir con su espesura , que los tiros que pasan por cima de las primeras líneas , vengan á caer sobre las últimas; pero lo que es con las fuerzas del cuerpo , traen su utilidad en el ataque ; porque empujan á los que tienen delante , hacen mas vigorosa la impresion , y no dexan arbitrio á los primeros para volver atras. Expuesta ya en general y en particular la disposicion de la falange ; veamos ahora las propiedades y diferencias de la armadura y ordenanza Romana , para hacer el co-tejo.

El soldado Romano no ocupa tampoco mas que tres pies de terreno con sus armas. Pero como cada uno en la batalla tiene que hacer ciertos movimientos , ya para cubrir el cuerpo con el escudo , y adaptarle hácia donde viene el golpe , ya para herir con la espada de punta ó de tajo ; es preciso dexar entre unos y otros , lo que ménos , un hueco ó espacio de tres pies por detras y por el costado , si han de exercer sus funciones con alguna conveniencia. De aquí se sigue que cada soldado Romano , quando viene á las manos con la falange , tiene que pelear con dos falangitas , y hacer contraresto á diez picas ; de las cuales ni siquiera una podrá

quebrar, ó violentar con facilidad por mas diligencias que haga, porque los que tiene detras, no pueden contribuir ni á darle mayor fuerza, ni á hacer mas eficaz el golpe de su espada.

Por aquí es fácil de conocer, como he dicho ántes, que ninguna otra ordenanza es capaz de resistir de frente á la falange, mientras esta conserva su estado y posicion natural. ¿Pues en qué consiste haber salido los Romanos victoriosos, y la falange vencida? En que la guerra tiene en la práctica mil tiempos y sitios inciertos é indefinidos; y la falange solo tiene un tiempo, un lugar, y un modo de hacer su efecto. Solo en el caso de una batalla decisiva, en que el enemigo se vea forzado á batirse con la falange, quando esta se halla en tiempo y terreno á proposito; solo entónces, digo, es muy natural que la falange lleve siempre la ventaja. Pero pudiendo como se puede evitar con facilidad este lance ¿qué hay que temer ya en esta formacion? Es constante que la falange necesita de un terreno llano, descampado, y sin tropiezo alguno, esto es, sin fosos, quebraduras, desfiladeros, ribazos ni barrancos. Qualquiera de estos obstáculos es bastante á impedir su efecto, y descomponer su orden. ¿Y á donde hemos de ir por un terreno de veinte estadios y á veces mas, que no tenga alguno de estos estorbos? Todos confesarán que es casi im-

posible, ó por lo ménos muy raro. Demos no obstante de barato, que se encuentre este terreno. Aun así, si el enemigo, en vez de venir en él á las manos, se echa á saquear las ciudades y talar el pais de los aliados; ¿de qué servirá semejante ordenanza? Subsistiendo en el puesto que la es ventajoso, no tan solo no podrá aprovechar á sus amigos, pero ni aun conservarse á sí misma; porque el enemigo, dueño de la campaña sin obstáculo, la cortará facilmente los comboyes de lo necesario: y si abandonando el terreno conveniente, quiere emprender alguna accion, vendrá á ser fácil despojo del enemigo. Demos el caso que el enemigo venga á batirse con la falange en un terreno llano; pero que no presenta contra ella todas sus tropas á un mismo tiempo, sino que se retira algun tanto en el acto mismo del combate; lo que sucederá, es fácil de conocer por lo que ahora están haciendo los Romanos.

Todo lo que acabamos de decir, no está fundado simplemente sobre racionios, sino sobre hechos que ya han sucedido. Porque los Romanos no ordenan todas sus legiones á un tiempo, para batirse con un frente igual contra la falange; sino que dexan una parte de reserva, y oponen la otra al enemigo. Y así bien los falangitas rechacen á sus antagonistas, bien sean rechazados por estos, la falange siempre pier-

de su situacion propia. Porque que siga el alcance de los que ceden , ó que huya de los que la persiguen , siempre pierde la mayor parte de su fuerza natural. En cuyo caso se dá el espacio y lugar conveniente , para que el cuerpo de reserva la ataque , no de frente sino en flanco ó por las espaldas. Siendo pues fácil evitar los lances y ventajas que la falange tiene en su favor , é inevitables los que tiene en contra; ¿qué hay que admirar , haya tan notable diferencia en una verdadera accion entre la ordenanza Romana y la Macedonia? Á mas de esto , la falange se ve en la precision de marchar por toda clase de terrenos , de acamparse , de apoderarse de puestos ventajosos , de sitiar , de ser sitiada, y de caer de improviso en manos de un enemigo. Todos estos lances son partes de una guerra, de los quales pende la victoria , á veces total , y á veces en gran parte. Pues en todas estas ocasiones la ordenanza Macedonia se vé embarazada , y á veces imposibilitada de manobrar , por no serle posible al soldado pelear ni por cohortes , ni de hombre á hombre , en vez de que la ordenanza Romana se encuentra expedita en todo sitio. El soldado Romano , una vez armado para entrar en accion , lo mismo se acomoda á qualquier terreno y á qualquier tiempo , que á qualquier lado por donde se presenta el enemigo ; la misma actitud y disposicion

tiene para pelear con todo el ejército junto, que para pelear con una parte, con un manipulo, ó de hombre á hombre. Un órden de batalla como el de los Romanos, donde todas las partes obran con tanta expedicion, no es mucho que consiga sus designios mejor que otro alguno. He tenido por preciso tratar á lo largo de esta materia, porque en el mismo tiempo en que los Macedonios fuéron vencidos, muchos Griegos tuvieron esto por increíble, y ahora otros muchos desearán saber, en qué ó cómo es inferior la falange á la ordenanza Romana.

Philipo, derrotado enteramente á pesar de todos sus esfuerzos, recogió quantos pudieron escapar de la batalla, y se encaminó por Tempe á la Macedonia. En la primera noche despachó á Larissa uno de sus escuderos, con órden de rasgar y quemar todos sus papeles; accion verdaderamente digna de un rey, no olvidarse de la obligacion aun en los mayores reveses. Sabia ciertamente que, si los Romanos llegaban á apoderarse de su correspondencia, hallarian mil motivos de quejas contra él y contra sus aliados. Bien podrá haber sucedido á otros, el olvidarse en la prosperidad de que son hombres, y portarse en la adversidad con precaucion y prudencia; pero especialmente se dexó ver esta conducta en Philipo, como se manifestará en lo que se dirá adelante. Así como hemos declarado la

inclinacion á lo bueno que tuvo en los principios de su reynado , y hemos referido con individualidad la conducta opuesta á que despues pasó, la época, el motivo, el cómo sucedió este trastorno, y lo que en él hizo; del mismo modo será bien que manifestemos su arrepentimiento, y la habilidad con que acomodándose á los reveses de la fortuna , supo conducirse diestramente en tiempos tan contrarios. Flaminio, despues de la batalla dió la conveniente disposicion sobre los prisioneros y el botin, y marchó á Larissa.

CAPÍTULO V.

*Irregularidad es causa de grandes desaciertos aun
á los mas avisados.*

Aunque diariamente somos engañados por unos mismos artificios, y por unas mismas personas, no por eso desistimos de nuestra imprudencia. Ya hemos visto frecuentemente ejercer á muchos esta especie de doblez, pero sin llegar nosotros á ser mas cautos. Que otros caigan en el lazo, no es maravilla; lo que hay que admirar, es que caigan aquellos mismos que son, digámoslo así, la fuente de la malicia misma. Esto proviene, de que no tienen presente aquella excelente máxîma de Epicharmo: *en ser cauto y desconfiado consisten las reglas de la prudencia.*

CAPÍTULO VI.

*Conferencia en Lysimachia entre el rey Antioco y los
embaxadores Romanos.*

A este tiempo llegó al Hellesponto Publio Lentulo acompañado de otros diez desde Barylio, y Lucio Terencio con P. Villio desde Tasso; y habiendo hecho saber prontamente á Antioco su llegada, en pocos dias se juntaron todos en Lysimachia, á donde acudiéron tambien Hegesianax y Lysias, que habian sido enviados á Flaminio por este tiempo. En las conferencias privadas que tuvo el rey con los Romanos, todo se reduxo á urbanidades nacidas al parecer de la sinceridad; pero quando ya en pública asamblea se vino á tratar del asunto, las cosas tomaron muy diverso semblante. Lucio Cornelio pedia, que Antioco cediese á Ptolemeo todas las plazas que le acababa de quitar en el Asia; y hacia los mas vivos esfuerzos, para que evacuase tambien las que habian pertenecido á Philipo, llamando para esto á los Dioses por testigos. Cosa de risa, decia, sería, que Antioco viniese á llevar el fruto de una guerra, que los Romanos han hecho contra Philipo. Le aconsejaba tambien, que no tocase á las ciudades libres. En una palabra, dixo, que extrañaba, con qué motivo hubiese pasado á la Euro-

An. R.

557.

Ant. J. C.

197.

pa con dos exércitos tan poderosos de mar y tierra; que la intencion no podia haber sido otra, si se habia de pensar con justicia, que la de atacar á los Romanos. Dicho esto, calló Cornelio.

Antiocho ante todas cosas respondió, que no acababa de comprehender, con qué derecho le disputaban los Romanos el dominio de las ciudades del Asia; pues esto mas bien le estaba á qualquiera otro, que no á ellos. Despues de haberles pedido, que con ningun pretexto se mezclasen en los asuntos del Asia, así como él tampoco se mezclaba en los de Italia; „dixo, si he „pasado á la Europa con exército, ha sido para „recobrar las plazas del Chersoneso y de la „Tracia, sobre las que ninguno puede pretender el mando con mejor derecho. Estos pueblos fuéron en sus principios de la dominacion „de Lysimacho, pero vencido este en batalla „por Seleuco, pasáron con todo su reyno al „vencedor por derecho de conquista. En los „tiempos siguientes mis mayores distraidos con „otros cuidados, dexáron á Ptolemeo y Philipo que sucesivamente substraxesen y se apropiasen estos paises; por eso yo ahora no los „tomo abusando de la situacion en que se halla „Philipo, sino los recobro aprovechándome de „la ocasion que se me presenta. En restablecer „y repoblar la ciudad de los Lysimachios, arro-

„jados de su patria injustamente por los Traces,
„no hago injuria á los Romanos. Mi ánimo en
„esto no es provocar á Roma, sino prevenir
„una corte para mi hijo Seleuco. Las ciudades
„libres del Asia, si han de gozar de libertad,
„no ha de ser por mandado de los Romanos,
„sino por liberalidad mia. Por lo que respecta
„á las diferencias de Ptolemeo, yo las ajustaré
„á contento suyo. Tengo resuelto no solo tra-
„var con él alianza, sino añadir á esta los vín-
„culos del parentesco.“

Á estas palabras L. Cornelio fué de parecer, que se llamase á los Lampsacenos y Smyrneos, y se les diese libertad para hablar. En efecto así se hizo. Se presentáron en nombre de los primeros Parmenion y Pytodoro, y por los segundos Coerano. Viendo la libertad con que estos hablaban, el rey, indignado de tener que dar razon ante los Romanos de los cargos que le hacían, interrumpió á Parmenion diciendo : „basta ; no me acomoda que los Romanos sean „juezes de estas diferencias, sino los Rodios.“ Y con esto se disolvió la conferencia, sin haber quedado en nada.

CAPÍTULO VII.

Muerte de Scopas el Etolio en Alexandria, igualmente trágica que la de Cleomenes el Lacedemonio, pero no tan gloriosa. Con razon quien mal anda, mal acaba. Proclamacion del rey Ptolemeo durante su infancia.

An. R. 557.
Ant. J.C. 197.

Muchos anhelan al valor y á las acciones gloriosas, pero pocos se atreven á emprenderlas. Scopas tuvo sin duda mejores proporciones que Cleomenes, para probar fortuna y tentar una accion esforzada. Este sorprendido por sus contrarios, se vió reducido únicamente á las esperanzas de sus domesticos y amigos; mas con todo no desesperó, probó todos los medios que le fuéron dables, y prefirió una muerte gloriosa á una vida deshonorada. Pero Scopas al contrario, en medio de haber tenido en su apoyo una poderosa tropa de soldados, en medio de haber alcanzado una ocasion tan oportuna como la minoridad de un rey, se dexó no obstante prevenir por andarse en dilaciones y consultas. En efecto, así que supo Aristomenes, que juntaba en su casa á los amigos, para consultar sobre lo que se habia de hacer, envió allá algunos escuderos, y le llamó de parte del rey al consejo. Este solo aviso desconcertó de tal

modo las ideas de Scopas , que ni se atrevió á dar un paso mas en lo comenzado, ni obedeció al llamamiento del rey , que fué hasta donde pudo rayar la imprudencia. Aristomenes que conoció la falta de consejo que allí habia , manda rodear su casa con soldados y elefantes , y envia á Ptolemeo hijo de Eumenes con una tropa de jóvenes , para que le traigan suelto si obedece el órden , y sino por fuerza. Ptolemeo marcha allá , y le notifica la órden del rey. Scopas al principio , sin atender á lo que le decian , se queda mirando atentamente á Ptolemeo por largo rato , en ademan de quien amenaza y extraña la osadia. Ptolemeo se acerca resuelto , y le agarra de la capa. Scopas pide favor á los presentes. Pero como uno de los muchos jóvenes que habian entrado dixese , que la casa estaba rodeada por fuera , cedió á la necesidad , y echó á andar con sus amigos al consejo.

Así que entró en el Senado , entabló el rey la acusacion en breves palabras , continuó la Polycrates que acababa de llegar de Chypre , y la concluyó Aristomenes. Todos los cargos se reduxéron á los mismos que ya hemos apuntado; únicamente se añadió la junta de amigos en su casa , y la desobediencia al llamamiento del rey. Por estos capítulos le condenáron no solo todos los que componian el consejo , sino tambien los embaxadores de las naciones extrangeras que se

hallaban presentes. Porque Aristomenes, que era el que le habia de acusar, habia traído consigo, á mas de otros muchos ilustres Griegos, á los embaxadores Etolios que habian venido á negociar la paz, entre quienes estaba Dorymaco hijo de Nicostrato. Despues de haber hablado los acusadores, Scopas tomó la palabra, y tentó alegar algunas excusas; pero eran tan repugnantes á la razon, que se desatendió quanto dixo. En la hora fué metido en la carcel con sus amigos. Venida la noche, Aristomenes hizo morir con un veneno á Scopas, sus parientes, y todos sus secuaces. Dicearcho perdió la vida en los tormentos y azotes, castigo conveniente á los crímenes que habia cometido en comun contra toda la Grecia. Este era aquel Dicearcho, á quien Philipo, quando se propuso atacar contra la fe de los tratados las islas Cyclades y las ciudades del Hellesponto, encomendó el mando de toda la armada, y dió la direccion de toda la empresa. Este, aquel que enviado á una expedicion tan evidentemente impía, no tan solo no hizo escrupulo de una comision tan torpe, sino que por un exceso de insolencia pensó aterrar los Dioses y los hombres. Este en fin, aquel que arribado al puerto erigió dos altares, el uno en honor de la Impiedad y el otro de la Injusticia, sacrificó sobre ellos, y adoró estos simulacros como si fueran Deidades. Con ra-

zon pues , los Dioses y los hombres le diéron el merecido castigo. Justo es que el que se propone violar las leyes de la naturaleza , no muera de su muerte natural. El rey dió licencia para que los demas Etolios que quisiesen , se retirasen á sus patrias con todos sus efectos.

La avaricia fué lo que mas sobresalió en Scopas durante su vida. En efecto , por lo que hace á la codicia , no hubo persona á quien no llevase muchas ventajas. Pero esta se hizo mas pública , quando despues de su muerte se vió la gran cantidad de oro y alhajas que se encontraron en su casa. Fomentada su pasion con la ignorancia y la embriaguez , no dexó absolutamente arca por abrir en todo el reyno.

Despues de sosegado el alboroto de los Etolios , los cortesanos dispusiéron al momento hacer la proclamacion del rey. Es cierto que no tenia la edad competente ; pero se presumian , que despues que fuese público que el rey despachaba por autoridad propia , el reyno recobraría su tranquilidad , y el gobierno iria siempre á mejor. Hechos por todas partes grandes preparativos , se celebró aquel acto con la magnificencia propia del reyno. Se creyó comunmente , que Polycrates habia contribuido infinito á este designio. Este personage desde el tiempo del padre del rey , en medio de que era jóven entónces , habia logrado la primera acepta-

An. R.

557.
Ant. J.C.

197.

cion de palacio por su providad y bellas acciones. La misma reputacion obtenia baxo el rey actual. Este crédito le habia adquirido, porque habiéndosele encomendado en tiempos muy peligrosos y revueltos el mando de la isla de Chypre, y el cobro de todas sus rentas, no solo la habia conservado, sino que habia juntado sumas considerables de dinero que traxo al rey á la vuelta, despues de haber entregado el gobierno de la isla á Ptolemeo el Megalopolitano. Por esta causa fué recibido en la corte con grande aplauso, y llegó á tener en la consecuencia grandes riquezas; pero avanzado en edad, se entregó á todo género de deshonestidades y desordenes, vicios en que igualmente incurrió en la vejez Ptolemeo hijo de Agesandro. Pero quando llegue la ocasion, no tendrémos reparo en contar las torpezas, que estos personajes cometieron en el tiempo de su prosperidad.

INDICE

DE LOS LIBROS Y CAPITULOS
de este Tomo.

EXTRACTOS DEL LIBRO OCTAVO.

- C**APÍTULO PRIMERO. *Observacion de Polybio sobre La confianza; y reprehension de los que temeraria é indiscretamente se fian de otros, pagina* 1
- CAP. II.** *Grandes acciones de Romanos y Cartagineses. Perseverancia de una y otra república en sus empresas. Conocidas ventajass de una historia universal.* 4
- CAP. III.** *Ataque de Marco Marcello por mar contra la Achradina de Syracusa. Estructura de la máquina llamada Sambuca. Inventos de Archimedes contra las máquinas de Marcello y Appio.* 7
- CAP. IV.** *Philipo mata á Arato con un veneno. Moderacion de este, y honores heroicos que se le hacen.* 14
- CAP. V.** *Toma inesperada de Lisso y de su ciudadela por Philipo.* 15
- CAP. VI.** *Acheo sitiado en la ciudadela de Sardes; es entregado á sus enemigos por traicion de Bolis el Cretense, y condenado á muerte vergonzosa por Antioco.* 19

- CAP. VII. *Annibal toma por traicion la ciudad de Tarento.* 30

EXTRACTOS DEL LIBRO NONO.

- CAP. I. *Digresion , en que Polybio defiende el método que ha tenido en escribir su historia. De las muchas partes de que se compone la historia , la principal , segun Polybio , es la que relaciona los hechos , porque entre otras razones acarrea una notable utilidad á los lectores.* 46
- CAP. II. *Sitio de Capua por los Romanos despues de la derrota de Cannas. Inutiles esfuerzos de Annibal por librarla del asedio. Retirada de este general , y marcha contra Roma. Paralelo de Epaminondas con Annibal , y de los Lacedemonios con los Romanos.* 49
- CAP. III. *Si los Romanos hicieron bien y en pro de sus intereses , en transportar á su patria los adornos de las ciudades conquistadas.* 59
- CAP. IV. *Digresion sobre los principales elementos del arte militar. En materias de guerra , una cosa son acciones , y otra hazares ó casualidades. Requisitos que ha de tener un general , práctica , historia y ciencia adquirida por principios. Necesidad*

- dad para este último de Las Matemáticas, y especialmente de la Astrología y Geometría. Necesidad de la Astrología, para ajustar la estacion á las empresas militares. Exemplos de generales que han logrado sus designios por este defecto. Uso de la Geometría. Modo de medir las escalas. Diversas formas de situar un campamento, y modo de conjeturar su magnitud por el ámbito. Refutacion de los que piensan, que los pueblos de suelo desigual y quebrado contienen mas casas que los de terreno llano: y demostracion lineal de lo contrario. 62
- CAP. V. Ventajas de Agrigento sobre casi todas las ciudades de Sicilia en fortaleza, hermosura y edificios. 75
- CAP. VI. Arenga de Chleneas el Etolio, embajador por su nacion en Lacedemonia, contra Philipo y toda la casa real de Macedonia. 76
- CAP. VII. Discurso de Lycisco el Acarnanio, embajador por su nacion en Lacedemonia, cuyos dos principales puntos se reducen; á defender á Philipo y toda la casa real de Macedonia de las acusaciones de Chleneas, y á promover la union y concordia contra los Romanos. 82
- CAP. VIII. Sitio de Egina ciudad de la Phthio-

- tida por Philipo. Estructura y uso de las
 Tortugas para terraplenar. 93
 CAP. IX. Nacimiento del Eufrates, regiones
 por donde pasa, y naturaleza de este rio. 95

EXTRACTOS DEL LIBRO DECIMO.

- CAP. I. Aunque la costa de Italia desde el es-
 trecho hasta Tarento carece de puertos,
 esta ciudad tiene uno excelente, y como-
 damente situado para su opulencia. . . . 96
 CAP. II. Conducta de Scipion el Africano para
 hacerse tan famoso. Velo de la religion de
 que Lycurgo y Scipion se valen igualmente
 para sus designios. Primera accion me-
 morable de este. Pretension que hace á la
 dignidad de Edil, y consecucion de esta.
 El vulgo atribuye á inspiracion divina, lo
 que solo era efecto de su prudencia, sa-
 gacidad é industria. 98
 CAP. III. Motivos que tuvo Scipion para em-
 prehender los negocios de España, y par-
 ticularmente el sitio de Cartagena. Situa-
 cion de Cartagena, é increíble toma de
 esta ciudad en un solo dia. Disciplina de
 los Romanos en el saco de las ciudades
 conquistadas, Exemplos de prudencia, rem-
 planza y moderacion, que dió Scipion en
 la toma de Cartagena. 104

- CAP. IV. *Modo que tuvo Scipion de exercitar la infantería durante su mansion en Cartagena. Evoluciones que fué preciso enseñar á la caballería. Costumbre en amaestrar sus tropas.* 126
- CAP. V. *Quexa de los Etolios contra los Romanos , explicada en una comparacion por un personage nada afecto á los Etolios. .* 130
- CAP. VI. *Excelencia de la Media sobre los demas estados del Asia. Increíbles riquezas del palacio real de Ecbatana en la Media. Expedicion de Antioco contra Arsaces , uno de los primeros fundadores del imperio de los Partos.* 131
- CAP. VII. *Muerte de los cónsules Claudio Marcello y Crispino por impericia en el arte militar. Un general no se debe meter en accion que no sea decisiva. Elogio de Aníbal.* 132
- CAP. VIII. *Trazas de que se vale Scipion durante el quartel de invierno , para ganar la amistad de los Españoles. Edecon , Indibilis y Mandonio , poderosos potentados de la España. Mas habilidad y prudencia se necesita para usar bien de la victoria, que para vencer. Reflexion de Polybio sobre este punto. Asdrubal , hermano de Aníbal , vencido por Scipion , sale de España. Generosidad admirable de Scipion , en*

rehusar el reyno que le ofrecian los Españoles. 142

- CAP. IX. Embaxadas que vienen á Philipo de casi toda la Grecia, con motivo de haberse aliado los Romanos con los Etolios. Philipo superior á sí mismo en las desgracias. Digresion de Polybio sobre las Ahumadas, que comprehende los diferentes modos de hacer fuegos, y explica la utilidad de esta invencion. Simplicidad de los fuegos de los antiguos, por lo general de poco provecho. Adelantamientos que hizo sobre los antiguos fuegos Æneas en sus libros De Officio Imperatoris, y lo mucho que le faltó para perfeccionarlos, aunque los mejoró en algun modo. Otros adelantamientos sobre esta materia inventados por otros autores, pero llevados á su perfeccion por el mismo Polybio. El exercicio facilita cosas al parecer imposibles. Debida admiracion que causa la lectura á los que no saben leer. 153
- CAP. X. Como los Aspacios Numidas atraviesan el rio Oxo, y pasan á pie enjuto á la Hircania con sus caballos. 164
- CAP. XI. Victoria del rey Antiocho contra el rebelde Eutydemo. Valor que mostró el rey en la batalla. 166

- principio. Derrota y muerte que sufre después por el inmoderado deseo de vencer. . . 179
- CAP. IV. Elogio de Annibal, y reflexion de Polybio sobre la disciplina de sus tropas en los campamentos. 191
- CAP. V. Derrota de Asdrubal, hijo de Gison, por Publio Scipion. Dos estratagemas de que se vale este general para la victoria; una con que coge desprevenido al enemigo, y otra con que le inutiliza lo mas florido del ejército. 193
- CAP. VI. Grande dificultad y embarazo, en que pone á Scipion la sublevacion de una parte de su ejército. Astucia de este general para hacer venir los sediciosos á Cartagena, y apoderarse de las cabezas. Arenga de Scipion a los rebeldes. Perdon de la multitud, y castigo severo de los autores. 200
- CAP. VII. Expediciones de Scipion contra Indibilis y otros Españoles que le habian abandonado. Victoria sobre los rebeldes, con la que concluidas las expediciones de España, vuelve á Roma para recibir el triunfo. 208
- CAP. VIII. Antioco, disgustado de la lentitud de la guerra que mantenía contra los rebeldes, admite en su gracia á Eutydemo por mediacion de Teleas. 212

EXTRACTOS DEL LIBRO
duodecimo.

- CAP. I. Ignorancia y nimia credulidad de Timeo, quando trata de los animales de Africa. Prodigiosa ficcion de este autor sobre la ferocidad de los animales de Córcega, y diferencia entre el conejo y la liebre. Motivo porque parecen feroces los animales de esta isla. En Córcega muchos animales, y en Italia los cerdos, son conducidos al son de trompeta. 215
- CAP. II. Refutacion de lo que dice Timeo sobre la colonia de los Locros en Italia. Origen que traen estos de los Locros de Grecia, pero sin mediar entre ellos alianza. Cien familias nobles que hubo entre unos y otros. La doncella Phialephera fué de los Locros Epizephyrios. Fraude de los antiguos Locros para ajustarse con los Sicilianos. 219
- CAP. III. Dicho de Timeo: La rectitud es de esencia de la Regla, y la verdad de la Historia. Juicio de Polybio sobre esta expresion. La mentira, ó proviene de la ignorancia, ó de la voluntad. 222
- CAP. IV. Excesiva mordacidad de Timeo. Calumnias que levanta contra Demochares. Maledicencia torpe y falsa que usa contra



- Agatocles. Un escritor, escrupuloso investigador de la verdad, no debe omitir lo laudable aun de los impios.* 223
- CAP. V.** *Ley de Zaleuco sobre la posesion de la cosa contextada hasta difinitiva. Duda sobre esta ley. Otra del mismo Zaleuco, sobre los que se meten á interpretar las leyes.* 226
- CAP. VI.** *Refutacion de lo que Callistenes escribe de Alexandro. Ignorancia de este historiador en la táctica, que le hace cometer mil absurdos é imposibles en la descripción de las batallas.* 228
- CAP. VII.** *Razones de que se puede valer un embajador como de lugares comunes, para promover la paz, ó suscitar la guerra.* 236
- CAP. VIII.** *Dos son los organos del saber, el oido y la vista; pero este mas seguro. Timeo, para investigar la verdad, solo se valió del oído. Dos modos de saber por el oído, el uno la lectura, y el otro el propio exâmen. Negligencia de Timeo sobre este último. Es difícil inquirir la verdad por sí propio, pero contribuye infinito para escribir bien historias, y enterarse de los hechos. Qualidades de un historiador. Vida de Timeo.* 238

EXTRACTOS DEL LIBRO
decimotercio.

- CAP. I. *La avaricia es una enfermedad incurable. Las mas de las acciones de los políticos y hombres de estado van acompañadas de la malicia. Elogio de la nacion Achea, por haber detestado el dolo, tan frecuente en otros pueblos. Conducta semejante que hubo entre Acheos y Romanos sobre materia de guerra.* 242
- CAP. II. *Philipo no dexa piedra por mover para dañar á los Rodios. Perversidad de Heraclidas Tarentino, famoso capitán de Philipo.* 244
- CAP. III. *Fuerza de la verdad, é imperio que tiene siempre sobre la mentira.* 246
- CAP. IV. *Crueldad horrenda de Nabis, tirano de Lacedemonia. Máquina, llamada Apega, que inventó para atormentar los Spartanos.* 247

EXTRACTOS DEL LIBRO
decimoquarto.

- CAP. I. *Acciones de Scipion en Africa contra Asdrubal, y Siphax rey de los Numidas. Materia de que se componian las tiendas de los Cartagineses y Numidas. Motivo*

que de aquí toma Scipion para emprender una accion gloriosa y esforzada. Scipion finge desear la paz, con lo que hace incauto al enemigo. Incendio de los campamentos de Asdrubal y de Syphax. Espiritu invencible de los Cartagineses, y doblado ánimo que recobran en treinta dias. Victoria de Scipion sobre sus contrarios, y animosidad de estos aun despues de derrotados. 250

EXTRACTOS DEL LIBRO decimoquinto.

CAP. I. *Perfidia de los Cartagineses. Embaxadores que Scipion les envia con este motivo. Libertad con que estos acriminan delante del Senado su infidelidad. Leve esperanza que los Cartagineses fundan en Annibal, para intentar matar á los Embaxadores Romanos, y volver á encender la guerra. Nueva guerra mas cruel y obstinada. Preparativos de Scipion y Annibal para la batalla. Estratagema que usó Scipion con unos espías cogidos en su campo. Deseo de Annibal de abocarse con Scipion. Conferencia de estos dos famosos generales. Observacion de Polybio sobre la batalla que se vá á dar. Formacion de bata-*

lla por ambos generales. Arengas á sus tropas. Obstacion de unos y otros en el combate, y victoria por los Romanos. . . 267

CAP. II. Todo lo que para mover á compasion excede la esfera comun, si no nace del interior sino del fingimiento, en vez de la misericordia excita la ira y el odio. Condiciones de Scipion á los Cartagineses para concederles la paz. Annibal arroja de la tribuna á Gisgon porque iba á contradecirlas, y persuade á los Cartagineses que abracen la paz con estos pactos. . . 290

CAP. III. Fingida amistad que Philipo y Antio-co mantienen con Ptolemeo Philopator durante su vida; y resolucion que forman de matar á su hijo, y dividir entre sí el reyno despues de su muerte. Observacion de Polybio sobre el castigo de estos dos reyes, y como la Divinidad se valió de los Romanos para conservar el reyno á este pupilo. 294

CAP. IV. Calamidades que acarrea á los Cianos, pueblo de la Bitania, su imprudencia y mal gobierno. El hombre es á veces mas necio que los mismos brutos. Terros que comete Philipo en dar socorro injustamente á su yerno Prusias contra los Cianos. Odio cruel de los Rodios contra Philipo por esta injusticia, y aborrecimiento

de los Etolios por la misma causa. . . . 296

CAP. V. Sedición intestina en Alexandria entre los tutores del hijo de Ptolemeo. Agatocles y Agatoclea su hermana presentan el rey á los Macedonios en una junta, para irritarlos por medio de Critolao contra Tlepolemo, pero en vano. Danae, suegra de Tlepolemo, arrastrada por la ciudad y metida en la carcel. Moeragenes, dispuesto ya á sufrir el suplicio por orden de Agatocles, libre despues inopinadamente, conmueve contra él los Macedonios. Alexandria hace publico su resentimiento contra Agatocles. Oenante excita la cólera de las mugeres contra sí y contra toda la parentela de Agatocles. Tumulto y griteria confusa del pueblo contra Agatocles, que se habia ocultado con el rey en un rincon de palacio. Necesidad en que le ponen los Macedonios de entregar el rey. Persuasion de Sosibio al rey, para que entregue al pueblo á Agatocles, y á todos los que habian ofendido á su madre. Cruelles castigos con que mueren Agatocles y otros muchos. Refuta Polybio la exâgeracion con que algunos han contado el trágico fin de Agatocles. . . . 300

EXTRACTOS DEL LIBRO
decimosexto.

- CAP. I. Batalla naval junto á Chio entre Phi-
lipo rey de Macedonia por una parte , y
Attalo y los Rodios sus aliados por otra.
Motivos que tiene Philipo para atribuirse
la victoria despues de vencido. 316
- CAP. II. Razon porque muchos desisten de sus
empresas. 327
- CAP. III. Vanos intentos de Philipo contra la
ciudad de Prinasso durante su asedio. As-
tucia y estratagemas de que se vale para
tomarla. 328
- CAP. IV. Situacion y antigüedades de la ciudad
de Iassis. Estatuas sobre las cuales no cae
nieve , y cuerpos que no hacen sombra.
Juicio de Polybio sobre aquellos , que con
pretexto de religion forjan milagros y fal-
sedades. 229
- CAP. V. Regreso de Publio Scipion á Roma y su
triunfo. Muerte del rey Syphax. 331
- CAP. VI. Philipo derrotado por mar , vuelve
con calor á la guerra , y consigue venta-
jas contra Attalo y los Rodios. Un histo-
riador , amante de la verdad , tiene obli-
gacion de aplaudir unas veces , y vitupe-
rar otras á unos mismos personajes. . . 332
- CAP. VII. Situacion y oportunidad de Abydes y

Sesto. Comparacion del estrecho que hay entre estas dos ciudades, con el de las columnas de Hércules. Sitio de Abydes por Philipo, y valerosa resistencia de los naturales contra sus esfuerzos. Embaxada infructuosa de los sitiados á Philipo. Desesperacion extraña y horrenda de estos. Coloquio de M. Emilio con Philipo en favor de los Abydenos, pero sin efecto. Toma de la ciudad, y diversos géneros de muerte con que los cercados se matan á sí propios, sus mugeres é hijos. 334

CAP. VIII. Expedicion de Philopemen, pretor de los Acheos, contra Nabis tirano de Lacedemonia. Expediente de que se vale Philopemen, para juntar á un tiempo en Te-xea todas las tropas de la republica, sin que supiesen á que ni á donde se caminaba. 342

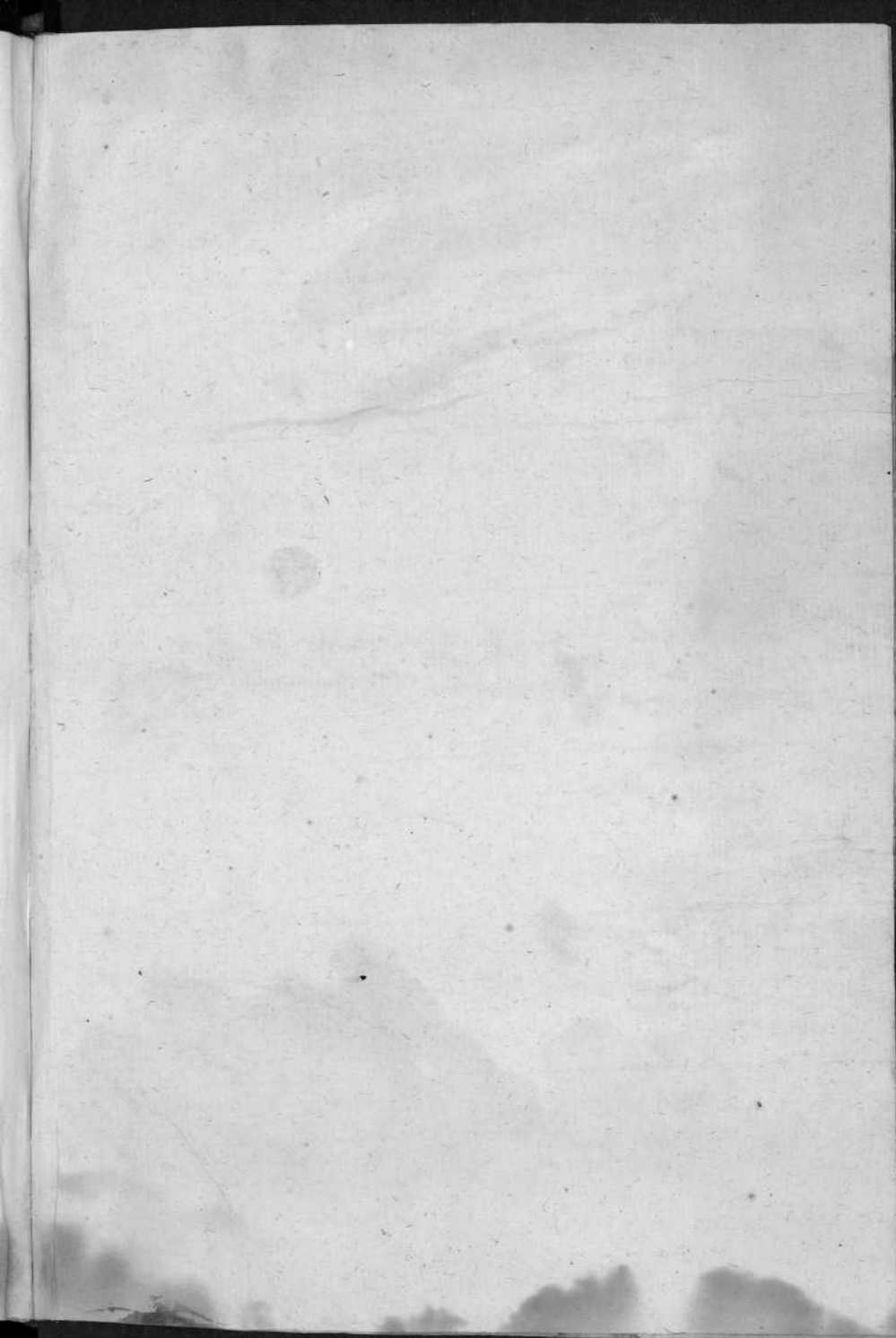
EXTRACTOS DEL LIBRO decimoseptimo.

CAP. I. Conferencia infructuosa cerca de Nicea en el golfo Melico entre Philipo, el cónsul Tiro Flamínio, Amynandro rey de los Asthamanos, y los diputados de las ciudades aliadas. Despachan á Roma sus embaxadores estos potentados, oye el Senado sus pretensiones, y decreta la guerra

- contra Philipo. 345
- CAP. II. El hombre es mas infeliz que las bestias. 361
- CAP. III. Costumbre en la milicia Romana de llevar estacas para las urgencias. Descripcion del vallado Romano, y su gran ventaja sobre el Griego. Campamentos de Flamínio y de Philipo cerca de Pheras en la Tesalia, y repugnancia de venir á una accion decisiva. Encuentro de los dos exércitos Macedonio y Romano cerca de Tetidio, y vigorosa escaramuza entre su infantería ligera. Privativo modo de pelear de los Etolios. Combate general en que se vé empeñado Philipo por imprudencia junto á los collados Cynoscephalos. Ordenanza de ambos exércitos. Cruel batalla, y victoria por los Romanos. 362
- CAP. IV. Digresion de Polybio, en que hace cotejo de la armadura Romana con la Macedonica, y describe el modo de formar sus tropas uno y otro pueblo. Uso que Annibal y Pyrro hicieron, aquel del armamento de los Romanos, y éste de las armas y de los soldados. Poder invencible de la falange Macedonica, mientras conserva su posicion. Medida que ocupa cada soldado en la falange. La lanza en la falange ó no pasa de la quinta li-

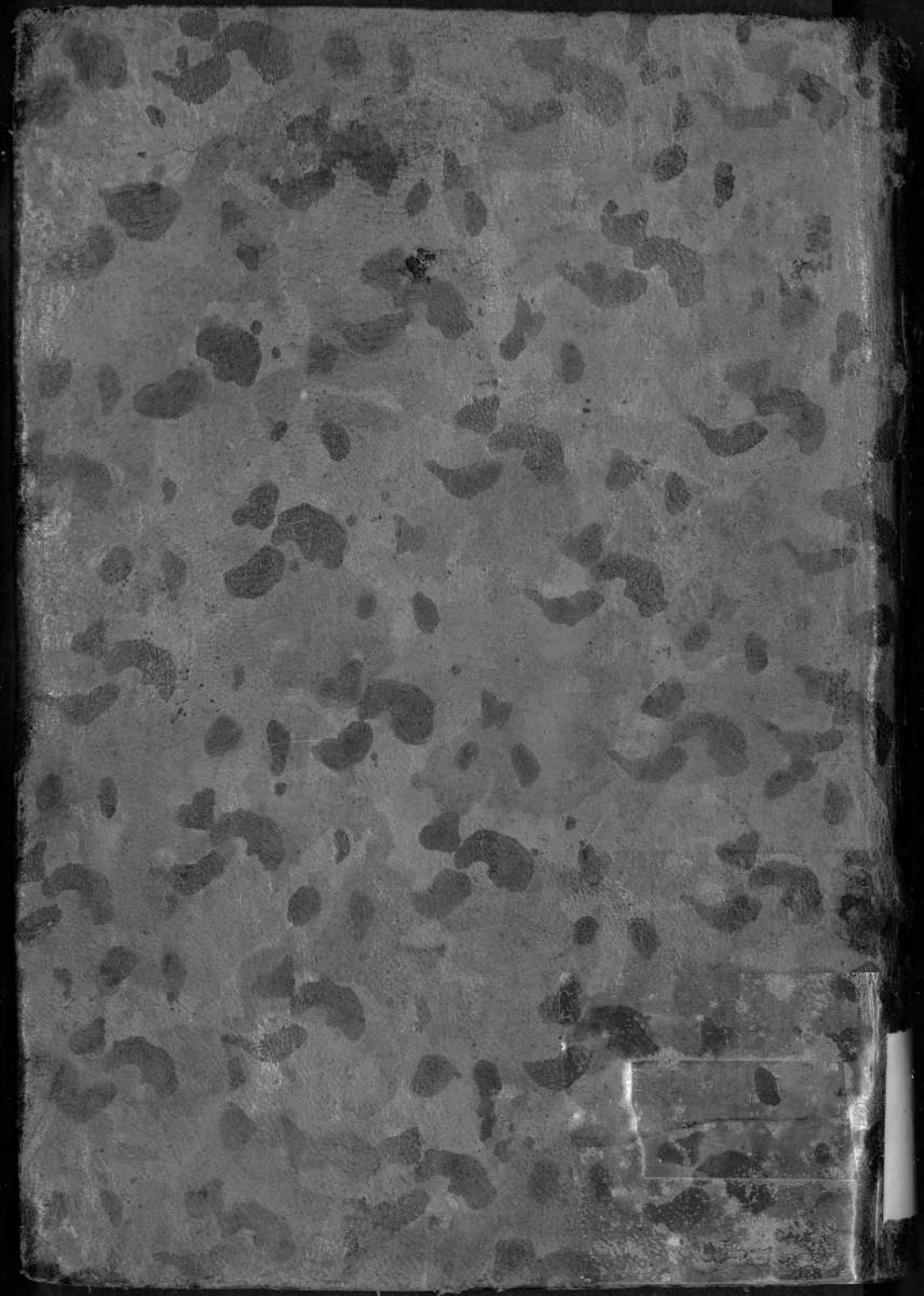
- nea o es sin efecto. Ni la armadura, ni la ordenanza Romana pueden resistir de frente á la falange. La causa de vencerla los Romanos, consiste en la facilidad con que pierde la formation, y dificultad que tiene en recobrarla. Abuso que Philipo hizo del poder en la prosperidad, y resignacion que tuvo en las desgracias. . 376
- CAP V. La credulidad es causa de grandes desaciertos aun á los mas avisados. . . 386
- CAP. VI. Conferencia en Lisimachia entre el rey Antioco y los embaxadores Romanos. . 387
- CAP. VII. Muerte de Scopas el Etolio en Alexandria, igualmente trágica que la de Cleomenes en Lacedemonia, pero no tan gloriosa. Con razon quien mal anda, mal acaba. Proclamacion del rey Ptolemeo durante su infancia. 390













POLYBIO
HISTORI

TOM. II.

